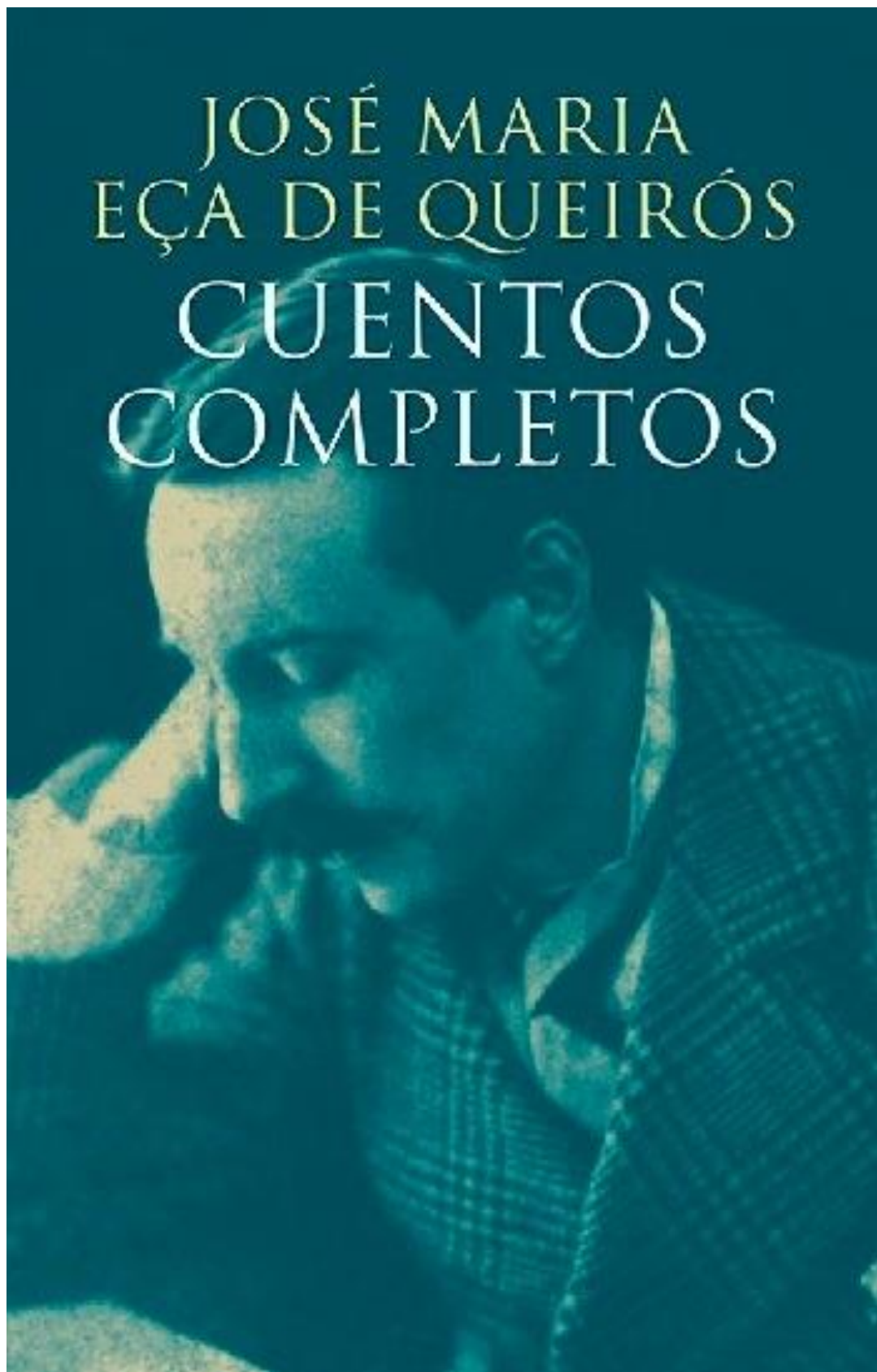


JOSÉ MARIA
EÇA DE QUEIRÓS
CUENTOS
COMPLETOS



José Maria Eça de Queirós

Cuentos completos

José Maria Eça de Queirós, 2016

Traducción: María Tecla Portela Carreiro

Prólogo: Carlos Reis

Prólogo

Cuando en 1874 apareció, en el volumen *Brinde aos Senhores Assinantes do Diário de Notícias em 1873*, un cuento titulado *Singularidades de uma Rapariga Loura* («Excentricidades de una chica rubia») a su autor, al joven escritor Eça de Queirós, le faltaba mucho, mucho todavía, para ser la figura destacada que en los años siguientes se impondría en las letras portuguesas. Y a pesar de todo, Eça no era exactamente un desconocido, por lo menos para el público más atento. El mismo *Diário de Notícias* que brindaba aquel obsequio literario a sus suscriptores (el librito incluía además textos de Mariano Fróis, Oliveira Pires, Gomes Leal y Eduardo Coelho, todos, excepto el penúltimo, hoy prácticamente olvidados) había insertado en sus páginas, casi cuatro años antes, crónicas relatando los episodios más sugestivos de un viaje a Egipto y Palestina; firmaba esas crónicas Eça de Queirós, el mismo que, con poco más de 24 años entonces, había asistido a la inauguración del Canal de Suez, acontecimiento de gran relevancia política y económica, hasta nuestros días. Por esa misma época (más concretamente de abril a julio de 1870) el importante periódico *A Revolução de Setembro* publicaba, también con firma de Eça, un relato incompleto, titulado *A Morte de Jesus* («La muerte de Jesús»), cuyo imaginario y escenario eran el resultado precisamente de ese contacto de un viajero ávido de las experiencias nuevas proporcionadas por el mundo mágico de Egipto, de Oriente Medio y de la vida de Cristo. Los restos de un persistente romanticismo, una buena dosis de Renan y el entusiasmo de un joven que apuntaba maneras para la literatura explican, bien combinados, el estilo y el tema de esos relatos casi inaugurales.

Digo relatos casi inaugurales porque la verdad es que el estreno de Eça se había dado algunos años antes, en 1866 y 1867, como folletinista y como periodista propiamente dicho, en las páginas de los periódicos *Gazeta de Portugal* (con textos que darían lugar al volumen póstumo *Prosas bárbaras*) y *Distrito de Évora*. De este último puede incluso decirse que todo cuanto en él se leía resultaba, por completo, del trabajo de Eça, que ejercía de redactor, editor, corresponsal, traductor y todo cuanto fuese menester; y en las páginas de la *Gazeta de Portugal* es fácil encontrar textos que son, por lo menos embrionariamente (o quizás más que eso), breves narrativas de ficción ya consolidadas.

Es significativo que la vida literaria de este escritor en ciernes —que llegará a ser conocido como el más grande de los novelistas portugueses de todos los tiempos— haya empezado prácticamente por el cuento y también por colaboraciones en prensa. Significativo, pero no original: otros grandes novelistas coetáneos —Flaubert, Clarín, Zola y Machado de Assis, por ejemplo— hicieron del cuento y de la colaboración periodística actividades paralelas a la de novelista e incluso un pretexto para el ejercicio de la escritura, por encima, evidentemente, del beneficio económico y de la notoriedad que así se conseguía. En el caso de Eça de Queirós, y más allá de eso, los primeros cuentos —tanto *A Morte de Jesus*, como *Singularidades de uma Rapariga Loura*— esbozan rumbos ficcionales que sus novelas van a confirmar ampliamente.

Los cuentos de Eça —casi todos admirables por el equilibrio y por la precisión narrativa que requiere un género tan difícil— pueden leerse desde este punto de vista. Si *A Morte de Jesus* nos remite a la novela *A relíquia* («La reliquia», 1887), en *Singularidades de uma Rapariga Loura* se explora una crítica de costumbres (e incluso de costumbres femeninas) que *O Primo Basílio* («El primo Basilio», 1878) va a confirmar; en eso mismo

insiste el cuento *No Moinho* («En el molino»), centrado en una figura femenina con fuerte componente bovarista. En otros casos —por ejemplo: *O Tesouro* («El tesoro»), *O Defunto* («El difunto»), o *Sir Galahad*, este último dejado inédito— es el imaginario medieval, con sus tipos y costumbres a veces tocados por refinamientos bárbaros, lo que fascina al mismo escritor que en *A Ilustre Casa de Ramires* va a ceder a eso que él mismo llamó, con expresión que no deja de traducir algo de mala conciencia, «el latente y culpado apetito por la novela histórica». Ya *Um Poeta Lírico* («Un poeta lírico») nos trae la figura de un escritor (el singular Korriscosso) como personaje de ficción, glosando de este modo un motivo que reaparece en las novelas queirosianas. *José Matias* —uno de los cuentos más extraordinarios del repertorio de Eça y de toda la literatura portuguesa— traza el perfil de un personaje radicalmente amoroso y platónico, cercano, desde el punto de vista de esa idealización afectiva, a lo que era la vivencia del amor en el Fradique Mendes que escribe cartas a Clara. Y en *A Catástrofe* («La catástrofe») se retoma el obsesivo tema de la invasión de Portugal, no ya (como en la proyectada y abortada novela *A Batalha do Caia*) de la invasión española de la que se habla en *Os Maias*, sino de la de un ejército extranjero no identificado. Aun así, Eça prefirió prudentemente dejar en el cajón ese cuento de tonalidades realmente apocalípticas, poco conveniente, por lo demás, para quien, como el autor, era cónsul de Portugal.

Más allá de lo que hemos dicho, y siempre en los términos sintéticos que este prólogo implica, también debemos reseñar que, siendo temáticamente muy diversos, los cuentos de Eça lo son también desde el punto de vista formal, dando muestra, por esa diversidad formal, de una notable depuración técnica. En este aspecto, *José Matias* es, de nuevo, un caso que merece una atención especial: relato de narrador testimonial (es un amigo del difunto José Matías el que cuenta la historia), se asume casi como narración de segunda persona, ya que el discurso enunciado se dirige a un «tú», o sea al oyente anónimo que acompaña a aquel narrador, en el trayecto que el cortejo fúnebre sigue hasta el cementerio. Ya en *Adão e Eva no Paraíso* («Adán y Eva en el Paraíso»), el narrador, siendo una entidad no identificada que no pertenece a la historia, imprime a la narración una tonalidad híbrida, combinando el registro del relato bíblico con el del ensayo científico, de coloración darwiniana. De todos los casos, sin embargo, el más interesante es el del cuento *Civilização* («Civilización»), sobre todo por las consecuencias que tuvo en la ficción queirosiana: se trata aquí de un primer abordaje de temas y de situaciones que en la novela *A Cidade e as Serras* («La ciudad y las sierras», publicada en 1901, un año después de su muerte) se elaboran de forma circunstanciada, un poco como si el cuento fuese un ejercicio narrativo para profundizar en el momento adecuado.

Lo que así se sugiere también es que el cuento queirosiano no se encierra en un tiempo creativo determinado, en un modelo narrativo estricto o en una única circunstancia de publicación. Eça escribió cuentos a lo largo de toda su vida literaria y los destinó a publicaciones muy diversas: volúmenes colectivos, revistas culturales, periódicos a veces de gran circulación (como era la *Gazeta de Notícias* de Río de Janeiro), incluso almanaques, como fue el caso de aquel que él mismo organizó, destinado a 1897, y en el que insertó, como prefacio, *Adão e Eva no Paraíso*.

Señalemos, por fin y a modo de conclusión, que la estética del cuento en Eça constituye una demostración de aquello que en el gran escritor era una constante e irrefrenable vocación narrativa. Lo demuestra el hecho de haberse encontrado esbozos de cuentos como si estuvieran insertos en otros textos queirosianos que, en algunos casos, ni siquiera son textos de ficción. Me refiero aquí no sólo a las crónicas de prensa, sino

también a las cartas de éste, que fue también un fino y elegante epistológrafo. Por ejemplo: en una de ellas, con fecha de 19 de septiembre de 1888 y dirigida a Oliveira Martins, Eça se refiere a las agitadas circunstancias en que tomó posesión del consulado en París y no se resiste a la elaboración de un relato en el que sorprende la vivacidad y la concentración de un verdadero cuento; y cuento también viene a ser el relato de la aventura amorosa de aquel Chambray de quien Fradique Mendes habla a Ramalho Ortigão, en una de sus cartas, integrada en *A Correspondência de Fradique Mendes* («La correspondencia de Fradique Mendes»). Siempre cuentos, por lo tanto; y siempre el talento narrativo de quien decidió su vocación artística contando historias que entonces fascinaban a los lectores y hoy nos siguen encantando. Algunas de esas historias pueden leerse precisamente en este volumen.

Carlos Reis

(de la universidad de Coimbra)

CUENTOS COMPLETOS

La muerte de Jesús

Por un extraño acaso encontré este viejo manuscrito copiado, en un latín bárbaro, del antiguo papiro primitivo. No lo traduzco textualmente: ¡sería incomprensible, irritaría nuestras costumbres críticas, psicológicas! Traslado a lenguaje moderno, complejo, dúctil, sabio, el estrecho decir antiguo.

Así ordenado, este documento, que no encierra cosas nuevas, pone de relieve, pese a todo, muchos estados de espíritu, muchas situaciones civiles de una persona excepcional, que en estos últimos tiempos ha merecido la atención destacada de la historia y de la crítica.

Jerusalén, Mediterranean Hotel, en Acra, 1 de diciembre de 1869

Dies irae, dies illa...

I

Mi nombre es Eliziel, y fui capitán de la policía del Templo: estoy viejo e inclinado hacia la sepultura, pero antes de que me tumben para la eternidad bajo una piedra lisa, en Josafat, o en los mortuorios de Siloé, quiero contar lo que sé y lo que vi de un hombre excelente, que en mi mocedad estuvo, por esas casualidades providenciales de la simpatía, íntimamente relacionado con mi vida. En estos últimos tiempos, sobre todo, su imagen vive activa y poderosa en mi cerebro, y cuando, al caer de la tarde, con esta luz doliente que entonces habita en el cielo de Judea, voy a sentarme junto a la blanca tumba de Rahel, mirando las murallas de Jerusalén y la vieja Sión, plena de claridad, y las ruinas de David, pienso en él y en esos tiempos distantes en que yo tenía la fuerza, la barba oscura, el andar ágil y firme, y la esperanza fácil.

Yo soy el más viejo de la generación de ese hombre: vivo aquí, alejado de la cruel Jerusalén, en Belén, junto a ese pozo que tiene un agua tan fresca y consoladora que David la lamentaba en el destierro.

¿Los demás dónde están? ¿Dónde estáis vosotros, Tomás, Mateo, Simón, Pedro, Juan? ¿Dónde estáis? Judas Iscariote sé que murió oscuro y tranquilo en el campo de Haceldama; Poncio Pilatos está en España, retirado y pobre, él, el viejo amigo de Tiberio. Antipas, Herodíades, andan en la aflicción de los destierros; Hanan murió, pero su memoria y su doctrina todavía gobiernan el Templo. ¿Dónde están los demás: Nicodemo, José, María de Cleofás, la santa mujer, Gamaliel, el sabio doctor? Unos están en el valle de Josafat, otros en el valle de Hinon, todos olvidados. ¡La memoria del hombre es como una ola, fugitiva y pérfida!

Por eso, para que no se pierda el recuerdo de aquel hombre justo y bueno, yo intento contar con sencillez y veracidad todo lo que vi y comprendí de su vida, tan breve por los días, tan larga por el dolor.

Cuando lo conocí en Jerusalén, por la fiesta de la Pascua, era yo joven. Toda mi vida transcurría en el Templo. El Templo, reconstrucción de Herodes el Grande, era entonces nuevo y resplandeciente: todavía se trabajaba en los pórticos exteriores. Allí estaba el centro de Jerusalén: allí se oraba, se celebraba, se trataban las cuestiones civiles, se juzgaba a los condenados, se establecían las escuelas rabínicas de la Ley, se discutían los edictos de Roma, el procedimiento de los legados imperiales y de los procuradores, se

curaba a los enfermos, se urdían las sediciones. Los romanos no podían entrar en el Templo: en el atrio de la primera galería había inscripciones en griego y en latín que vedaban la entrada a los gentiles, a los paganos y a los samaritanos. Sin embargo, nosotros veíamos siempre a los romanos en las terrazas de la torre Antonia, que domina el recinto del Templo, observar, reírse, dormir al sol, o por la tarde jugar al marro, ejercitarse en la lucha.

A mí, como oficial de la policía del Templo, me competía abrir y cerrar las puertas, impedir que se entrase en el santuario con bastones o armas, que se manchasen las lajas de las terrazas con barro, que se pasase con fardos, o que viniesen a orar junto a las columnas del santuario los que estaban tocados de impureza.

Yo era escrupuloso y atento, y me disgustaba (y muchas veces lo dije) que el servicio del culto autorizase hechos indignos de la santidad de la Ley y de la consagración del lugar, porque, al recinto del Templo, venían a establecerse toda suerte de vendedores y de bazares: venían allí a vender los animales para los sacrificios, los estofos, los velos, los fajines de Tiro; se cambiaba moneda, se negociaba el aceite; y, como el Templo era el centro vital de Jerusalén, había allí todo lo semejante a una feria: pregones, fardos, arcas; y más parecía el mercado pagano de Cesarea que el interior de la casa de Dios.

Otra cosa me irritaba allí, concretamente: eran los fariseos, los escribas, y los doctores de la Ley; no los aprecio: entre ellos sólo vi acrimonias, odios, disputas estériles. Nunca comprendí el orgullo de los doctores ni tampoco su desprecio por la sabiduría griega. Mi padre cultivaba las letras helénicas, y me había transmitido el conocimiento de aquella ciencia, incurriendo así en la ira de los doctores fariseos, que envuelven en la misma maldición al que cría puercos y al que enseña a su hijo la ciencia griega. Mi padre había estado en Egipto, en Alejandría, y allí se había relacionado con un sabio, Filón, judío por parte de madre, griego por su alma, de quien los maestros de las sinagogas decían lo peor.

Desde entonces le había tomado cariño a la ciencia griega y, ya viejo, se entretenía haciendo pasar a mi espíritu las grandes doctrinas de aquellas gentes. Pero el odio de los escribas por la ciencia helénica me indignaba. Además, son repulsivos y groseros.

Los fariseos son especialmente ásperos, desdeñosos, malos, y respetan más las minucias del culto que el espíritu de la Ley. En todo llenos de artificio y de vanidad, si entran en la sinagoga, quieren el mejor sitio, el más amplio, y todos los ven dándose golpes de pecho bajo la amplitud del manto. Si van por la calle o por el campo, se postran ruidosamente a orar, si ven la mirada del hombre; si dan una limosna, la cuentan como virtud, la pregonan como ejemplo; ¡y siempre discutiendo, vociferando, llenando el santuario de disputas y de invectivas! Si en una cena, alguno de los participantes hace la ablución sobre la testa, con la mano larga, en lugar de hacerla sólo con dos dedos, lo maldicen, claman por las iras de Jehová y se levantan escandalizados. Nunca nadie los ve consolar a una viuda, o ayudar a un viejo a andar: los pobres, los abandonados, son para ellos como los que están contagiados por la peste; caminan con los ojos cerrados para no ver a las mujeres, y con los pies desnudos para herirse en las piedras, ¡pero por debajo de su celo están llenos de apetitos, como un hombre sanguíneo!

Cuánto mejor que estos es el alto sacerdocio, de la secta de los saduceos y de los boetozim: ahí hay más sinceridad, y más elemento humano. Son hombres pacatos y faustosos, que intrigan con Roma, no tienen celos ni devociones irritantes, aman el sosiego, las bonitas casas de campo junto a Sión o más allá de Bezeta, los blandos tejidos de Sidón o las bellas mujeres de Idumea.

Pero lo que me indignaba especialmente en la vida del Templo era verlo convertido en un lugar de comercio, de venta y de cambio de moneda. Y por este odio a los mercaderes del Templo, que además de eso hacían mi labor policial difícil y fatigante, conocí al hombre inefable, por el que mis ojos todavía se humedecen.

Un día, entraba yo en la galería de Salomón, que es la que tiene tres filas de columnas, el techo de cedro labrado, y vista al monte de los Olivos. Era por la fiesta de la Pascua y en la multitud de los peregrinos. Un soldado de la milicia del Templo me había dicho que, en contra de los avisos, los vendedores de palomas y de carneros tiernos se habían venido a apostar en sus esteras junto a las columnatas, con las reses adornadas de escarlata, y los cestos de aves blancas. Yo iba, encolerizado, a condenarlos, cuando vi alrededor una gente confusa dominada por el fuerte ruido de una voz: frente a los mercaderes estaba un hombre de pie, que les hablaba. Era alto, delgado, flaco, tenía el cabello rubio, colgante, con raya al medio, cabellos de hombre de Galilea; incluso, me di cuenta enseguida, por el acento y por la pronunciación, de que era galileo; en aquel momento su rostro era irritado y severo: tenía el gesto ancho al modo de los que predicaban en las sinagogas, las facciones inflamadas, los ojos llenos de una luz indignada; su estatura erguida por la cólera, ennoblecida por la justicia de sus palabras, llena de su pensamiento, lo hacía parecer más que un hombre.

Los mercaderes, asustados, recogían los cestos, doblaban las esteras, arrastraban las reses: las palomas revoloteaban.

—¡Id! —les dijo él entonces—. Vosotros convertís la casa de oración en una caverna de ladrones.

Y con la mano violenta los empujó con fuerza, más allá de las columnas. Ellos se iban marchando, atemorizados. Los hombres, alrededor, aprobaban de forma simpática al de Galilea: algunos se reían, había chiquillos asustados que gritaban. Yo miraba, admirado.

—¿Quién es éste? —le pregunté a Juan, un galileo, que estaba junto a él, y al que yo conocía por haberlo encontrado en el atrio de la casa de Hanan.

—¿No lo conoces? ¡Es Jesús de Nazaret, profeta de Galilea!

II

Durante mi vida en el Templo yo había visto muchos videntes, muchos profetas: venían de Galilea, de Judea, de todo el país que va hasta Joaze. No diré lo que pienso de la intención profética y de la creencia mesiánica. Sólo diré que los profetas que vinieron en mi tiempo y eran lapidados a las puertas de Jerusalén eran buenos; eran una voz colectiva, la esperanza, el consuelo y el alivio.

El pueblo era profundamente infeliz: los saduceos ahogados en sus reposos, los fariseos perdidos en sus devociones, los escribas y doctores absorbidos con sus escuelas, no veían el estado de las almas. Además de eso, estaban lejos del pueblo, con una separación desdeñosa y enfática. Yo estaba enormemente unido al pueblo por la raza y por el instinto. Ya en la vida estrecha y más que vulgar de Jerusalén, ya en las conversaciones de los atrios del Templo, ya en mis demoras en Betel, en Efraim, en Galilea, yo veía, comprendía, conocía al pueblo. Infeliz, despreciado, eternamente esclavo, aplastado por el tributo de la dominación y por el diezmo, se refugiaba, maltratado por la tierra, en la esperanza de un libertador, de un Mesías. El judío es dado a preocupaciones divinas y su verdadera patria está en Dios.

Los intérpretes de este deseo ideal eran una serie de hombres fuertes y piadosos, y también eran la voz de aquella melancolía, los amigos del pobre, los ásperos jueces del rico, los consoladores austeros.

El pueblo, sofocado por su pasión interior, se sentía aliviado y consolado siempre que hablaba un profeta. Los profetas confirmaban la venida del Mesías, le describían su figura y sus acciones, la piedad y la pasión, rasgaban sus vestiduras, se iban a vivir al desierto: por ello la exaltación se convertía en un estado natural y humano, las almas crecían en deseo y voluntad, de tal suerte que todos los años aparecían videntes e inspirados, a los que el Sanedrín mandaba lapidar en la Puerta Esterquilinaria. Pero lo lamentaban, porque el pueblo sigue siempre todos los movimientos originales, que son amigos del pobre, anunciadores de la buena nueva: Shamai, Hillel, Jesús ben Sirac, que tuvieron altos pensamientos de pureza y de justicia, vivieron ignorados de Judea y de Galilea porque no salían de un medio sencillo e infeliz, porque no predicaban en nombre de la esperanza religiosa, no tenían la pasión mesiánica. Eran espíritus sabios y justos, y no videntes poseídos por la fe.

Pero en ese tiempo la esperanza del Mesías era activa. ¡Clamaban por él a Dios, ayunaban, oraban, para no morir antes de su venida; padecían desalientos, esperaban ávidamente las señales místicas, y las almas hablaban bajo, porque venía el Señor!

Yo mismo había visto muchos profetas, muchos maestros innovadores; no conocía a Juan Bautista, que vivía en el desierto del Jordán, pero sabía que él también predicaba un renacimiento, y que, habiendo escandalizado a la olímpica Herodíades, se apagaba en una prisión de Antipas.

Sin embargo, ninguno de esos hombres me había dado nunca una sensación feliz como ese Jesús de Nazaret. Sus ojos llenos de infinito, su voz poderosa y serena, la justicia de sus palabras, me dejaron una vaga e imprevista perturbación como cuando se mira al cielo, que se supone oscuro, y de repente se ve una estrella inmortalmente luminosa.

Esa tarde, caminando yo por la cuesta de Sión hacia el huerto de Salomón, con Simeón, escriba del Templo, le pregunté si conocía a Jesús de Nazaret, que predicaba en

Galilea. Simeón me dijo, riéndose:

—¿Qué conoces tú de bueno que pueda venir de Nazaret?

En realidad, toda Galilea es más que despreciada por los de Jerusalén. Fuimos cambiando impresiones a este respecto; Simeón me decía que los galileos eran débiles, femeninos, imbéciles, que eran ignorantes y poco ortodoxos, que su sangre estaba muy mezclada, que tenían mucho de samaritanos, que su pronunciación era viciosa, que hablando eran grotescos, pensando insuficientes, y que el *idiotismo galileo* era proverbial en Jerusalén. Yo le contestaba que la gente de Galilea me parecía sencilla y delicada, que quien vive en una naturaleza tan humana, con tantas aguas, tan amparada por las sombras, no podía dejar de tener cualidades finas y armoniosas, que los galileos eran trabajadores y sobrios, y que Isaías había dicho: «¡Oh, tierra de Zabulón, y tierra de Neftalí, camino del mar, Galilea de los gentiles, el pueblo que caminaba en la sombra ha visto un gran luz!».

—¡Pues, Simeón —le decía yo—, estas palabras de Isaías indican que en Galilea puede nacer un profeta!

Íbamos así charlando ampliamente, cuando llegamos al huerto de Salomón: la belleza natural, los árboles, los viñedos, la perspectiva suave y recogida de los valles de Jerusalén, la silenciosa espesura, la fresca serenidad, los bandos de palomas que vienen a beber a los viejos recipientes de Salomón, convierten a aquel lugar en un buen retiro para espíritus sabios, para aquellos que tienen una idea en el corazón, o que están habitados por una esperanza: ¡allí se reúnen así muchos de Jerusalén! Aquel día andaba por allí, absorto, grave y vagaroso, el sabio Gamaliel. Gamaliel era el mayor del Templo: si los otros eran el poder, la intriga, la riqueza, la tradición, él era la ciencia; si los otros eran la ley, él era la justicia. Yo, preocupado por el Nazareno, le pregunté a Gamaliel si conocía a aquel hombre severo.

—Por lo que sé de él —dijo Gamaliel— pienso que es un justo.

Guardé con amor esta palabra: correspondía a la atracción suave y piadosa que yo sentía por el severo maestro de Galilea. Al volver a Jerusalén pensaba en él: lo veía irritado y augusto, lo imaginé lleno de la cólera del justo y de la rebelión del oprimido; lo que predicaba seguramente era la condena del rico y la humillación del fariseo. Era lo que tú necesitabas, Jerusalén, decía yo, un profeta amado y seguido, que fuese el alma de una infinita desgracia que se venga, que levantara al pueblo, aniquilase los sacerdocios corrompidos, expulsase al romano, que reconstituyese en las almas la vieja Israel, en las instituciones la vieja Judea, que fuese el hombre fuerte y puro, y el continuador de los macabeos. ¿Había producido Galilea esta alma terrible? ¿O será Elías resucitado de entre los muertos? Así pensaba, encaminándome, noche alta, hacia la casa de Hanan.

Hanan era el sumo sacerdote, aunque en realidad y en las cosas del Templo lo fuese su yerno Caifás; pero él era el espíritu, la dirección, el consejo, la iniciativa de toda la vida sacerdotal del Templo. Era viejo, conocedor de las tradiciones, astuto, poseía enormes riquezas, conspiraba contra Roma, era concentrado y soberbio.

En uno de los anchos patios cubiertos de su casa en Bezeta era costumbre que se reuniesen alrededor de un gran fuego, cuando el frío entristecía Jerusalén, los oficiales del Templo: a veces venían escribas, doctores, sacerdotes afables. Aquel grupo, siempre igual, era como una conciencia un poco mordiente del Templo. A veces, cuando no estaba algún austero doctor fariseo, se pedía a un soldado expedicionario que entrase y se acercase a la lumbre, se le daba vino de Sidón y de las colinas del Líbano y se le pedía que cantase alguna de las canciones latinas del barrio de Suburra. Algunos viejos sacerdotes se reían delante de sus narices. Esa noche, cuando yo atravesaba el atrio de Hanan, me crucé con

aquel galileo, Juan, que ya había visto junto a Jesús de Nazaret, en la Galería de Salomón. Él solía venir allí a ver a una vieja, guardadora de los perros, que era de Cafarnaún, en Galilea. Lo llamé, tomé sus manos, le hablé afablemente de Jesús de Nazaret: al fin comprendía bien a aquel que, por un imprevisto interés, por la elevación de su palabra, por la belleza de su aspecto, habitaba ya en mi pecho, como un antiguo amigo de juventud.

III

Juan me contó vagamente todo el pasado de Jesús, con palabras sencillas, pero penetradas de fe y de deseo.

Reconstruí entonces en espíritu la vida oscura de Jesús; lo vi, por la intuición, en Nazaret, educado por aquel dulce paisaje de Galilea, bajo la influencia del Carmelo, de las sierras del Tabor y de las tierras patriarcales.

Había viajado allí, me había sentado muchas veces en una roca en las alturas de Nazaret. Si hay algún lugar en el mundo en el que el hombre sienta la estrechez de la vida civil, la inestabilidad de los intereses, lo contingente y fugitivo de los afectos y de los deseos, es en aquel vasto y sosegado horizonte, en que parece que el cielo ejerce más profundamente su atracción infinita sobre el alma cautiva.

¡Qué pomares, qué prados, qué humanas aguas, qué aldeas delicadamente adormecidas entre las higueras y las viñas!

¡Y veía a Jesús, imaginando, esperando en aquel húmedo paraíso de Galilea y en sus queridas montañas, de bellas formas amorosas!

Lo veía con sus primeros amigos, ya poseído de la idea de su Dios, entrando para hablar en las sinagogas, recorriendo las aldeas, ayudando en las pescas, durmiendo en las anchas terrazas bajo la luz de estrellas tan bellas, tan expresivas como en la vieja Caldea; llamando a los que encontraba para que lo amasen, acariciando a los débiles, y dándose a sí mismo y al Dios interior que lo habitaba como alimento para las almas infelices.

Los de Jerusalén, que nunca han salido de sus estrechas y duras calles, y apenas han visto de la naturaleza sus colinas calvas y sus valles llenos de muertos, se ríen cuando se les habla de la naturaleza del norte, de la fecundidad de Samaria y de Galilea y de la excelencia de aquellas gentes.

¡Pues si alguien va a levantar a Jerusalén de sus lloradas humillaciones, ese alguien habrá venido de las aldeas y de los lagos de Galilea! Esta Jerusalén áspera, seca, toda de piedra y de indiferencia, sólo producirá espíritus estrechos, fariseos argumentadores, escribas y lapidadores de hombres. La sangre de Judas Galileo, de Hilel, del hijo de Sirac, de Gamaliel, de todos los hombres justos de nuestro tiempo es pariente de la savia de los árboles de Galilea. De aquellas sombras y del rumor de aquellas aguas surge una elevación ideal. Jerusalén será la ley, la autoridad, la sabiduría, la habilidad, la astucia; pero Galilea será la virtud y el sacrificio.

Allí no hay ciudades: están las pequeñas aldeas sirias que yo amo, en donde las mujeres tienen el seno pacífico, los hombres la fuerza serena, y hasta los burritos tienen una mirada dulce, en la que parece habitar una resignación humana. Todo es fecundo, bien cultivado: la abundancia impide la hostilidad a lo impuesto, la avaricia, la economía áspera, cualidades de Jerusalén. ¡Ah, láminas doradas del Templo, tómulos griegos de los Herodes, con relieves de follajes, cómo os daría yo por uno de los pequeños regatos azulados, que duermen y sueñan en la espesura amada de las mieses de Corozain! Porque no conozco alegría mayor que la de andar por las sendas de Galilea: se ven las aldeas oscurecidas por la sombra de las higueras, de las viñas; los pomares de nogales, de granados estrellados de rojo; ¡se va por una fresca espesura poblada de aves gloriosas! ¡Cuando se está fatigado se sienta uno ante una puerta, a la sombra de un cedro, bebiendo el vino de Safed, se miran las formas lánguidas de las montañas, se charla con las mujeres que vienen de la fuente, con

todo su frescor, cantando los cánticos del tiempo de Salomón! ¡Y no se encuentran fariseos, ni escribas, ni saduceos, ni herodianos!

¡Y allí vivía Jesús, hablando por los campos, por los caseríos y en las sinagogas; allí debía ser escuchado: no tenía sabios de la Ley para contradecirlo y para injurarlo, y podía dejarse llevar por el encanto de decir la verdad a los sencillos!

Lo que Juan me contaba de la dulce vida del lago de Tiberíades me llenaba de un afecto inefable por el dulce maestro. Yo conozco bien el lago de Tiberíades, todo el país de Genesaret: ¡anduve muchas alboradas por sus aldeas y por los caminos de sus poblaciones! ¡Ay! ¡Magdala, Corozain, Betsaida, orillas del lago, lugares que yo lloro, hoy, viejo, seco, pálido de saudades por la fuerza de mi pecho y por la altura de mi esperanza! ¡Oh arboledas sonoras de Genesaret, cortadas por el agua, en donde mis pies hacían levantarse a las tórtolas! ¡Oh camino estrecho del roquedo, lleno de musgos! ¡Oh río salado, que naces junto al lago y después en el lago mueres, al que yo tantas veces comparé con mi ser fugitivo! ¡Oh orilla del lago, llena de tamarindos, en la que el agua, tan azul como los ojos de las mujeres de Tiro, viene a terminar sin olas, sin aflicciones, en las hierbas verdinegras! ¡Oh Galilea, si las ideas jóvenes, que traigo muertas dentro de mi pecho, las pudiese enterrar fuera de mí, escogería tu césped, oh tierra de Neftalí!

Jesús y sus amigos vivían, junto al lago, la vida de los pescadores: aquel clima es tan dulce, tan afable, que el hombre piensa poco en su cuerpo: así, de día pescaban, de noche dormían en la arena, bajo las estrellas, con el rumor del agua. Jesús pescaba, o hablaba subido a una barca, en el sosegado mecerse del agua, a sus compañeros de red; se asentaba a veces sobre las colinas, que tienen una viva libertad de aire y de luz, y, cercado por los sencillos pescadores, mujeres, niños, se predicaba a sí mismo, enseñaba su corazón, hablaba de las esperanzas del reino de Dios. Él amaba todo cuanto era delicado, las mujeres, los niños, los lirios, las aves: su palabra era tan suave como los ojos de los niños, tan pacífica como el caminar de los regatos. Pedía tan sólo que lo amasen, y no poseía razones inflamadas de profeta. Él era el centro de todo el amor en la verde Galilea: daba la esperanza a las almas, hablaba de la venida del Señor, del fin de las lágrimas, de las glorias del pobre.

—El Cielo es de los sencillos —decía—. Los que lloran serán consolados; los miserables poseerán la tierra; ¿tenéis hambre y sed de justicia? Venid a mí, seréis saciados. Sed pacíficos, sed puros. Si os persiguieren en el reino de la tierra, se os abrirá el reino del Cielo. Seguidme, seguidme.

Y lo seguían: abandonaban los campos, las huertas, los barcos, las aldeas; los niños lo amaban, las mujeres iban presas en la luz inmortal de sus ojos. Todos querían andar errantes con él por el país de Genesaret, comiendo los frutos casuales de los pomares, bebiendo como las reses en el hilo de los regatos.

Él explicaba a Dios de un modo nuevo. Nadie lo conocía mejor: él era la conciencia viva de Dios. Su Dios no era Jehová, amigo de Israel, enemigo de los hombres: no era el ser solitario, tenebroso, irritable; su Dios era el padre, el consolador, el purificador, el eternamente sereno, el eternamente justo.

El Maestro predicaba la fraternidad entre los hombres, el perdón, la caridad, la humildad, la grandeza, la poderosa virtud del sacrificio.

—¡Si os hirieren, ofreceos; si os odiaren, amad; si os persiguieren, orad! ¿Qué mérito hay en amar a los que nos aman?

Una cosa que me conmovía especialmente, en la enseñanza que Juan me repetía, era la condena de los usos del Templo, del celo devoto de los fariseos: en efecto, ¿para qué son

tantas purificaciones, tantos cilicios, tantos usos de piedad? ¿Para qué traen los fariseos en sus túnicas las tiras de papiro, que son señal de devoción, y para qué dan limosna, de pie, en las escalinatas del Templo, gritando y levantando la moneda?

—Cuando des limosna —decía el Maestro de Nazaret—, que tu mano izquierda no sepa lo que hizo la derecha.

Y esta palabra me llenaba el corazón. Y me alegraba saber que él no era como los demás profetas, no se retiraba al desierto, no adelgazaba con ayuno, no rasgaba sus vestiduras, no se hería en rocas agudas: vivía con sencillez y como un pobre, y, si buscaba a veces lugares retirados y amaba las montañas, era porque allí se encontraba más en la fraternidad de los suyos, y en el corazón de Dios.

Juan me hablaba de las mujeres que lo seguían, y eran Juana, mujer de Cusa, Salomé, María de Cleofás y María de Magdala, a quienes yo conocía del Acra, en Jerusalén. María de Magdala, ahí y en Tiberíades, había tenido una vida apasionada e impura: una exaltación inexplicable era la esencia de aquel ser; tenía espasmos, contracciones, entusiasmos perturbados; creía calmar el ímpetu de su naturaleza febril con el amor de los hombres; se unía a los doctores notables de entonces, entraba en discusiones y explicaciones de la Ley, después andaba rodeada de fariseos y envuelta en devociones; pero le gustaban mucho los tapices, y todos los días lloraba. Era un alma inquieta que buscaba algo; todo lo que hacía lo hacía con pasión: la cultura de las plantas raras, la cría de las moreras en reservados, la composición de aromáticos, el estudio de las hierbas, todo lo trataba, ardiente y cansada. Enferma, pobre, se fue para Magdala. Allí vio a Jesús, predicando. Lo siguió. Adoraba la doctrina del Maestro y amaba su figura delicada y bella. Aunque padecía de grandes impacencias, levantaba discordias con los discípulos, se retiraba al desierto. Pero volvía, porque su dedicación suave por el Maestro era mayor, y domaba su tenebrosa y confusa naturaleza.

Le gustaba derramar perfumes en el cuerpo de Jesús y coser en su túnica flecos de Tiro.

Jesús, por lo demás, aceptaba en su compañía a las mujeres extraviadas, a los publicanos, a todos los pecadores.

Tal era Jesús, según Juan. Yo estaba verdaderamente admirado. Demasiado, decía yo. ¿Aquel hombre que vi en el Templo, con las indignaciones de Isaías, es después suave como el cielo de Galilea? ¿Realmente una raza tan humana, tan sencilla, tan abundante, tan pacífica podría dar un profeta irritado?

—El Maestro es la dulzura misma —me decía Juan.

¿De dónde venía entonces aquella cólera, aquel gesto de Mesías vengador?

—¿Desde cuándo es así? —le preguntaba yo a Juan.

—Dices bien. El Rabí cambió desde que llegó a Jerusalén.

IV

Era ya de día y todavía Juan me contaba estas cosas pacíficas, mientras yo iba hacía el Templo. Iba perturbado, sin centro moral. Ya me venían deseos de ir a Galilea a seguir los pasos de Jesús de Nazaret, ya mi viejo orgullo estrecho de hombre del Templo me suscitaba hostilidades o desdenes.

El Templo se abría; llegaban los fariseos, los devotos, los doctores se acercaban en sus burros, los sacerdotes en sus literas; se atravesaban en sus esteras los mercaderes; se sacaba el agua de las piscinas, se encendían los purificadores, se desdoblaban los velarios; los pregones anunciaban los debates civiles, las ventas de campos; empezaban a instalarse las escuelas rabínicas; el oro tintineaba en las mesas de los cambistas; había risas; se oía el balar de las reses.

Cuando yo estaba vigilando los servicios, vino a mí, todo alegre, un viejo camarada del Templo, Josué, que andaba hacía mucho tiempo por los pueblos de Galilea para la organización de los soforim en las sinagogas. Era hombre conocedor de las tradiciones y con una gran de experiencia de la vida sacerdotal. Le pregunté si conocía de su peregrinación a Jesús de Nazaret, hijo de María de Caná, y a sus compañeros. Él era docto, sincero, atento, debía de saber explicarme, mejor que el simple, el exaltado Juan, la esencia del Rabí de Galilea.

Me dijo, en efecto, que había visto a Jesús en la sinagoga de Corozain; que conocía su vida y su doctrina, y que era un hombre destinado, antes o después, a ser lapidado a las puertas de Betel; que predicaba toda suerte de impiedades; que combatía la Ley, la tradición y los textos; que hablaba contrariando la vieja sabiduría judaica, siendo como era ignorante y joven; que no respetaba ni a los ricos, ni a los sacerdotes, ni a los fariseos; que quería distribuir las riquezas entre los pobres; que vivía en compañía de mendigos y de mujeres perversas; vivía, dormía al acaso por los huertos; no tenía casa ni campo, se asociaba con el publicano, e incluso con el pagano; que no hacía las abluciones, ni sacrificaba; y que era un vagabundo de los montes de Galilea, sin autoridad ni entre los doctos ni entre los ricos.

Yo oía callado estas palabras, que eran todo el espíritu de los fariseos y de los doctores. Y cuando salí del Templo sonreí al atrio de Hanan.

Jesús de Nazaret ya me resultaba simpático e íntimo, por el sentimiento y por la razón. ¿Pero qué era aquel hombre? ¿Era un simple visionario? ¿Era un contemplador, lleno de la melancolía que dan las espesuras de Galilea, e imbuido de un desdén divino? ¿Era un espíritu lleno de sabiduría? ¿Era un continuador de Judas Galileo? ¿Venía a predicar contra el impuesto y contra el diezmo? ¿Era hostil a César, y estaba imbuido de la tradición de los macabeos? ¿Era un simple? ¿Era un creyente? ¿Era un especulador frío de las esperanzas mesiánicas? ¿Venía a atacar el espíritu del Templo?

Encontré a Juan, conversando en el atrio enlozado con un hombre de la milicia sacerdotal. Lo llamé a una larga galería oscura vagamente estrellada de lámparas.

—Juan —dije yo—. ¡Di lo que viene a hacer a Jerusalén el sabio de Nazaret!

Juan me miró:

—Viene a la fiesta de la Pascua —dijo él, lento.

—Juan —insistí—, por el Mesías, y por la libertad del Bautista, prisionero de Antipas, dime, ¿a qué viene Jesús a Jerusalén y al Templo?

—A predicar —dijo Juan.

Comprendí, rápidamente, todos los resultados de aquella lucha original.

—¡Vete! —le dije yo exaltado—. ¡Dile que parta, que vuelva para el lago de Tiberíades! Que viva en sus montañas, con su Dios, con los que lo aman, sosegado, en el reposo de los campos. ¡Que se vaya, que evite las puertas de Jerusalén! ¡Dile que no venga nunca a apoyarse como profeta en la columna del Templo! ¡Que vuelva para Galilea, que se acuerde de las piedras que están a la Puerta Esterquilinaria y que son para lapidar a los profetas!

Juan tenía el espanto en los ojos, en la voz.

—¡Eliziel! ¡Eliziel!

—¡Que vuelva, que vuelva a Galilea!

Y subí rápidamente, por la escalinata de granito verde que llevaba a los interiores de Hanan.

El viejo sacerdote, debilitado, caduco, doblado, comía, tumbado sobre anchas pieles, arroz y miel. A su lado, una esclava siria, de Damasco, cantaba. Jesús Bar-Abbas, enfrente, hacía momerías.

V

Al día siguiente, por casualidad, recibí una orden de Caifás para ir a Galilea, a prestar un servicio en las sinagogas: la concentración de los sacerdotes rituales en Jerusalén obliga así a los oficiales del Templo a sucesivas peregrinaciones; porque las sinagogas están dominadas por los escribas y por los soferim, y por eso agitadas en perpetuas intrigas.

Pero este viaje me gustaba porque me llevaba a Betsaida, a Corozain, a todo el país que hasta entonces había sido el centro amado de Jesús.

En toda la región del lago encontré muchos espíritus más simples, o más lúcidos, o más amantes, especialmente impresionados, desde la simpatía y desde la razón, por la persona y por la doctrina del Rabí de Nazaret.

Me hablaban ampliamente de su doctrina en las sinagogas, de sus palabras en las colinas: y la figura moral de Jesús se acentuaba, se definía progresivamente en mi espíritu.

Me decían que la voz del Maestro era dulce, untuosa, que sólo su son cautivante hacía que las mujeres se olvidasen de la rueca, los hombres de la aguja de la red: hablaba despacio, con silencios; las altas verdades, las palabras profundas aparecían tan de repente como una centella sale de un diamante tocado por una luz inesperada. Contaba parábolas, historias; repetía con paciencia, sonriendo: unos estaban acostados, perezosos, atentos; otros remendaban las velas; algunos, sentados a sus pies, miraban, pasmados, al agua. Él hablaba, sosegado, o acariciaba a un niño, o, contando las parábolas, arreglaba su red.

Vivía con gran sencillez, junto a la vida, sin tener las curiosidades de la vida. Sentía un enorme desdén por las cosas externas.

—No os inquietéis por el alimento, o por el vestuario —decía—. Mirad las aves del cielo, no siembran, ni siegan, y el padre de los Cielos las alimenta; y vosotros, ¿no sois más que las aves que sobrevuelan los campos?

—¿Para qué habéis de preocuparos por vuestros vestidos? Ved los lirios: no trabajan, no hilan; pues yo os digo que Salomón en toda su gloria no estaba vestido como ninguno de ellos en su simple candidez. Y lo que Dios hace por las hierbas de los campos que florecen hoy, y mañana se secan, ¿no lo hará por vosotros, hombres de poca fe?

Por eso los discípulos lo seguían, así, embelesados por aquellas ambiciones ideales, sin ropas, sin provisiones, sin dinero. En aquel pensamiento, el dinero estaba considerado como un fardo, un enemigo, un traidor, que así como se toma de herrumbre, transmite al alma la esterilidad.

—¡Vended lo que poseéis! —decía—. ¡Dad el dinero en limosnas!

Realmente, ¿de qué sirven en Galilea las riquezas?

Allí tan sólo hay la verde naturaleza: el dinero no le da más infinito al azul, más reposo al agua; el pobre, el mendigo, es el rey misterioso de aquella gloria del follaje y de la luz: para él se visten de blanco las azucenas, para él resplandecen los regatos.

Jesús glorificaba al pobre: en aquel evangelio de Galilea, el rico se considera el enemigo, el pagano, el cruel, el inquieto: tiene los amplios vestidos fáciles, suaves; come sobre lechos cubiertos de pieles; entierra sus brazos desnudos en las monedas del cofre; el pobre come escasamente las hierbas mal cocidas de los huertos; remienda, a la luz de la candela, su túnica; trae apretada a la cintura, teniendo sobre ella una piedra, la moneda de cobre que es su fortuna. Bien: Dios se hará cargo del vestuario del pobre y de la blancura del lirio, él velará para que al hombre no le falte el pan ni a la tórtola el grano, él hará en el

Cielo, al pobre, una bolsa, un tesoro de buenas obras, de gloria, sin temor a la herrumbre ni a los ladrones.

El rico irá a la Gehena, para el fuego inextinguible: un cuidado lo adelgazó en vida, una llama lo consumirá en su existencia extrahumana. El pobre estará junto a Dios, y su rostro será inmortal y altivo.

—Porque en verdad os digo —enseñaba el Maestro— que es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja a que entre un rico en el reino de Dios.

Así hablaba él a la orilla del lago, y, liberando a los hombres de los fatales cuidados del mundo, era el creador de la paz y el consolador de la vida. Los tedios de la existencia ordinaria, la discordia de los intereses, las humillaciones de la vanidad, las envidias, las avaricias, la melancolía de la miseria, la apatía de la necesidad, las aflicciones de la oscuridad, los desconsoles de la enfermedad, todos estos antiguos demonios desaparecían, y la vieja cabeza humana, oscura, cautiva, pesada, podía al fin sentir, esperar, reposar, apoyada en el más profundo seno humano que el pan de la tierra haya alimentado.

El alma tenía por fin un lugar, *su* lugar, *su* espacio, que era el *reino de Dios*. El reino de Dios era el reino de los niños, de los sencillos, de los desheredados de la vida, de los que sufren, y también del samaritano, y también del pagano y del publicano, y también del que habita Sidón. ¡Allí! ¡Vosotros no queréis esperar mis palabras, amar en mi pecho, vosotros, los fariseos, los saduceos, los escribas, los ricos, los sacerdotes, los príncipes! ¡Venid vosotros, pues, los humildes, los repelidos, los lapidados, los enfermos, los culpados, todos los que ellos repelen, todos los que ellos maldicen! ¡Desgraciados de vosotros, oh ricos, que estáis saciados, porque tendréis hambre, desgraciados vosotros que reís, porque os desharéis en lágrimas!

Buenas palabras que yo amo, yo, que conozco las ricas existencias sacerdotales. Nuestros profetas ya tenían, contra el rico impío y duro, cóleras terribles en venganza del pobre, que es dulce y piadoso. ¡Pero el Rabí hería así violentamente a todo el judaísmo sacerdotal del Templo, porque hacía de los que él desprecia y domina los preferidos, los bienamados del esposo, los amigos de Dios! ¿Qué significa en realidad que el fariseo no quiera comer con el samaritano y con el pobre recaudador de impuestos? ¿Qué quiere decir que los levitas de Caifás van a lavar a la piscina sus vestidos, si a la entrada del santuario tocaron a un mendigo o a un publicano?

Pero Jesús, en la inmortal ascensión a que obligaba a las almas hacia el ideal divino, ya no solamente llamaba hacia sí al desheredado, sino que también llamaba al culpado.

—El culpado es infeliz —decía—; merece por eso, más que el justo, el calor de mi seno. El hijo pródigo merece más amor que el hijo cuidadoso, porque es triste en su alma, y todo en lágrimas.

—Había una mujer aquí —me decía el hombre bueno de Chorazin que me explicaba estas cosas inmortales— que era repelida, mal vista, maldita; las madres honestas no querían verla: sólo los escribas de la sinagoga se acercaban a ella, pero por la noche, bajo las higueras del cementerio, porque de día, si la veían, se tapaban la cara con la túnica y farfullaban maldiciones. Esta mujer oyó a Jesús, se sintió inesperadamente perdonada, se vio libre de la fatalidad por aquella palabra piadosa, y por la fe se purificó. Es María, la de Cleofás. Sigue a Jesús, lo sirve: cuanto más se humilla, más lo ama, y cuanto más amante se siente, más se siente perdonada.

Los pobres galileos, que nunca habían oído una tan dulce y elevada palabra, se creían ya en el Paraíso inmortal. Él iba seguido de los suyos, confundido con todas las alegrías, apareciendo en las bodas, y en las noches de nupcias, mezclándose en las danzas,

con su lámpara en la mano; caminaba por los campos a pie, predicando las buenas palabras, o montado en un borrico, que los discípulos cubrían con sus túnicas; a veces ayudaba a segar, o, sentándose junto a la fuente, hablaba a las mujeres, escuchaba sus cantares; entraba en los caseríos, en los huertos; los niños venían, venían las mujeres: «Rabí, Rabí, dinos la buena nueva: ¿eres tú el Mesías?». Le limpiaban los pies, iban a buscar los mejores frutos, los vinos de Safed, las legumbres que nadan en aceite; las madres le enseñaban a sus hijos de pecho, que con sus manos chiquititas, rojas y gordas le tiraban de las barbas: él se reía, los abrigaba; cuando pasaba le tiraban ramajes, le deseaban el buen camino; los enfermos venían a tocar sus manos, las viudas se secaban las lágrimas: él hablaba de Dios, enderezaba las cañas de maíz caídas en el camino. Venían de las aldeas y le decían:

—Maestro, tú eres bueno.

—Bueno sólo es Dios —decía él, sonriendo.

—Maestro, ¿qué hemos de hacer para entrar en el Paraíso?

—Amad a los demás, dad a los pobres, seguidme.

Y lo seguían todos, arrobados con aquel sueño ideal, el más bello, el más dulce, el más elevado de la tierra que hasta hoy haya hecho el hombre.

Entonces el cielo, amigo y compasivo, tocó la lacrimosa tierra; entonces, por primera vez, la mirada del pobre fue segura y confiada; ¡por primera vez la estrecha sonrisa del viejo contuvo la esperanza!

VI

No sabría expresar bien lo que mi pobre espíritu, educado en la antigua lección del cautiverio, sentía ante el suave calor humano y feliz de aquellas palabras.

Volví a Jerusalén: pasé sobre el Tabor, en donde se ve la ancha llanura de Esdrelón, amada de los héroes, el blanco Hermón, Endor, y las montañas de Galaad; descansé en Djeneia, la ciudad de los levitas, toda ella escondida entre olivos y palmeras, después en Dotan, en donde José fue vendido por sus hermanos; después en la vieja Betulia, patria de la fuerte Judith: vi Shomeron, que fue una de las más viejas ciudades de Israel, hoy caída, cubierta con murallas y bastiones de Herodes; Siquem, junto a la cual Abraham levantó su tienda, debajo de los robles de Moré; Silo, en donde se realizó la partición del territorio entre las tribus, y donde posó por primera vez el tabernáculo, después de la conquista de Canaán.

Después me desvié hacia Jericó, que entonces estaba lleno de savias y de rosas: junto al Jordán andaban todavía algunos discípulos de Juan, llenos de saudade y de deseo; atravesé las lúgubres colinas de Judá, asilo de profetas, tumba de los héroes: una madrugada entré, solo, en Jerusalén.

Ese día subí enseguida al Templo. Junto a los pórticos exteriores, en donde todavía trabajaban cinceladores de Cesarea, canteros de Samaria, vi, entre hombres de Galilea, la alta figura de Jesús de Nazaret. Estaban parados, esperando: un hombre de Kariot, llamado Judas, curvado ante un cambista de moneda, cambiaba dracmas, atento. Me paré, conmovido, mirando profundamente al Rabí. Él estaba triste: los brazos caídos, sin voluntad, sin gesto; la cabeza desanimada. Tenía en sus facciones finas, delicadas, personales, una abstracción, una trascendente serenidad. Los ojos plenos de infinito, que parecían mirar desde un lugar inaccesible, la testa ancha, expresiva como la inmovilidad de un cielo, se parecían, superficialmente, como el cuerpo se parece a la sombra, a los ojos, a la testa de Hilel, de Jesús ben Sirac y de otro, que era como ellos dado a las contemplaciones, a la abstracción, al ideal. Su boca tenía una forma tan pura, tan leve, una inmovilidad tan penetrada de gracia, que parecía que de ella sólo debían soltarse ironías aladas; pero el fuerte contorno de los labios, la línea que era como un arco en descanso, tenían una gravedad, una belleza austera, que denunciaban el origen de las palabras elevadas y hacían sentir al profeta. Me parecía verle, en la parte inferior del rostro, una firmeza, una expresión de energía, que lo hacían un poco semejante a Judas Galileo, el poderoso agitador, en el que la acción era como sangre viva. Por lo demás, un aspecto sencillo.

Él miraba los trabajos de los pórticos, con un sereno desdén. En los galileos se sentía el constreñimiento, el aislamiento.

Entré en el santuario: en las cámaras de los servicios dos escribas discutían junto al arca del tesoro, con abundantes exclamaciones. Los interrogué; me dijeron que el Rabí de Galilea muchas veces había predicado en el Templo; que había curado algunos enfermos de los que se lamentan en las galerías de la piscina probática; que había argumentado con los escribas, y que en casa de Hanan, en la sala del baño, Gamaliel había dicho del Rabí:

—Él es bueno y justo; pero no dice cosas nuevas.

Se discutía mucho sobre aquella palabra contenida y desdeñosa del sabio Gamaliel, entre los privados de Hanan.

—Pero Gamaliel —decía soberbiamente el escriba— es un hombre ajeno a nosotros; mantiene relaciones con esa gente de la escuela de Alejandría; viaja demoradamente por Siquem, donde están los heréticos, y a Cesarea en donde están los romanos, y se da a la cultura helénica, despreciando la Ley.

—Hombre —dije yo—, ¿en qué desprecia Gamaliel la Ley, estudiando y sabiendo las letras griegas?

El escriba se rió finamente, con tono triunfo:

—¿Pues no dice el Texto —y su voz era acompasada y enfática— «Estudiarás la Ley de noche y de día, y si así no lo hicieres desagradarás al Eterno»? Pero... —y cruzaba ampliamente la capa, tosiendo, victorioso— pero Gamaliel sólo no desagradará al Eterno si estudia la sabiduría griega en un tiempo que no sea ni la noche ni el día.

El otro escriba, que era Eliel, de Efraim, aprobó ruidosamente, dándose golpes de pecho. Y bajo la sombra pesada del velario se saludaron, risueños.

Salí de las cámaras levíticas, a la hora séptima, cuando hay en las terrazas del Templo una vida poderosa. Unos argumentaban, o estudiaban la Ley, con las hojas de metal delante de ellos, en movimientos rítmicos; otros venían a comprar ofertas de palomas y corderos; algunos consultaban sobre cuestiones agrarias; muchos venían a cambiar monedas; los sirvientes del Templo pasaban con las reses para llevarlas a las piscinas; tocaban las trompas que anunciaban la hora de los sacrificios; los enfermos cantaban los salmos; las mujeres levíticas lavaban las vestes blancas en las pilas exteriores, atizaban las hogueras purificadoras, o giraban alrededor de las primeras columnas, golpeando discos de metal.

Yo entré en la Galería de Salomón, toda sonora de voces. Jesús, cercado de galileos, había enseñado. Algunos gritaban: «¡Hosanna al hijo de David!», porque los pobres, los enfermos y los niños, viendo que él era de entre los hombres el mejor, el más tierno, el más consolador, le llamaban el hijo de David; los escribas se reían; bostezaban desdeñosos. Algunos fariseos, tomados de exaltación, querían la convocatoria del Sanedrín. Un viejo herodiano, con gestos desolados, lamentaba la decadencia de la escuela profética de Israel.

—Es un ignorante —decían, con desprecio, vastos doctores.

Ásperos, celosos, con la cabeza envuelta en la punta del manto, las barbas erizadas, lo insultaban. El pueblo, haciendo ruido como una arboleda, hablaba del Maestro: algunos viejos decían:

—¡Sí, sí, hermanos, este es un profeta!

—¡Es Cristo! ¡Es el Mesías! —clamaban grandes voces.

Muchos iban, corriendo, a postrarse ante la Puerta del Arca, gritando:

—¡Gracias, Señor, el Mesías ha llegado!

Los sacerdotes interrogaban, inquietos. Los hombres se dispersaban por el Templo, gritando:

—¡Es el Mesías, es el profeta de Galilea!

Los escribas andaban entre la multitud, explicando, convenciendo:

—¿Qué decís? ¿Vosotros no conocéis la Ley?

—¡La Ley dice que el Mesías vendrá, y que Elías resucitará!

—¡Callad! —gritaban los escribas—. ¿Sois también galileos? ¿No sabéis que la Escritura dice que el Mesías ha de ser de la generación de David? ¿Y no sabéis vosotros que este es el hijo del carpintero José, y de una mujer de la aldea de Caná? ¿No os lo han dicho todos los que vienen de Nazaret?

—Es verdad, es verdad —decían algunos.

—¿Y no sabéis —continuaban— que los Textos dicen que el Mesías nacerá en Belén? ¿Y dónde nació éste? En Nazaret, bien lo sabéis.

Una voz, recelosa pero irritada, dijo:

—¡Pues él nació en Belén!

—¡En Nazaret! —calmaban algunos escribas.

—Sí, sí, en Nazaret —dijo la gente.

—¿Es, entonces, Cristo? ¡Id, hombres malditos, que andáis alejados de la Escritura!

Los del pueblo se callaban, pero bajaban rápidamente las anchas y bruñidas escalinatas, porque se decía que Jesús estaba curando y enseñando en el Tyrepeon.

VII

Fui apresurado al Tyrepeon: Jesús había salido a la Puerta de los Rebaños, atravesado el Cedrón, subido a Betania.

Cuando yo volvía para Bezeta, se acercó a mí un hombre muy conocido en Jerusalén, que era Jesús Bar-Abbas. Era una figura descarnada, torcida, arqueada, llena de cicatrices, inmunda, siempre riéndose, desharrapada. Era una especie de truhán de Jerusalén, con sus gracejos, sus farsas, sus dislocaciones: lo maltrataban, él se reía, extendía una punta de la túnica para aparar los dracmas. Se encontraba con su lámpara en todas las bodas, gritando en todos los entierros, con una piedra en todos los alborotos, en todos los suplicios con un cántaro de *posca*, para vendérselo a los soldados. Tenía todos los desastres de la miseria y del vicio, y era servil. Los soldados expedicionarios le pegaban, a veces lo prendían, pero el pueblo lo cubría con una protección avara. Estaba casado. Tenía una voz vibrante, fuerte para cantar los salmos, e imitaba a los profetas predicando. Olía miserablemente a ajo.

Jesús Bar-Abbas me pidió un dracma, y me dijo que esa noche Simeón, un rico del Sanedrín, tenía una cena para los oficiales del Templo y sacerdotes, fuera de las murallas, en Betfagé.

Simeón amaba las fiestas, había vivido en Roma, era soberbio, contaba con orgullo que había sido amigo del gladiador Esterius.

Bar-Abbas hacía reír a Simeón: comía con sus siervos, dormía en sus atrios.

Esa noche fui a casa de Hanan. En los patios, Juan se calentaba a la lumbre, junto a la vieja de Cafarnaún.

Caifás y Gamaliel estaban con Hanan. Gamaliel recitaba versos griegos; Hanan, reposado, con los ojos cerrados, grave, escuchaba; Caifás, aquilino, duro, áspero, tenía una actitud desdeñosa. Dos escribas, entrecruzados en el suelo, comían.

Cuando la velada ya iba avanzada, repentinamente Caifás me mandó a casa de Simeón. El Sanedrín debía reunirse al día siguiente a la hora octava: había exigencias del legado imperial sobre los vasos del Templo.

Un esclavo negro de Hanan me seguía con una linterna; la noche era negra, caliente, indolente: tan sólo se oía el aullar de los perros.

En Betfagé, los siervos de Simeón me condujeron al pomar en donde era la cena, bajo un velario hecho a la manera griega, suspendido de las ramas de los cedros. El suelo estaba cubierto de arena roja, brillante. Resplandecían grandes lámparas. Flores de Damasco, rosas de Jericó, jazmines de Corozain, y las plantas fuertes de Galaad, pendiendo de los jarrones negros de Perea como serpientes verdes, inundaban el aire de la blanda vitalidad que dan los aromas. En el suelo había ánforas, gruesos cántaros envueltos en paja, jarros cincelados. Los esclavos frigios, con sus largos cabellos relucientes de óleo, giraban apresurados.

Había allí miembros del Sanedrín, escribas, sacerdotes, herodianos, saduceos, fariseos. Todos ellos eran celosos devotos, generosos en sacrificios; algunos solían cubrirse con ceniza. Estaban todos tumbados en estrados, cubiertos con lanas de Babilonia. Algunos eran gordos, fuertes, rojos. Casi todos tenían una fisonomía áspera, adunca, erizada de barbas. Relucían cabezas calvas.

El vino dorado, el vino de Safed, un falerno de Cesarea, el *massico* daba una amplia

respiración a los pechos, un feliz centelleo a los agudos ojos negros. Había grandes risas. Fariseos austeros, que se hieren en las piedras de los caminos, curvados sobre los discos de acero bruñido, devoraban con un ruido devoto. Otros tenían mirares ansiosos, y desapercibidamente vaciaban las anchas copas de bronce. Algunos decrepitos, desdentados, tenían sobre la barba hilos de salsa. ¡Viejas manos trémulas y lívidas levantaron las ánforas!

Algunos, extendidos sobre lechos como animales que rumian, tenían las túnicas sueltas, los brazos desnudos. Cabezas enérgicas, duras, mostraban una expresión irritada, fija, vacía; los viejos tenían amplías risas cínicas. Unos dormían, otro cantaba. Un viejo curvado, flojo, ronco, recordaba a las mujeres, y los fariseos se reían. Entre esta multitud sacerdotal había un romano. Era Publio Sexto, lugarteniente del legado imperial; hablaba con palabras abundantes y grandes gestos. Era pálido, con una pequeña cabeza enérgica y voluntaria, disoluto, servil, falso, suntuoso, y venía de Caprea. Allí lo escuchaban como a un profeta en el antiguo Israel; hablaba de la Vía Apia, de las fiestas de Roma.

Yo escuchaba, apoyado en un árbol, en la oscuridad, concentrado y triste.

—Sólo en Roma se vive —decía—. Esto es peor que el barrio de las Esquilias. No es por vos, Simeón, que tenéis la escuela de vuestro amigo Ventidio, hombre que sabe comer; pero, en realidad, nos reciben aquí como Evandro recibió a Hércules, con harina cocida y una estera espartana.

—¡Pero vosotros, los romanos, sois glotones y os gusta el vino! —dijo Nathaul, un escriba, hombre envidioso, con labios carnales.

Pero Publio hablaba de una cena en casa de Ático, antes de venir a Ostia para embarcar con el legado de Siria.

—¿Queréis saber? —preguntaba.

—Decid, decid —gritaban curiosamente por la mesa.

—El suelo era de mosaicos griegos. Entre las columnas había anchos paños tejidos de acero, pesados, a la manera de Cartago.

Un vapor de agua templada penetraba los músculos, languidecía. Habíamos restregado los brazos, el pecho, con pedazos de piel de tigre humedecida con óleo.

¡Teníamos los miembros fáciles para la danza, para las esclavas! ¡Del techo caían pétalos de rosa húmedos!

Todos tenían los ojos brillantes; se extendían para escuchar; algunos estaban de pie, junto a Publio.

—¡El trinchador —decía él—, el trinchador, amigos míos, era el mismo Triferio! ¡Había liebre, gacela, faisán de Lichtia, cabras de Getulia, jabalíes, corderos de Tibur, que nunca habían comido hierba, y tortugas delicadamente preparadas en salsas de Campania, en su propia concha, pulida, transparente! ¡Morenas del lago Lustrino, langostas nadando en aceite de Venafre! Las copas eran de ámbar. ¿Qué decís?

Los austeros doctores, los graves herodianos, los fariseos, cebados, lustrosos, con los labios brillantes de las salsas, la boca embadurnada de vino, tenían un mirar ávido, goloso, impío, hacia las palabras de Publio.

Bar-Abbas, entre los esclavos, tenía los ojos humedecidos por el deseo. Todos se quedaban admirados.

¡El romano anunciaba el fin de la cena y entraban las gaditanas, envueltas en tejidos diáfanos, corriendo en coreas, alrededor de los triclinios, y aspergían la cabeza de los saciados con lilas mojadas en falerno! Y hablaba de las mujeres romanas del barrio de Suburra; y con una voz blanda, curvándose:

—Estas mujeres sirias —decía— tienen unos ojos oscuros que valen cientos de sestercios.

Los otros reían. Hablaban bajo, jovialmente, contaban, recordaban, deseaban.

—¡Estas mujeres son castas y cuidadosas, las romanas son disolutas, y allí todo terminará, como en Sodoma y Nínive!

Quien así hablaba era un fariseo, Esén, hombre delgado, lívido, cavado de ayunos, con unos ojos tenebrosos, mucha barba. No comía, y parecía constreñido, aislado. ¡Había venido para maldecir, para recordar la muerte y el terror de Jehová!

—¡Disolutas, dignas del fuego, para vosotros, devotos y celosos! ¡Pero bellezas impecables, inmortales, para quien puede aflojar la red de oro en la que ellas sujetan el seno! Son sus costumbres las que las hacen deseadas, las que las hacen más apetitosas que todas las harinas mojadas en leche que se ponen en el rostro, y que todos los ungüentos de Popea.

Publio hablaba, inflamado, descompuesto: tenía gestos lascivos, gritaba los nombres de las damas romanas:

—¡Ved Laupela, una patricia! ¡Y Medulina! ¡E Hilia, que se enamoró del actor Urbius, e Hipra, que huyó con el gladiador Sergio, e Hipula, que en plenos juegos megalesios, delante del pueblo romano y de las legiones, escupió a la estatua del Pudor!

Una gran risotada sacudía los pechos. Bramaban:

—¡Contad, contad!

Llenaban las ánforas: repelaban a los esclavos. De bruces, sobre la mesa, con la cabeza apoyada en los brazos, esperaban vueltos hacia Publio, con ojos perturbados. Los viejos abrían ampliamente una boca oscura, sin dientes. Sus ojos relucían. Había gritos. Un escriba del arca del tesoro gagueaba una cantiga siciliana, con voz áspera, arrastrada. El círculo de cabezas ávidas, duras, curiosas, destacaba violentamente en la oscuridad. Publio exclamaba, con palabras tumultuosas: tenía la túnica clara manchada de vino, los brazos desnudos, blancos, femeninos, y gesticulaba mucho.

—Y Tucia, y Tucia —gritaba—; yo la vi un día en el teatro, cuando el actor Bactilo hacía con toda suerte de lascivias el papel de Leda, torcerse en su sitio, arrancar la red de sus senos, y con los ojos mortalmente lánguidos llamar con altas voces: «¡Bactilo, Bactilo, ven!».

Grandes risotadas. Algunos gritaban, imitando al romano:

—¡Bactilo, Bactilo!

Los viejos se torcían en sus triclinios, tomados por la risa, de escándalo. Algunos escribas gritaban: «¡Viva Roma!».

Los fariseos tenían unos ojos terribles, una atención ávida. ¡Uno cortaba violentamente la madera del estrado, mordiendo los labios!

Publius pedía falerno, hojas de laurel, insultaba la indolencia de los esclavos, quería prender fuego al velario y decía:

—¿Quién conoce a Cesenia? ¿Nadie conoce a Cesenia?

Cessenia tenía de dote seis millones de sestercios. Se casó con Sertorio, el pobre, con la condición de poder escribir delante de su marido recados a los amantes, y poder ir a acostarse una vez cada mes, con quien entrase, en el lecho alquilado de un lupanar de Suburra.

Los escribas se reían, vaciaban las copas, desahogaban el cuello de las túnicas pesadas, lanzaban lejos las hojas de metal sujetas a la cintura, en las que está escrita la Ley. Uno, ebrio, con los ojos rayados de sangre, pedía el culto a Baal.

Algunos sacerdotes se habían dormido sobre los triclinios, curvados, enroscados,

inmóviles. Los fariseos torcían los brazos, hablaban de Tiro.

Publio clamaba:

—Pues ¿qué hay mejor que ver a una patricia, de gran peinado y falda corta, después de estar llena de ostras y langostas irritantes, beber de un trago en una enorme copa el falerno consular, y, resbalando sobre el mosaico húmedo de vino, venir a caerse sobre nuestro pecho, gritando en griego: «¡Ay, vida mía!»?

Y Publio arqueaba lascivamente los brazos, dejando colgar la cabeza, la garganta túmida de suspiros, jadeando.

Los escribas, los fariseos estaban llenos de delirio y de vino. Se reían como animales. Soltaban grandes gritos. Algunos se revolcaban en el suelo: mordían los almohadones de los triclinios. Derramaban el vino sobre los vestidos, abrazaban a los esclavos, rompían las copas, exaltados. Uno jugaba a la lucha con un árbol, después lo rodeaba, lo besaba. Cantaban con grandes voces los cantos del tiempo de Salomón, poniendo expresiones lascivas. Se golpeaban en la cabeza contra los grandes jarrones cincelados. Corrían, inflamados, como en un misterio sagrado. Algunos se vanagloriaban de disoluciones ocultas. ¡Hablaban de dinero, de banquetes, de mujeres, de prostituciones sagradas en lo más profundo de los bosques!

Publio gritaba:

—¿No sabéis, fariseos, no sabéis la aventura de Lentulo?

—¡No, no! —clamaban algunos, penetrados por la alegría, por el escándalo, por inflamadas curiosidades.

—Lentulo se casa con una virgen patricia, nieta de cónsules: nueve meses después, prepara, según la costumbre, para el hijo que va a nacer, la cuna de carey, cubierta de estofados y de ramas de laurel, y la expone a las buenas palabras de los que pasan. Pero toda la nobleza de la Vía Apia revienta en risotadas. El hijo de Lentulo era la imagen viva del bufón Eurialo; tenía, como él, tres verrugas en el mentón.

La risotada hacía reír al aire sonoro. Publio, de pie, manchado, con la túnica rota, descompuesto, gritaba:

—¡Oíd, oíd!

Escuchaban con una risa inquieta.

Y Publio enfático:

—¡Los actores —decía—, los gladiadores, los bufones, los tocadores de flauta, los truhanes, son los padres de todas las criaturas que nacen en la nobleza romana!

Un viejo fariseo, elevando sacerdotalmente un ánfora, gritó con una voz terrible:

—¡Vivan los truhanes!

La multitud sacerdotal bramaba, ululaba, cantaba, se tiraba por el suelo. Era bestial e inmundada.

Aquel ruido me parecía triste como una copa de piedra de sepulcros.

Bar-Abbás, golpeado, se tambaleaba, blasfemando, inmundo y jocosos.

El vino empezaba a domarlos; algunos resbalaban, se caían, se agitaban como agonizantes, y perdían sus espíritus en un sueño petrificado. Otros entraban en la espesura del pomar, buscando la frescura de la hierba y del agua. Unos hablaban como con un delirio grotesco. Dos escribas discutían, frenéticos, hostiles. Un fuerte y vasto fariseo, de bruces sobre la mesa, la mirada fija, bestial, roía monótonamente una flor.

Simeón roncaba en su estrado. Publio en el suelo húmedo. Los esclavos echaban pieles sobre los durmientes. Los lampadarios se extinguían. Venía un frío húmedo.

Cantaban los gallos.

Crucé el pomar y subí a una terraza.

Una claridad asustada, abatida, aparecía. Yo veía aún relucir lámparas en los pequeños bazares que están bajo los cedros del monte de los Olivos. Se oía el rumor grave del Cedrón; a veces, el grito de un chacal. Veía Betania; allí Jesús dormía sereno, puro, impecable.

Volví a los pórticos de la casa, por la calle con arcos del pomar. Allí había un rumor; los esclavos, agitados, hablaban. Algunos de la milicia del Templo habían encontrado, en el Pórtico de David, en las lajas, una mujer en brazos de un hombre. Era una adúltera; la milicia la traía a casa de Simeón, que aquella semana hacía la condena de los desacatos al Templo, en nombre del Sanedrín. La milicia había sido diligente, apresurada, minuciosa, porque la miserable era la mujer de Bar-Abbás, y todos querían ver las contorsiones jocosas, el disgusto grotesco del truhán. Pero Bar-Abbás estaba postrado, inmóvil, enroscado, en el suelo.

Fui al sitio del velario; los doctores, los fariseos despertaban; era ya mañana azul; todos se levantaban, fatigados, sombríos, callados, hostiles; se acurrucaban en los mantos, lívidos, ateridos de frío; buscaban los cinturones de las túnicas, amarraban los flecos, recogían, limpiaban las láminas de la Ley; se sacudían, penetrados de llovizna. Querían agua clara, fría; los esclavos traían grandes conchas de jaspe; bebían, sumergiendo la cabeza; llenaban las copas; algunos iban a estirarse, a rastras, junto a un regato, y bebían con la cabeza entre las hierbas. Simeón, absorto, soñoliento, bostezaba.

—Venid —le decía yo—, tenéis servicio; vinieron unos de la policía, con una miserable mujer.

Simeón, temblando de frío, febril, encogido en su manto, caminaba, arrastrando los coturnos, hacia su patio civil. Fariseos, doctores, miembros del Sanedrín lo seguían. El patio era ancho, con columnas. Una lámpara se apagaba. El perro atado gruñía.

Los de la milicia hablaban, se reían, partían un pan oscuro, bebían en cántaros. La mujer, caída sobre el suelo, rota, soñolienta, imbécil, sollozaba. Su túnica abierta dejaba ver la forma impecable de su seno.

Simeón interrogaba.

—Ven pronto —decía yo, con una voz fuerte, que dominaba en el silencio—; la encontraron a la puerta del Templo, en el Pórtico de David. Vedla. Estaba cometiendo adulterio.

—¡Oh! —dijeron todos, indignados.

Y fariseos, escribas, sacerdotes retrocedían, escondían la cabeza en los mantos, extendían la palma de la mano, maldiciendo:

—Lapidada, lapidada —dijeron, irritados.

Algunos le escupían en el seno. Y salían apresurados, levantando los mantos, para que no tocasen el suelo, impuro por el contacto de la mujer adúltera.

Esén se alejó, y le habló a Simeón al oído.

—Sí, sí —dijo Simeón; y volviéndose a los de la milicia—: esta mujer, que sea guardada aquí hasta la hora sexta.

Salí. Los soldados romanos abrían, con estruendo metálico, las puertas de Jerusalén. La multitud se apresuraba: venían los vendedores de legumbres de las huertas de Betfagé, de Betania: los campesinos de Betel traían los sacos de trigo: pasaban solemnemente las filas de camellos. Un beduino de Idumea conducía rebaños: las reses balaban. De lo alto de la torre Antonia llegaba un son de trompas: entraban viejos mercaderes sentados en sus burros; un vidente clamaba.

VIII

Yo iba triste: el amanecer, la aparición espiritual de la aurora, plena de melancolía después de las noches cargadas de vino, hartas de carne. Además, nunca los tenebrosos devotos habían despertado en mí, por su artificio, tan altivos desprecios. Apenas dormí durante el resto de la madrugada: a la hora cuarta, me dirigí, oscuro y desconsolado, a mis monótonos oficios en el Templo. Algunos de los fariseos, de los escribas que se habían tirado en el césped de Simeón, ya discutían, ajustaban reses para los sacrificios.

El día estaba nublado, hostil al hombre. Yo me ahogaba en melancolía: pensaba en los prados de Galilea, en las aguas del lago, en los espesos follajes: Jerusalén, ciudad de piedra oscura y de negra intriga, me pesaba. Me sentía desconectado de la vida sacerdotal. Y decía: «¡Si yo fuese un pobre cultivador de las viñas de Safed, un sembrador de las planicies de Safed, un sembrador de las planicies de Sharón!».

La multitud provincial llenaba el Templo: era el ruido de un mercado; mi irritación aumentaba, percibía a mí alrededor una influencia material, dura, mezquina, sofocante. Me iba a apoyar en la balaustrada de la Galería de Salomón, miraba el verdor, las huertas, los cedros del monte de los Olivos: pero tenía que entrar en los santuarios, que rozarme con los fariseos, escribas, con aquellas jerarquías sacerdotales que me amargaban. Las columnas enormes y blancas, las puertas esculpidas en bronce me irritaban: envidiaba la hierba que crece junto a las piedras de los muertos.

Aquella vida sin fe, sin dignidad, me resultaba tan odiosa como me resultaría odioso mi cuerpo si se petrificase, dejando mi alma libre. Para cualquier parte que mirase de aquella organización sacerdotal, sólo veía una hipocresía o una especulación, o una vanidad o una humillación: los sacerdotes que se postran a la entrada del santuario, sustentado por dos levitas risueños, en su éxtasis hastiado; los argumentadores vanos, artificiales, vacíos; los enfermos que cantan los salmos, mendigan, ríen, hacen ruidosa ostentación de sus llagas, todo me producía un tedio oscuro y atormentado. Sentí en mí cóleras de bárbaro: me agradaba la idea de despreciar con un azote aquel sacerdocio envilecido que vive del Templo, comprende su vanidad y acepta su lucro. ¡Cuántas veces percibí la sonrisa imperceptible de los sacerdotes sacrificadores ante la piedad simple y creyente de pobres galileos y de provincianos ingenuos!

¡Casi envidiaba al romano, al griego, al mercader de Tiro, que no es de Jerusalén, ni del Templo, que no habita en este espacio duro, entre el Acra y el Moria, cautivos y gimientes!

¿Qué tenemos nosotros, en Jerusalén, de bueno, de justo?

—¿Tenemos una patria? No —y miraba la torre Antonia, en donde los expedicionarios, con gran ruido, tiraban al marro.

—¿Tenemos una religión, una fe? No —y veía a los que iban a ofrecer vistiendo los *pertuales*, para degollar la paloma de la roca sagrada, hastiados, bostezando de las noches mal dormidas en la cuesta de Sión o en la calle del Alto Mercado, en el lecho del cortesano de Cesarea.

—¿Tenemos nosotros una ciencia, una ley elevada, fuerte, justa? ¡No! —y miraba a aquellos estériles, consumidos doctores, clamando contra una palabra, y discutiendo si los papiros deben enrollarse o doblarse para agradar al Señor.

Incluso la blancura del Templo, aquellas escalinatas nuevas, bruñidas, aquellos

frisos pálidos y nítidos, me daban la sensación como de algo que no tiene alma, ni pasado, ni leyenda ¡Y sentía que el ideal ya no habitaba en Jerusalén!

Ambicionaba tener la palabra de Isaías, la ciencia de Gamaliel, la popularidad de Judas Galileo, y al frente de las multitudes del Norte, galileos o samaritanos, gente espontánea o fuerte, derrumbarlo todo en la oscura ciudad, desde el pórtico en que ora el fariseo, hasta la almena en que escarnece el romano. Estos pensamientos me llenaban, resultado de la noche perturbada, o de un estado elevado de conciencia o, en fin, de la reacción que en toda alma honesta ocurre un día, contra lo que ella cree, el error o la vanidad.

—¡Ah! ¡Jesús de Nazaret —pensaba yo— es el único hombre que nos podría salvar, o como un Mesías, o como un macabeo, o como un hombre sencillo, que tiene la fe y la justicia! ¿Pero tendrá la acción?

Aquellos brazos consumidos de levantarse en vano para su ideal, ¿tendrán vigor para sostener la vieja espada de la patria judía? ¿Será él el hombre humano, fuerte, duro? ¿O su cuerpo es tan sólo la cárcel de un alma melancólica y trascendente?

El Rabí de Nazaret tiene popularidad en Galilea; sus máximas generosas, en las que caben el pecador y el pagano, lo llamarán a Samaria; Perea es un país de profetas; el pueblo de Jerusalén sufre todos los días la vejación de Roma; todo el país cultivado, que va hasta Jope, es infeliz, porque el tributo devora la cosecha. ¿Podrá Jesús de Nazaret hacer este movimiento popular?

Porque la idea de una patria me perseguía, como una voz que pide socorro.

—¿Por qué no? —decía yo—. En sus ojos he sorprendido ya una voluntad dura: ¿por qué él ha de ser apenas abstracción, burla, símbolo?

Y pensaba en hablar a Jesús de Nazaret. Estas ideas me aliviaron, como inesperados consuelos.

El día se azulaba, se llenaba de sol inmortal. Yo sentía, junto a los pórticos, en donde esperan las reses de los sacrificios, el profundo mugido de los bueyes: tenía la sensación de la naturaleza verde, de tiempos reposados, contentos.

El Templo estaba lleno del rumor de la multitud civil. Yo bajaba la gran escalinata al patio de la Balaustrada: vi a Jesús de Nazaret junto al pórtico en donde están las inscripciones latinas y griegas de la entrada prohibida, cercado de galileos, de pueblo. Los de Jerusalén empezaban a prestar atención a las palabras de Jesús: aunque penetrados de la educación farisaica, y limitados en un espíritu estrecho y hostil, encontraban verdad, dulzura, en las parábolas del Rabí de Galilea: era el pueblo del bajo mercado, de los alrededores de Betania, de Betfagé, del monte de los Olivos. Los mercaderes, los ricos, incluso los más alejados del celo farisaico, dedicaban a la palabra del Maestro la risa áspera, el desdén, o la indiferencia.

El Rabí de Nazaret estaba triste. Seguramente se sentía aislado, sofocado, en aquel mundo hostil de discusiones. Jerusalén debía de pesar en el alma delicada e inspirada del Maestro. Echaba, ciertamente, de menos sus campos de Galilea, las soledades consteladas, los pomares de Corozain. En aquella alma se daba una lucha dolorosa entre la fe, la convicción que lo retenía en Jerusalén, y sus instintos de verdad suaves, idílicos, que, con voces amantes, lo estaban llevando hacia los prados de Galilea. Su vida hasta entonces había sido pausada, fácil como su túnica, toda penetrada del amor, de la luz paradisíaca del reino de Dios.

En Jerusalén su vida sería de lucha, de intriga, de hostilidad, de desdén. ¿Y de dónde había tomado el dulce Maestro del lago la energía, la resistente fibra, para esos días

amargos? ¿En el mecimiento del agua, en el aire dulce de las montañas de Galilea, en la lectura serena de la sinagoga de Magdala, en el amor humilde de sus compañeros? ¿El hombre muy amado puede ser fuerte? La felicidad simpática, las intimidades femeninas, la piedad de los viejos ¿pueden dar la dureza, la altivez, la actitud indomable? No, no: en presencia de aquellas poderosas jerarquías sacerdotales, de la hostilidad minuciosa de los escribas, de las oposiciones farisaicas, de la impasibilidad enemiga de Jerusalén, su alma acostumbrada a ser amada, rogada, debía encerrarse ásperamente en su ideal, como en una concha. El temor a la muerte era, en él, seguramente mayor que la repugnancia que debía hacer a su alma virginal el escarnio, la argumentación vengativa, el oprobio. Vivir siempre en Galilea, clavar su corazón, darse en amor y en verdad a los infelices malamados y extraviados, tener la eterna serenidad de su idilio social, ¡qué dulce futuro, tierno, purificado, cubierto de luz!

¿Y estaba él de verdad seguro de convencer a las almas, de convertir las hostilidades? ¿Cómo se comprendería su palabra de amor, igualdad, perdón, pobreza, en este mundo tan egoísta, avaro, jerárquico, luchador, político? ¿No iba a ser repelido por un inmenso desdén? Él solo con su palabra etérea, por la promesa del reino de Dios, ¿cómo lucharía con estos sacerdotes que tienen literas, milicias, esclavos frigios, columnas de mármol grandes como torres, y un templo edificado como una eternidad? ¡Y sus ojos se volvían con amargura a las edificaciones de Herodes el Grande!

Los galileos adquirieron, en sus facciones y en su perfil, la melancolía del Maestro: ¡ellos, pobres campesinos ignorantes, se sentían aplastados en medio de tantos mármoles del Templo, de tanta ciencia de doctores, de tantas fuerzas civiles!

Jesús iba con pasos casuales por las terrazas del Templo, sus ojos tenían una vaguedad inefable. Los discípulos le mostraban ya un sacrificador revestido, resplandeciente, ya las altas columnas incrustadas de jaspe, ya las láminas de oro del santuario: él miraba, infinitamente triste, con un desdén abatido.

Yo estudiaba junto a él el movimiento probable, lógico, de sus ideas; pero un gran rumor llenó el Templo.

Jesús de Nazaret estaba en las altas terrazas, desde las que se domina todo el bajo recinto del Templo.

Por los patios, por las escalinatas, se sentía a una multitud que vociferaba, dando gritos penetrantes.

Más adelante, entre algunos de la milicia sacerdotal, armados de palos, acorazados con pieles de búfalo, venía una mujer, arrastrada; escribas, fariseos, herodianos, inflamados de celo, llenos de las venganzas de la ley, a su alrededor, venían con grandes gestos de cólera, ásperas imprecaciones. Sus ojos negros, irritados, relucían. La mujer, a cada paso, se caía, se abatía, duramente golpeada: tenía fuertes cabellos negros despeinados, los pies manchados de sangre, la túnica despedazada, el rostro levemente aquilino, tomado por la aflicción.

La multitud dura clamaba: todos corrían, curiosos; venían los vendedores de tórtolas, los cambiadores de oro, los escribas salían del santuario, venían los pregoneros, los demandantes, los que se pasean por la calle con fardos, o conduciendo ganados; los enfermos de la piscina se arrastraban, los cojos corrían con grandes dislocaciones en sus muletas.

Todos interrogaban, querían llegar hasta los soldados, a los fariseos, había una curiosidad bárbara: algunos se subían a las balaustradas, y extendiendo el manto sobre la cabeza, contra el pesado sol, miraban ávidamente; las aves de sacrificio asustadas

revoloteaban, las reses balaban. Los sacerdotes, revestidos a la puerta del santuario, sobre el trípode de bronce, miraban, interrogaban. La multitud llenaba las escalinatas y los patios.

El Rabí de Nazaret estaba en la terraza, inmóvil, sereno, rodeado de sus galileos; frente a él había un espacio golpeado por el sol: los soldados se pararon allí, y la mujer cayó sobre la piedra, sofocada, abandonada, torciendo los brazos. Era alta, escultural, de fuertes cabellos, con una semejanza pagana.

Entonces, en medio de un gran silencio, un escriba, que venía, se dirigió a Jesús, y con voz austera, altiva, dijo:

—Rabí, sabemos que eres justo y verdadero; aquí está una mujer que fue sorprendida en adulterio en los pórticos del Templo.

—¡Lapidada, lapidada! —prorrumpió la multitud.

Se levantaban brazos con palos; surgían rostros inflamados; se oían los gritos agudos, arrastrados, de las mujeres.

Jesús tenía la mirada abstraída, a sus pies la mujer sollozaba. Los soldados se reían.

El escriba hablaba, con gestos abundantes:

—Rabí —decía—, la Ley de Moisés, nuestra Ley, dice que la mujer adúltera debe ser lapidada; pero tú, que la comentas, explica la Ley; ¿qué piensas tú, Rabí?

Jesús miró al escriba, serenamente.

—Oh, Rabí de Nazaret, perdona siempre esos pecados —gritó alguien entre la multitud.

Se oyeron risas. Un viejo, áspero, adunco, gritaba:

—¡Él vive con mujeres posesas; él vive con los publicanos!

Y un fariseo gritó:

—Es el Salomón de las mujeres perdidas.

Toda la multitud se rió a sus anchas, pero el escriba mostraba la filacteria en la que está escrita la Ley, y exclamaba:

—Oye bien, Rabí, la Ley de Moisés la manda lapidar.

El pueblo cruel era un clamor:

—¡Lapidada, que sea lapidada!

Algunos fariseos gritaban:

—¡Es el Rabí, es el Rabí de Nazaret!

Los sacerdotes, escandalizados, hacían ver los centuriones de la milicia templaria. La multitud era espesa; los mendigos pregonaban *posca*; los vendedores de Betfagé enseñaban tórtolas adornadas de escarlata; los enfermos de la piscina iban entre la gente, enseñando sus llagas, recitando los salmos, pidiendo dracmas; desde la torre Antonia cabezas de legionarios espían.

Entonces una voz aguda, vibrante, amarga, gritó:

—Ésa es la mujer de Jesús Bar-Abbas.

Una carcajada sonora, pesada, tomó al pueblo: los soldados apretaban sus costillas; los sacerdotes, junto a las puertas del ara, se reían en sus largas barbas, haciendo oscilar las pesadas mitras claveteadas. Mientras tanto, los fariseos iban entre los hombres, contentos de risa, diciendo:

—Ese Rabí de Galilea quiere que sea perdonada; es un hombre impuro, que desprecia la Ley.

Algunos querían llevar al Maestro ante el Sanedrín.

Pero en la multitud había una oscilación; se oían gritos, risotadas joviales, voces; el pueblo se alejaba; y de entre su oscuro espesor venía empujado, repelido, lanzado, un

hombre.

Y voces alegres bramaban:

—¡Ahí va Jesús Bar-Abbas, ahí va!

El hombre desharrapado, absorto, asustado, vino a pararse, mirando, con esa áspera inquietud, como un buey espantado, junto a Jesús.

Era Bar-Abbas.

Vio a la mujer sollozando, caída sobre las anchas lajas.

Y miraba, con los ojos vibrantes, se volvía, retrocedía, y volviendo, con ambas manos, violentamente, una punta de la túnica, la extendió hacia la multitud, gritando:

—¿Quién da para el luto?

El pueblo reía; bramaba:

—¡Lapidadla, lapidadla!

Bar-Abbas decía:

—¡Lapidadla, dadme para el luto!

Y se reía, con grandes contorsiones, gesticulando. La mujer lloraba.

Había un clamor; el pueblo pedía la lapidación, los fariseos, los escribas decían que el Rabí quería el perdón, el desprecio de la Ley.

—Habla, Rabí, habla —le gritaban de entre la multitud.

Pero Jesús miraba sereno, callado.

Entonces un escriba, levantando los brazos, convulso, con la voz mordiente, colérica, rugió:

—¡Sí, sí, pueblo de Jerusalén, el Rabí de Galilea desprecia la Ley, quiere el perdón de la mujer adúltera!

Se levantó un clamor enemigo, algunos, celosos, levantaban palos, pedían la muerte.

Pero Juan, exaltado, tomando del brazo al escriba, le gritó poderoso, irritado:

—¿Quién te dijo que el Rabí de Nazaret perdona a la mujer adúltera? Él manda lapidarla.

Había un silencio. Y Jesús, adelantándose, con toda la nobleza de su estatura, hacia la multitud, con una mirada inflamada de luz, dijo:

—¡Sí, lapidadla, y aquel de vosotros que se crea sin pecado, que tire la primera piedra!

Su voz era fuerte, cóncava, misteriosa; asustaba.

La inmensa multitud estaba callada, absorta, se elevaron algunos rumores: los fariseos, los escribas se alejaban, refunfuñando. Algunos viejos lloraban; algunas voces decían: «¡Es el Mesías, es el Mesías!». Todos se dispersaban. Los grandes patios relucían al sol, casi desiertos.

Alegré a los soldados, solté a la mujer: los fariseos, en grupos irritados, contrataban, a la puerta del santuario, entre los centuriones de la milicia del templo.

Yo, que tantas veces había asistido a lapidaciones de adúlteras, estaba concentrado, absorto: aquella palabra, caída en medio de mi educación judaica, perturbaba toda la organización del mundo interior que nos habita. Me alegraba ver, con una palabra sencilla y genial, la hipocresía de una raza herida en su esencia: tenía admiraciones inesperadas por el espíritu armonioso del Maestro de Galilea.

—Sí, sí —decía yo—. Jesús de Nazaret, por su genio sencillo y justo, por la delicadeza penetrante de su palabra, por su enseñanza sobre la riqueza, sobre los pobres, sobre el perdón, sobre el culto, y por la poderosa influencia de su ser sobre los hombres, está destinado, quizás, a ser la regeneración de Israel. Si él sólo tiene el espíritu, yo tendré

por él la fuerza. ¡Ay de mí, ignorado, débil, tímido, más especulativo que activo! ¿Cómo podría ser yo el hombre decisivo de una insurrección?

Pero el tedio de la vida presente, una juventud ávida de acción, el desdén irreconciliable por el Templo, y por su gente, el prestigio que en mí tenía la vida del agitador Judas Galileo, todo eso, y el deseo de acercarme al Maestro de Galilea me llevó a buscar a Juan, de Cafarnaún, y a pedirle, simplemente, rápidamente, que me llevase a Jesús de Nazaret. Juan me dijo que por la noche estuviese junto a la Puerta de los Rebaños; vendría un hombre que me diría esta palabra: «*Shalom*», que era el saludo usado por el Rabí; que lo siguiese, y en la noche alta hablaría a Jesús.

Una trémula inquietud me tomó hasta el anochecer: el contacto con aquel hombre, la gravedad de las ideas que yo le llevaba, el peligro, todo me volvía más perfecto de sentidos, más abundante de palabras, más pronto de fe.

IX

A la hora tercera de la noche, bajaba yo entre los pomares que tienen su raíz en la cuesta en que se asienta el barrio de Bezeta: en un huerto, junto al monte de los Olivos, yo vería a Jesús de Nazaret.

La noche estaba henchida de una viva luz de luna, profunda; había sombras suaves bajo los anchos ramos: un silencio dulce ocupaba la tierra. Oí apenas un canto, triste, arrastrado: alguna pobre mujer acunaba a su hijo, lloraba al marido llevado para las legiones de Roma.

El hombre que me guiaba abrió una puerta estrecha, de mimbre; entré en un espacio cubierto de hojarasca de cedro: se sentía frescura de agua, olor a plantas.

La luna alumbraba, en frente, un espacio abierto, limpio, con un banco de piedra: ahí, con los brazos cruzados en el regazo, la cabeza apoyada en el muro, la mirada ahogada en el espacio iluminado, estaba Jesús.

Se levantó, lentamente, y dijo:

—Paz.

—Paz y alegría, Rabí —dije yo—. ¿Velabas?

—Velo siempre. ¡Bienaventurado el que vela! Él es como el siervo diligente, que espera despierto a su señor que fue a las bodas; y apenas lo siente llegar, corre rápido a abrir.

Jesús se calló, perdiendo su mirada en el inefable espacio luminoso.

Yo me acerqué, y con una voz profunda, convencida, dije:

—¡Creo en ti, Maestro!

Jesús miraba, arrobado, trascendente.

Había un silencio; yo estaba constreñido, y decía, para llamarlo a nuestras comunes imaginaciones:

—Rabí, ¿qué piensas que es necesario para alcanzar feliz la vida eterna?

Jesús posó en mí, demoradamente, sus ojos severos.

—Sirves al Templo —dije—, sirves a la Ley, y no conoces la Ley. ¿Qué dice la Ley?

—La Ley —dije yo— enseña que amemos a Dios sobre todo, y a los demás como a nosotros.

—Y yo digo lo mismo que la Ley.

Y me miraba, penetrantemente; hablaba como en un sueño, o a alguien invisible.

—No se puede servir bien a dos señores: uno de ellos se ha de despreciar; al otro, servir. No se adora en el mismo corazón a Dios y a Moloc.

Comprendí que el Rabí no confiaba en mí: que me creía un emisario del Templo para escuchar su doctrina, y dar testimonio contra él.

Contesté con una dignidad dura:

—Tienes para mí palabras desconfiadas, Rabí. Llama a Juan. Él sabe que creo en ti, y que no voy a daros testimonios que el Sanedrín pone detrás de las puertas de los blasfemos de la Ley. Mi cuerpo sirve y vive en el Templo, pero muchas veces mi espíritu anduvo contigo, en deseo y en verdad, en tu lago de Tiberíades. Llama a Juan.

El Rabí me consideraba, atónito.

—El hombre —dijo él— da testimonio del hombre: sólo Dios conoce los corazones.

—Pues bien: tú, que, según dicen, eres hoy el más grande vidente de Israel, tú, juzga o condena mi alma.

Dije esto grave, firme, áspero. Jesús de Nazaret, con el rostro esclarecido, me dijo dulcemente:

—La fe salva.

Y después de un momento:

—¿Y quién dicen entonces los de Jerusalén que soy yo?

—Unos, Maestro, dicen que eres Elías, o el Bautista resucitado, otros que eres el Mesías; los fariseos piensan que eres un blasfemo ambicioso, o un simple sincero; la mayor parte te ignora: esta es la verdad.

—¿Y tú quién dices que soy?

—Yo digo que eres un hombre justo, y una elevada conciencia de las cosas divinas. Digo que eres un hombre mandado providencialmente, en un tiempo humillado y vil, para levantar las almas, desenmascarar las hipocresías, vengar la patria. Pienso que si tienes que tener una acción en el mundo, esa debe ser que te rebeles contra la aristocracia del Templo, contra este espíritu estrecho de Jerusalén, contra este culto pagano a las tradiciones, contra el fariseo y contra el romano, ser el consolador, ser el vengador.

—Hombre, ¿en qué espíritu estás?! Yo he venido a salvar las almas, no a perderlas.

—¿Y es perderlas, hacerlas justas? ¿Es perderlas, el combatir a este sacerdocio rico e indiferente, a este culto ensangrentado e hipócrita? ¿Es perderlas quebrarles este destino que las trae esclavas, siempre lloradas y siempre perdidas, y ahora bajo el arbitrio de los favoritos imbéciles de Tiberio?

—Esas pequeñeces no me pertenecen: son del mundo.

—Perdona, Rabí, pero entonces ¿a qué has venido? ¿Y tú quién dices que eres?, te pregunto yo ahora. ¿Quieres quedarte eternamente predicando y contemplando en el lago de Tiberíades, y andar errante por las aldeas? ¿Y piensas que eso influirá en los hombres, tanto siquiera como una hoja seca? ¿Piensas hacer una revolución en Judea, acariciando las cabezas rubias de los niños de Chorazin, y contando parábolas, entre los campos, a la gente sencilla y a las mujeres? Comprendo que tu ambición no sea mayor, y que te baste la felicidad de un sueño en la fraternidad de los simples. Pero entonces ¿para qué viniste a Jerusalén? ¿Para qué predicas en el Templo? Si tú no eres una iniciativa revolucionaria, ¿qué eres entonces? ¿Qué eres tú, si no eres una fuerte intensidad de voluntad? Las máximas que tú predicas son de Hilel, son de Gamaliel, son de Jesús ben Sirac: sé que hay cosas nuevas en tu enseñanza, pero lo que hay de grande en ellas es tu fuerza de convicción, y tu fe, y tu profunda virtud, y tu amor al sacrificio, y tu infinita voluntad. ¿De qué te sirven entonces estas cualidades, para qué las guardas? ¿Tú no eres judío? ¿Tu madre no es de Caná? ¿No podían llevarse a tu padre como legionario para Roma? ¿De qué nos sirven esas parábolas, esas ironías, esas excelentes respuestas, si no van a herir la riqueza del saduceo, la hipocresía del escriba, la vejación del romano? ¿Quieres abstenerte de la acción? ¿Imaginas que las prédicas del Templo y la enseñanza sobre las montañas, sólo por su verdad abstracta, pueden combatir, vencer un mundo completo, organizado, civil, rico, amado? ¿Imaginas que se puede repetir el milagro de las trompas de Jericó? ¿Crees tú que un mundo entero, tribunales, templos, oficios, mercados, sacerdocios, escuelas, todo fuertemente relacionado, se disipará como una visión, porque un hombre simpático se yergue en un camino y dice: «¡Amaos los unos a los otros, y seréis amados de vuestro Padre celestial!»? ¡No! ¡Tal no será, Rabí!

—¡Por vuestra incredulidad!, que si tuvieseis tanta fe, ¡qué se yo!, como un grano

de mostaza y dijeseis a aquel monte «¡Vete de ahí!», ¡el monte se iría! ¡Oh! Generación incrédula, generación incrédula, ¿hasta cuando estaré entre ti?

El Rabí daba grandes pasos, atormentado, doloroso.

—Rabí, Rabí, escúchame. Yo tengo tu fe, amo tu reino de Dios. Pero tu Dios consuela mucho arriba, y nosotros sufrimos y lloramos mucho aquí, abajo, en la tierra.

Jesús estaba tomado por la incerteza, por la amargura. Yo decía:

—Escucha, Rabí: consiento que sólo por tu palabra, tú puedas realizar tu reino de Dios. Pero entonces deja a esos galileos simples, únete a los hombres que tienen la fuerza, la ciencia y el secreto de las cosas humanas: ¡nosotros seremos la acción, sé tú nuestro Mesías en Judea, nada se hace sin un profeta! ¿Cómo has pensado tú realizar tu reino de Dios? ¿Con la dulzura y con la paciencia, o con la fuerza y con la rebeldía? Si lo piensas, no puedes dudar. ¿Quieres hacer un renacimiento, con los galileos que te cercan, con los publicanos infelices, con los enfermos que curas, con los miserables que consuelas, con las mujeres que te aman, con los niños que te sonrían?

—Dios esconde muchas cosas a los sabios, que revela a los niños.

—¿Para qué predicas entonces en el Templo, contra los fariseos y los príncipes?

—¡Deja que por el espíritu de los sencillos y de los niños se opere la regeneración!

—En verdad, Rabí, dime: ¿entiendes tú que en el mundo nada vale, y que sólo tu ideal puede dar felicidad y sosiego? ¿Profesas tú el desdén?

—Sólo el desdén da la paz.

—Da la inercia, el sacrificio y las virtudes pasivas. ¿Y si mañana tú pudieses empezar a ver realizado en el mundo ese reino de los pobres, de los sencillos, de los pequeños? ¿Si por lo menos vieses una tierra bien preparada para tu palabra? ¿Si vieses todo transformado por una acción enérgica, revolucionaria, por nuestra acción?

Jesús caminaba, inquieto; su mirada vibraba. Mis palabras le producían inesperadas perturbaciones.

Veíamos el Templo lucir en la blanca pulidez de la piedra bajo la luna. Yo le decía, profundo:

—Mira, ve el Templo, hoy allí todo es intriga, artificio, aparato, riqueza, sangre, hipocresía, vanidad; mañana sería el lugar más santo de la Tierra.

Jesús cubría el Templo con una vasta mirada, plena de la fulguración de su deseo. Yo le había tomado las manos, le decía bajo, junto a su rostro:

—Oye: en Jerusalén hay descontentos; algunos miembros del Sanedrín están irritados con la familia de Elanan, con Beotos; Gamaliel no ama al Templo; el bajo pueblo del mercado detesta a los fariseos y a los escribas, es nuestro; Galilea es nuestra, Perea es nuestra; se mandarían emisarios a Jope: toda Judea se levantará: tú serás el profeta. ¿Quieres? ¡Tu sueño del lago de Tiberíades será entonces vivo, real, palpable, existente bajo las nubes! ¿Quieres?

La noche era inmortalmente bella, había una bondad en el aire: el mundo me parecía poseído por un elemento diferente.

Yo hablaba confusamente, ya contra los fariseos, ya contra los romanos, y no conocía ni la fuerza de Roma, ni el poder sacerdotal, ni la inercia de un pueblo egoísta. Una gran tentación cautivaba el espíritu del Maestro. Yo le decía, tomándole las manos:

—Rabí, Rabí, después del fariseo, será la vez del romano. Tú serás el más grande de Judea: habrás glorificado al pobre, habrás humillado al rico, habrás aniquilado al hipócrita, habrás expulsado al romano; serás por la justicia igual a Ezequiel, por la fuerza igual a los macabeos; serás como David, tendrás Palestina desde el Jordán hasta el mar, y serás el rey

de Israel.

Yo hablaba exaltado; le enseñaba Jerusalén y le decía:

—¡Tendrás Palestina hasta el mar, serás el rey de Israel!

Pero Jesús, levantando la mano, señalándome con un gesto elevado y trascendente el cielo pleno de luna serena, el inefable silencio, la pura belleza del elemento, el profundo misterio en donde Dios habita, me dijo:

—Vete, mi reino no es de este mundo.

Miré largamente al Rabí, lamenté su desdén, me sonreí de su palabra, y callado, concentrado, salí por el camino de Betfagé.

Una claridad aparecía: los gallos cantaban. Al día siguiente, por la hora de la tarde, Jesús, seguido de los suyos, subió para Galilea.

Excentricidades de una chica rubia

I

Empezó diciéndome que su caso era sencillo y que se llamaba Macario...

Debo contar que conocí a este hombre en una fonda del Minho. Era alto y gordo: tenía una calva llamativa, reluciente y lisa, con guedejas blancas que se le erizaban alrededor, y sus ojos negros, cercados por una piel arrugada y amarillenta y ojeras papudas, tenían una singular claridad y rectitud, por detrás de sus gafas redondas con aros de carey. Tenía la barba afeitada, el mentón saliente y resuelto. Llevaba una corbata de raso negro sujeta por detrás con una hebilla; una chaqueta larga de color piñón, con mangas estrechas y justas y encañonados de velludillo. Y por la larga abertura de su chaleco de seda, en el que relucía una cadena antigua, sobresalían los pliegues blandos de una camisa bordada.

Esto era en septiembre: ya las noches llegaban más temprano, con una frialdad fina y seca y una oscuridad aparatosa. Yo había bajado de la diligencia, fatigado, hambriento, tiritando bajo una gruesa manta de listas encarnadas.

Venía de atravesar la sierra y sus lugares pardos y desiertos. Eran las ocho de la noche. Los cielos estaban cargados y sucios. Y, ya fuese por un cierto embotamiento cerebral producido por el rodar monótono de la diligencia, ya por la debilidad nerviosa de la fatiga, o la influencia del paisaje escarpado y árido, bajo el cóncavo silencio nocturno, o la opresión de la electricidad que llenaba las alturas, el caso es que yo —que soy naturalmente positivo y realista— había venido tiranizado por la imaginación y por las quimeras. Existe en el fondo de cada uno de nosotros, es cierto —por fríamente educados que estemos—, un resto de misticismo; y basta a veces un paisaje soturno, el viejo muro de un cementerio, un yermo ascético, las emolientes blancuras de un claro de luna, para que ese fondo místico ascienda, se explaye como una niebla espesa, llene el alma, los sentidos y la idea, y quede así el más matemático, o el más crítico, tan triste, tan visionario, tan idealista, como un viejo monje poeta. A mí, lo que me había lanzado a la quimera y al sueño había sido el aspecto del monasterio de Rostelo, que había visto, con la claridad suave y otoñal de la tarde, en su dulce colina. Entonces, mientras anochecía, la diligencia rodaba incansable al trote cansino de sus flacos caballos blancos, y el cochero, con la capucha del gabán enterrada en su cabeza, rumiaba su cachimba, me puse, elegíaca, ridículamente, a considerar la esterilidad de la vida: y deseaba ser un monje, estar en un convento, tranquilo, entre arboledas, o en la rumorosa concavidad de un valle, y, mientras el agua de la cerca canta sonoramente en las bacías de piedra, leer la *Imitación*, y, oyendo a los ruiñeños en los laudales, sentir saudades del cielo. No se puede ser más estúpido. Pero yo estaba así, y atribuyo a esta disposición visionaria la falta de espíritu, la sensación que me causó la historia de aquel hombre de los encañonados de velludillo.

Mi curiosidad empezó durante la cena, cuando yo deshacía la pechuga de una gallina ahogada en arroz blanco, con rodajas encarnadas de longaniza, y la criada, una gorda llena de pecas, hacía espumar el vino verde en el vaso, haciéndolo caer desde lo alto de una jarra vidriada.

El hombre estaba frente a mí, comiendo tranquilamente su jalea; le pregunté, con la boca llena y mi servilleta de lino de Guimarães colgando en los dedos, si era de Vila Real.

—Vivo allí desde hace muchos años —me dijo.

—Tierra de mujeres guapas, según me consta —dije yo.

El hombre se quedó callado.

—¿No? —repliqué.

El hombre se retrajo con un llamativo silencio. Hasta entonces había estado alegre, riéndose a gusto, locuaz y bonachón. Pero entonces inmovilizó su sonrisa fina.

Comprendí que había rozado la carne viva de un recuerdo.

Había seguramente en el destino de aquel viejo una «mujer». Allí estaba su melodrama o su farsa, porque inconscientemente me convencí de la idea de que el «hecho», el «caso» de aquel hombre, debía haber sido grotesco y exhalar escarnio.

De suerte que le dije:

—A mí me han afirmado que las mujeres de Vila Real son las más guapas del Norte. Para ojos negros, Guimarães; para cuerpos, Santo Aleixo; para trenzas, los Arcos: es allí en donde se ven los cabellos claros del color del trigo.

El hombre seguía callado, comiendo, con los ojos bajos.

—Para cinturas finas, Viana; para buenas pieles, Amarante, y para todo eso junto, Vila Real. Tengo un amigo que fue a casarse a Vila Real. Quizás lo conozca. Peixoto, uno alto, de barba rubia, bachiller.

—Peixoto, sí —me dijo, mirándome gravemente.

—Fue a casarse a Vila Real del mismo modo que antiguamente iba uno a casarse a Andalucía: cuestión de encontrar la flor y nata de la perfección... ¡A su salud!

Yo, evidentemente, lo cohibía, porque se levantó, fue hacia la ventana con un paso pesado, y me fijé entonces en sus gruesos zapatos de casimira con suela fuerte y ataduras de cuero. Después, se retiró.

Cuando pedí mi candelabro, la criada me trajo una lámpara de latón reluciente y antigua, y me dijo:

—Comparte usted la habitación con otro. Es la número tres.

En las fondas del Minho, a veces, un cuarto puede ser un dormitorio incómodo.

—Vale —dije.

La número tres se encontraba al fondo del pasillo. En las puertas, a ambos lados, los huéspedes habían puesto su calzado para embetunar: había unas gruesas botas de montar, embarrizadas, con espuelas de correa; los zapatos blancos de un cazador, botas de propietario, con altas cañas rojas; las botas de un cura, altas, con su borla de pasamanería; los botines combados, de becerro, de un estudiante; y en una de las puertas, la número quince, había unas botinas de mujer, de tejido fuerte, pequeñitas y finas; y, al lado, las botitas de un niño, muy rozadas y desgastadas, y sus cañas de cabritilla le caían a los lados con los cordones desatados. Todos dormían. Frente a la número tres estaban los zapatos de casimira y ataduras, y cuando abrí la puerta, vi al hombre de los encañonados de velludillo, que se ataba a la cabeza un pañuelo de seda. Llevaba una chaqueta corta con flores estampadas, unas calcetas de lana, gruesas y altas, y los pies metidos en unas zapatillas de orillo.

—No se fije —dijo él.

—No se preocupe —contesté, y, para crear intimidad, me quité el chaquetón.

No diré los motivos por los que él, al poco rato, y ya acostado, me contó su historia. Hay un proverbio eslavo de Galitzia que dice: «Lo que no le cuentas a tu mujer, lo que no le cuentas a tu amigo, se lo cuentas a un extraño, en la fonda». Pero él tuvo ataques de rabia, inesperados y dominantes, durante su larga y sentida confidencia. Fue respecto a mi

amigo, a Peixoto, el que había ido a casarse en Vila Real. Vi llorar a aquel viejo de casi sesenta años. Quizás la historia pueda parecer trivial: a mí, que esa noche estaba nervioso y sensible, me pareció terrible, pero la cuento apenas como un acontecimiento singular de la vida amorosa...

Empezó, pues, diciéndome que su caso era sencillo... y que se llamaba Macario.

Le pregunté entonces si era de una familia que yo conocía y que llevaba el apellido Macario. Y, como él me contestase que esos eran primos suyos, enseguida me hice una idea simpática de su carácter, porque los Macarios eran una antigua familia, casi una dinastía de comerciantes, que mantenían como una severidad religiosa su vieja tradición de honra y de escrúpulo. Macario me dijo que en aquella época, en 1823 o 1833, en su juventud, su tío Francisco tenía en Lisboa un almacén de telas, y él era uno de los dependientes. Después, su tío se había convencido de ciertos instintos inteligentes y del talento práctico y aritmético de Macario, y le confió la escrituración. Macario se convirtió en su «tenedor de libros», en su contable.

Me dijo que, siendo por naturaleza linfático e incluso tímido, en su vida se advertía por entonces una gran concentración. Un trabajo escrupuloso y fiel, algunas raras meriendas en el campo, un esmero llamativo en sus trajes y en su ropa blanca, era todo su interés en la vida. La existencia, en aquel tiempo, era casera y sobria. Una gran sencillez social explicaba las costumbres: los espíritus eran más ingenuos, los sentimientos menos complicados.

Cenar alegremente en una huerta, bajo los emparrados, viendo correr el agua de los regadíos, llorar con los melodramas que se oían entre los bastidores del Salitre, alumbrados con cera, eran satisfacciones que bastaban a la cauta burguesía. Por si fuera poco, los tiempos eran confusos y revolucionarios, y nada hace al hombre tan recogido, acurrucado en la chimenea, sencillo y fácilmente feliz, como la guerra. Es la paz la que, haciendo hueco a la imaginación, causa las impacencias del deseo.

Macario, a sus veintidós años, aún no había —como le decía una vieja tía, que había sido la querida del magistrado Curvo Semedo, de la Arcadia— «sentido a Venus».

Pero por entonces se fue a vivir frente al almacén de los Macarios, a un tercer piso, una mujer de cuarenta años, vestida de luto, de piel blanca y mate, el busto bien hecho y redondo y un aspecto apetecible. Macario tenía la mesa de su escribanía en el primer piso, encima del almacén, junto a un balcón, y desde allí vio una mañana a aquella mujer con su cabellera negra suelta y rizada, una chambra blanca y los brazos desnudos, acercarse a una pequeña ventana de alféizar, a sacudir un vestido. Macario se fijó en ella, y, sin otra intención, se decía mentalmente que aquella mujer, a los veinte años, debía haber sido una persona cautivadora y llena de dominio: porque sus cabellos alborotados y ásperos, las cejas espesas, los labios gruesos, el perfil aquilino y firme, revelaban un temperamento activo y una imaginación apasionada. Sin embargo, siguió alineando sus cifras, serenamente. Pero por la noche estaba sentado fumando junto a la ventana de su cuarto, que abría sobre el patio: era el mes de julio y la atmósfera estaba eléctrica y amorosa: el rabel de un vecino gemía una jácara morisca, que entonces emocionaba y pertenecía a un melodrama; la habitación estaba en una penumbra dulce y llena de misterio, y Macario, que estaba en zapatillas, empezó a acordarse de aquellos cabellos negros y fuertes, y de aquellos brazos que tenían el color de los mármoles pálidos: se desperezó, rodó mórbidamente la cabeza por el respaldo de la silla de mimbre, como los gatos sensibles que se restriegan, y decidió, bostezando, que su vida era monótona. Y al día siguiente, aún impresionado, se sentó a la escribanía con la ventana completamente abierta, y, mirando el edificio vecino,

en el que vivían aquellos largos cabellos, empezó a aparar calmamente su pluma de rama. Pero nadie se acercó a la ventana de alféizar, con molduras verdes. Macario estaba hastiado, agobiado, y el trabajo fue lento. ¡Le pareció que en la calle había un sol alegre, y que en los campos las sombras debían ser mimosas y que se estaría bien viendo el aletear de las mariposas blancas en las madreselvas! Y, cuando cerró su escribanía, sintió que enfrente se corrían los cristales; eran seguramente los cabellos negros. Pero surgieron unos cabellos rubios. ¡Oh! Y Macario salió enseguida abiertamente al balcón a afilar un lápiz. Era una chica de unos veinte años, quizás, fina, fresca, rubia como una estampa inglesa: la blancura de su piel tenía algo de la transparencia de las viejas porcelanas, y había en su perfil una línea pura, como de medalla antigua, y los viejos poetas pintorescos le habrían llamado paloma, armiño, nieve y oro.

Macario se dijo a sí mismo:

—Es su hija.

La otra vestía de luto, pero ésta, la rubia, llevaba un vestido de muselina con lunares azules, un pañuelo de cambray cruzado sobre el pecho, las mangas perdidas con encajes, y todo aquello era aseado, juvenil, fresco, flexible y tierno.

Macario, por aquel entonces, era rubio, y usaba la barba corta. Su cabello era rizado y su figura debía de tener aquel aspecto seco y nervioso que, después del siglo XVIII y de la Revolución, fue tan vulgar entre las razas plebeyas.

La chica rubia se fijó, naturalmente, en Macario, y también naturalmente bajó el cristal, corriendo por detrás un visillo de muselina bordada. Estas cortinillas datan del tiempo de Goethe y tienen en la vida amorosa un interesante destino: revelan. Levantarles una punta y acechar, fruncirlas suavemente, revela un fin; correrlas, poner en ellas una flor, agitarlas haciendo sentir que, por detrás, un rostro atento se mueve y espera, son viejas maneras con las que, en la realidad y en el arte, empieza el romance. La cortinilla se levantó despacito y el rostro rubio espío.

Macario no me contó uno por uno cada latido de la historia minuciosa de su corazón. Dijo sencillamente que pasados cinco días «estaba loco por ella». Su trabajo se hizo enseguida lento y descuidado, y su bella cursiva inglesa, firme y ancha, adquirió curvas, ganchos, garabatos, en los que estaba todo el romance impaciente de sus nervios. No podía verla por la mañana: el sol abrasador de julio golpeaba y escaldaba la pequeña ventana de alféizar. Sólo por la tarde la cortina se fruncía, se corría el cristal, y ella, extendiendo una almohadita en el reborde del alféizar, iba a apoyarse mimosa y fresca con su abanico. Abanico que preocupó a Macario: era un ventalle chino, redondo, de seda blanca con dragones escarlata realizados a pluma, un cerco de plumaje azul, fino y trémulo como pelusa, y su cabo de marfil, del que pendían dos borlas de hilo de oro, tenía incrustaciones de nácar a la preciosa manera persa.

Era un abanico magnífico y, en aquel tiempo, inesperado en las manos plebeyas de una chica vestida de muselina. Pero, como ella era rubia y su madre tan meridional, Macario, con esa intuición interpretativa de los enamorados, dijo a su curiosidad: «Será hija de un inglés». El inglés va a la China, a Persia, a Ormuz, a Australia, y vuelve cargado de esas joyas de los lujos exóticos, aunque tampoco Macario sabía por qué aquel ventalle de mandarina le preocupaba tanto; pero, según me dijo, aquello «le cayó bien».

Había pasado una semana, cuando un día Macario vio, desde su escribanía, que ella, la rubia, salía con su madre, porque se había acostumbrado a considerar que era su madre aquella magnífica persona, magníficamente pálida y vestida de luto.

Macario se acercó a la ventana y las vio cruzar la calle y entrar en el almacén. ¡En

su almacén! Bajó enseguida, trémulo, ansioso, apasionado y con palpitaciones. Ellas ya estaban apoyadas en el mostrador y frente a ellas un cajero desdoblaba cachemiras negras. Esto extrañó a Macario. Él mismo me lo dijo.

—Porque, al fin, mi estimado amigo, no era lógico que ellas viniesen a comprar, para sí mismas, cachemiras negras.

Y no: ellas no usaban «amazonas», no querrían seguramente tapizar sillas con cachemir negro, no había hombres en su casa; por lo tanto, aquella visita al almacén era un medio delicado de verlo de cerca, de hablarle, y tenía el encanto penetrante de una mentira sentimental. Yo le dije a Macario que, de ser así, a él debía extrañarle aquel movimiento amoroso, porque denotaba en la madre una complicidad equívoca. Él me confesó «que ni siquiera pensaba en tal cosa». Lo que hizo fue acercarse al mostrador y decir estúpidamente:

—Sí, se llevan una buena tela, estas cachemiras no encogen.

Y la rubia dirigió hacia él su mirada azul y fue como si Macario se sintiese envuelto en la dulzura de un cielo.

Pero, cuando él iba a decirle una palabra reveladora y vehemente, apareció al fondo del almacén su tío Francisco, con su largo abrigo de color piñón, con botones amarillos. Como era singular e inusual encontrar al señor contable vendiendo detrás del mostrador, y el tío Francisco, con su crítica estrecha y celibataria, podía escandalizarse, Macario empezó a subir calmamente la escalera de caracol que llevaba al despacho, y aún oyó la voz delicada de la rubia que decía suavemente:

—Ahora querría ver pañuelos de la India.

Y el dependiente fue a buscar un paquetito con aquellos pañuelos, unos encima de otros y sujetos con una tira de papel dorado.

Macario, que había visto en aquella visita una revelación de amor, casi una «declaración», estuvo todo el día entregado a las impacencias amargas de la pasión. Andaba distraído, abstraído, pueril, no prestó atención a la contabilidad, cenó callado, sin escuchar al tío Francisco, que elogiaba las albóndigas, apenas se fijó en su sueldo, que le fue pagado en pintos^[1], a las tres de la tarde, y no entendió bien las recomendaciones del tío y la preocupación de los cajeros sobre la desaparición de un paquete de pañuelos de la India.

—Tienen la costumbre de dejar entrar pobres en el almacén —había dicho, con su laconismo majestuoso, el tío Francisco—. Son doce mil reales en pañuelos. Golpe a mi cuenta.

Macario, mientras tanto, rumiaba secretamente una carta, pero sucedió que al día siguiente, estando él al balcón, la madre, la de cabellos negros, fue a apoyarse en el alféizar de la ventana, y en este momento pasaba por la calle un joven amigo de Macario, que, viendo aquella señora, se paró y levantó, con una cortesía muy risueña, su sombrero de paja. Macario se sintió feliz: esa misma noche buscó a su amigo, y le preguntó abruptamente, sin medias tintas:

—¿Quién es aquella mujer a la que has saludado hoy frente al almacén?

—Es la Vilaça. Bella mujer.

—¿Y su hija?

—¿Su hija?

—Sí, una rubia, clara, con un abanico chino.

—¡Ah!, sí. Es su hija.

—Lo que yo decía...

- Sí, ¿y?
—Es guapa.
—Sí, es guapa.
—Es buena gente, ¿no?
—Sí, buena gente.
—¡Está bien! ¿Tú las conoces mucho?
—Las conozco. Mucho, no. Antes las encontraba en casa de doña Claudia.
—Bien, oye.

Y Macario, contando la historia de su corazón despierto y exigente, y hablando del amor con las exaltaciones de entonces, le pidió como la gloria de su vida «que encontrase un medio de encajarlo allí». No era difícil. Las Vilaças solían ir los sábados a casa de un notario muy rico de la Rua dos Calafates: eran reuniones sencillas y pacatas, en las que se cantaban motetes al clavicordio, se glosaban motes y había juegos de prendas del tiempo de doña Maria I, y a las nueve la criada servía la horchata. Bueno. Ya el primer sábado, Macario, con levita azul, pantalones de mahón con presillas de trama de metal, corbata de raso morado, se curvaba ante la esposa del notario, la señora doña Maria da Graça, persona seca y chupada, con un vestido bordado a matiz, una nariz adunca, una enorme luneta de carey y una pluma de *marabout* en sus cabellos grisáceos. En un rincón de la sala estaba ya, entre un frufú de enormes vestidos, la niña Vilaça, la rubia, vestida de blanco, sencilla, fresca, con su aspecto de grabado coloreado. La madre Vilaça, la soberbia mujer pálida, cuchicheaba con un magistrado de figura apoplética. El notario era hombre letrado, latinista y amigo de las musas; escribía en un periódico de aquel entonces, la *Alcofa das Damas*, porque era sobre todo galante, y él mismo se intitulaba, en una oda pintoresca, «mozo escudero de Venus». Así, sus reuniones eran ocupadas por las bellas artes y, una noche, un poeta de la época debía ir a leer un poemita titulado *Elmira o La venganza del veneciano...* Comenzaban a aparecer por entonces las primeras audacias románticas. Las revoluciones de Grecia empezaban a atraer a los espíritus novelescos y salidos de la mitología hacia los países maravillosos de Oriente. Por todas partes se hablaba del pachá de Janina. Y la poesía se enseñoreaba vorazmente de este mundo nuevo y virginal de minaretes, serrallos, sultanas de color ámbar, piratas del archipiélago y salas con filigranas delicadamente trabajadas, llenas de perfume de áloe, en las que pachás decrepitos acarician leones. De suerte que la curiosidad era grande y, cuando el poeta apareció con el pelo largo, la nariz adunca y fatal, el cuello alto de su frac a la moda de la Restauración y una boquilla de lata en la mano, el señor Macario no sintió sensación alguna, porque allí estaba completamente absorbido, hablando con la niña Vilaça. Y le decía dulcemente:

- Entonces, el otro día, ¿le gustaron las casimiras?
—Mucho —dijo ella en voz baja.

Y, desde ese momento, los envolvió un destino nupcial.

Mientras tanto, en la amplia sala, la noche transcurría espiritualmente. Macario no pudo dar todos los detalles históricos y característicos de aquella reunión. Se acordaba tan sólo de que un magistrado de Leiria había recitado el «Madrival a Lidia»: lo leía de pie, con una luneta redonda cerca del papel, la pierna derecha echada hacia adelante, la mano en la abertura del chaleco blanco de cuello alto, y alrededor, formando círculo, las damas, con vestidos floridos, cubiertas de plumas, las mangas estrechas terminadas en frunces de encajes, mitones de pasamanería negra en los que se veía el centelleo de los anillos, esbozaban sonrisas tiernas, cuchicheos, dulces murmuraciones, risitas y un blando palpitar de abanicos recamados de lentejuelas. «Muy bonito», decían, «¡muy bonito!». Y el

magistrado, desviando la luneta, saludaba sonriendo, y se le veía un diente podrido.

Después, la preciosa doña Jerónima da Piedade e Sande, sentándose con maneras conmovidas al clavicordio, cantó con su voz gangosa la antigua aria de Sully:

Oh Ricardo, oh mi rey,

el mundo te abandona,

Lo que obligó al terrible Gaudêncio, demócrata del 20 y admirador de Robespierre, a refunfuñar rencorosamente junto a Macario:

—¡Reyes!... ¡Víboras!

Después, el canónigo Saavedra cantó una *modinha*^[2] de Pernambuco muy usada en tiempos de don João VI: *Lindas moças, lindas moças*. Y la noche iba pasando así, literaria, tranquila, erudita, refinada y toda llena de musas.

Ocho días después, Macario era recibido en casa de la Vilaça, un domingo. La madre lo había invitado, diciéndole:

—Vecino, espero que honre nuestra choza.

Y hasta el magistrado apoplético, que estaba al lado, exclamó:

—¡Choza! ¡Diga alcázar, hermosa dama!

Estaban, esa noche, el amigo del sombrero de paja, un viejo caballero de Malta, torpe de andares, estúpido y sordo, un beneficiado de la catedral, ilustre por su voz de tiple, y las hermanas Hilarias, la mayor de las cuales, habiendo asistido, como aya de una señora de la Casa da Mina, a la corrida de toros de Salvaterra, en la que murió el conde de los Arcos, nunca dejaba de narrar los episodios pintorescos de aquella tarde: la figura del conde de los Arcos con la cara rasurada y una cinta de raso escarlata en la coleta; el soneto que un flaco poeta, parásito de la Casa de Vimioso, recitó cuando entró el conde, haciendo ladear su caballo negro, arreado a la española, con una gualdrapa en la que sus armas estaban labradas en plata; la caída, en ese momento, de un fraile de san Francisco en las gradas altas, y la hilaridad de la corte, que hasta la señora condesa de Pavolide apretaba sus manos en los costados; después, el rey, el señor don José I, vestido de terciopelo escarlata, recamado de oro, completamente apoyado en el reborde de su templete, haciendo girar entre dos dedos su caja de rapé claveteada, y por detrás, inmóviles, el físico Lourenço y el fraile, su confesor; después, el rico aspecto de la plaza llena de gente de Salvaterra, mayores, mendigos de los alrededores, frailes, lacayos, y el grito que se dio al entrar don José I: «¡Viva el rey, nuestro señor!». Y el pueblo se arrodilló, y el rey se había sentado, comiendo dulces, que un criado que venía detrás de él había traído en una bolsa de terciopelo. Después, la muerte del conde de los Arcos, los desmayos, e incluso el rey completamente volcado, golpeando con la mano en el antepecho, gritando en la confusión, y el capellán de la Casa dos Arcos, que había corrido a buscar la extremaunción. Ella, Hilaria, se había quedado aterrorizada de pavor: sentía los mugidos de los bueyes, gritos agudos de mujeres, los aullidos de los flatos, y vio entonces a un viejo, todo vestido de terciopelo negro, con su fina espada en la mano, debatirse entre hidalgos y damas que lo sujetaban, queriendo lanzarse a la plaza, bramando de rabia. «¡Es el padre del conde!», explicaban alrededor. Ella entonces se había desmayado en brazos de un cura de la Congregación. Cuando volvió en sí, se encontró junto a la plaza; la berlina real estaba a la puerta, con los cocheros emplumados, los machos llenos de cascabeles y los monteros a caballo, delante: se veía allá dentro al rey, escondido al fondo, pálido, sorbiendo febrilmente rapé, todo encogido junto al confesor; y en frente, con una de las manos

apoyada en el alto bastón, fuerte, ancho de espaldas, con aspecto cargado, el marqués de Pombal, que hablaba despacio y enérgicamente, gesticulando con la luneta; pero los monteros picaron, las fustas de los cocheros tintinearón y la berlina partió a galope, mientras el pueblo gritaba: «¡Viva el rey, nuestro señor!», y la campana de la capilla del palacio tocaba a finados. Era un honor que el rey concedía a la Casa dos Arcos.

Cuando doña Hilaria acabó de contar, suspirando, estas desgracias pasadas, se empezó a jugar. Era curioso pero Macario no se acordaba de a qué había jugado esa noche radiante. Sólo se acordaba de que había quedado al lado de la niña Vilaça (que se llamaba Luisa), que se había fijado mucho en su fina piel rosada, bañada de luz, y en la hechicera y amorosa pequeñez de su mano, con una uña más pulida que el marfil de Dieppe. Y se acordaba también de una anécdota extraña, que había determinado en él, desde ese día, una gran hostilidad al clero de la catedral. Macario estaba sentado a la mesa, a su lado; ella estaba completamente vuelta hacia él, apoyando en una de sus manos su fina cabeza rubia y amorosa, y la otra olvidada en el regazo. Enfrente estaba el beneficiado, con su bonete negro, sus quevedos en la punta aguda de la nariz, el tono azulado de la fuerte barba rasurada y sus dos grandes orejas, complicadas y llenas de pelo, separadas del cráneo como dos postigos abiertos. Pero, como era necesario al final del juego pagarle unos tantos al caballero de Malta, que estaba al lado del beneficiado, Macario sacó del bolsillo una pieza^[3] y, cuando el caballero, todo curvado y guiñando un ojo, hacía la suma de los tantos en el reverso de un as, Macario charlaba con Luisa y hacía girar sobre el paño verde su pieza de oro, como un bolillo o un peón. Era una moneda nueva que lucía, refulgía, rodando, y hería la vista como una bola de niebla dorada. Luisa sonreía viéndola girar, girar, y le parecía a Macario que todo el cielo, la pureza, la bondad de las flores y la castidad de las estrellas estaban en aquella clara sonrisa distraída, espiritual, arcangélica, con que ella seguía el giro fulgurante de la moneda de oro nueva. Pero, de repente, la moneda, rodando hasta el borde de la mesa, cayó hacia el lado del regazo de Luisa y desapareció, sin oírse en el suelo de tablas su ruido metálico. El beneficiado se agachó enseguida cortésmente; Macario apartó la silla, mirando por debajo de la mesa; la madre Vilaça alumbró con un candelabro y Luisa se levantó y sacudió con un golpe pequeñito su vestido de muselina. La pieza no apareció.

—Es raro —dijo el amigo del sombrero de paja—, yo no he oído el tintineo en el suelo.

—Ni yo, ni yo —dijeron.

El beneficiado, curvado, buscaba tenazmente, y la Hilaria más joven murmuraba el responso de san Antonio.

—Pues la casa no tiene agujeros —decía la madre Vilaça.

—¡Que se esfume así! —refunfuñaba el beneficiado.

Mientras tanto, Macario se deshacía en exclamaciones desinteresadas:

—¡Por amor de Dios! ¡Qué importa! ¡Mañana aparecerá! ¡Tengan la bondad! ¡Por quienes son! ¡Vamos, señora doña Luisa! ¡Por amor de Dios! No vale nada.

Pero mentalmente decidió que había habido una sustracción, y la atribuyó al beneficiado. La pieza había rodado, seguro, hasta llegar junto a él, sin ruido, él le había puesto encima su enorme zapato eclesiástico y tachonado; después, con el movimiento brusco y corto que había hecho, la arrebató vilmente. Y, cuando salieron, el beneficiado, completamente envuelto en su vasto capote de camelote, le decía a Macario por la escalera:

—Mire que la desaparición de la pieza, ¿no? ¡Qué jugarreta!

—¿Le parece, señor beneficiado? —dijo Macario parando, pasmado de su

imprudencia.

—¡Pues claro! ¡Claro que sí! ¡Qué le parece! ¡Una pieza de siete mil reales! Sólo si usted las siembra... ¡Caramba! ¡Yo me volvería loco!

A Macario le produjo tedio aquella astucia fría. No le contestó. Fue el beneficiado el que añadió:

—Mañana por la mañana mande que la busquen allí, hombre. ¡Qué demonios... Dios me perdone! ¡Qué demonios! Una pieza no se pierde así. ¡Qué desfalco, vaya!

Y a Macario le apetecía pegarle.

Llegado a este punto, Macario me dijo, con la voz singularmente sentida:

—En fin, amigo mío, para acortar razones, decidí casarme con ella.

—Pero ¿y la pieza?

—¡No volví a pensar en eso! ¡Qué iba a pensar yo en la pieza! ¡Decidí casarme con ella!

II

Macario me contó lo que lo había decidido más concretamente a aquella resolución profunda y perpetua. Fue un beso. Pero ese hecho, casto y sencillo, yo me lo callo, incluso porque el único testigo fue una imagen en grabado de la Virgen que estaba colgada, en su marco de ébano, en la saleta oscura que daba a la escalera... Un beso fugaz, superficial, efímero. Pero eso le bastó a su espíritu recto y severo para obligarlo a tomarla por esposa, a darle una confianza inmutable y la posesión de su vida. Tales fueron sus esponsales. Aquella simpática sombra de las ventanas vecinas se había convertido para él en un destino, el fin moral de su vida y toda la idea dominante de su trabajo. Y esta historia toma, desde luego, un alto carácter de santidad y de tristeza.

Macario me habló mucho del carácter y de la figura del tío Francisco; su poderosa estatura, sus gafas de oro, su barba grisácea, como un collar, por debajo del mentón, un tic nervioso que tenía en una aleta de la nariz, la dureza de su voz, su austera y majestuosa tranquilidad, sus principios antiguos, autoritarios y tiránicos, y la brevedad telegráfica de sus palabras.

Cuando Macario le dijo, una mañana, durante el almuerzo, abruptamente, sin transiciones emolientes: «Le pido permiso para casarme», el tío Francisco, que echaba el azúcar en su café, se quedó callado, removiendo con la cucharilla, despacio, majestuoso y terrible. Y, cuando acabó de sorber por el platillo, con gran ruido, se quitó del cuello la servilleta, la dobló, aguzó con el cuchillo su palillo, lo metió en la boca y salió: pero a la puerta de la sala se paró y, volviéndose hacia Macario, que estaba de pie, junto a la mesa, dijo secamente:

—No.

—Perdón, ¡tío Francisco!

—No.

—Pero oiga, tío Francisco...

—No.

Macario sintió una gran cólera.

—En ese caso, lo haré sin su permiso.

—Despedido de la casa.

—Saldré. No lo dude.

—Hoy.

—Hoy.

Y el tío Francisco iba a cerrar la puerta, pero, volviéndose:

—Oiga —le dijo a Macario, que estaba exasperado, congestionado, repiqueteando en los cristales de la ventana.

Macario se volvió con una esperanza.

—Deme de ahí la caja del rapé —dijo el tío Francisco.

¡Se había olvidado de la caja! Se notaba que estaba perturbado.

—Tío Francisco... —empezó Macario.

—Basta. Estamos a día doce. Recibirá el sueldo del mes entero. Ya está.

Las antiguas educaciones producían estas situaciones insensatas. Era brutal e idiota. Macario me afirmó que era así.

Esa tarde Macario se encontraba en el cuarto de un hostel en la Praça da Figueira,

con seis monedas, su baúl de ropa blanca y su pasión. Sin embargo, estaba tranquilo. Sentía su destino con muchos apuros. Tenía relaciones y amistades en el comercio. Era conocido y estaba bien considerado: la nitidez de su trabajo, su honradez tradicional, el nombre de la familia, su tacto comercial, su bella cursiva inglesa, le abrían, de par en par, respetuosamente, todas las puertas de los despachos. Al otro día fue a buscar alegremente al negociante Faleiro, antigua relación comercial de su casa.

—De muy buena gana, amigo mío —me dijo él—. ¡Qué no daría por tenerlo aquí! Pero, si lo recibo, quedaré mal con su tío, mi viejo amigo de hace veinte años. Él me lo ha declarado categóricamente. Ya lo ve. Fuerza mayor. Lo siento, pero...

Y todos aquellos a quienes Macario se dirigió, confiado en sólidas relaciones, tenían miedo de «quedar mal con su tío, viejo amigo de veinte años».

Y todos «lo sentían, pero...».

Macario se dirigió entonces a negociantes jóvenes, extraños a su casa y a su familia, y sobre todo a los extranjeros: esperaba encontrar gente libre de la amistad de veinte años con su tío. Pero, para esos, Macario era desconocido, e igualmente desconocidos su dignidad y su hábil trabajo. Si requerían informaciones, sabían que su tío lo había despedido de casa repentinamente, a causa de una chica rubia, vestida de muselina. Esta circunstancia le robaba las simpatías a Macario. El comercio evita al contable sentimental. De suerte que Macario empezó a sentirse en un momento crítico. Buscando, pidiendo, rebuscando, el tiempo pasaba, sorbiendo, *pinto a pinto*, sus seis piezas.

Macario se cambió a una pensión barata y siguió olfateando. Pero, como siempre había sido de temperamento retraído, no había creado amigos. De modo que se encontraba desamparado y solitario, y la vida le parecía como un descampado.

Las piezas se acabaron. Macario entró, poco a poco, en la antigua tradición de la miseria, que tiene solemnidades fatales y establecidas: empezó por empeñar. Después vendió. Reloj, anillos, abrigo azul, cadena, paletó de alamares, todo se lo fue llevando poco a poco, envuelto bajo el chal, una vieja seca y llena de asma.

Mientras tanto, veía a Luisa por la noche, en la saleta oscura que daba al rellano: una lamparita ardía encima de la mesa; era feliz allí en aquella penumbra, sentado castamente, junto a Luisa, en el rincón de un viejo canapé de rejilla. No la veía de día, porque traía ya la ropa muy usada, las botas combadas, y no quería enseñar a la lozana Luisa, tan mimosa en sus cambrays aseados, su miseria remendada: allí, bajo aquella luz tenue y mortecina, exhalaba su pasión creciente y escondía su traje decadente. Según me dijo Macario, el temperamento de Luisa era muy excéntrico. Tenía el carácter rubio como el cabello, si es cierto que el rubio es un color débil y desteñido; hablaba poco, sonreía siempre con sus blancos dientecitos, decía a todo «pues sí»; era muy sencilla, casi indiferente, llena de transigencias. Amaba ciertamente a Macario, pero con todo el amor que podía dar su naturaleza débil, aguada, nula. Era como una estriga de lino, se hilaba como uno quería; y a veces, en aquellos encuentros nocturnos, tenía sueño.

Un día, sin embargo, Macario la encontró excitada: tenía prisa, el chal cruzado de cualquier manera, mirando siempre hacia la puerta interior.

—Mamá se ha dado cuenta —dijo ella.

Y le contó que su madre desconfiaba, aún enrabiada y áspera, y que seguramente se olía aquel plan nupcial tramado como una conjura.

—¿Por qué no vienes a pedirle mi mano a mamá?

—¡Pero, hija, si yo no puedo! No tengo ningún acomodo. Espera. Sólo un mes, quizás. Tengo ahora un negocio en buen camino. Nos moriríamos de hambre.

Luisa se calló, torciendo la punta del chal, con los ojos bajos.

—Pero por lo menos —dijo ella—, mientras yo no te haga señales desde la ventana, no subas, ¿vale?

Macario rompió a llorar, y sus sollozos eran violentos y desesperados.

—¡Calla! —le decía Luisa—. ¡No llores alto!...

Macario me contó la noche que pasó, al acaso, por las calles, rumiando febrilmente su dolor, y encogiéndose, bajo el frío de enero, en su levita corta. No durmió, y al día siguiente, ya por la mañana, entró como una ráfaga en el cuarto del tío Francisco y le dijo abrupta, secamente:

—Es todo cuanto tengo —y le enseñó tres pintos—. Ropa, ya no me queda. La he vendido toda. En poco tiempo, pasaré hambre.

El tío Francisco, que se hacía la barba junto a la ventana, con el pañuelo de la India amarrado a la cabeza, se volvió y, poniéndose las gafas, lo miró de hito en hito.

—Tu escribanía está allí. Quédate —y añadió con un gesto decisivo—, pero soltero.

—¡Tío Francisco, óigame!...

—Soltero, dije yo —continuó el tío Francisco, afilando la navaja en una tira de suela.

—No puedo.

—¡Entonces, a la calle!

Macario salió, atolondrado. Llegó a casa, se acostó, lloró y se durmió. Cuando salió, al anoecer, no había resuelto nada, y no tenía ni idea de qué debía hacer. Estaba como una esponja saturada. Se dejaba ir.

De repente, una voz dijo desde dentro de una tienda.

—¡Eh! ¡Pst! ¡hola!

Era el amigo del sombrero de paja: brazos completamente abiertos y una gran sorpresa.

—¡Qué diablos! ¡Toda la mañana buscándote!

Y le contó que había llegado de provincias, se había enterado de su crisis y le traía una solución.

—¿Quieres?

—Claro.

Una casa comercial quería un hombre hábil, resolutivo y duro, para una misión difícil, pero de gran ganancia, en Cabo Verde.

—¡Ya! —dijo Macario—. ¡Ya! Mañana.

Y enseguida fue a escribir a Luisa, pidiéndole una despedida, un último encuentro, aquel en que a los brazos desolados y vehementes tanto les cuesta desenlazarse. Fue. La encontró toda envuelta en su chal, tiritando de frío. Macario lloró. Ella, con su pasiva y rubia dulzura, le dijo:

—Haces bien. Quizás ganes mucho.

Y al día siguiente, Macario partió.

Conoció los viajes trabajosos en los mares enemigos, el mareo monótono en un camarote sofocante, las duras solaneras de las colonias, la brutalidad tiránica de los hacendados ricos, el peso de los fardos humillantes, los desgarros de la ausencia, los viajes al interior de las tierras negras y la melancolía de las caravanas que bordean en violentas noches, durante días y días, los ríos tranquilos, que exhalan la muerte.

Volvió.

Y esa misma tarde la vio a ella, a Luisa, clara, fresca, reposada, serena, apoyada en

el alféizar de la ventana, con su ventalle chino. Y al día siguiente, con ansiedad, hizo la petición de mano a su madre. Macario había conseguido unas ganancias considerables, y la madre Vilaça le abrió unos grandes brazos, con gran confianza, llena de exclamaciones. La boda se decidió para pasado un año.

—¿Por qué? —le dije yo a Macario.

Y él me explicó que las ganancias de Cabo Verde no podían constituir un capital definitivo: eran tan sólo un capital de habilitación; traía de Cabo Verde elementos de poderosos negocios: trabajaría, durante un año, heroicamente, y al fin podría, tranquilamente, formar una familia.

Y trabajó: puso en aquel trabajo la fuerza creadora de su pasión. Se levantaba de madrugada, comía deprisa, casi no hablaba. Al atardecer iba a visitar a Luisa. Después volvía ansiosamente al tráfico, como un avaro a su cofre. Estaba gordo, fuerte, duro, fiero: se servía con el mismo ímpetu de las ideas y de los músculos; vivía entre una tempestad de cifras. A veces Luisa, de paso, entraba en su almacén: aquel posar de ave fugitiva le daba alegría, valor, fe, lo reconfortaba para todo un mes plenamente trabajado.

Por ese tiempo, el amigo del sombrero de paja vino a pedirle a Macario que saliese su fiador por una gran cantidad, que él iba a pedir para establecer una tienda de herrajes a lo grande. Macario, que estaba en el vigor de su crédito, cedió con alegría. El amigo del sombrero de paja es el que le había proporcionado el negocio providencial de Cabo Verde. Faltaban entonces dos meses para la boda. Macario ya sentía, a veces, subir a su rostro los febriles arreboles de la esperanza. Ya empezaba a ocuparse de las proclamas. Pero un día el amigo del sombrero de paja desapareció con la mujer de un alférez. Su establecimiento estaba empezando. Era una confusa aventura. Nunca se pudo precisar nítidamente aquel *imbroglio* doloroso. Lo que era cierto es que Macario era fiador; Macario debía reembolsar. Cuando lo supo, empalideció y dijo simplemente:

—¡Líquido y pago!

Y, cuando liquidó, se quedó otra vez pobre. Pero ese mismo día, como el desastre había tenido una gran publicidad y su honra estaba santificada en la opinión, la casa Peres & Cía., que lo había mandado a Cabo Verde, vino a proponerle otro viaje y otras ganancias.

—¡Volver a Cabo Verde otra vez!

—Haga otra vez fortuna, hombre. ¡Usted es el Diablo! —dijo el señor Eleuterio Peres.

Cuando se vio así, solo y pobre, Macario rompió a llorar. ¡Todo estaba perdido, acabado, extinto; era necesario empezar de nuevo pacientemente la vida, volver a las largas miserias de Cabo Verde, temblar otra vez las pasadas tribulaciones, sudar los antiguos sudores! ¿Y Luisa? Macario le escribió. Después rompió la carta. Fue a su casa; las ventanas tenían luz: subió hasta el primer piso, pero allí sintió un dolor, una cobardía para revelar el desastre, el pavor trémulo de una separación, el terror a que ella no quisiese, se negase, vacilase. ¡¿Y querría ella esperar más?! No se atrevió a hablar, explicar, pedir; bajó, muy despacio, paso a paso. Era de noche. Anduvo al acaso por las calles: había una serena y silenciosa luz de luna. Iba sin saber: de repente oyó, desde una ventana iluminada, un rabel que tocaba la jácara morisca. Se acordó del tiempo en que había conocido a Luisa, del buen sol claro que había entonces en su vestido, de muselina y con lunares azules. Estaba en la calle en donde se encontraban los almacenes de su tío. Fue andando. Se puso a mirar hacia su antigua casa. La ventana del despacho estaba cerrada. ¡Cuántas veces había visto desde allí a Luisa y el suave movimiento de su abanico chino! Pero una ventana, en el segundo piso, tenía luz; era el cuarto del tío. Macario va a observar desde más lejos; una

figura estaba apoyada, por dentro, en la cristalera: era su tío Francisco. Le entró una saudade de todo su pasado sencillo, retirado, plácido. Se acordaba de su cuarto, y de la vieja escribanía con cerradura de plata, y de la miniatura de su madre, que estaba por encima de la cabecera del lecho; el comedor y su viejo aparador de ébano, y la gran jarra de agua, cuya asa era una serpiente irritada. Se decidió e, impelido por un instinto, llamó a la puerta. Llamó otra vez. Sintió abrir la cristalera y la voz del tío que preguntaba:

—¿Quién es?

—Soy yo, tío Francisco, soy yo. Vengo a decirle adiós.

La cristalera se cerró, y al poco rato la puerta se abrió con un gran ruido de cerrojos. El tío Francisco llevaba en la mano una lámpara de aceite. Macario lo encontró delgado, más viejo. Le besó la mano.

—Suba —le dijo el tío.

Macario iba callado, pegado al pasamanos.

Cuando llegó a la habitación, el tío Francisco posó la lámpara sobre una ancha mesa de palisandro y de pie, con las manos en los bolsillos, esperó.

Macario estaba callado, mesándose la barba.

—¿Qué quiere? —le gritó el tío.

—Venía a decirle adiós; vuelvo a Cabo Verde.

—Buen viaje.

Y el tío Francisco, dándole la espalda, fue a repiquetear en la vidriera.

Macario se quedó inmóvil, dio dos pasos en el cuarto, indignado, decidido a salir.

—¿Adónde va, pedazo de estúpido? —le gritó el tío.

—Me voy.

—¡Siéntese allí! —y el tío Francisco hablaba, dando grandes zancadas por el cuarto—: ¡Su amigo es un canalla! ¡Tienda de herrajes! ¡No está mal! Usted es un hombre de bien. Estúpido, pero hombre de bien. ¡Siéntese allí! ¡Siéntese! ¡Su amigo es un canalla! ¡Usted es un hombre de bien! ¡Fue a Cabo Verde! ¡Ya lo sé! Pagó todo. ¡Está claro! ¡También lo sé! Mañana haga el favor de ir para su despacho, allá abajo. Mandé poner rejilla nueva en la silla. Haga el favor de poner en la factura Macario & Sobrino. Y cásese. ¡Cásese, y que le aproveche! Saque dinero. Necesita ropa blanca y muebles. Y póngalos en mi cuenta. Su cama ya está hecha.

Macario, atolondrado, feliz, con lágrimas en los ojos, quería abrazarlo.

—Bueno, bueno. ¡Adiós!

Macario iba a salir.

—¡Oh burro! ¿Pues quiere irse de esta su casa?

Y, yendo a un armarito, trajo jalea, un cuenco de dulce, una botella antigua de Oporto y bizcochos.

—Coma.

Y, sentándose a su lado y volviendo a llamarle estúpido, dejaba correr una lágrima por las arrugas de su piel.

De suerte que la boda se fijó para un mes después. Y Luisa empezó a ocuparse de su ajuar.

Macario estaba entonces en la plenitud del amor y de la alegría.

Veía el fin de su vida lleno, completo, feliz. Estaba casi siempre en casa de su novia, y un día la acompañó, para hacer compras, por las tiendas; él mismo había querido hacerle un pequeño regalo. Su madre se había quedado con una modista, en un primer piso de la Rua do Ouro, y ellos habían bajado, alegremente, riéndose, a una joyería que había

abajo, en el mismo edificio, en el entresuelo.

El día estaba de invierno, claro, fino, frío, con un gran cielo azul turquesa, profundo, luminoso, consolador.

—¡Qué día tan bonito! —dijo Macario.

Y, con su novia del brazo, caminó un poco, a lo largo de la acera.

—¡Sí! —dijo ella—. Pero pueden vernos; nosotros solos...

—Deja, es tan bueno

—No, no.

Y Luisa lo arrastró blandamente a la tienda del joyero. Había sólo un dependiente, trigueño, con el pelo hirsuto.

Macario le dijo:

—Querría ver anillos.

—Con piedras —dijo Luisa—, y el más bonito.

—Sí, con piedras —dijo Macario—. Amatista, granate. En fin, lo mejor que haya.

Mientras tanto, Luisa observaba las vitrinas forradas de terciopelo azul, en donde relucían las gruesas pulseras engastadas, las gruesas cadenas, los collares de camafeos, los anillos con blasones, las finas alianzas frágiles como el amor y todo el fulgor de la pesada joyería.

—Mira, Luisa —dijo Macario.

El dependiente había extendido en el otro extremo del mostrador, encima del cristal de la vitrina, una reluciente muestra de anillos de oro, de piedras, labrados, esmaltados; y Luisa, tomándolos y dejándolos con las puntas de los dedos, los iba separando y diciendo:

—Es feo... Es pesado... Es grande...

—Mira éste —le dijo Macario.

Era un anillo de pequeñas perlas.

—Es bonito —contestó ella—. ¡Es precioso!

—Déjame ver si te sirve —dijo Macario.

Y, tomándole la mano, le metió el anillo despacito, dulcemente, en el dedo; y ella se reía, con sus blancos dientecitos finos, como esmaltados.

—Es muy grande —dijo Macario—. ¡Qué pena!

—Se puede ajustar, si quieren. Deje la medida. Lo tiene para mañana.

—Buena idea —dijo Macario—. Sí señor. Porque es muy bonito. ¿No es cierto? Las perlas muy regulares, muy claras. ¡Muy bonito! ¿Y estos pendientes? —añadió, yendo al final del mostrador, a otra vitrina—. ¿Estos pendientes con una concha?

—Diez monedas —dijo el dependiente.

Y, mientras, Luisa seguía observando los anillos, probándoselos en todos los dedos, revolviendo aquella delicada vitrina, centelleante y preciosa.

Pero, de repente, el dependiente se puso muy pálido y fijó su vista en Luisa, pasando muy despacio la mano por la cara.

—Bien —dijo Macario, acercándose—, entonces mañana tenemos el anillo listo. ¿A qué hora?

El dependiente no contestó y empezó a mirar fijamente a Macario.

—¿A qué hora?

—Al mediodía.

—Bueno, adiós —dijo Macario. E iban a salir. Luisa traía un vestido de lana azul, que arrastraba un poco, dando una ondulación melodiosa a su paso, y sus manos pequeñas estaban escondidas en un manguito blanco.

—¡Perdón! —dijo de pronto el dependiente.

Macario se volvió.

—Señor, no ha pagado.

Macario lo miró gravemente.

—Está claro que no. Mañana vengo a buscar el anillo, pago mañana.

—¡Perdón! —dijo el dependiente—. Pero el otro...

—¿Qué otro? —dijo Macario con una voz de sorpresa, acercándose al mostrador.

—La señora lo sabe —afirmó el dependiente—. La señora lo sabe... —Macario sacó la cartera lentamente.

—Perdón, si hay una deuda antigua...

El dependiente abrió el mostrador, y con un aspecto resuelto:

—Nada, mi estimado señor, es de ahora. Es un anillo con dos brillantes que aquella señora se lleva.

—¡Yo! —dijo Luisa, con voz baja, completamente colorada.

—¿Qué? ¿Qué dice?

Y Macario, pálido, con los dientes apretados, contraído, miraba al dependiente coléricamente.

El cajero dijo entonces:

—Esa señora ha cogido de allí un anillo —Macario se quedó inmóvil, encarándolo—. Un anillo con dos brillantes —siguió el muchacho—. Lo vi perfectamente —el cajero estaba tan excitado que su voz tartamudeaba, cada vez le costaba más hablar—. Esa señora no sé quién es. Pero cogió el anillo —prosiguió el chico—. Lo he visto perfectamente. Lo ha cogido de allí...

Macario, maquinalmente, lo agarró por el brazo y, volviéndose a Luisa, con la voz ahogada, gotas de sudor en la frente, lívido:

—Luisa, di... —pero la voz se le cortó.

—Yo... —balbuceó ella, trémula, asombrada, turbada, descompuesta.

Y dejó caer el manguito al suelo.

Macario se volvió hacia ella, le agarró la muñeca mirándola, y su aspecto era tan resuelto y tan imperioso que ella metió la mano en el bolsillo, bruscamente, con pavor, y enseñando el anillo:

—No me hagas daño —dijo, encogiéndose toda.

Macario se quedó con los brazos caídos, el aspecto abstraído, los labios blancos; pero, de repente, dando un tirón al abrigo, recuperándose, dijo al cajero:

—Tiene razón. Era una distracción... ¡Está claro! Esta señora se había olvidado. Es el anillo. Sí, señor, evidentemente... Tenga la bondad. Toma, hija, toma. Deja, este señor lo envuelve. ¿Cuánto cuesta?

Abrió la cartera y pagó.

Después cogió el manguito, lo sacudió blandamente, se limpió los labios con el pañuelo, le dio el brazo a Luisa y, diciendo al cajero: «Disculpe, disculpe», la llevó inerte, pasiva, aterrada, medio muerta.

Dieron algunos pasos en la calle que un sol intenso iluminaba: los carruajes se cruzaban, rodando al estallido de las fustas; pasaban figuras risueñas, conversando; los pregones subían en gritos alegres; un caballero de calzón de ante hacía ladear su caballo, adornado con escarapelas; y la calle estaba llena, ruidosa, viva, feliz y cubierta de sol.

Macario iba maquinalmente, como en el fondo de un sueño. Se paró en una esquina. Tenía el brazo de Luisa enganchado en el suyo y le veía la mano pendiente, su linda mano

de cera, con las venas dulcemente azuladas, los dedos finos y amorosos: era la mano derecha, ¡y aquella mano era la de su prometida! E, instintivamente, leyó el cartel que anunciaba, para esa noche, «Palafox en Zaragoza».

De repente, soltando el brazo de Luisa, le dijo en voz baja:

—Vete.

—¡Oye!... —dijo ella, con la cabeza inclinada.

—Vete —y con la voz ahogada y terrible—: Vete. Mira que llamo y te mando al calabozo. Vete.

—Pero oye, por Dios —dijo ella.

—¡Vete! —e hizo un gesto, con el puño cerrado.

—Por amor de Dios, no me pegues aquí —dijo ella, sofocada.

—Vete, pueden vernos. No llores. Mira que nos ven. ¡Vete!

Y, acercándose a ella, le dijo en voz baja:

—¡Eres una ladrona!

Y, dándole la espalda, se alejó, despacio, rayando el suelo con el bastón.

A distancia, se volvió: todavía vio, a través de los bultos, su vestido azul.

Como partió esa misma tarde para provincias, no supo nada más de aquella chica rubia.

Un poeta lírico

Aquí está, simplemente, sin frases y sin ornatos, la historia triste del poeta Korriscosso. De todos los poetas líricos de que tengo noticia, este es, ciertamente, el más infeliz. Lo conocí en Londres, en el hotel de Charing Cross, una madrugada heladora de diciembre. Yo había llegado del continente, postrado por dos horas de canal de la Mancha... ¡Ah, qué mar! Y era sólo una brisa fresca de Noroeste: pero allí, en la cubierta, bajo una capa de tela impermeable con la que un marinero me había cubierto, como se cubre un cuerpo muerto, fustigado por la nieve y la ola, oprimido por aquella tiniebla tumultuosa que el paquebote iba rompiendo a ronquidos y a empellones, me parecía un tifón de los mares de la China...

Apenas entré en el hotel, helado y atolondrado, corrí a la vasta chimenea del peristilo y allí me quedé, saturándome de aquella paz caliente en la que la sala estaba adormilada, con los ojos beatamente puestos en la buena brasa escarlata... Y fue entonces cuando vi aquella figura estilizada y larga, ya con levita y corbata blanca, que del otro lado de la chimenea, de pie, con la taciturna tristeza de una cigüeña que cavila, miraba también los carbones ardientes, con una servilleta en el brazo. Pero el portero había metido mi equipaje, y fui a inscribirme al *bureau*. La contable, tiesa y rubia, con un perfil anticuado de medalla gastada, posó su *crochet* al lado de su taza de té, acarició con un gesto dulce sus dos crenchas rubias, asentó correctamente mi nombre, el dedito en el aire, haciendo rebrillar un diamante, y ya iba yo a subir la vasta escalinata, cuando la figura delgada y fatal se dobló en un ángulo y me murmuró en un inglés silabeado:

—Ya está servida la comida de las siete...

Pero yo no quería la comida de las siete. Me fui a dormir.

Más tarde, ya reposado, fresco del baño, cuando bajé al restaurante para el *lunch*, divisé enseguida, plantado melancólicamente junto a la ancha ventana, al individuo estilizado y triste. La sala estaba desierta con una luz parda; las chimeneas flameaban; y fuera, en el silencio del domingo, en las calles mudas, la nieve caía sin cesar de un cielo amarillento y empañado. No vi más que las espaldas del hombre; pero había en su línea delgada y un poco doblada una expresión tan evidente de desaliento que me interesé por aquella figura. El pelo largo, de tenor, caído sobre el cuello de la levita, era manifiestamente de un meridional; y toda su delgadez friolera se encogía al aspecto de aquellos tejados cubiertos de nieve, con la sensación de aquel silencio lívido... Lo llamé. Cuando se volvió, su fisonomía, que la víspera apenas había entrevisto, me impresionó: era una cara enorme, larga y triste, muy morena, con nariz judaica y una barba corta y rizada, una barba de Cristo en estampa romántica; la testa era de las que, en buena literatura, se llama, creo yo, *frente*: era ancha y era lustrosa. Tenía la mirada enterrada y vaga, con una indecisión de sueño nadando en un fluido enternecido... ¡Y qué delgadez! Cuando andaba, el pantalón, corto, se torcía en torno a la canilla como pliegues de bandera en torno a un mástil; la levita tenía dobleces de túnica amplia; sus dos faldones largos y agudos eran desgraciadamente grotescos. Recibió la orden de mi almuerzo sin mirarme, con un tedio resignado: se arrastró hasta el *comptoir*, en donde el *maître d'hôtel* leía la Biblia, pasó la mano por la cabeza con un gesto errante y doliente y le dijo con una voz sorda:

—Número 307. Dos chuletas. Té...

El *maître d'hôtel* retiró la Biblia, inscribió el menú, y yo me acomodé a la mesa y

abrí el volumen de Tennyson que había traído para almorzar conmigo, porque, creo que les dije, era domingo, día sin periódicos y sin pan fresco. Fuera seguía nevando sobre la ciudad muda. A una mesa distante, un viejo del color del ladrillo y con cabellera y patillas completamente blancas, que había acabado de almorzar, dormitaba con las manos en el vientre, la boca abierta y luneta en la punta de la nariz. Y el único sonido venía de la calle, una voz gimiente que la nieve ahogaba más, una voz mendigante que en la esquina de enfrente garganteaba un salmo... Un domingo de Londres.

Fue el delgado el que me trajo el almuerzo, y, tan pronto como se acercó con el juego de té, enseguida me di cuenta de que aquel volumen de Tennyson en mis manos le había interesado e impresionado; fue una mirada rápida, golosamente fijada en la página abierta, con un estremecimiento casi imperceptible, emoción fugitiva, seguramente, porque, después de haber posado el juego de té, rodó sobre los calcañares y fue a plantarse melancólicamente en la ventana, los ojos tristes y puestos en la nieve triste. Yo atribuí aquel movimiento curioso al esplendor de la encuadernación del volumen, que eran los *Idilios del Rey*, en tafilete negro, con el escudo de armas de Lanzarote del Lago: el pelícano de oro sobre un mar de sinople.

Esa noche partí en el expreso para Escocia, y aún no había pasado York, adormecida en su gravedad episcopal, ya me había olvidado del criado novelesco del restaurante de Charing Cross. Tan sólo pasado un mes, al volver a Londres, entrando en el restaurante y volviendo a ver aquella figura lenta y fatal atravesar con un plato de rosbif en una de las manos, en la otra un budín de patata, sentí renacer el antiguo interés. Y esa misma noche tuve la singular felicidad de saber su nombre y de entrever un fragmento de su pasado. Ya era tarde y yo volvía del Covent Garden, cuando en el peristilo del hotel encontré, majestuoso y próspero, a mi amigo Bracolletti.

¿No conocen a Bracolletti? Su presencia es formidable; tiene la amplitud panzuda, el negro cerrado de la barba, la lentitud, el ceremonial de un pachá gordo; pero esta ponderosa gravedad turca está temperada, en Bracolletti, por la sonrisa y por la mirada. ¡Qué mirada! Una mirada dulce, que me hace recordar la de los animales de Siria: es el mismo enternecimiento. Parece errar en su fluido suave la religiosidad bondadosa de las razas que dan los mesías... ¡Pero la sonrisa! ¡La sonrisa de Bracolletti es la más completa, la más perfecta, la más rica de las expresiones humanas; hay finura, inocencia, hombría de bien, abandono, ironía dulce, persuasión, en aquellos dos labios que se descierren y que dejan brillar un esmalte de dientes de virgen!... ¡Ah, pero también esta sonrisa es la fortuna de Bracolletti!

Moralmente, Bracolletti es un hábil. Nació en Esmirna de padres griegos; es todo cuanto él revela: por lo demás, cuando se le pregunta por su pasado, el buen griego menea un momento la cabeza de hombro a hombro, esconde bajo los párpados cerrados con bonhomía sus ojos mahometanos, abre su sonrisa de una dulzura que tienta a las abejas y murmura, como ahogado en bondad y en enternecimiento:

—*Eh! mon Dieu! Eh! mon Dieu!...*

Nada más. Parece, sin embargo, que viajó, porque conoce el Perú, Crimea, el cabo de Buena Esperanza y los países exóticos tan bien como Regent Street: pero es evidente para todos que su existencia no estuvo tejida, como la de los vulgares aventureros de Levante, de oro y estopa, de esplendores y mezquindades: es un gordo y, por lo tanto, un prudente; su magnífico solitario nunca dejó de brillar en su dedo; ningún frío lo sorprendió jamás sin una pelliza de dos mil francos; y nunca deja de ganar, todas las semanas, en el Fraternal Club, del que es un miembro querido, diez libras al *whist*. Es un fuerte.

Pero tiene una debilidad. Es especialmente goloso de niñas de doce a catorce años: le gustan delgaditas, muy rubias y con la costumbre de protestar. Las colecciona por los barrios pobres de Londres, con método. Las instala en su casa, y allí las tiene, como pajaritos en una jaula, metiéndoles la papilla en el pico, oyéndolas hablar todo baboso, animándolas a que le roben los chelines de la faltriquera, gozando el desarrollo de los vicios en aquellas flores, poniendo a su alcance las botellas de *gin* para que los angelitos se emborrachen, y cuando alguna, excitada de alcohol, cabello al viento y rostro encendido, lo injuria, lo repele, baba obscenidades, el buen Bracolletti, atravesado en el sofá, las manos beatamente cruzadas en la panza, la mirada ardiente en éxtasis, murmura en su italiano de la costa siria:

—*Piccolina! Gentilleta!*

¡Querido Bracolletti! Fue con placer como lo abracé realmente esa noche, en Charing Cross; y, como no nos veíamos desde hacía mucho tiempo, fuimos a cenar juntos al restaurante. El criado triste estaba allí, en su *comptoir*, curvado sobre el *Journal des Débats*. Y, tan pronto apareció Bracolletti, en su majestad de obeso, el hombre le extendió silenciosamente la mano: fue un *shakehands* solemne, enternecido y sincero.

¡Buen Dios, eran amigos! Arrebaté a Bracolletti para el fondo de la sala y, vibrando de curiosidad, lo interrogué con impaciencia. Quise primero el nombre del hombre.

—Se llama Korriscosso —me dijo Bracolletti, grave.

Después quise saber su historia. Pero Bracolletti, como los dioses de Ática, que, en sus dificultades en el mundo, se recogían en su nube, se refugió en su vaga reticencia.

—*Eh! mon Dieu!... Eh! mon Dieu!...*

—No, no, Bracolletti. Veamos. Quiero su historia... Aquel rostro fatal byroniano debe tener una historia...

Bracolletti entonces tomó todo el aire cándido que le permiten su panza y sus barbas, y me confesó, dejando caer las frases a gotas, que ambos habían viajado por Bulgaria y Montenegro... Korriscosso fue su secretario... Buena letra... Tiempos difíciles... *Eh! mon Dieu!...*

—¿Él de dónde es?

Bracolletti contestó sin vacilar, bajando la voz, con un gesto impregnado de desconsideración.

—Es un griego de Atenas.

Mi interés desapareció como el agua que la arena absorbe. Cuando ha viajado por Oriente y por las escalas del Levante, se adquiere fácilmente el hábito, quizás injusto, de sospechar del griego; cuando se ven los primeros, sobre todo teniendo una educación universitaria y clásica, el entusiasmo se enciende un poco, se piensa en Alcibíades y en Platón, en las glorias de una raza estética y libre, y se perfilan en la imaginación las líneas augustas del Partenón. Pero, después de haberlos frecuentado, en las mesas redondas y en las cubiertas de las *Messageries*, y principalmente después de haber escuchado la leyenda de bellaquería que fueron dejando desde Esmirna hasta Túnez, los otros que se ven provocan tan sólo estos movimientos: abotonar rápidamente la chaqueta, cruzar fuertemente los brazos sobre la cadena del reloj y aguzar el intelecto para rechazar la *escroquerie*. La causa de esta funesta reputación es que la gente griega que emigra a las escalas del Levante es una plebe torpe, en parte pirata y en parte lacaya, bando de rapiña astuto y perverso. La verdad es que, tan pronto como supe que Korriscosso era griego, me acordé enseguida de que mi bello volumen de Tennyson, en mi última estancia en Charing Cross, había desaparecido de mi cuarto, y recordé la mirada de gula y de presa que en él

había clavado Korriscosso... Era un bandido...

Y durante la cena no hablamos más de Korriscosso. Nos sirvió otro criado, rubro, honesto y sano. El lúgubre Korriscosso no se alejó del *comptoir*, abismado en el *Journal des Débats*.

Esa noche ocurrió que, al recogerme a mi cuarto, me perdí... El hotel estaba abarrotado y yo había sido alojado en aquellos altos de Charing Cross, con una complicación de pasillos, escaleras, rincones, ángulos, en donde casi se necesitan una guía y una brújula.

Candelabro en mano, entré en un pasadizo por el que corría un vaho tibio de callejuela mal aireada. Las puertas allí no tenían números, sino pequeños cartones pegados en los que estaban inscritos nombres: John, Smith, Charlie, Willie... En fin, eran, evidentemente, las habitaciones de los criados. De una puerta abierta salía la claridad de una boquilla de gas; me adelanté y enseguida vi a Korriscosso, todavía con su levita, sentado a una mesa cubierta de papeles, la cabeza pendida sobre la mano, escribiendo.

—¿Puede indicarme el camino para el número 508? —balbuocé.

Se dirigió a mí levantando una mirada soñolienta y neblinosa; parecía resurgir de muy lejos, de otro universo; parpadeaba, repitiendo:

—¿508? ¿508?...

¡Entonces fue cuando vi, sobre la mesa, entre papeles, cuellos sucios y un rosario mi volumen de Tennyson! ¡Él vio mi mirada, el bandido! Y se acusó con un enrojecimiento que inundó por completo su rostro chupado. Mi primer movimiento fue el de no reconocer el libro: como era un movimiento bueno, y desde luego obediente a la moral superior del maestro Talleyrand, lo reprimí; y, apuntando al volumen con un dedo severo, un dedo de Providencia irritada, le dije:

—Es mi Tennyson...

No sé qué respuesta tartamudeó él, porque yo, apiadado, llevado también por el interés que me producía aquella figura picaresca de griego sentimental, añadí con un tono impregnado de perdón y de justificación:

—Gran poeta, ¿no? ¿Qué le ha parecido? Estoy seguro de que se entusiasmó...

Korriscosso se puso más colorado; pero no era el despecho humillado del saltador sorprendido: era, creí yo, la vergüenza de ver su inteligencia, sus gustos poéticos adivinados, y de tener en el cuerpo la levita rozada de criado de restaurante. No contestó. Pero las páginas del volumen que yo abrí contestaron por él; la blancura de los márgenes anchos desaparecía bajo una red de comentarios a lápiz: «¡Sublime! ¡Grandioso! ¡Divino!», palabras escritas con una letra convulsiva, con un temblor de mano, agitada por una sensibilidad vibrante...

Mientras, Korriscosso permanecía de pie, respetuoso, culpado, la cabeza baja, con el lazo de la corbata blanca huyendo hacia la cerviz. ¡Pobre Korriscosso! Me compadecí de aquella actitud, revelando todo un pasado sin suerte, tantas tristezas de dependencia... Me acordé de que nada impresiona tanto al hombre de Levante como un gesto de drama y de escena; le extendí ambas manos con un movimiento estilo Talma y le dije:

—¡Yo también soy poeta!...

Esta frase extraordinaria parecería grotesca e impúdica a un hombre del Norte; el levantino enseguida vio en ella la expansión de un alma hermana. Porque, ¿no se lo he dicho?, lo que Korriscosso estaba escribiendo, en una tira de papel, eran estrofas; era una oda.

Al poco rato, con la puerta cerrada, Korriscosso me contaba su historia, o, mejor

dicho, fragmentos, anécdotas deshermanadas de su biografía. Es tan triste que la condense. Por lo demás, su narración tenía lagunas de años, y yo no puedo reconstituir con lógica y secuencia la historia de este sentimental. Todo es vago y sospechoso. Nació, en efecto, en Atenas; su padre parece que era cargador en el Pireo. A los dieciocho años, Korriscosso servía como criado a un médico y en los intervalos del servicio frecuentaba la Universidad de Atenas; estas cosas son frecuentes *là-bas*, como él decía. Se licenció en Leyes: esto lo habilitó, más tarde, en tiempos difíciles, para ser intérprete de hotel. De ese tiempo datan sus primeras elegías en un semanario lírico titulado *Ecos de Ática*. La literatura lo llevó directamente a la política y a las ambiciones parlamentarias. Una pasión, una crisis patética, un marido brutal, amenazas de muerte, lo forzaron a expatriarse. Viajó por Bulgaria, en Salónica fue empleado de una sucursal del Banco Otomano, remitió endechas dolorosas a un periódico de provincias, *La Trompeta de la Argólida*. Aquí hay una de esas lagunas, un agujero negro en su historia. Reaparece en Atenas con traje nuevo, liberal y diputado.

Ese período de gloria fue breve, pero suficiente para ponerlo en evidencia; su palabra colorida, poética, recamada de imágenes ingeniosas y brillantes, encantó a Atenas: tenía el secreto de hacer florecer, como él decía, los terrenos más áridos; de una discusión sobre impuestos o sobre circulación hacía saltar églogas de Teócrito. En Atenas, este talento lleva al poder: Korriscosso estaba indicado para gestionar una alta administración del Estado; el Ministerio, sin embargo, y con él la mayoría, de la que Korriscosso era el tenor querido, cayeron, se esfumaron, sin lógica constitucional, en uno de estos súbitos derrumbamientos políticos tan comunes en Grecia, en donde los gobiernos caen, como las casas en Atenas: sin motivo. Falta de base, decrepitud de materiales y de individualidades... Todo tiende al polvo en un suelo de ruinas...

Nueva laguna, nuevo sumergimiento oscuro en la historia de Korriscosso...

Vuelta a la superficie, miembro de un club republicano de Atenas, pide en un periódico la emancipación de Polonia, y Grecia gobernada por un concilio de genios. Publica entonces sus *Suspiros de Tracia*. Tiene otro romance del corazón... Y, en fin —y esto me lo dijo sin explicaciones—, se ve obligado a refugiarse en Inglaterra. Después de intentar varios puestos en Londres, se coloca en el restaurante de la Charing Cross.

—Es un puerto de abrigo —le dije yo, apretándole la mano. Él sonrió con amargura. Era seguramente un puerto de abrigo, y ventajoso. Está bien alimentado; las propinas son razonables; tiene un viejo colchón de muelles, pero las delicadezas de su alma son, en todo momento, dolorosamente heridas...

¡Días atribulados, días crucificados, los de aquel poeta lírico forzado a distribuir en una sala, a burgueses establecidos y glotones, chuletas y vasos de cerveza! No es la dependencia lo que lo aflige; su alma de griego no está especialmente ávida de libertad, le basta que el patrón sea cortés. Y, como él me dijo, le es grato reconocer que los clientes de Charing Cross nunca le piden la mostaza o el queso sin decir *if you please*; y, cuando salen, al pasar por él, se llevan dos dedos al ala del sombrero: esto satisface la dignidad de Korriscosso.

Pero lo que lo tortura es el contacto constante con los alimentos. Si él fuese el contable de un banquero, primer cajero de un almacén de sedas... En eso hay una sombra de poesía: los millones que se revuelven, las flotas mercantes, la brutal fuerza del oro, o entonces disponer ricamente los tapizados, los cortes de seda, hacer correr la luz en las ondulaciones de los *moirés*, darle al terciopelo la blandura de la línea y del pliegue... Pero, en un restaurante, ¿cómo se puede ejercer el gusto, la originalidad artística, el instinto del color, del efecto, del drama... cortando trozos de rosbif o de jamón de York?!... Además,

como él dijo, dar de comer, facilitar alimento, es servir exclusivamente a la panza, a la tripa, a la baja necesidad material; en el restaurante, el vientre es Dios: el alma queda fuera, con el sombrero que se cuelga en la percha o con el rollo de periódicos que se dejó en el bolsillo del gabán.

¡Y las conveniencias, y la falta de conversación! ¡No volverse nunca hacia él más que para pedirle salchichón o sardinas de Nantes! No abrir nunca sus labios, de los que pendía el Parlamento de Atenas, sino para preguntar: «¿Más pan? ¿Más filete?». Este privarse de la elocuencia le resulta doloroso.

Además de eso, el servicio le impide el trabajo. Korriscosso compone de memoria; cuatro paseos por el cuarto, un tirón de pelos, y la oda le sale armónica y dulce... Pero la interrupción glotona de la voz del cliente, pidiendo nutrición, es fatal para esta manera de trabajar. A veces, apoyado en una ventana, una servilleta en el brazo, Korriscosso está componiendo una elegía; todo son luces de luna, ropas albas de vírgenes pálidas, horizontes celestes, flores de alma dolorida... Es feliz; está remontado a los cielos poéticos, a las planicies azuladas en las que acampan los sueños, galopando de estrella en estrella... De repente, una gruesa voz hambrienta grita desde un rincón:

—¡Filete y patatas!

¡Ay, las aladas fantasías levantan el vuelo como palomas despavoridas! Y allá va el infeliz Korriscosso, precipitado desde las cimas ideales, los hombros curvados y las puntas de la levita balanceando, a preguntar con sonrisa lívida:

—¿Bien pasado o medio crudo?

¡Ah! ¡Es un amargo destino!

—¿Pero —le pregunté— por qué no deja este cubil, este templo del vientre?

Él dejó colgar su bella cabeza de poeta. Y me dijo la razón que lo ata: me la dijo, casi llorando en mis brazos, con el nudo de la corbata blanca en la cerviz: Korriscosso ama.

Ama a una tal Fanny, criada de todo el servicio en Charing Cross. La ama desde el primer día que entró en el hotel; la amó en el momento en que la vio lavando las escaleras de piedra, los brazos rollizos desnudos y la cabellera rubia, la fatal cabellera rubia, de este rubio que entontece a los meridionales, cabellera rica, de un tono de cobre, de un tono de oro mate, torciéndose en una trenza de diosa. Y después la carnación, una carnación de inglesa de Yorkshire: leche y rosas...

¡Y lo que Korriscosso ha sufrido! ¡Todo su dolor lo exhala en odas, que pasa a limpio el domingo, día de reposo y día del Señor! Me las leyó. Y yo vi hasta qué punto la pasión puede perturbar a un ser nervioso; ¡qué ferocidad de lenguaje, qué lances de desesperación, qué gritos de alma dilacerada lanzados desde allí, desde aquellos altos de Charing Cross, a la mudez del cielo frío! Porque Korriscosso tiene celos. La desgraciada Fanny ignora a aquel poeta a su lado, aquel delicado, aquel sentimental, y ama a un *policeman*. Ama a un *policeman*, un coloso, un alcides, una montaña de carne erizada por un bosque de barbas, con el pecho como el flanco de un acorazado, con piernas como fortalezas normandas. Este Polifemo, como dice Korriscosso, está, habitualmente, de servicio en el Strand; y la pobre Fanny se pasa el día espíandolo desde un postigo, en los altos del hotel.

Todas sus economías las gasta en cuartillos de *gin*, de *brandy*, de ginebra, que por la noche le lleva en vasitos debajo del delantal; lo mantiene fiel por el alcohol; el monstruo, enormemente plantado en una esquina, recibe en silencio el vaso, lo lanza de un golpe a las fauces tenebrosas, eructa con fuerza, pasa su mano peluda por la barba de Hércules y sigue taciturnamente, sin un «Gracias», sin un «Te amo», golpeando los pavimentos con la

bastedad de sus suelas sonoras. La pobre Fanny lo admira, cayéndosele la baba... Y quizás en ese momento, en la otra esquina, el delgado Korriscosso, haciendo en la niebla un estilizado relieve de poste telegráfico, solloce con el rostro delgado entre sus manos transparentes.

¡Pobre Korriscosso! Si él por lo menos la pudiese conmover... ¡Pero qué! Ella desprecia su cuerpo de físico triste; y a su alma no la comprende... No porque Fanny sea inaccesible a sentimientos ardientes, expresados en lenguaje melodioso... Pero Korriscosso sólo puede escribir sus elegías en su lengua materna... Y Fanny no entiende griego. Y Korriscosso sólo es un gran hombre, en griego.

Cuando bajé a mi cuarto, lo dejé sollozando sobre el catre. Lo he visto después, otras veces, al pasar por Londres. Está más delgado, más fatal, más comido por los celos, más curvado cuando se mueve por el restaurante con la bandeja del rosbif, más exaltado en su lirismo... Siempre que él me sirve le doy un chelín de propina; y después, al retirarme, le estrecho sinceramente la mano.

En el molino

Doña Maria da Piedade estaba considerada por todo el pueblo como «una mujer modelo». El viejo Nunes, jefe de correos, siempre que se hablaba de ella, decía, acariciando con autoridad los cuatro pelos de su calva:

—¡Es una santa! ¡Eso sí que es una santa!

El pueblo estaba casi orgulloso de su belleza delicada y conmovedora; era una rubia de perfil fino, piel ebúrnea y ojos oscuros de un tono violeta, a los que las largas pestañas oscurecían más su brillo sombrío y dulce. Vivía al final de la calzada, en una casa azul con tres balcones, y era, para la gente que por las tardes iba a dar una vuelta hasta el molino, un encanto siempre nuevo verla por detrás de la vidriera, entre las cortinas de muselina, curvada sobre su costura, vestida de negro, recogida y seria. Pocas veces salía. Su marido, mayor que ella, era un inválido, siempre en la cama, inutilizado por una enfermedad de columna; hacía años que no bajaba a la calle; lo veían a veces también a la ventana, ajado y torpe, agarrado al bastón, encogido en su *robe de chambre*, con el rostro macilento, la barba descuidada y con un gorrito de seda enterrado melancólicamente hasta el cuello. Los hijos, dos niñas y un chiquillo, estaban también enfermos, crecían poco y con dificultad, llenos de tumores en las orejas, llorones y tristes. La casa, interiormente, parecía lúgubre. Se andaba de puntillas, porque el señor, con la excitación nerviosa que le provocaban los insomnios, se irritaba con el mínimo ruido; había sobre las cómodas algunos frascos de botica, algún cuenco con papas de linaza; las mismas flores con las que ella, en su arreglo y en su gusto de frescor, ornaba las mesas, enseguida se marchitaban en aquel aire asfixiado de fiebre, nunca renovado por miedo a las corrientes de aire; y era una tristeza ver siempre a alguno de los pequeños o con un emplasto en la oreja, o en un rincón del canapé, envuelto en mantas amarillentas como de hospital.

Maria da Piedade vivía así desde sus veinte años. Incluso de soltera, en casa de sus padres, su vida había sido triste. Su madre era una criatura desagradable y ruda; el padre, que se empeñaba por las tabernas y por el juego, ya viejo, siempre borracho, los días que aparecía por casa los pasaba en la chimenea, con un silencio sombrío, fumando en pipa y escupiendo a las cenizas. Todas las semanas le pegaba a su mujer. Y cuando João Coutinho pidió a María en matrimonio, a pesar de que ya estaba enfermo, ella aceptó, sin vacilar, casi con agradecimiento, para salvar la casucha del embargo, no oír más los gritos de su madre, que la hacían temblar, rezar, arriba en su cuarto, en el que la lluvia entraba por el tejado. No amaba a su marido, claro que no; e incluso en el pueblo se había lamentado que aquel bello rostro de Virgen María, aquella figura de hada, fuese a pertenecer al Joãozinho Coutinho, que desde chiquillo había sido siempre tullido. Coutinho, por muerte de su padre, se había quedado rico; y ella, acostumbrada por fin a aquel marido refunfuñón, que se pasaba el día arrastrándose sombríamente de la sala a la alcoba, se habría resignado, en su naturaleza de enfermera y de consoladora, si sus hijos por lo menos hubiesen nacido sanos y robustos. Pero aquella familia que le llegaba con la sangre viciada, aquellas existencias vacilantes, que después parecían pudrirsele en las manos, a pesar de sus cuidados inquietos, le fastidiaban. A veces, sola, picando su costura, le corrían las lágrimas cara abajo: la invadía un cansancio de la vida como si una niebla le oscureciese el alma.

Pero, si su marido desde dentro llamaba desesperado, o uno de los niños lloriqueaba, se secaba los ojos, y allí aparecía con su bonito rostro tranquilo, con alguna

palabra de consuelo, colocando la almohada a uno, yendo a animar al otro, feliz de ser buena. Toda su ambición era ver su pequeño mundo bien cuidado y tratado con cariño. Nunca, desde que se había casado, había sentido una curiosidad, un deseo, tenido un capricho: nada le interesaba en la Tierra sino las horas de las medicinas y el sueño de sus enfermos. Todo el esfuerzo le resultaba fácil cuando se trataba de contentarlos: aunque débil, paseaba durante horas trayendo en brazos al pequeñajo, que era el más impertinente, con las heridas que convertían sus pobrecitos labios en una costra oscura; durante los insomnios del marido tampoco dormía, sentada al pie de la cama, charlando, leyéndole las *Vidas de los santos*, porque al pobre tullido le estaba entrando la devoción. Por la mañana estaba un poco más pálida, pero tan correcta con su vestido negro, fresca con sus crenchas bien lustrosas, poniéndose guapa para ir a dar las sopas de leche a sus pequeñajos. Su única distracción era sentarse a la ventana, por las tardes, con su costura y la chiquillería toda alrededor, anidando en el suelo, jugando tristemente. El mismo paisaje que veía desde la ventana era tan monótono como su vida: abajo, la calzada, después una ondulación de campos, una tierra magra plantada aquí y allá de olivos e, irguiéndose al fondo, una colina triste y desnuda, sin una casa, un árbol, un humo de caserío que pusiese en aquella soledad de terreno pobre una nota humana y viva.

Viéndola así, tan resignada y tan sujeta, algunas señoras del pueblo afirmaban que era una beata; sin embargo, nadie la veía en la iglesia, a no ser el domingo, con el mayor de los chiquillos de la mano, muy pálido en su trajecito de terciopelo azul. En efecto, su devoción se limitaba a esta misa todas las semanas. Su casa la tenía más que ocupada como para dejarse invadir por las preocupaciones del Cielo; en aquel deber de buena madre, cumpliendo con amor, encontraba satisfacción suficiente para su sensibilidad; no necesitaba adorar santos o enternecerse con Jesús. Instintivamente, incluso llegaba a pensar que todo el afecto excesivo dado al Padre del Cielo, todo el tiempo gastado en arrastrarse por el confesionario o a los pies del oratorio, supondría una disminución cruel en su cuidado de enfermera: su manera de rezar era velar por sus hijos, y aquel pobre marido postrado en una cama, dependiendo completamente de ella, teniéndola sólo a ella, le parecía tener más derecho a su fervor que el otro, clavado en una cruz, contando para animarlo con toda una humanidad dispuesta. Además, nunca había tenido estos sentimentalismos de alma triste que llevan a la devoción. Su antigua costumbre de dirigir una casa de enfermos, de ser ella el centro, la fuerza, el amparo de aquellos inválidos, la había vuelto tierna pero práctica, y de este modo era ella la que administraba ahora la casa de su marido, con un buen sentido dirigido por el afecto, una solicitud de madre prudente. Tales ocupaciones bastaban para entretener su día: su marido, por lo demás, odiaba las visitas, el aspecto de caras saludables, las conmiseraciones de cumplido; y pasaban meses sin que en casa de Maria da Piedade se oyese una voz extraña a la familia, a no ser la del Dr. Abilio, que la adoraba y que decía de ella con los ojos desorbitados:

—¡Es un hada! ¡Es un hada!...

Por eso fue grande la alteración en la casa cuando João Coutinho recibió una carta de su primo Adrião, que le anunciaba que en dos o tres semanas llegaría al pueblo. Adrião era un hombre célebre, y el marido de Maria da Piedade sentía por aquel pariente un orgullo enfático. Incluso había llegado a suscribirse a un periódico de Lisboa sólo para ver su nombre en las noticias locales y en la crítica. Adrião era un novelista, y su último libro, *Madalena*, un estudio de mujer trabajado con gran estilo, con un análisis delicado y sutil, lo había consagrado como un maestro. Su fama, que ya había llegado al pueblo, como una vaga leyenda, lo presentaba como una personalidad interesante, un héroe de Lisboa, amado

por las *fidalgas*, impetuoso y brillante, destinado a un alto cargo en el Estado. Pero realmente, en el pueblo, era conocido sobre todo por ser primo de João Coutinho.

Doña Maria da Piedade se quedó horrorizada con la visita. Veía ya su casa en desorden con la presencia de ese huésped extraordinario. ¡Y además la necesidad de arreglarse más, de cambiar la hora de la cena, de charlar con un literato y tantos otros esfuerzos crueles!... Y la brusca invasión de aquel mundano, con sus maletas, el humo de su puro, su alegría de persona sana, en la paz triste de su hospital, le daba la impresión pavorosa de una profanación. Por eso supuso un alivio, casi un reconocimiento, cuando Adrião llegó y muy sencillamente se instaló en la antigua hostería del tío André, en la otra punta del pueblo. João Coutinho se escandalizó: ya estaba preparado el cuarto de visitas, con sábanas de encaje, una colcha de damasco, platas sobre la cómoda, y lo quería todo para él, su primo, el hombre célebre, el gran autor... Adrião sin embargo lo rechazó:

—Yo tengo mis costumbres, vosotros tenéis las vuestras... No nos contrariemos, ¿vale?... Lo que hago es venir aquí a cenar. Por lo demás, no estoy mal donde el tío André... Veo desde la ventana un molino y una represa, que son un cuadro delicioso... Y tan amigos, ¿no os parece?

Maria da Piedade lo miraba con asombro: aquel héroe, aquel fascinador por el que lloraban mujeres, aquel poeta al que los periódicos glorificaban, era un sujeto extremadamente sencillo: ¡mucho menos complicado, menos ostentoso que el hijo del recaudador! Ni siquiera era guapo; y con el ala de su sombrero caída sobre un rostro regordete y barbudo, la levita de franela cayendo a lo ancho en un cuerpo robusto y pequeño, sus zapatos enormes, le parecía a ella uno de los cazadores de aldea que a veces se encontraba, cuando de mes en mes iba a visitar las haciendas al otro lado del río. Además de eso, no hacía frases, y la primera vez que vino a cenar, casi no habló, con gran hombría de bien, de sus negocios. Había venido por ellos. De la fortuna del padre, la única tierra que no estaba devorada, o abominablemente hipotecada, era la Curgossa, una hacienda al lado del pueblo, y que, aun por encima, estaba mal arrendada... Lo que quería era venderla. ¡Pero eso le parecía a él tan difícil como hacer la *Iliada*!... Y lamentaba sinceramente ver a su primo allí, inútil sobre una cama, sin poder ayudarlo en los pasos que debería dar con los propietarios del pueblo. ¡Por eso oyó con gran alegría a João Coutinho declararle que su mujer era una administradora de primera y tan hábil en estas cuestiones como un antiguo rábula!...

—Ella va contigo a ver la hacienda, habla con Teles y te arregla todo eso... ¡Y en lo que respecta al precio, déjala a ella!...

—¡Pero qué superioridad, prima! —exclamó Adrião, maravillado—. ¡Un ángel que entiende de cifras!

Por primera vez en su vida, Maria da Piedade se puso colorada con la palabra de un hombre. Por lo demás, se decidió de inmediato a ser la apoderada del primo...

Al día siguiente fueron a ver la hacienda. Como quedaba cerca y era un día de marzo fresco y claro, partieron a pie. Al principio, cohibida por aquella compañía de un león, la pobre mujer caminaba junto a él con el aspecto de un pájaro asustado: a pesar de tan sencillo, había en su figura enérgica y musculosa, en el timbre rico de su voz, en sus ojos pequeños y brillantes, algo de fuerte, de dominante, que la embelesaba. Se le había prendido a la orla de su vestido una rama de zarza y, cuando él se inclinó para desprendérsela delicadamente, el contacto de aquella mano blanca y fina de artista en la orla de su falda le molestó especialmente. Apresuraba el paso para llegar bien rápido a la hacienda, resolver el negocio con Teles y volver inmediatamente a refugiarse, como en su

elemento propio, en el aire asfixiado y triste de su hospital. Pero la calzada se extendía, blanca y larga, bajo el sol tibio, y la conversación de Adrião fue acostumbrándola a su presencia lentamente.

Él parecía que estaba desolado ante la tristeza de su casa. Le dio algunos buenos consejos: lo que los niños necesitaban era aire, sol, otra vida que no fuese aquella asfixia de alcoba...

Ella también pensaba así... ¡pero qué!, el pobre João, siempre que se le hablaba de ir a pasar algún tiempo a la finca, se afligía terriblemente: le tenía horror a los grandes aires y a los grandes horizontes, la naturaleza fuerte casi lo hacía desmayar; se había convertido en un ser artificial, encerrado entre los cortinajes de su cama.

Él entonces se condolió de ella. Seguro que podría haber alguna satisfacción en un deber tan santamente cumplido... Pero, en fin, ella debía tener momentos en que desease alguna otra cosa además de aquellas cuatro paredes, impregnadas del vaho de la enfermedad...

—¿Qué más puedo desear yo? —dijo ella.

Adrião se calló: le pareció absurdo suponer que ella desease, realmente, el Chiado o el Teatro da Trindade... En lo que él pensaba era en otros apetitos, en las ambiciones de un corazón insatisfecho... Pero esto le pareció tan delicado, tan grave de decir a aquella criatura virginal y seria, que habló del paisaje...

—¿Ya has visto el molino? —le preguntó ella.

—Tengo ganas de verlo, si quieres ir a enseñármelo, prima.

—Hoy es tarde.

Quedaron enseguida en ir a visitar ese rincón de verdor, que era el idilio del pueblo.

En la hacienda, la larga conversación con Teles creó un acercamiento mayor entre Adrião y Maria da Piedade. Era como si aquella venta, que ella discutía con la astucia de una aldeana, pusiera entre ellos algo como un interés común. Luego, al regresar, ella ya le habló con menos reserva. Había en las maneras de él, de un respeto conmovedor, una atracción que, a su pesar, la llevaba a revelarse, a darle su confianza: nunca le había hablado tanto a nadie, jamás había dejado ver a nadie tanto de la melancolía oculta que erraba constantemente en su alma. Por lo demás, sus quejas eran sobre el mismo dolor: la tristeza de su interior, las enfermedades, tantos cuidados graves... Y le venía por él una simpatía, como un deseo indefinido de tenerlo siempre presente, ya que él se hacía así depositario de sus tristezas.

Adrião volvió para su cuarto, en la hostería de André, impresionado, interesado por aquella criatura tan triste y tan dulce. Ella se destacaba sobre el mundo de mujeres que hasta entonces había conocido, como un perfil suave de ángel gótico entre fisonomías de mesa redonda. Todo en ella estaba deliciosamente de acuerdo: el oro del cabello, la dulzura de la voz, la modestia en la melancolía, la línea casta, convirtiéndola en un ser delicado y conmovedor, al que incluso su pequeño espíritu burgués, cierto fondo rústico de aldeana y una ligera vulgaridad de costumbres le conferían un encanto: era un ángel que vivía hacía mucho tiempo en un poblacho grosero y se encontraba por muchas partes sujeto a las trivialidades del lugar, pero bastaría un soplo para hacerlo remontar al cielo natural, a las cimas puras de la sentimentalidad...

Le parecía absurdo e infame cortejar a su prima... Pero, involuntariamente, pensaba en el delicioso placer de hacer latir aquel corazón que no estaba deformado por el corsé y de poner, en fin, sus labios en un rostro en el que no hubiese polvos de arroz... Y lo que lo tentaba sobre todo era pensar que podría recorrer todas las provincias en Portugal sin

encontrar ni aquella línea de cuerpo, ni aquella virginidad enternecedora de alma adormecida... Era una ocasión que no volvería.

El paseo al molino fue encantador. Era un rincón de naturaleza digno de Corot, principalmente al mediodía, cuando ellos fueron, con el frescor de lo verde, la sombra recogida de los grandes árboles y toda suerte de murmullos de agua corriente, huyendo, reluciendo entre los musgos y las piedras, llevando y esparciendo en el aire el frío de la hojarasca, del césped por el que corrían cantando. El molino era muy pintoresco, con su vieja edificación de piedra secular, su enorme rueda, casi podrida, cubierta de hierbas, inmóvil sobre la helada limpidez del agua oscura. Adrião lo encontró digno de una escena de novela, o mejor aún, de la vivienda de un hada. Maria da Piedade no decía nada, pareciéndole extraordinaria aquella admiración por el molino abandonado del tío Costa. Como ella venía un poco cansada, se sentaron en una escalera descoyuntada de piedra, que sumergía en el agua de la represa sus últimos peldaños, y allí se quedaron un momento callados, en el encanto de aquel frescor murmurante, oyendo las aves piar en las ramas. Adrião la veía de perfil, un poco curvada, agujereando con la punta del parasol las hierbas silvestres que invadían los peldaños: era deliciosa, así, tan blanca, tan rubia, con una línea tan pura sobre el fondo azul del aire: su sombrero era de mal gusto, su manteleta anticuada, pero en eso mismo veía él una ingenuidad picante. El silencio de los campos en derredor los aislaba, e, insensiblemente, él empezó a hablarle bajo. Era todavía la misma compasión por la melancolía de su existencia en aquel triste pueblo, por su destino de enfermera... Ella lo escuchaba con los ojos bajos, pasmada de encontrarse allí tan sólo con aquel hombre tan robusto, recelosa y encontrando un sabor delicioso a su recelo... Hubo un momento en que él habló del encanto de quedarse para siempre allí en el pueblo.

—¿Quedarse aquí? ¿Para qué? —le preguntó ella, sonriendo.

—¿Para qué? Para esto, para estar siempre a tu lado...

Ella se cubrió de rubor; el parasolito se le escapó de las manos. Adrião tuvo miedo de haberla ofendido y añadió enseguida, riendo:

—¿Pues no era delicioso?... Yo podía alquilar este molino, hacerme molinero...

Tú, prima, me darías tu clientela...

Esto la hizo reír; era más guapa cuando se reía: todo brillaba en ella, los dientes, la piel, el color del cabello. Él siguió bromeando, con su plan de hacerse molinero y de ir por la calzada tocando el burro, cargado de sacos de harina.

—¡Y yo vengo a ayudarte, primo! —dijo ella, animada por su propia risa, por la alegría de aquel hombre a su lado.

—¡Claro! —exclamó él—. ¡Te juro que me hago molinero! ¡Qué paraíso, nosotros aquí los dos en el molino, ganando alegremente nuestra vida y oyendo cantar a estos mirlos!

Ella volvió a ponerse colorada con el fervor de su voz, y retrocedió como si él fuese ya a arrebatarla para el molino. Pero Adrião, ahora, inflamado por aquella idea, le pintaba con su palabra colorida toda una vida novelesca, de una felicidad idílica, en aquel escondrijo de verdor: por la mañana, a pie, temprano, para el trabajo; después la cena en la hierba al borde del agua; y por la noche las buenas charlas allí sentados, a la luz de las estrellas o bajo la sombra cálida de los cielos negros del verano...

Y de repente, sin que ella se resistiese, la prendió en sus brazos y la besó en los labios, con un solo beso, profundo e interminable. Ella había quedado contra su pecho, blanca como muerta, y dos lágrimas corrían a lo largo de su rostro. Así, era tan dolorosa y débil que la soltó; ella se levantó, cogió su pequeño parasol y se quedó delante de él, con el

labio tembloroso, murmurando:

—Está mal... Está mal...

Él mismo estaba tan perturbado que la dejó bajar al camino; y en un momento seguían ambos callados hacia el pueblo. Sólo cuando estuvo en la hostería pensó: «¡Fui un tonto!».

Pero en el fondo estaba contento de su generosidad. Por la noche fue a casa de ella; la encontró con el pequeñajo en brazos, lavándole en agua de malvas las heridas que tenía en la pierna. Y entonces le pareció odioso distraer a aquella mujer de sus enfermos. Por si fuera poco, un momento como aquel en el molino no volvería. Sería absurdo quedarse allí, en aquel rincón odioso de provincias, desmoralizando, fríamente, a una buena madre... La venta de la hacienda estaba concluida. Por eso, al día siguiente apareció por la tarde, para decirle adiós: partía al anochecer en la diligencia; la encontró en la sala, en la ventana de costumbre, con la chiquillería enferma anidada contra sus faldas... Oyó que él partía, sin cambiarle el color, sin palparle el pecho. Pero Adrião sintió la palma de su mano tan fría como un mármol, y, cuando él salió, Maria da Piedade se quedó vuelta hacia la ventana, escondiendo su rostro a los pequeños, mirando abstractamente el paisaje que oscurecía, con las lágrimas, de cuatro en cuatro, cayéndole en la costura...

Lo amaba. Desde los primeros días, su figura resuelta y fuerte, sus ojos brillantes, toda la virilidad de su persona, se habían apoderado de su imaginación. Lo que le encantaba de él no era su talento, ni su celebridad en Lisboa, ni las mujeres que lo habían amado: eso a ella le parecía vago y poco comprensible; lo que la fascinaba era aquella seriedad, aquel aspecto honesto y sano, aquella robustez de vida, aquella voz tan grave y tan rica, y preveía, más allá de su existencia unida a un inválido, otras existencias posibles, en las que no tuviese siempre ante los ojos un rostro flaco y moribundo, en las que las noches no pasasen esperando las horas de las medicinas... Era como una ráfaga de aire impregnado de todas las fuerzas vivas de la naturaleza que había atravesado, de repente, su alcoba asfixiada: y la respiraba deliciosamente... Después, había oído aquellas conversaciones en las que él se mostraba tan bueno, tan serio, tan delicado, y a la fuerza de su cuerpo, que admiraba, se unía ahora un corazón tierno, de una ternura varonil y fuerte, para cautivarla... Este amor latente la invadió, se apoderó de ella una noche que se le apareció esta idea, esta visión: «¡Si él fuese mi marido!». Toda ella se estremeció, apretó desesperadamente sus brazos contra el pecho, como confundándose con su imagen evocada, amarrándose a ella, refugiándose en su fuerza... Después, él le dio aquel beso en el molino.

¡Y había partido!

Entonces empezó para Maria da Piedade una vida de abandonada. De repente, todo a su alrededor —la enfermedad del marido, los achaques de los hijos, las tristezas de cada día, su costura— le pareció lúgubre. Sus deberes, ahora que no ponía en ellos toda su alma, le resultaban pesados como fardos injustos. Su vida se le presentaba como una desgracia excepcional: no se rebelaba todavía, pero tenía esos abatimientos, esas súbitas fatigas de todo su ser, en que caía sobre la silla, con los brazos colgando, y murmurando:

—¿Cuándo se acabará esto?

Se refugiaba entonces en aquel amor como una compensación deliciosa. Creyéndolo todo puro, todo del alma, se dejaba inundar por él y por su lenta influencia. Adrião se había convertido, en su imaginación, en un ser de proporciones extraordinarias, todo cuanto es fuerte y bello, y da razón a la vida. No quiso que nada de lo que era de él o venía de él le fuese ajeno. Leyó todos sus libros, sobre todo aquella *Madalena* que también había amado y había muerto de un abandono. Estas lecturas la calmaban, dándole como una vaga

satisfacción a su deseo. Llorando los dolores de las heroínas de novela parecía sentir alivio en los suyos.

Lentamente, esta necesidad de llenar la imaginación de esos lances de amor, de dramas infelices, se apoderó de ella. Durante meses fue un devorar constante de novelas. Así se iba creando en su espíritu un mundo artificial e idealizado. La realidad se le hacía odiosa, sobre todo bajo aquel aspecto de su casa, en donde agarrado a sus faldas había siempre un ser enfermo. Llegaron las primeras rebeldías. Se volvió impaciente y áspera. No soportaba que la arrancasen de los episodios sentimentales de su libro, para ir a ayudar a volverse a su marido y sentir su mal aliento. Le vino el asco de los frascos de farmacia, de los emplastos, de tener que lavar las heridas de los pequeños. Empezó a leer versos. Pasaba horas sola, con un gran mutismo, a la ventana, teniendo bajo su mirada de virgen rubia toda la rebelión de una enamorada. Creía en los amantes que escalan los balcones, entre el canto de los ruiseñores, y quería ser amada de ese modo, poseída por un misterio de noche romántica...

Su amor se desprendió poco a poco de la imagen de Adrião y se amplió, extendiéndose a un ser vago que estaba hecho de todo cuanto le había encantado en los héroes de novela; era un ente medio príncipe medio facineroso, que tenía, sobre todo, la fuerza. Porque era esto lo que admiraba, lo que quería, lo que ansiaba en las noches cálidas en que no podía dormir: dos brazos fuertes como el acero, que la apretasen con un abrazo mortal, dos labios de fuego que, con un beso, le aspirasen el alma. Estaba histérica.

A veces, al pie del lecho de su marido, viendo ante ella aquel cuerpo de tísico, con una inmovilidad de tullido, le venía un odio torpe, un deseo de apresurarle la muerte...

Y en medio de esta excitación mórbida del temperamento irritado, tenía flaquezas súbitas, sustos de ave que se posa, con un grito, al oír una puerta que golpea, una palidez de desmayo si había en la sala flores muy olorosas... Por la noche se asfixiaba; abría la ventana, pero el aire cálido, el vaho tibio de la tierra templada por el sol, la llenaba de un deseo intenso, de un ansia voluptuosa, ahogada por crisis de llanto...

La santa se convertía en Venus.

Y el romanticismo mórbido había penetrado tanto en aquel ser, y lo había desmoralizado tan profundamente, que llegó un momento en que bastaría con que un hombre la tocara para que ella cayese en sus brazos. Y fue lo que sucedió, por fin, con el primero que la enamoró, dos años después. Era el practicante de la botica.

A causa de él se escandalizó todo el pueblo. Y ahora deja su casa desordenada, los hijos sucios y legañosos, en harapos, sin comer hasta altas horas, el marido gimiendo abandonado en su alcoba, todos los trapos de los emplastos por encima de las sillas, todo en un torpe desamparo, para andar detrás del hombre, un bribón odioso y grasiento, de cara fofa y gordinflona, luneta negra con gruesa cinta pasada por detrás de la oreja y bonetito de seda muy peripuesto. Viene por la noche a las entrevistas con chinelas ribeteadas; huele a sudor, y le pide dinero prestado para sustentar a una tal Joana, criatura obesa, a la que en el pueblo llaman Bola de Unto.

Civilización

I

Yo poseo preciosamente un amigo (su nombre es Jacinto) que nació en un palacio, con cuarenta contos^[4] de renta en pingües tierras de pan, aceite y ganado.

Desde la cuna, en la que su madre, señora gorda y crédula de Trás-os-Montes, esparcía, para retener a las hadas benéficas, hinojo y ámbar, Jacinto había sido siempre más resistente y sano que un pino de las dunas. Un lindo río, murmurante y transparente, con un lecho muy liso de arena muy blanca, reflejando apenas pedazos lustrosos de un cielo de verano o ramajes siempre verdes y de buen aroma, no ofrecería, a aquel que lo descendiese en una barca llena de almohadones y de champán helado, más dulzura y facilidades de las que la vida ofrecía a mi camarada Jacinto. No tuvo sarampión y no tuvo lombrices. Nunca padeció, ni siquiera en la edad en que se lee a Balzac y a Musset, los tormentos de la sensibilidad. En sus amistades fue siempre tan feliz como el clásico Orestes. Del amor sólo había conocido las mieles: esa miel que el amor invariablemente concede a quienes lo practican, como las abejas, con ligereza y movilidad. Ambición, había sentido solamente la de comprender bien las ideas generales, y la «punta de su intelecto» (como dice el viejo cronista medieval) no estaba todavía roma ni herrumbrosa... Y, además, desde los veintiocho años, Jacinto ya se estaba cebando con Schopenhauer, el *Eclesiastés*, otros pesimistas menores, y tres, cuatro veces al día bostezaba, con un bostezo cavo y lento, pasando sus dedos finos sobre el rostro, como si en él sólo palpase palidez y ruina. ¿Por qué?

Era él, de todos los hombres que conocí, el más complejamente civilizado, o, mejor dicho, aquel que se había provisto de la más vasta suma de civilización material, ornamental e intelectual. En ese palacio (floridamente llamado el *Jazminero*) que su padre, también Jacinto, había construido sobre una honesta casa del siglo XVII, solada de pino y blanqueada con cal, existía, creo yo, todo cuanto para bien del espíritu o de la materia los hombres han creado, a través de la incerteza y del dolor, desde que abandonaron el valle feliz de Septa Sindu, la Tierra de las Aguas Fáciles, el dulce país ariano. La biblioteca, que en dos salas, amplias y claras como plazas, forraba las paredes, enteramente, desde las alfombras de Caramania hasta el techo, en donde, alternadamente, a través de cristales, el sol y la electricidad vertían una luz estudiosa y calma, contenía veinticinco mil volúmenes, instalados en ébano, magníficamente revestidos de tafilete escarlata. Sólo sistemas filosóficos (y, con justa prudencia, para ahorrar espacio, el bibliotecario apenas había coleccionado los que irreconciliablemente se contradicen) ¡había mil ochocientos diecisiete!

Una tarde que yo deseaba copiar un dictamen de Adam Smith, recorrí, buscando a este economista a lo largo de los estantes, ¡ocho metros de economía política! Así se encontraba formidablemente abastecido mi amigo Jacinto de todas las obras esenciales de la inteligencia... e incluso de la estupidez. Y el único inconveniente de este monumental almacén del saber era que todo aquel que allí entraba inevitablemente allí se dormía, a causa de las poltronas, que, provistas de finas planchas móviles para sostener el libro, el puro, el lápiz para tomar notas, la taza para tomar café, ofrecían además una combinación

oscilante y flácida de almohadones, en donde el cuerpo encontraba enseguida, en detrimento del espíritu, la dulzura, la profundidad y la paz estirada de un lecho.

Al fondo, y como un altar mayor, era el gabinete de trabajo de Jacinto. Su silla, grave y abacial, de cuero, con blasones, databa del siglo XIV, y alrededor de ella pendían numerosos tubos acústicos, que, sobre el entelado de seda color musgo y color hiedra, parecían serpientes adormecidas y suspensas en un viejo muro de finca. ¡Nunca recuerdo sin asombro su mesa, toda recubierta de sagaces y sutiles instrumentos para cortar papel, numerar páginas, pegar estampillas, afilar lápices, raspar enmiendas, imprimir fechas, derretir lacre, encintar documentos, sellar cuentas! Unos de níquel, otros de acero, relucientes y fríos, todos eran de un manejo laborioso y lento; algunos, con los muelles rígidos, las puntas vivas, brillaban y herían: y en las anchas hojas de papel Whatman en que él escribía, y que costaban quinientos réis^[5], yo sorprendí a veces gotas de sangre de mi amigo. Pero él consideraba que todos eran indispensables para componer sus cartas (Jacinto no componía obras), así como los treinta y cinco diccionarios, y los manuales, y las enciclopedias, y las guías, y los directorios, atestando una estantería aislada, alta, en forma de torre, que silenciosamente giraba sobre su pedestal y a la que yo le había puesto *el Farol*. Lo que, sin embargo, más completamente le imprimía a aquel gabinete un portentoso carácter de civilización eran, sobre sus peanas de roble, los grandes aparatos, facilitadores del pensamiento: la máquina de escribir, los autocopistas, el telégrafo Morse, el fonógrafo, el teléfono, el teatrófono, y aun otros, todos con metales brillantes, todos con largos hilos. Constantemente sonos cortos y secos tintineaban en el aire templado de aquel santuario. ¡Tic, tic, tic! ¡Dlin, dlin, dlin! ¡Crac, crac, crac! ¡Trrr, trrr, trrr!... Era mi amigo comunicándose. Todos esos hilos sumergidos en fuerzas universales transmitían fuerzas universales. ¡Y estas no siempre, desgraciadamente, se conservaban domadas y disciplinadas! Jacinto había recogido en el fonógrafo la voz del magistrado del Supremo Pinto Porto, una voz oracular y rotunda, en el momento de exclamar con respeto, con autoridad:

—*¡Maravillosa invención! ¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Pues, una dulce noche de San Juan, mi supercivilizado amigo, deseando que unas señoras parientes de Pinto Porto (las amables Gouveias) admirasen el fonógrafo, hizo romper de la bocaza del aparato, que parece una trompa, la conocida voz rotunda y oracular:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Pero, inhábil o brusco, seguramente desajustó algún resorte vital porque, de repente, el fonógrafo empieza a repetir, sin parar, interminablemente, con una sonoridad cada vez más rotunda, la sentencia del consejero:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

En vano Jacinto, pálido, con los dedos trémulos, torturaba el aparato. La exclamación volvía a empezar, rodaba, oracular y majestuosa:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Enervados, nos retiramos a una sala distante, pesadamente revestida de paños de Arrás. ¡En vano! La voz de Pinto Porto estaba allí, entre los paños de Arrás, implacable y rotunda:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Furiosos, enterramos una almohada en la boca del fonógrafo, le echamos por encima mantas, mantas gruesas, para sofocar la voz abominable. ¡En vano! Bajo la mordaza, bajo las gruesas lanas, la voz ronqueaba, sorda pero oracular:

—¿Quién no admirará los progresos de este siglo?

Las amables Gouveias ya se habían largado, apretando desesperadamente sus chales sobre la cabeza. Incluso a la cocina, en donde nos refugiarnos, la voz bajaba, atragantada y gargajosa:

—¿Quién no admirará los progresos de este siglo?

Huímos despavoridos hacia la calle.

Era de madrugada. Un fresco bando de chiquillas, alrededor de las fuentes, pasaba cantando con brazados de flores:

Todas las hierbas están benditas

en la mañana de San Juan...

Jacinto, respirando el aire matinal, limpiaba las gotas lentas de sudor. Nos recogimos en el *Jazminero*, con el Sol ya alto, ya caliente. Con mucho cuidado abrimos las puertas, como con miedo de que alguien se despertase. ¡Horror! Ya en la antecámara oímos sonos estrangulados, gangosos: «¡Admirará... progresos... siglo!...». Sólo por la tarde un electricista pudo enmudecer aquel fonógrafo horrendo.

Bastante más placentero (para mí) que ese gabinete temerosamente atascado de civilización era el comedor, por su arreglo comprensible, fácil e íntimo. En la mesa no cabían más que seis amigos, que Jacinto escogía con criterio en literatura, en arte y en metafísica, y que, entre los tapices de Arrás, representando colinas, pomares y pórticos de la Ática, plenos de clasicismo y de luz, renovaban allí repetidamente banquetes que, por su intelectualidad, hacían recordar los de Platón. Cada movimiento de tenedor se cruzaba con un pensamiento o con palabras diestramente colocadas en forma de pensamiento.

Y a cada cubierto correspondían seis tenedores, todos de formas desemejantes y astutas: uno para las ostras, otro para el pescado, otro para las carnes, otro para las legumbres, otro para la fruta, otro para el queso. Los vasos, por la diversidad de sus contornos y de sus colores, formaban, sobre el mantel más reluciente que el esmalte, como ramilletes silvestres esparcidos por encima de la nieve. Pero Jacinto y sus filósofos, recordando lo que el experimentado Salomón enseña sobre las ruinas y amarguras del vino, bebían apenas en tres gotas de agua una gota de burdeos Chateaubriand, 1860. Así lo recomiendan Hesíodo en su *Nereo*. Diocles en sus *Abejas*. Y de aguas había siempre en el *Jazminero* un lujo redundante: aguas heladas, aguas carbonatadas, aguas esterilizadas, aguas gaseosas, aguas de sales, aguas minerales, otras aun, en botellas serias, con tratados terapéuticos impresos en el rótulo... El cocinero, maestro Sardão^[6], era de aquellos que Anaxágoras equiparaba a los retóricos, a los oradores, a todos los que saben el arte divino de «condimentar y servir la idea»: y en Síbaris, ciudad del vivir excelente, los magistrados habrían otorgado al maestro Sardão, por las fiestas de Juno Lacinia, la corona de hojas de oro y la túnica milesia que se debía a los bienhechores cívicos. Su sopa de alcachofas y huevas de carpa; sus filetes de venado macerados en viejo Madeira con puré de nueces; sus moras heladas en éter; otras gollerías aun, numerosas y profundas (y las únicas que toleraba mi Jacinto), eran obras de un artista superior por la abundancia de las ideas nuevas, y unían siempre la rareza del sabor a la magnificencia de la forma. Tal plato de ese maestro incomparable parecía, por su ornamentación, por la gracia florida de sus labores, por la combinación de colores frescos y cantantes, una joya esmaltada del cincel de Cellini o de Meurice. ¡Cuántas tardes deseé yo fotografiar aquellas composiciones de excelente fantasía, antes de que el trinchante las retajase! Y esta superfinitud del comer estaba en deliciosa

consonancia con la del servir. Sobre una alfombra, más fofo y blanda que el musgo del bosque de Brocelandia, se deslizaban, como sombras uniformadas de blanco, cinco criados y un paje negro, a la vistosa manera del siglo XVIII. Las bandejas (de plata) subían de la cocina y de la despensa por dos ascensores, uno para los manjares calientes, forrado de tubos en los que el agua hervía; otro, más lento, para los manjares fríos, forrado de zinc, solución de amoníaco y sal, y ambos escondidos por flores tan densas y lozanas, que era como si hasta la sopa saliese humeando de los románticos jardines de Armida. Y me acuerdo muy bien de un domingo de mayo en el que, cenando con Jacinto un obispo, el erudito obispo de Corzaín, el pescado se atascó en medio del ascensor, siendo necesario que acudiesen, para extraerlo, canteros con palancas.

II

Las tardes en las que había «banquete de Platón» (que así denominábamos a esas fiestas de trufas e ideas generales), yo, vecino e íntimo, aparecía al ponerse el Sol y subía familiarmente al «cuarto» de nuestro Jacinto, en donde lo encontraba siempre indeciso entre sus levitas, porque las usaba alternadamente de seda, de paño, de franelas Jaeger y de *foulard* de las Indias. El cuarto respiraba el frescor y el aroma del jardín por dos amplias ventanas, provistas magníficamente (además de las cortinas de seda blanda Luís XV) de una vidriera exterior de cristal entero, de una vidriera interior de cristales pequeños, de un toldo rodando en el cimario, de un estor de seda fina y floja, de gasas que se fruncían y se enrollaban como si fuesen nubes y de una celosía móvil de gradería morisca. Todos estos resguardos (sabia invención de Holand & Cía., de Londres) servían para graduar la luz y el aire, según los avisos de termómetros, barómetros e higrómetros, montados en ébano, y a los que un meteorólogo (Cunha Guedes) venía, todas las semanas, a comprobar su precisión.

Entre estos dos balcones refulgía la mesa de *toilette*, una mesa enorme de cristal, toda de cristal, para hacerla impenetrable a los microbios, y cubierta de todos esos utensilios de aseo y aliño que el hombre del siglo XIX necesita en una capital para no afear el conjunto suntuario de la civilización. Cuando nuestro Jacinto, arrastrando sus ingeniosas chinelas de cabritilla y seda, se acercaba a esta ara, yo, bien instalado en un diván, abría con indolencia una revista, generalmente la *Revista Electropática*, o la de las *Indagaciones Psíquicas*. Y Jacinto empezaba... Cada uno de esos utensilios de acero, de marfil, de plata, imponía a mi amigo, por la influencia todopoderosa que las cosas ejercen sobre su dueño (*sunt tyraniae rerum*), el deber de utilizarlo con aptitud y deferencia. Y así las operaciones del alindamiento de Jacinto presentaban la prolijidad, reverente e imposible de suprimir, de los ritos de un sacrificio.

Comenzaba por el cabello... Con un cepillo chato, redondo y duro ahuecaba el cabello, liso y rubio, en lo alto, a los lados de la raya; con un cepillo estrecho y curvo, a la manera del alfanje de un persa, ondulaba el cabello sobre la oreja; con un cepillo cóncavo, en forma de teja, empastaba el cabello, por detrás, sobre la nuca... Respiraba y sonreía. Después, con un cepillo de largas cerdas, fijaba el bigote; con un cepillo ligero y flácido curvaba las cejas; con un cepillo hecho de plumaje regularizaba las pestañas. Y de este modo, Jacinto se quedaba delante del espejo, pasando pelos sobre su pelo, durante catorce minutos.

Peinado y cansado, iba a purificarse las manos. Dos criados, al fondo, maniobraban con pericia y vigor los aparatos del lavatorio, que era apenas un resumen de las maquinarias monumentales de la sala de baño. Allí, sobre el mármol verde y rosado del lavatorio, había sólo dos duchas (caliente y fría) para la cabeza; cuatro chorros, graduados desde cero hasta cien grados; el vaporizador de perfumes; la fuente de agua esterilizada (para los dientes); el surtidor para la barba; y aun grifos que relucían y botones de ébano que, levemente rozados, desencadenaban la marejada y el estruendo de torrentes en los Alpes... Nunca yo, para mojar los dedos, me acerqué a aquel lavatorio sin terror, escarmentado por la tarde amarga de enero en que bruscamente, despegado el grifo, el chorro de agua a cien grados reventó, silbando y humeando, furioso, devastador... Huimos todos, despavoridos. Un clamor atronó el *Jazminero*. El viejo Grilo^[7], que ya había sido escudero de Jacinto padre,

quedó cubierto de ampollas en la cara, en las manos fieles.

Cuando Jacinto acababa de secarse laboriosamente con toallas de felpa, de lino, de cuerda trenzada (para restablecer la circulación), de seda floja (para lustrar la piel), bostezaba, con un bostezo cavo y lento.

Y era este bostezo, perpetuo y vago, lo que nos inquietaba a nosotros, amigos suyos y filósofos. ¿Qué le faltaba a este hombre excelente? Él tenía su inquebrantable salud de pino bravo, crecido en las dunas; una luz de inteligencia, propia para alumbrarlo todo, firme y clara sin temblor o mecha; cuarenta magníficos contos de renta; todas las simpatías de una ciudad burlesca y escéptica; una vida barrida de sombras pero liberada y lisa como un cielo de verano... Y aún bostezaba constantemente, se palpaba en la cara, con sus dedos finos, la palidez y las arrugas. ¡A los treinta años Jacinto se encorvaba, como bajo un fardo injusto! Y, por la morosidad desconsolada de toda su acción, parecía atado, desde los dedos hasta la voluntad, por las mallas apretadas de una red que no se veía y que lo frenaba. ¡Era doloroso testimoniar el hastío con que él, para apuntar una dirección, tomaba su lápiz neumático, su pluma eléctrica, o, para avisar al cochero, cogía el tubo telefónico!... En este mover lento del brazo delgado, en los surcos que le encogían la nariz, incluso en sus silencios, largos y derrengados, se sentía el bramido constante que estaba en su alma: «¡Qué pesadez! ¡Qué pesadez!». Claramente, la vida era para Jacinto un cansancio: o por laboriosa y difícil, o por poco interesante y hueca. Por eso mi pobre amigo procuraba constantemente añadir a su vida nuevos intereses, nuevas facilidades. Dos inventores, hombres de mucho celo e investigación, estaban encargados, uno en Inglaterra, otro en América, de notificarle y facilitarle todas las invenciones, hasta las más nimias, que concurriesen para perfeccionar la comodidad del *Jazminero*. Por lo demás, él mismo se correspondía con Edison. Y, por lo que se refiere al pensamiento, Jacinto tampoco cesaba de buscar intereses y emociones que lo reconciasen con la vida, penetrando a la cata de esas emociones y de esos intereses por las veredas más desviadas del saber, hasta el punto de devorar, desde enero a marzo, setenta y siete volúmenes sobre la *evolución de las ideas morales entre las razas negroides*. ¡Ah!, ¡nunca hombre de este siglo batalló más esforzadamente contra el *cansancio de vivir*! ¡En vano! ¡Incluso de exploraciones tan cautivantes como esa, a través de la moral de los negroides, Jacinto regresaba más ajado, con bostezos más cavernosos!

Y era entonces cuando se refugiaba intensamente en la lectura de Schopenhauer y del *Eclesiastés*. ¿Por qué? Sin duda porque ambos, pesimistas como eran, lo confirmaban en las conclusiones que él sacaba de una experiencia paciente y rigurosa, «que todo es vanidad o dolor, que cuanto más se sabe, más se pena, y que haber sido rey de Jerusalén y obtenido todo el gozo en la vida sólo lleva a mayor amargura...». ¿Pero por qué había rodado así tan oscura desilusión, el saludable, rico, sereno e intelectual Jacinto? ¡El viejo escudero Grilo pretendía que «Su Excelencia sufría de hartura»!

III

Pues precisamente después de ese invierno en el que se había internado en la moral de los negocios e instalado la luz eléctrica entre las arboledas del jardín, sucedió que Jacinto tuvo la necesidad moral ineludible de partir para el Norte, para su viejo solar de Torges. Jacinto no conocía Torges, y con desusado tedio se preparó, durante siete semanas, para esa jornada agreste. La quinta estaba en las sierras, y la ruda casa solariega, en la que aún queda una torre del siglo XV, estaba ocupada, desde hacía treinta años, por los caseros, buena gente de trabajo, que comía su caldo entre la humareda del hogar y extendía el trigo para que se secase en las salas señoriales.

Jacinto, ya a principios de marzo, había escrito cuidadosamente a su procurador Sousa, que habitaba en la aldea de Torges, ordenándole que arreglase los tejados, encalase los muros, pusiese cristales en las ventanas. Después mandó expedir, por trenes rápidos, en grandes cajas que difícilmente trasponían los portones del *Jazminero*, todas las comodidades necesarias para dos semanas de montaña: camas de pluma, poltronas, divanes, lámparas de Carcel, bañeras de níquel, tubos acústicos para llamar a los escuderos, alfombras persas para ablandar los suelos. Uno de los cocheros partió con un cupé, una victoria, un *break*, mulas y cascabeles.

Después fue el cocinero, con la batería, la bodega, la heladora, bocales de trufas, profundas cajas de aguas minerales. Desde el amanecer, en los amplios patios del palacete, se claveteaba, se martilleaba, como en la construcción de una ciudad. Y los equipajes, desfilando, recordaban una página de Heródoto al narrar la invasión persa. Jacinto había adelgazado con los preparativos de aquel éxodo. Por fin, nos largamos una mañana de junio, con Grilo y treinta y siete maletas.

Yo acompañaba a Jacinto, en mi camino para Goães, en donde vive mi tía, a una legua larga de Torges; íbamos en un vagón reservado, entre vastas almohadas, con perdices y champán en un cesto. En mitad de la jornada debíamos cambiar de tren: en esa estación que tiene un nombre sonoro en *ola* y un jardín tan suave y cándido de rosales blancos. Era un domingo de sol e inmensa polvareda, y encontramos allí, llenando la estrecha plataforma, todo un gentío festivo que venía de la romería de São Gregório da Serra.

Para aquel transbordo, en tarde de verbena, el horario sólo nos concedía tres avaros minutos. El otro tren ya esperaba, junto a los alpendres, impaciente y silbando. Una campanilla tocaba con furor. E, incluso sin fijarnos en las lindas mozas que por allí se contoneaban, abandonadas, ardientes, conpañuelos resplandecientes, el harto seno cubierto de oro, y la imagen del santo clavada en el sombrero, corrimos, empujamos, horadamos, saltamos al otro vagón, ya reservado, marcado con una tarjeta con las iniciales de Jacinto. Inmediatamente el tren rodó. ¡Pensé entonces en nuestro Grilo, en las treinta y siete maletas! Y, asomado a la portezuela, divisé aún junto al ángulo de la estación, bajo los eucaliptos, una montaña de equipajes y hombres con gorras galoneadas que, delante de ellos, braceaban con desesperación.

Murmuré, recayendo en las almohadas:

—¡Qué servicio!

Jacinto, en un rincón, sin abrir los ojos, suspiró:

—¡Qué pesadez!

Toda una hora nos deslizamos lentamente entre trigales y viñedo; y aún daba el sol

en los cristales, caliente y polvoriento, cuando llegamos a la estación de Gondim, en donde el procurador de Jacinto, el excelente Sousa, debía estar esperándonos con caballos para que trepásemos la sierra hasta el solar de Torges. Por detrás del jardín de la estación, todo florido también de rosas y margaritas, Jacinto reconoció enseguida sus carruajes, todavía empaquetados en lona.

Pero, cuando nos apeamos en el pequeño andén blanco y fresco, a nuestro alrededor no hubo más que soledad y silencio... ¡Ni procurador, ni caballos! El jefe de estación, a quien yo había preguntado con ansiedad «si no había aparecido allí el señor Sousa, si no conocía al señor Sousa», sacó afablemente su gorra con galón. Era un mozo gordo y redondo, con colores de manzana camuesa, que traía debajo del brazo un volumen de versos. ¡Conocía perfectamente al señor Sousa! ¡Tres semanas antes había jugado a la malilla con el señor Sousa! ¡Esa tarde, sin embargo, infelizmente, no había visto al señor Sousa! El tren había desaparecido por detrás de las altas breñas que allí penden sobre el río. Un cargador liaba el cigarro, silbando. Pegada a la reja del jardín, una vieja, toda de negro, dormitaba agachada en el suelo, delante de una cesta de huevos. ¿Y nuestro Grilo, y nuestro equipaje?... El jefe encogió risueñamente sus hombros anchos. Todos nuestros bienes se habían encallado, seguramente, en aquella estación de rosales blancos que tiene un nombre sonoro en *ola*. Y nosotros allí estábamos, perdidos en la sierra agreste, sin procurador, sin caballos, sin Grilo, sin maletas.

¿Para qué explicar detalladamente el lamentable episodio? Junto a la estación, en una pendiente de la sierra, había una pequeña casa de campo, forera de la quinta, en donde conseguimos, para que nos llevasen y nos guiasen a Torges, una yegua famélica, un jumento blanco, un muchacho y un podenco. Y ahí empezamos a trepar, fastidiosamente, esos caminos agrestes, los mismos, seguramente, por donde iban y venían, del monte al río, los Jacintos del siglo XV. Pero, pasado un tembloroso puente de palo que salta un riachuelo todo quebrado por breñas (y en el que abunda la adorable trucha), olvidamos nuestros males, ante la inesperada, incomparable belleza de aquella sierra bendita. El divino artista que está en los cielos había compuesto ese monte, seguramente, en una de sus mañanas de más solemne y bucólica inspiración.

La grandeza era tanta como la gracia... Decir los valles blandos de verdura, los bosques casi sacros, los pomares olorosos y en flor, la frescura de las aguas cantarinas, las pequeñas ermitas blancas en los altos, las rocas musgosas, el aire de una dulzura de Paraíso, toda la majestad y toda la lindeza, no es para mí, hombre de arte limitado. Ni siquiera creo que fuese para el maestro Horacio. ¿Quién puede decir la belleza de las cosas, tan sencilla e inexpresable? Jacinto delante, en la yegua tarda, murmuraba:

—¡Ah!, ¡qué belleza!

Yo, detrás, en el burro, con las piernas colgando, murmuraba:

—¡Ah!, ¡qué belleza!

Los despabilados regatos se reían, saltando de roca en roca. Finas ramas de arbustos floridos nos rozaban las caras, con familiaridad y cariño. Durante mucho tiempo nos siguió un mirlo, de chopo a castaño, silbando nuestras alabanzas. Sierra acogedora y amable... ¡Ah!, ¡qué belleza!

Entre estos «¡Ahs!» maravillados llegamos a una avenida de hayas, que nos pareció clásica y noble. Dando un nuevo latigazo al burro y a la yegua, nuestro muchacho, con su podenco al lado, gritaba:

—¡Aquí es que estamos!

Y al fondo de las hayas había en efecto un portal de quinta, que un escudo de armas

de vieja piedra, roída de musgo, ennoblecía grandemente. Dentro, ya los perros ladraban con furor. Y, tan pronto como Jacinto y yo, detrás de él en el burro de Sancho, traspusimos el umbral solariego, corrió hacia nosotros, de lo alto de una escalinata, un hombre blanco, rapado como un clérigo, sin chaleco, sin chaqueta, que levantaba al aire, con asombro, los brazos desolados. Era el casero, Zé Brás. Y ya allí, en las piedras del patio, entre el ladrar de los perros, surgió una tumultuosa historia que el pobre Brás balbuceaba, aturdido, y que dejaba el rostro de Jacinto pleno de lividez y de cólera. El casero no esperaba a Su Excelencia. Nadie esperaba a Su Excelencia (él decía *su inselencia*).

El procurador, el señor Sousa, estaba en la frontera desde mayo, cuidando a su madre, que había sufrido la cox de una mula. Y seguramente había un error, cartas perdidas... Porque el señor Sousa sólo contaba con Su Excelencia en septiembre, para las vendimias. En la casa no había empezado ninguna obra. Y, lamentablemente para Su Excelencia, los tejados todavía estaban sin tejas y las ventanas sin cristales...

Crucé los brazos, con el lógico espanto. Pero ¿y las cajas, esas cajas enormes remitidas para Torges, con tanta prudencia, en abril, repletas de colchones, de comodidades, de civilización?... El casero, aturdido, sin comprender, abrió sus ojos menudos, en los que ya bailaban lágrimas. ¡¿Las cajas?! Nada había llegado, nada había aparecido. Y, en su perturbación, Zé Brás buscaba entre los arcos del patio, en los bolsillos de sus pantalonzos... ¿Las cajas? ¡No, no tenía las cajas!

Fue entonces cuando el cochero de Jacinto (que había traído los caballos y los carruajes) se acercó, gravemente. Ese era un civilizado, y enseguida acusó al gobierno. Ya cuando él servía al señor vizconde de São Francisco se habían perdido así, por dejadez del gobierno, desde la ciudad a la sierra, dos cajas con vino viejo de Madeira y ropa blanca de señora. Por eso él, escarmentado, sin confianza en la nación, no soltaba los carruajes: y era todo lo que le quedaba a Su Excelencia: el *break*, la victoria, el cupé y los cascabeles. Sólo que en aquella ruda montaña no había carreteras por las que pudiesen rodar. Y, como sólo podían subir a la quinta en grandes carros de bueyes, él los había dejado abajo, en la estación, quietos, envueltos en lona...

Jacinto se había quedado plantado delante de mí, con las manos en los bolsillos:

—¿Y ahora?

No podíamos hacer nada más que recogernos, cenar el caldo de Zé Brás y dormir en las pajas que los hados nos concediesen. Subimos. La escalinata noble conducía a un balcón cubierto, en alpendre, siguiendo la fachada del caserón y ornado, entre sus gruesos pilares de granito, por grandes cajas llenas de tierra, florecientes de claveles. Cogí un clavel. Entramos. ¡Y mi pobre Jacinto contempló, por fin, las salas de su solar! Eran enormes, con las altas paredes revocadas de cal que el tiempo y el abandono habían ennegrecido, y vacías, desoladamente desnudas, ofreciendo apenas como vestigio de habitación y de vida, por los rincones, algún montón de cestos o algún manojo de azadas. En los techos remotos de roble negro se veían manchas blanquecinas: el cielo ya pálido del caer de la tarde, sorprendido a través de los agujeros del tejado. No quedaba un cristal. A veces, bajo nuestros pasos, una tabla podrida crujía y cedía.

Paramos, por fin, en la última, la más vasta, en la que había dos trojes para guardar el grano; y ahí depositamos, melancólicamente, lo que nos había quedado de las treinta y siete maletas: los gabanes blancuzcos, un bastón y un *Jornal da Tarde*. A través de las ventanas sin cristales, por las que se veían copas de arboledas y las sierras azules de más allá del río, entraba el aire, montesino y amplio, circulando plenamente como en un erial, con aromas de pino bravo. Y allá abajo, de los valles, subía, desgarrada y triste, una voz de

pastora cantando. Jacinto balbuceó:

—¡Es horroroso!

Yo murmuré:

—¡Es campestre!

IV

Zé Brás, mientras tanto, con las manos en la cabeza, había desaparecido para ordenar la cena para *sus inselencias*. El pobre Jacinto, desmoronado por el desastre, sin resistencia contra aquella desaparición brusca de toda civilización, ya había caído pesadamente sobre el poyo de una ventana, y desde allí miraba los montes. Y yo, a quien aquellos aires serranos y el cantar de la pastora sabían bien, acabé por bajar a la cocina, conducido por el cochero, a través de escaleras y dificultades, en los que la oscuridad venía menos del crepúsculo que de las densas telas de araña.

La cocina era una espesa masa de forma y tonos negros, del color del hollín, en donde refulgía al fondo, sobre el piso de tierra, una hoguera roja que lamía gruesas cacerolas de hierro y se perdía en una humareda por la reja escasa que en lo alto colaba la luz. Allí, una bandada alborotada y parlanchina de mujeres desplumaba pollos, batía huevos, limpiaba arroz, con santo fervor... De en medio de ellas, el buen casero, atolondrado, se dirigió a mí jurando que «la cena de *sus inselencias* no tardaba un credo». Y, como yo lo interrogase respecto a las camas, el digno Brás tuvo un murmullo vago y tímido sobre «jergoncitos en el suelo».

—Es suficiente, señor Zé Brás —acudí para consolarlo.

—¡Pues así Dios sea servido! —suspiró el excelente hombre, que pasaba, a esa hora, el trance más amargo de su vida serrana.

Volviendo arriba, con estas consoladoras noticias de cena y cama, encontré a mi Jacinto todavía en el poyo de la ventana, embebiéndose todo él de la dulce paz crepuscular, que lenta y calladamente se establecía sobre valle y monte. En lo alto ya centelleaba una estrella, el véspero diamantino, ¡que es todo cuanto en este cielo cristiano resta del esplendor corporal de Venus! Jacinto nunca había contemplado bien aquella estrella, ni asistido a este majestuoso y dulce adormecerse de las cosas. Ese ennegrecimiento de montes y arboledas, claros grupos de casas fundiéndose en la sombra, un toque durmiente de campana que venía por los declives, el susurrar de las aguas entre el césped bajo, eran para él como iniciaciones. Yo estaba enfrente, en el otro poyo. Y lo sentí suspirar como un hombre que por fin descansa.

Así, en esta contemplación, nos encontró Zé Brás, con el dulce aviso de que estaba en la mesa la *cenita*. Era más adelante, en otra sala más desnuda, más negra. Y ahí mi supercivilizado Jacinto retrocedió con un pavor genuino. En la mesa de pino, cubierta con una toalla de manos, apoyada en la pared sórdida, una vela de sebo, medio derretida en un candelero de latón, alumbraba dos platos de loza amarillenta, ladeados por cucharas de palo y por tenedores de hierro. Los vasos, de vidrio grueso y opaco, conservaban el tono morado del vino que por ellos había pasado en hartos años de hartas vendimias. El cuenco de barro con las aceitunas deleitaría, por su sencillez ática, el corazón de Diógenes. En la ancha borona estaba clavado un enorme cuchillo... ¡Pobre Jacinto!

Pero allí tomó asiento, resignado, y durante mucho tiempo, pensativamente, restregó con su pañuelo el tenedor negro y la cuchara de palo. Después, mudo, desconfiado, probó un sorbo corto de caldo, que era de gallina y olía que alimentaba. Probó, y levantó hacia mí, su compañero y amigo, unos ojos anchos que lucían, sorprendidos. Volvió a sorber una cucharada de caldo, más llena, más lenta... Y sonrió, murmurando con asombro:

—¡Está bueno!

Estaba realmente bueno: tenía hígado y tenía molleja; su perfume enternece. Yo ataqué aquel caldo tres veces, con energía; fue Jacinto el que rebañó la sopera. Pero ya, apartando la borona, apartando la vela, el buen Zé Brás había posado en la mesa una fuente vidriada, que transbordaba arroz con habas. Pues, a pesar de que el haba (a la que los griegos llamaron *ciboria*) pertenece a las épocas superiores de la civilización y promueve tanto la sapiencia que había en Sición, en la Galacia, un templo dedicado a Minerva Ciboriana, Jacinto siempre había detestado las habas. Aún intentó un tenedor tímido. De nuevo sus ojos, ampliados por el asombro, buscaban los míos. Otra vez el tenedor, otra concentración... Y he ahí que mi difícilísimo amigo exclama:

—¡Está buenísimo!

¿Eran los picantes aires de la sierra? ¿Era el arte delicioso de aquellas mujeres que abajo removían las cazuelas, cantando el *Vira, meu bem*^[8]? No lo sé, pero las alabanzas de Jacinto a cada fuente fueron aumentando en amplitud y firmeza. Y, ante el pollo dorado, asado en espetón de palo, acabó por exclamar:

—¡Está divino!

Nada, sin embargo, lo entusiasmó como el vino, el vino cayendo desde lo alto, desde la gruesa jarra verde, ¡un vino sabroso, penetrante, vivo, caliente, que tenía más alma que muchos poemas o libros santos! Mirando a la luz de sebo el vaso rudo que él orlaba de espuma, yo recordaba el día geórgico en que Virgilio, en casa de Horacio, bajo la enramada, cantaba al fresco clarete de la Rética. Y Jacinto, con un color que yo nunca había visto en su palidez schopenhaueriana, susurró enseguida el dulce verso:

Rethica quo te carmina dicat.

¡¿Quién te cantará dignamente, vino de aquellas sierras?!

Así cenamos deliciosamente, bajo los auspicios de Zé Brás. Y después volvimos a las únicas alegrías de la casa, a las ventanas sin cristales, a contemplar silenciosamente un suntuoso cielo de verano, tan cuajado de estrellas que todo él parecía una densa polvareda de oro vivo, suspensa, inmóvil, por encima de los montes negros. Como yo observé a mi Jacinto, en la ciudad nunca se ven los astros a causa de los alumbrados, que los ofuscan: y por eso nunca se entra en una completa comunión con el universo. El hombre en las capitales pertenece a su casa, o, si lo impelen fuertes tendencias de sociabilidad, a su barrio. Todo lo aísla y lo separa del resto de la naturaleza: los edificios obstractores de seis pisos, la humareda de las chimeneas, el rodar moroso y grueso de los ómnibus, la trama encarceladora de la vida urbana... ¡Pero qué diferencia, en la cima de un monte como Torges! Allí, todas esas maravillosas estrellas nos miran de cerca, centelleando, como si fuesen ojos conscientes, unas fijamente, con sublime indiferencia, otras ansiosamente, con una luz que palpita, una luz que llama, como si intentasen revelar sus secretos o comprender los nuestros... Y es imposible no sentir una solidaridad perfecta entre esos inmensos mundos y nuestros pobres cuerpos. Todos son obra de la misma voluntad. Todos viven de la acción de esa voluntad inmanente. Todos, por lo tanto, desde los Uranos hasta los Jacintos, constituimos modos diversos de un ser único, y a través de sus transformaciones sumamos en la misma unidad. No hay idea más consoladora que ésta: que yo, y tú, y aquel monte, y el Sol que, ahora, se esconde son moléculas del mismo Todo, gobernadas por la misma Ley, rodando hacia el mismo Fin. Desde luego, se sumen las responsabilidades torturadoras del individualismo. ¿Qué somos nosotros? Formas sin fuerza, a las que una fuerza impele. ¡Y hay un descanso delicioso en esta certeza, aunque

fugitiva, de que se es el grano de polvo irresponsable y pasivo que va llevado por el gran viento, o la gota perdida en el torrente! Jacinto estaba de acuerdo, sumido en la sombra. Ni él ni yo sabíamos los nombres de esos astros admirables. ¡Yo, a causa de la maciza e imposible de desbistar ignorancia de bachiller con que salí del vientre de Coimbra, mi madre espiritual! ¡Jacinto, porque en su ponderosa biblioteca tenía *trescientos dieciocho* tratados de astronomía! ¿Pero qué nos importaba, al fin y al cabo, que aquel astro allá se llamase Sirio y aquel otro Aldebarán? ¿Qué les importaba a ellos que uno de nosotros fuese José y el otro Jacinto? Éramos formas transitorias del mismo ser eterno, y en nosotros estaba el mismo Dios. Y, si ellos también lo comprendían así, estábamos allí, nosotros a la ventana en un caserón serrano, ellos en su maravilloso infinito, completando un acto sacrosanto, un perfecto acto de gracia, que era sentir conscientemente nuestra unidad y realizar, durante un instante, en la conciencia, nuestra divinización.

Así nubladamente filosofábamos cuando Zé Brás, con una candela en la mano, vino a avisarnos que «estaban preparadas las camas de *sus inselencias...*». De la idealidad bajamos gustosamente a la realidad, ¿y qué vimos entonces nosotros, los hermanos de los astros? En dos salas tenebrosas y cóncavas, dos jergones, puestos en el suelo, en un rincón, con dos cubiertas de percal; en la cabecera un candelero de latón, posado sobre un celemín; ¡y a los pies, como lavabo, un lebrillo vidriado sobre una silla de madera!

En silencio, mi supercivilizado amigo palpó su jergón y sintió en él la rigidez de un granito. Después, pasando por su rostro debilitado los dedos marchitos, consideró que, perdidas sus maletas, ¡no tenía zapatillas ni bata! Y aún Zé Brás lo arregló, trayéndole al pobre Jacinto, para que desahogase los pies, unos tremendos zuecos de madera, y para envolver su cuerpo dulcemente educado en Síbaris, una camisa enorme de la casera, de estopa más áspera que estameña de penitente, y con volantes crespos y duros como labrados en madera... Para consolarlo, le recordé que Platón, cuando componía *El banquete*, y Jenofonte, cuando comandaba los Diez Mil, dormían en catres peores. Los jergones austeros fortalecen las almas, y tan sólo vestido de estameña se entra en el Paraíso.

—¿Tienes —murmuró mi amigo, desatento y seco— alguna cosa para leer?... ¡Yo no puedo dormir sin leer!

Yo no tenía nada más que el ejemplar del *Jornal da Tarde*, que rasgué por la mitad y compartí con él fraternalmente. Y quien no vio entonces a Jacinto, señor de Torges, agazapado al borde del jergón, junto a la vela que goteaba sobre el celemín, con los pies desnudos metidos en los gruesos zuecos, perdido dentro de la camisa de la patrona, toda llena de volantes, recorriendo en la mitad del *Jornal da Tarde*, con los ojos turbios, los anuncios de los paquebotes... ¡no puede saber lo que es una vigorosa y real imagen del desaliento!

Así lo dejé, y al poco rato, estirado en mi jergón también espartano, subía, a través de un sueño jovial y erudito, al planeta Venus, en el que encontraba, entre los olmos y los cipreses, en un vergel, a Platón y a Zé Brás, en gran camaradería intelectual, bebiendo el vino de la Rética con los vasos de Torges. Los tres trabamos bruscamente una controversia sobre el siglo XIX. A lo lejos, entre un bosque de rosales más altos que robles, albeaban los mármoles de una ciudad y resonaban cantos sacros. No recuerdo lo que sostenía Jenofonte acerca de la civilización y del fonógrafo. De repente todo quedó turbado por foscas nubes, a través de las cuales yo distinguía a Jacinto, huyendo en un burro al que impelía furiosamente con los calcañares, con un látigo, a gritos, en dirección al *Jazminero*.

V

Temprano, de madrugada, sin hacer ruido, para no despertara Jacinto, que, con las manos sobre el pecho, dormía plácidamente en su lecho de granito, partí para Goães. Y durante tres quietas semanas, en aquel lugar en donde se conservan las costumbres y las ideas del tiempo del rey Dom Dinis^[9], no supe de mi desconsolado amigo, que seguramente había huido de sus techos agujereados sumergiéndose de nuevo en la civilización. Después, una abrasadora mañana de agosto, bajando de Goães, otra vez trillé la avenida de hayas y entré en el portalón solariego de Torges, entre el furioso ladrar de los perros guardianes. La mujer de Zé Brás apareció alborotada a la puerta del granero. Y su nueva fue inmediatamente que el señor don Jacinto (en Torges, mi amigo tenía don) estaba allá abajo con Sousa en los campos de Freixomil.

—Entonces ¿aún está aquí el señor don Jacinto?

¡*Su inselencia* aún estaba en Torges, y *su inselencia* se quedaba para las vendimias!... Precisamente yo ya me había fijado en que las ventanas del solar tenían cristales nuevos; y en un rincón del patio posaban baldes de cal; una escalera de cantero estaba arrimada contra el balcón; y en un cajón abierto, aún lleno de paja de empaquetar, dormían dos gatos.

—¿Y Grilo ha aparecido?

—El señor Grilo está en el pomar, a la sombra.

—¡Bien! ¿Y las maletas?

—El señor don Jacinto ya tiene su bolsita de cuero...

¡Alabado sea Dios! ¡Mi Jacinto estaba, por fin, provisto de civilización! Subí contento. En la sala noble, en donde el suelo ya había sido restaurado y fregado, encontré una mesa cubierta con un hule, anaqueles de pino con loza blanca de Barcelos y sillas de rejilla, orlando las paredes muy encaladas, que transmitían un frescor de capilla nueva. Al lado, en otra sala, también de chispeante blancura, había el confort inesperado de tres sillas de junco de Madeira, con brazos anchos y almohadones de percal; sobre la mesa de pino, el papel barba, la lámpara de aceite, las plumas de pato clavadas en un tintero de fraile, parecían preparadas para un estudio reposado y gozoso de las humanidades; y en la pared, colgada de dos clavos, una pequeña estantería con cuatro o cinco libros, hojeados y usados, *Don Quijote*, un Virgilio, una *Historia de Roma*, las *Crónicas* de Froissart. Después estaba, naturalmente, el cuarto de don Jacinto, un cuarto claro y casto de estudiante, con un catre de hierro, un lavatorio de hierro, la ropa colgada en toscas perchas. Todo resplandecía de aseo y orden. Las ventanas cerradas defendían del sol de agosto, que escaldaba fuera los alféizares de piedra. Del suelo, salpicado de agua, subía un frescor que consolaba. En un viejo jarrón azul, un manojo de claveles alegraba y perfumaba. No había ni un ruido. Torges dormía en el esplendor de la siesta. Y, envuelto en aquel reposo de convento remoto, acabé por estirarme en una silla de junco junto a la mesa, y abrí lánguidamente el Virgilio, murmurando:

Fortunate Jacinthe! tu inter arva nota

et fontes sacros frigus captabis opacum.

Ya incluso me había dormido irreverentemente sobre el divino bucolista, cuando me despertó un grito amigo. Era nuestro Jacinto. E inmediatamente lo comparé con una planta, medio marchita y descolorida en la oscuridad, que fuese profusamente regada y reviviese en pleno sol. No se encorvaba. Sobre su palidez de supercivilizado, el aire de la sierra o la reconciliación con la vida habían esparcido un tono trigueño y fuerte que lo volvía soberbiamente viril. De sus ojos, que en la ciudad yo le había conocido siempre crepusculares, saltaba ahora un brillo de mediodía, decidido y amplio, que sumergía francamente en la belleza de las cosas. Ya no pasaba las manos marchitas sobre el rostro: golpeaba con ellas reciamente en el muslo... ¿Qué sé yo? Era una reencarnación. Y todo lo que me contó, pisando alegremente con sus zapatos blancos el suelo, fue que se había sentido, después de tres días en Torges, como despejado, había mandado comprar un colchón suave, había reunido cinco libros nunca leídos, y allí estaba...

—¿Para todo el verano?

—¡Para siempre! Y ahora, hombre de las ciudades, ven a comer unas truchas pescadas por mí y comprende por fin lo que es la gloria.

Las truchas eran, en efecto, celestiales. Y apareció también una ensalada fría de coliflor y judías y un vino blanco de Azães... ¿Pero quién os cantará condignamente, comidas y bebidas de aquellas sierras?

Por la tarde, acabada la calma, paseamos por los caminos serpenteando la vasta quinta que va de valles a montes. Jacinto se paraba a contemplar con cariño los altos maizales. Con su mano abierta y fuerte golpeaba el tronco de los castaños, como en las espaldas de amigos recuperados. Todo hilo de agua, todo tufo de hierba, todo sarmiento lo mantenía ocupado como vidas filiales de las que fuese responsable. Conocía ciertos mirlos que cantaban en ciertos chopos. Exclamaba enternecido:

—¡Qué encanto, la flor del trébol!

Por la noche, después de un cabrito asado en el horno, al que el maestro Horacio había dedicado una oda (quizás incluso un carmen heroico), charlamos sobre el destino y la vida. Yo cité, con discreta malicia, a Schopenhauer y el *Eclesiastés*... Pero Jacinto encogió los hombros con seguro desdén. Su confianza en esos dos sombríos glosadores de la vida había desaparecido, e irremediablemente, sin poder volver atrás, como una niebla que el sol esparce. ¡Tremenda tontería! Afirmar que la vida se compone, meramente, de una larga ilusión, es levantar un aparatoso sistema sobre un punto especial y estrecho de la vida, dejando fuera del sistema todo el resto de la vida, como una contradicción soberbia y permanente. Era como si él, Jacinto, señalando una ortiga crecida en aquel patio, declarase, triunfalmente: «¡Esto es una ortiga! Toda la quinta de Torges, por lo tanto, es una masa de ortigas». ¡Pero bastaría que el huésped levantase los ojos para ver las cosechas, los pomares y los viñedos!

Por lo demás, de esos dos ilustres pesimistas, uno, el alemán, ¿qué conocía él de la vida, de esa vida de la que había hecho, con doctoral majestad, una teoría definitiva y doliente? ¡Todo lo que puede conocer quien, como este genial farsante, vivió cincuenta años en una lúgubre hospedería de provincias, levantando apenas las gafas de los libros para charlar, en mesa redonda, con los alféreces de la guarnición! Y el otro, el israelita, el hombre de los *Cantares*, el muy pedantesco rey de Jerusalén, sólo descubre que la vida es una ilusión a los setenta y cinco años, cuando el poder se le escapa de las manos trémulas y su serrallo de trescientas concubinas se vuelve ridículamente superfluo para su osamenta frígida. Uno dogmatiza funéreamente sobre lo que no sabe, y el otro sobre lo que no puede.

Pero que se dé a ese buen Schopenhauer una vida tan completa y plena como la de César, y ¿en dónde estaría su schopenhauerismo? Que se restituya a ese sultán, untado de literatura, que tanto edificó y enseñó en Jerusalén, su virilidad, ¿y en dónde estaría el *Eclesiastés*? Por lo demás, ¿qué importa bendecir o maldecir la vida? Afortunada o dolorosa, fecunda o vana, tiene que ser vivida. Locos aquellos que, para atravesarla, se envuelven desde el primer momento en pesados velos de tristeza y desilusión, de suerte que en su camino todo les resulte escarpado, no sólo las leguas realmente oscuras, sino incluso aquellas en las que luce un sol amable. En la Tierra todo vive, pero sólo el hombre siente el dolor y la desilusión de la vida. Y tanto más los siente cuanto más prolonga y acumula la obra de esa inteligencia que lo hace hombre y que lo separa del resto de la naturaleza, impensante e inerte. En lo más alto de la civilización es donde siente el mayor tedio. La sapiencia, por lo tanto, está en retroceder hasta ese honesto mínimo de civilización, que consiste en tener un techo de rastrojo, unos surcos de tierra y el grano para sembrarla. En resumen, para recuperar la felicidad es necesario regresar al Paraíso, y quedarse allí, quieto, con su hoja de viña, enteramente desguarnecido de civilización, contemplando el cordero que salta entre el tomillo, y sin buscar, ni con el deseo, el árbol funesto de la Ciencia. *Dixi!*

Yo escuchaba, asombrado, a este Jacinto novísimo. Era verdaderamente una resurrección al magnífico estilo de Lázaro. Al *surge et ambula* que le habían susurrado las aguas y los bosques de Torges, él se levantaba del fondo del sepulcro del pesimismo, se desembarazaba de sus chaquetas de Poole, *et ambulabat*, y empezaba a ser dichoso. Cuando me retiré a mi cuarto, a aquellas horas honestas que convienen al campo y al optimismo, tomé entre las mías la mano ya firme de mi amigo y, pensando que él, al fin, había alcanzado la verdadera realeza, porque poseía la verdadera libertad, le grité mi enhorabuena a la manera del moralista de Tíbur:

Vive et regna, fortunate Jacinthe!

Al poco rato, a través de la puerta abierta que nos separaba, sentí una carcajada fresca, joven, genuina y consolada. Era Jacinto que leía el *Quijote*. ¡Oh, bienaventurado Jacinto! ¡Conservaba el agudo poder de criticar y había recuperado el don divino de la risa!

Ya han pasado cuatro años; Jacinto todavía habita Torges. Las paredes de su solar siguen bien encaladas, pero desnudas.

En invierno viste un gabán de lana marrón y enciende un brasero. Para llamar a Grilo o a la moza, bate palmas, como hacía Catón. Con su deliciosa calma, ya se leyó la *Iliada*. No se afeita. En los caminos silvestres se para y habla con los niños. Todas las casas de la sierra lo bendicen. Oigo que se va a casar con una fuerte, sana y bella muchacha de Goães. ¡Seguramente, allí va crecer una tribu que agrada al Señor!

Como, recientemente, me mandó pedir libros de su biblioteca (una *Vida de Buda*, una *Historia de Grecia* y las obras de San Francisco de Sales), fui, después de estos cuatro años, al *Jazminero* desierto. Cada paso mío sobre las blandas alfombras de Caramania sonó triste como un suelo de muertos. Todos los brocados estaban arrugados, deshinchados. Por las paredes colgaban, como ojos fuera de órbita, las llaves eléctricas de los timbres y de las luces, y había vagos hilos de alambre, sueltos, enroscados, en los que la araña regalada y reinando había tejido telas espesas. En la librería, todo el vasto saber de los siglos yacía en una inmensa mudez, bajo una inmensa capa de polvo. Sobre los lomos de los sistemas filosóficos albeaba el moho: vorazmente, la polilla había devastado las Historias Universales: había allí un olor errante y blando a literatura podrida, y yo acabé, con el pañuelo en la nariz, seguro de que en aquellos veinte mil volúmenes no quedaba una verdad

viva. Quise lavarme las manos, maculadas por el contacto con estos detritus de conocimientos humanos. Pero los maravillosos aparatos del lavatorio, del cuarto de baño, oxidados, atascados, descuajaringados, no echaron una gota de agua; y, como llovía esa tarde de abril, tuve que salir al balcón, a pedirle al cielo que me lavase.

Al bajar, entré en el gabinete de trabajo de Jacinto y me tropecé con un montón negro de herrajes, ruedas, láminas, campanillas, tornillos... Entreabrí la ventana y reconocí el teléfono, el teatrófono, el fonógrafo, otros aparatos, caídos de sus peanas, sórdidos, deshechos bajo el polvo de los años. Empujé con el pie esta basura del ingenio humano. La máquina de escribir, completamente abierta, con agujeros negros marcando las letras desarraigadas, era como una boca estúpida y desdentada. El teléfono parecía aplastado, enrollado en sus tripas de alambre.

En la trompa del fonógrafo, torcida, destrozada, para siempre muda, trajinaban escarabajos. Y allí yacían tan lamentables y grotescas aquellas geniales invenciones, que yo salí riéndome, como de una enorme jocosidad, de aquel supercivilizado palacio.

La lluvia de abril se había secado: los tejados remotos de la ciudad negreaban sobre un poniente de carmesí y oro. Y, a través de las calles más frescas, yo iba pensando que este nuestro magnífico siglo XIX se parecerá un día a aquel *Jazminero* abandonado y que otros hombres, con una certeza más pura de lo que es la vida y la felicidad, darán, como yo, con el pie en la basura de la supercivilización y, como yo, se reirán alegremente de la gran ilusión que había acabado, inútil y cubierta de óxido.

A aquella hora, seguramente, Jacinto, en el balcón en Torges, sin fonógrafo y sin teléfono, habiendo regresado a la simplicidad, veía, bajo la paz lenta de la tarde, al centelleo de la primera estrella, la boyada recogerse entre el canto de los boyeros.

Tema para versos [seguido de «El aya»]

I

Un amigo mío, que después de haber sido, durante años, un mal poeta, se regeneró y se convirtió en un buen crítico, suele siempre, con su autoridad de antiguo navegante con experiencia en escollos y naufragios, aconsejar a los poetas jóvenes que busquen los temas y motivos de sus poemas fuera de su propio y estrecho corazón, y de los dos o tres latidos que en él se repiten perpetuamente. Yo pertenezco a la escuela de este hombre sagaz, y también pienso que esa poesía, llamada *subjetiva*, que vive acurrucada en las faldas de Elvira y que arrulla sin cesar, en el periódico y en el libro, sus gárrulas y alardeantes confidencias de amor (o, mejor, de noviazgo), debe ser sustituida por una poesía más fuerte, más sana, más humana, que se desacurruque de las faldas ya sobeteadas de su eterna dama, y lance su vuelo libre a través del mundo y de la vida.

El amor, como dice mi amigo, es ciertamente una fuerza, incluso la mayor de este pobre universo que de él vive y por él se equilibra, y la anotación en buena rima de cualquiera de sus manifestaciones que sea intensamente genuina y nueva constituye, sin duda alguna, una excelente adquisición para nuestro conocimiento del hombre, entidad de siete palmos de altura, que cuanto más profundamente se sondea a sí mismo, más insondable se reconoce. Por otro lado, los versos de amor son preciosos para aquellos que, poseyendo el sentimiento, no poseen el verbo que se lo vivifique, que les dé la consoladora certeza de su realidad, y que necesitan por lo tanto ver expresadas, formuladas, sonoras, casi visibles, las cosas indefinidas que sacuden su pecho y a las que no saben poner nombre.

Pero a no ser en estos dos casos en que el poeta haya descubierto en sí mismo una forma de sentir deliciosamente inédita; o que haya conseguido expresar, con una nitidez gráfica, algún sutil estado del alma hasta ese momento inexpresable, debería (por lo menos mientras dure este siglo saciado de lirismo sentimental) conservar los versos de su amor en el papel íntimo en que los trazó, al lado de las flores marchitas, de los mechones de cabello, de las fotografías marcadas por los besos, y de todas las otras reliquias de juventud que a los treinta años se echan al fuego. De otro modo, si los poetas insisten en anunciar cada semana, con labios trémulos, en los periódicos o en los volúmenes a seiscientos reales, que aman a Laura y que la estrechan entre sus brazos, y que los terciopelos de la alcoba pendían en pliegues delicados, esta generación ocupada, positiva, inteligente, y seducida tan sólo por las cosas de la inteligencia, huirá de ellos desesperadamente, como se huye de todo cuanto produce escalofríos o enerva: ¡un realejo, una sierra serrando piedra, o un canario mecánico, barnizado de amarillo, con cuerda para veinte horas! Para que la poesía guarde su clientela de espíritus, es necesario que contenga en ella a toda la *humanidad* —y no solamente la *feminidad* de la vecina que sonrío, allí, en la ventana.

Todo esto que mi amigo afirma, con aquella irremediable confusión que le quedó de los hábitos del verso, es verídico. La poesía no se inventó para cantar al Amor, que por lo demás aún no existía cuando los primeros hombres cantaron. La poesía nació con la necesidad de celebrar magníficamente a los dioses, y de conservar en la memoria, por la seducción del ritmo, las leyes de la tribu. La adoración, o captación de la divinidad, y la

estabilidad social eran entonces los dos altos y únicos cuidados humanos; y la Poesía tendió siempre y tenderá constantemente a resumir en los conceptos más puros, más bellos y más concisos, las ideas que están interesando y dirigiendo a los hombres. Si la gran preocupación de nuestro tiempo fuese el Amor, aún admitiríamos que se archivase, por medio de las artes de la prensa, cada suspiro de cada Francisco. Pero el Amor es un sentimiento extremadamente raro entre razas viejas y debilitadas. Los Romeos, las Julietas (para citar sólo esta pareja clásica) ya no se repiten, casi ni son posibles en nuestras democracias, saturadas de cultura, torturadas por el ansia del bienestar, escépticas, por lo tanto egoístas, y movidas por medio del vapor y de la electricidad. Incluso en los crímenes de amor, en los que parece revivir, con su primitiva y dominante fuerza, la pasión de las razas nuevas, se descubren enseguida factores lamentablemente ajenos al amor, siendo los dos principales aquellos que más caracterizan a nuestro tiempo: el interés y la vanidad. En estas condiciones, el Amor, que volvió a ser, como en Grecia, un Cupido pequeñito y jugueteón, que revolotea, hurtando aquí y allá un placer fugitivo, es enviado para figurar entre los cuidados subalternos del hombre, muy por debajo del dinero, muy por debajo de la política... Es una ocupación, lo digo sin malicia, que se deja para cuando acabe el día verdadero y útil, y con él los negocios, las ideas, los intereses que atan. ¿Hoy ya no hay nada productivo que hacer? ¿Ya no hay nada serio en que pensar?... ¡Vale! ¡Entonces, un poco de perfume en las manos, y ábrase la puerta al Amor que espera! ¡A esto quedó reducida la Venus fatal y vencedora!

Pero cuando un arte insiste en expresar únicamente un sentimiento que se convirtió en secundario entre las preocupaciones del hombre, él mismo se hace secundario, poco atendido, y pierde poco a poco la simpatía de las inteligencias. Por eso hoy los editores se niegan tan tenazmente a editar, y los lectores se niegan a leer, versos en los que sólo se cante al amor y a las rosas. Y el artista que no quiere ser una voz clamando en el desierto y un papel pudriéndose en el almacén evita ya el amor como tema esencial de su obra. La gloria de Zola proviene sobre todo de la universalidad y modernidad de sus asuntos —la tierra, el dinero, el comercio, la política, la guerra, la religión, las grandes industrias y la ciencia— que son los hechos que interesan al hombre culto.

Aquellos que, como Feuillet y Sandeau, y tantos otros, sólo soñaban con cantar, con pluma enternecida y graciosa, historias de amor, y en los que el amor era el centro y el único motor de la vida, están abandonados, roídos humillantemente por los ratones, en los sótanos de los librereros.

Ya ni siquiera las mujeres leen hoy versos de amor, que, por otra parte, no les gustaron en ningún momento, porque nunca a una mujer le gustó ver a otra coronada e idealizada. Y además de eso, ni ellas, ni nadie, por más simple que sea, cree en la sinceridad de los poemas amorosos. Todos sabemos que son meros ejercicios de literatura, compuestos pacientemente, fríamente, en zapatillas, con un diccionario de rimas. En los primeros años del siglo, el poeta que entraba en el «comercio de las Musas» empezaba por componer laboriosamente, y hojeando los buenos modelos, una *epístola* en la que celebraba la felicidad de vivir en los campos, un *madrigal* en el que cubría a una pastora de aljófares y nardo, o un *ditirambo*, un poco desgreñado, en el que levantaba la copa de vino rubro, y gritaba «¡Evohé...!^[10]». Este hombre excelente no conocía pastoras, ni bosques, y vivía comedidamente en el tercer piso de una callejuela, frecuentando el cafetín de al lado, en donde se encharcaba de horchata.

La orgía báquica, los corderos y el zurrón, su amor a la paz silvana, eran en él meros temas recomendados por el arte poético. Hoy esa poesía bucólica o ditirámica se ha

superado como los calzones y como los espadines. El romanticismo creó otra retórica. Y el poeta que empieza, en vez de mostrarse al lector, en rimas castigadas, *pastoril* y *beodo* como su antecesor que todavía estudiaba a Horacio, se muestra ahora, con la misma tranquilidad, pero con las fórmulas que heredó de Musset, *enamorado* y *dolorido*. El dolor y la pasión, sin embargo, son en el digno mozo tan postizos, y tan laboriosamente trabajados, como lo eran el bucolismo, el patriotismo y el fervor orgiástico de su cofrade de 1810.

De esta escandalosa insinceridad proviene el descrédito del lirismo. Pero, aun cuando sea sincero, cuando brote de una emoción pura, ¿qué interés nos podrá causar jamás el libro en el que el Sr. Fulano o el Sr. Mengano, a los que nosotros no conocemos, nos vienen a revelar los éxtasis y los tormentos que se debaten en su pecho? Un poema tal debería quedarse para los íntimos. Hay, desde luego, un grave impudor en el hecho de hacer así de nuestro corazón una tirada de quinientos volúmenes, para venderlo, palpitante y sangrando, en los mostradores de las librerías. ¡Y hay también una intolerable impertinencia por parte del Sr. Fulano en detenernos en nuestro camino apresurado para gritarnos, entre suspiros, que ella es hermosa y que sus besos saben a miel! ¿Es hermosa? ¿Sabe a miel? Que le aproveche, estimable señor. ¿Pero qué me importa a mí, que voy vivamente llevado por mi idea, por mi trabajo, por mi negocio o por mi placer?

La poesía, si quiere seguir gozando de nuestra atención, en este momento justamente en que ha alcanzado su máxima habilidad técnica, debe abandonar esa alcoba en la que se enerva y se esteriliza, y de la que nosotros conocemos, hasta la saciedad, y por su indiscreción, todos los lánguidos escondrijos. Fuera de esa sombra blanda no le faltan temas bellos, y ahí tiene la historia, la leyenda y las religiones, y las costumbres, y la vida ambiente, que le facilitan corrientes de inspiración en las que puede beber más profundamente que en ninguna de las pasadas castalias. Su lira, manejada por tan hábiles artistas, en estos últimos treinta años, está superiormente afinada desde las cuerdas de nervio hasta las cuerdas de bronce, y no hay sonido, por más delicado o por más estridente, que no pueda alcanzar, con precisión y con brillo. El hombre tiene la necesidad insaciable de conocerse, y cuántas formas, infinitamente variadas, de su sentir, de su pensar, de su querer, no hay ahí, en el presente y a través del pasado, dignas de ser retenidas, para que él las bendiga o las maldiga, en ese lenguaje divino del verso, que es el único que penetra verdaderamente en el alma, y sí sabe grabar perdurablemente el amor de lo que es grande, el desdén de lo que es bajo... ¡Que el poeta se despegue, pues, con coraje, de la alcoba, e incluso de la puerta de su bien amada, y, con la lira en la cintura, como los rapsodas de otrora, recorra el mundo escuchando historias, para contarlas después en ritmos de oro!

Justamente, estas consideraciones, que no son de crítica sino lanzadas apenas tumultuaria y familiarmente, en amable charla, las acarree yo, porque conozco una o dos historias que bien merecerían, por su belleza moral, ser perpetuadas en ricos versos. Y como mi historia no es de amor, procedí inmediatamente, a la manera de aquel mercader de la leyenda, que cuando traía armas para vender clamaba en la plaza contra la paz que debilita las almas, y cuando sus fardos sólo contenían sedas y perfumes, lanzaba imprecaciones contra la guerra que hace salvajes y destroza los hogares. ¿Pero qué? En vez de contar mi historia, para que algún poeta la cincele en un poema genial, gasté mi papel adoctrinando, y adornando mis doctrinas con boj y laurel, con esta locuacidad divagadora de nuestra raza que tanto daño hace a nuestras letras y a nuestra causa pública. ¿Qué remedio? Nosotros somos latinos y godos. Y llevamos en nosotros hereditariamente e irreparablemente toda la secular charlatanería del *Forum Romanum*, y aun aquel parloteo

vano que, mezclado al chirriar de los carros lentos, anunciaba otrora de lejos al pobre ibero, que los godos estaban bajando.

II

La historia que yo, hace días, deseaba contar para que algún poeta, amigo de los temas fecundos y estimuladores del pensamiento, la compusiese en ricos versos (y que no conté por haberme detenido a construir delante de ella un pórtico de consideraciones generales), sucedió en la India. La India, tierra de las pedrerías, de las galas y de los cielos suntuosos, sugiere enseguida a un artista grandes desarrollos decorativos.

Pero mi historia tiene que ser presentada con la mayor sencillez en su desnudez moral, sin paisajes, arquitecturas o trajes que la materialicen.

El poeta que, puesto que ocurre en la India, la orne de palmeras, elefantes y danzarinas, se aboca a un desastre. Sin época, sin nombres, sin localizaciones que se puedan comprobar en un mapa, abstracta y como ocurrida en el país de las almas, esta historia de un alma, que se dirige sólo al alma, debe ir envuelta en tan poca literatura como aquellas que el pueblo, en su sencillez genial, torna profundamente vivas e inamovibles, afirmando apenas, con magnífica indiferencia por las épocas, por las naciones y por las costumbres, *que érase una vez un rey...*

El aya

Érase una vez un rey, joven y valiente, señor de un reino abundante en ciudades y cosechas, que partía a batallar por tierras distantes, dejando solitaria y triste a su reina y a un hijo chiquitín, que todavía vivía en su cuna, envuelto en sus fajas.

La luna llena que lo viera marchar, llevado en su sueño de conquista y de fama, empezaba a menguar, cuando uno de sus caballeros apareció, con las armas rotas, negro de la sangre seca y del polvo de los caminos, trayendo la amarga nueva de una batalla perdida y de la muerte del rey, traspasado por siete lanzas entre la flor de su nobleza, a la orilla de un gran río.

La reina lloró magníficamente al rey. Lloró, además, desoladamente al esposo, que era hermoso y alegre. Pero, sobre todo, lloró ansiosamente al padre que así deja al hijito desamparado, en medio de tantos enemigos de su frágil vida y del reino que sería suyo, sin un brazo que lo defendiese, fuerte por la fuerza y fuerte por el amor.

De esos enemigos, el más temeroso era su tío, hermano bastardo del rey, hombre depravado y bravío, consumido por groseras codicias, deseando la realeza tan sólo por sus tesoros, y que hacía años que vivía en un castillo en los montes, con una horda de rebeldes, como lobo que, desde su atalaya, en su foso, espera la presa. ¡Ay, la presa ahora era aquella criaturita, rey que aún mamaba, señor de tantas provincias, y que dormía en su cuna con un sonajero de oro en la mano cerrada!

A su lado, otro niño dormía en otra cuna. Pero éste era un esclavito, hijo de la bella y robusta esclava que amamantaba al príncipe. Ambos habían nacido en la misma noche de verano. El mismo pecho los criaba. Cuando la reina, antes de adormecerse, se acercaba a besar al principito, que tenía el cabello rubio y fino, besaba también por amor suyo al esclavito, que tenía el cabello negro y crespo. Los ojos de ambos relucían como piedras preciosas. Sólo que la cuna de uno era magnífica y de marfil entre brocados, y la cuna del otro, pobre y de mimbre. La leal esclava, sin embargo, a ambos dedicaba igual cariño, porque si uno era su hijo, el otro sería su rey.

Nacida en aquella casa real, tenía por pasión, por religión, a sus señores. Ningún llanto correría más sentidamente que el suyo por el rey muerto a la orilla del gran río. Pertenece, por lo demás, a una raza que cree que la vida de la Tierra se continúa en el Cielo. El rey, su amo, seguramente ya estaría ahora reinando en otro reino, más allá de las nubes, abundante también en cosechas y ciudades. Su caballo de batalla, sus armas, sus pajes, habían subido con él a las alturas. Sus vasallos, según fuesen muriendo, prontamente irían en ese reino celeste a retomar en torno a él su vasallaje. Y ella, un día, a su vez, remontaría en un rayo de luz para habitar el palacio de su señor, e hilar de nuevo el lino de sus túnicas, y encender de nuevo la cazoleta de sus perfumes; sería en el Cielo como había sido en la Tierra, y feliz en su servidumbre.

¡Pero, además, también ella temblaba por su principito! ¡Cuántas veces, con él colgado al pecho, pensaba en su fragilidad, en su larga infancia, en los años lentos que correrían antes de que él fuese al menos del tamaño de una espada, y en aquel tío, cruel, de rostro más oscuro que la noche y corazón más oscuro que el rostro, hambriento del trono y acechando desde la cima de su roquedo entre los alfanjes de su horda! ¡Pobre principito de su alma! Con una ternura mayor lo apretaba entonces en los brazos. Pero si su hijo parloteaba al lado, sus brazos corrían hacia él con un ardor más feliz. Ése, en su indigencia, nada tenía que temer de la vida. Desgracias, asaltos de la suerte mala, nunca lo podrían dejar más desnudo de las glorias y bienes del mundo de lo que ya estaba allí, en su cuna, bajo el pedazo de lino blanco que resguardaba su desnudez. La existencia, en verdad, era para él más preciosa y digna de ser conservada que la de su príncipe, porque ninguno de los duros cuidados que ennegrecen el alma de los señores rozaría siquiera su alma libre y sencilla de esclavo. Y, como si lo amase más por aquella humildad dichosa, cubría su cuerpecito gordo de besos pesados y devoradores: de los besos que se hacían leves sobre las manos de su príncipe.

Sin embargo, un gran temor llenaba el palacio, en donde ahora reinaba una mujer entre mujeres. El bastardo, el hombre de rapiña que erraba en la cima de las sierras, había bajado a la llanura con su horda, y ya a través de caseríos y aldeas felices iba dejando un surco de matanza y de ruinas. Las puertas de la ciudad se habían asegurado con cadenas más fuertes. En las atalayas ardían fuegos más altos. Pero a la defensa le faltaba la disciplina viril. Una roca no gobierna como una espada. Toda la nobleza fiel había perecido en la gran batalla. Y la desventurada reina tan sólo sabía correr a cada instante a la cuna de su pequeño y llorar sobre él su flaqueza de viuda. Solamente el ama leal parecía segura: como si los brazos en que estrechaba a su príncipe fuesen murallas de una ciudadela que ninguna audacia puede transponer.

Pero una noche, noche de silencio y oscuridad, cuando se iba a dormir, habiéndose desvestido, ya en su catre, entre sus dos niños, adivinó, más que sintió, un corto rumor de hierro y de pendencia, lejos, a la entrada de los vergeles reales. Envuelta a toda prisa en un paño, estirando los cabellos hacia atrás, escuchó ansiosamente. En la tierra enarenada, entre los jazmines, corrían pasos pesados y rudos. Hubo después un gemido, un cuerpo cayendo indolente, sobre losas, como un fardo. Corrió con violencia la cortina. Y allá, al fondo de la galería, avistó hombres, un resplandor de linternas, brillos de armas... En un momento lo comprendió todo: ¡el palacio sorprendido, el bastardo cruel que venía a robar, a matar a su príncipe! Entonces, rápidamente, sin una vacilación, sin una duda, arrebató al príncipe de su cuna de marfil, lo lanzó a la pobre cuna de mimbre, y sacando a su hijo de la cuna servil, entre besos desesperados, lo acostó en la cuna real, que cubrió con un brocado.

Bruscamente, un hombre enorme, de rostro llameante, con un manto negro sobre la

cota de malla, surgió en la puerta de la cámara, entre otros, que levantaban linternas. Miró, corrió a la cuna de marfil en la que lucían los brocados, arrancó al niño, y, ahogando sus gritos en el manto, partió apresurada y furiosamente.

El príncipe dormía en su nueva cuna. El ama se había quedado inmóvil en el silencio y la tiniebla.

Pero bramidos de alarma, de repente, atronaron el palacio. Por las cristaleras se percibió el luengo llamear de las antorchas. Los patios resonaban con el golpe de las armas. Y desgredada, casi desnuda, la reina invadió la cámara, entre las ayas, gritando por su hijo. Al ver la cuna de marfil, con las ropas en desorden, vacía, cayó sobre las losas, en un llanto, destrozada. Entonces, callada, muy lenta, muy pálida, el ama descubrió la pobre cuna de mimbre... Allí estaba el príncipe, quieto, adormecido, en un sueño que lo hacía sonreír y le iluminaba todo el rostro entre sus cabellos de oro. La madre cayó sobre la cuna, con un suspiro, como cae un cuerpo muerto.

En ese instante, un nuevo clamor estremeció la galería de mármol. Era el capitán de la guardia, su gente fiel. En sus clamores había, sin embargo, más tristeza que triunfo. ¡El bastardo había muerto! Capturado entre el palacio y la ciudadela al escapar, machacado por la fuerte legión de arqueros, había sucumbido, él y veinte de su horda. Su cuerpo allí había quedado, con flechas en el flanco, en una poza de sangre. ¡Pero, ay, dolor sin nombre! ¡El cuerpecito tierno del príncipe allí había quedado también, envuelto en un manto, ya frío, lívido aún de las manos feroces que lo habían estrangulado!... Así, tumultuosamente, lanzaban la nueva cruel los hombres de armas, cuando la reina, deslumbrada, con lágrimas entre risas, levantó en sus brazos, para enseñárselo, al príncipe, que había despertado.

Fue un asombro, una aclamación. ¿Quién lo había salvado? ¿Quién? ¡Allí estaba junto a la cuna de marfil vacía, muda y yerta, la que lo había salvado! ¡Sierva sublimemente leal! Fue ella la que, para conservar la vida a su príncipe, mandó a la muerte a su hijo... Entonces, sólo entonces, la madre dichosa, emergiendo de su alegría extática, abrazó apasionadamente a la madre dolorosa, y la besó, y le llamó hermana de su corazón... Y de entre aquella multitud que se apretaba en la galería vino una nueva, ardiente aclamación, con súplicas de que fuese recompensada, magníficamente, la sierva admirable que había salvado al rey y al reino.

¿Pero cómo? ¿Qué bolsas de oro podrían pagar un hijo? Entonces un viejo de casta noble sugirió que la llevasen al tesoro real, y escogiese de entre esas riquezas, que eran las mayores de la India, todas cuantas su deseo apeteciese...

La reina tomó la mano de la sierva. Y sin que su rostro de mármol perdiese la rigidez, con andares de muerta, como en un sueño, así fue conducida a la cámara de los tesoros. Señores, ayas, hombres de armas, seguían con un respeto tan conmovido que apenas se oía el rozar de las sandalias en las losas. Las macizas puertas del tesoro rodaron lentamente. Y cuando un siervo desatrancó las ventanas, la luz de la madrugada, ya clara y rosácea, entrando por las rejillas de hierro, prendió un maravilloso y chispeante incendio de oro y pedrerías. Del suelo de roca hasta las sombrías bóvedas, por toda la cámara, relucían, centelleaban, refulgían los escudos de oro, las armas marqueteadas, los montones de diamantes, las pilas de monedas, los largos hilos de perlas, todas las riquezas de aquel reino, acumuladas por cien reyes durante veinte siglos. Un largo «¡Ah!», lento y maravillado, pasó sobre la turba y enmudeció. Después se hizo un silencio ansioso. Y en medio de la cámara, envuelta en un precioso fulgor, el ama no se movía... Apenas sus ojos, brillantes y secos, se habían levantado hacia aquel cielo que, más allá de las rejillas, se teñía de rosa y de oro. Era allí, en ese cielo fresco y de madrugada, donde estaba ahora su niño.

¡Estaba allí, y ya el sol se levantaba, y era tarde, y su niño seguramente lloraba, y buscaba su pecho!... Entonces, el ama sonrió y alargó la mano. Todos seguían, sin respirar, aquel lento mover de su mano abierta. ¿Qué joya maravillosa, qué hilo de diamantes, qué puñado de rubíes iba a escoger?

El ama extendió la mano, y sobre un escabel aledaño, de un manajo de armas, agarró un puñal. Era el puñal de un viejo rey, todo tachonado de esmeraldas, y que valía una provincia.

Había agarrado el puñal, y con él apretado fuertemente en la mano, apuntando hacia el cielo, donde subían los primeros rayos de sol, encaró a la reina, a la multitud, y gritó:

—¡He salvado a mi príncipe, y ahora voy a dar de mamar a mi hijo!

Y se clavó el puñal en el corazón.

El tesoro

I

Los tres hermanos de Medranhos, Rui, Guanes y Rostabal, eran entonces, en todo el reino de Asturias, los hidalgos más hambrientos y los más remendados.

En los Pazos de Medranhos, a los que el viento de la sierra había llevado vidrios y tejas, pasaban ellos las tardes de ese invierno, encogidos en sus pellizas de camelote, golpeando las suelas rotas sobre las lajas de la cocina, delante de la vasta chimenea negra, en la que, desde hacía mucho tiempo, no estallaba lumbre ni hervía la cazuela de hierro. Al oscurecer, devoraban una corteza de pan negro untada con ajo. Después, sin candela, a través del patio, hendiendo la nieve, iban a dormir a la caballeriza, para aprovechar el calor de las tres yeguas lazarosas que, famélicas como ellos, roían las vigas del pesebre. Y la miseria había vuelto a estos señores más bravíos que lobos.

Pero, en primavera, una silenciosa mañana de domingo, andando los tres por la mata de Roquelanes, espiando pisadas de caza y cogiendo setas entre los robles, mientras las tres yeguas pastaban la hierba fresca de abril, los hermanos de Medranhos encontraron, detrás de un matorral de espinos, en una cueva excavada en la roca, un viejo cofre de hierro. Como si lo resguardase una torre segura, había conservado sus tres llaves en sus tres cerraduras. Sobre la tapa, difícil de descifrar a través de la herrumbre, corría un dístico en letras árabes. Y dentro, hasta los bordes, ¡estaba lleno de doblones de oro!

Entre el terror y el esplendor de la emoción, los tres señores se quedaron más pálidos que cirios. Después, enterrando furiosamente las manos en el oro, reventaron a reír, con una risa de tal ímpetu que las hojas tiernas de los olmos, alrededor, temblaban... Y de nuevo retrocedieron, bruscamente se encararon, con los ojos llameantes, con una desconfianza tan desabrida que Guanes y Rostabal palpaban en sus cinturones los mangos de las grandes facas. Entonces, Rui, que era gordo y pelirrojo y el más despabilado, levantó los brazos, como un árbitro, y empezó por decidir que el tesoro, viniese de Dios o del demonio, pertenecía a los tres, y entre ellos se repartiría, escrupulosamente, pesándose el oro en balanzas. Pero ¿cómo podrían cargar hasta Medranhos, en la cima de la sierra, aquel cofre tan lleno? Tampoco convenía que saliesen de la mata con su bien, antes de que cerrase la oscuridad. Por eso él entendía que el hermano Guanes, como más ligero, debía trotar hasta la villa vecina de Retortilho, llevando ya oro en la bolsilla, para comprar tres alforjas de cuero, tres maquilas de cebada, tres empanadas de carne y tres botellas de vino. Vino y carne eran para ellos, que no comían desde la víspera; la cebada era para las yeguas. Y, así repuestos, señores y cabalgaduras ensacarían el oro en las alforjas y subirían para Medranhos, bajo la seguridad de la noche sin luna.

—¡Bien tramado! —gritó Rostabal, hombre más alto que un pino, con largas guedejas y una barba que le caía desde los ojos entreverados de sangre hasta la hebilla del cinturón.

Pero Guanes no se separaba del cofre, arrugado, desconfiado, estirando entre los dedos la piel negra de su cuello de grulla. Por fin, brutalmente:

—¡Hermanitos! El cofre tiene tres llaves... ¡Yo quiero cerrar mi cerradura y llevar mi llave!

—¡También yo quiero la mía, qué rayos! —rugió enseguida Rostabal.

Rui se sonrió. ¡Claro, claro! A cada dueño del oro le cabía una de las llaves que lo guardaban. Y cada uno en silencio, agachado ante el cofre, cerró su cerradura con fuerza. Inmediatamente, Guanes, despejado, saltó en la yegua, enfiló por la vereda de olmos, camino de Retortilho, lanzando a las ramas su cantiga acostumbrada y doliente:

¡Olé! ¡Olé!

Sale la cruz de la iglesia,

vestida de negro luto^[11]...

II

En el claro, frente al matorral que encubría el tesoro (y que los tres habían desbastado a cuchilladas), un hilo de agua, brotando entre rocas, caía sobre una vasta laja excavada, en la que hacía como un estanque, claro y quieto, antes de filtrarse hacia los herbajes altos. Y al lado, en la sombra de una haya, yacía un viejo pilar de granito, tumbado y musgoso. Allí fueron a sentarse Rui y Rostabal, con sus tremendos espadones entre las rodillas. Las dos yeguas mordisqueaban la buena hierba pintarrajeada de ranúnculos y amapolas. Por el enramado silbaba un mirlo. Un olor errante de violetas endulzaba el aire luminoso. Y Rostabal, mirando al Sol, bostezaba con hambre.

Entonces, Rui, que se había quitado el *sombrero*^[12] y le atusaba las viejas plumas de color morado, empezó a considerar, con su habla discreta y mansa, que Guanes, esa mañana, no había querido bajar con ellos a la mata de Roquelanes. ¡Y así era la suerte ruin! ¡Porque si Guanes se hubiese quedado en Medranhos, tan sólo ellos dos hubieran descubierto el cofre, y tan sólo entre ellos dos se repartiría el oro! ¡Qué pena! Tanto más que la parte de Guanes sería en breve disipada con rufianes, a los dados, por las tabernas.

—¡Ah, Rostabal, Rostabal! ¡Si Guanes, paseando por aquí él solito, hubiese encontrado este oro, no lo dividiría con nosotros, Rostabal!

El otro refunfuñó sordamente y con furor, tirando de sus barbas negras:

—¡No, qué rayos! Guanes es ambicioso... ¡Cuando el año pasado, si te acuerdas, le ganó los cien ducados al espadero de Fresno, ni siquiera me quiso prestar tres para comprarme un jubón nuevo!

—¿Lo ves? —gritó Rui, resplandeciendo.

Ambos se habían levantado del pilar de granito, como llevados por la misma idea, que los deslumbraba. Y, a través de sus largas pisadas, las hierbas altas silbaban.

—¿Y para qué? —proseguía Rui—. ¿Para que le sirve todo el oro que nos lleva? ¿Tú no lo oyes de noche, cómo tose? Alrededor de la paja en que duerme, todo el suelo está negro de la sangre que escupe. ¡No dura hasta las otras nieves, Rostabal! Pero hasta entonces habrá dilapidado unos buenos doblones que debían ser nuestros, para que levantásemos nuestra casa, y para que tú tuvieses caballos, y armas, y trajes nobles, y tu tercio de solariegos, como compete a quien es, como tú, el mayor de los de Medranhos...

—¡Pues que muera, y muera hoy! —gritó Rostabal.

—¿Quieres?

Vivamente, Rui había sujetado el brazo de su hermano y apuntaba hacia la vereda de olmos, por donde Guanes había partido canturreando:

—Más adelante, al final del sendero, hay un buen sitio, en los zarzales. Y has de ser tú, Rostabal, que eres el más fuerte y el más diestro. Un golpe de punta por la espalda. Y es justicia de Dios que seas tú, que muchas veces, en las tabernas, sin pudor, Guanes te llamaba «cerdo» y «torpe», porque no sabías de letras ni de números.

—¡Malvado!

—¡Ven!

Fueron. Ambos se emboscaron por detrás de un zarzal que dominaba el atajo, estrecho y pedregoso como un lecho de torrente. Rostabal, agazapado en la valla, ya tenía la espada desnuda. Un viento leve pasó un escalofrío en la cuesta a las hojas de los álamos, y sintieron el leve repicar de las campanas de Retortilho. Rui, rascándose la barba, calculaba

las horas por el Sol, que ya se inclinaba hacia las sierras. Una bandada de cuervos pasó sobre ellos, graznando. Y Rostabal, que les había seguido el vuelo, volvió a bostezar de nuevo, con hambre, pensando en las empanadas y en el vino que el otro traía en las alforjas.

¡En fin! ¡Alerta! Era, en la vereda, la cantiga doliente y ronca lanzada a las ramas:
¡Olé! ¡Olé!

Sale la cruz de la iglesia,

toda vestida de negro...

Rui murmuró: «¡En la ijada! ¡En cuanto pase!». El trote menudo de la yegua golpeaba el cascajo, la pluma de un *sombrero* flameó roja sobre la punta de las zarzas.

Rostabal irrumpió de entre la zarza por una brecha, sacó el brazo, la larga espada, y toda la lámina se embebió blandamente en la ijada de Guanes, cuando, al rumor, bruscamente, él se había girado en la montura. Con un ímpetu sordo, cayó de lado sobre las piedras. Ya Rui se lanzaba a los frenos de la yegua; Rostabal, cayendo sobre Guanes, que jadeaba, le clavó de nuevo la espada, agarrada por la hoja como un puñal, en el pecho y en la garganta.

—¡La llave! —gritó Rui.

Y, arrancada la llave del cofre al seno del muerto, ambos se largaron por la vereda: Rostabal delante, huyendo, con la pluma del *sombrero* rota y torcida, la espada todavía desnuda apretada bajo el brazo, todo encogido, horripilado con el sabor de la sangre que le había llegado a la boca; Rui, detrás, tiraba desesperadamente de los frenos de la yegua, que, las patas hincadas en el suelo pedregoso, mostrando su larga dentadura amarilla y saliente, no quería dejar a su amo así, estirado, abandonado, a lo largo de los setos.

Tuvo que espolearle las ancas escuálidas con la punta de la espada, y corriendo sobre ella, la lámina alta, como si persiguiese a un moro, desembocó en el claro en donde el sol ya no doraba las hojas. Rostabal había tirado a la hierba el *sombrero* y la espada; e, inclinado sobre la laja excavada en tanque, arremangado, lavaba ruidosamente la cara y las barbas.

La yegua, quieta, empezó a pastar otra vez, cargada con las alforjas nuevas que Guanes había comprado en Retortilho. De la más ancha, abarrotada, surgían dos cuellos de botella. Entonces, Rui sacó, lentamente, del cinto su gran navaja. Sin un rumor en la hierba espesa, se deslizó hasta Rostabal, que resollaba, con sus largas barbas pingando. Y, serenamente, como si clavase una estaca en un macizo, enterró toda la hoja en el ancho dorso doblado, certera sobre el corazón.

Rostabal cayó sobre el estanque, sin un gemido, con el rostro en el agua, los largos cabellos flotando en el agua. Su vieja escarcela de cuero se había quedado presa bajo su muslo. Para sacar de dentro la tercera llave del cofre, Rui levantó el cuerpo, y una sangre más gruesa chorreó, escurrió por el borde del estanque, humeando.

III

¡Ahora eran suyas, sólo suyas, las tres llaves del cofre!... Y Rui, estirando los brazos, respiró deliciosamente. Apenas cayese la noche, con el oro metido en las alforjas, guiando la fila de las yeguas por los caminos de la sierra, subiría a Medranhos y enterraría su tesoro en la bodega. Y cuando, allí en la fuente, y allá junto a los zarzales, sólo quedasen, bajo las nieves de diciembre, algunos huesos sin nombre, él sería el magnífico señor de Medranhos, y en la capilla nueva del solar renacido mandaría decir ricas misas por sus dos hermanos muertos... ¿Muertos cómo? Como deben morir los de Medranhos: ¡luchando contra el Turco!

Abrió las tres cerraduras, cogió un puñado de doblones y los hizo tintinear sobre las piedras. ¡Qué oro tan puro, de finos quilates! ¡Y era *su oro*! Después fue a comprobar la capacidad de las alforjas, y, encontrando las dos botellas de vino y un gordo capón asado, sintió un hambre atroz. Desde la víspera sólo había comido una tajada de pescado seco. ¡Y cuánto tiempo sin probar un capón!

¡Con qué gusto se sentó en la hierba, con las piernas abiertas, y entre ellas el ave dorada, que olía a gloria, y el vino de color ámbar! ¡Ah! Guanes había sido buen mayordomo, ni siquiera se había olvidado de las aceitunas. ¿Pero por qué había traído, para tres comensales, sólo dos botellas? Cortó un ala del capón: la devoraba a grandes dentelladas. La tarde caía, pensativa y dulce, con pequeñas nubes de color rosa. Más allá, en la vereda, graznaba una bandada de cuervos. Las yeguas, hartas, dormitaban, con el hocico pendido. Y la fuente cantaba, lavando al muerto.

Rui elevó a la luz la botella de vino. Con aquel color viejo y caliente, no habría costado menos de tres maravedíes. Y, llevando el cuello a la boca, bebió con sorbos lentos, que hacían ondular su pescuezo peludo. ¡Oh vino bendito, que tan prontamente calentaba la sangre! Tiró la botella vacía, destapó otra. Pero, como era prudente, no bebió, porque la jornada a la sierra, como el tesoro, requería firmeza y acierto. Extendido sobre el codo, descansando, pensaba en Medranhos cubierto de teja nueva, en las altas llamas de la chimenea en noches de nieve, y en su lecho con brocados, en el que siempre tendría mujeres.

De repente, tomado de una ansiedad, tuvo prisa en cargar las alforjas. Entre los troncos, la sombra se hacía más densa. Acercó una de las yeguas junto al cofre, levantó la tapa, tomó un puñado de oro... Pero osciló, soltando los doblones, que tintinearón en el suelo, y llevó las dos manos angustiadas al pecho. ¿Qué ocurre, don Rui? ¡Rayos de Dios! Era un fuego, un fuego vivo, que se le había encendido dentro, subiéndole hasta la garganta. Ya se había rasgado el jubón, sus pasos eran inciertos, y, jadeante, con la lengua colgando, limpiaba las gruesas gotas de un sudor horrendo que lo dejaba helado como la nieve. ¡Oh madre mía! ¡Otra vez el fuego, más fuerte, que lo lastraba, que lo roía! Gritó: —¡Socorro! ¡Alguien! ¡Guanes! ¡Rostabal!

Sus brazos torcidos golpeaban el aire desesperadamente. Y la llama, dentro, trepaba: sentía los huesos estallarle como las vigas de una casa ardiendo.

Se tambaleó hasta la fuente para apagar aquella llamarada, tropezó sobre Rostabal, y con la rodilla apoyada en el muerto, arañando la roca, entre aullidos, buscaba el hilo de agua, que recibía sobre los ojos, sobre el cabello. Pero el agua lo quemaba más, como si fuese un metal derretido. Retrocedió, cayó encima del césped, que arrancaba a puñados y

que mordía, mordiéndose los dedos, para chupar su frescura. Aún se levantó, con una baba densa escurriéndole por las barbas; y, de repente, desencajando pavorosamente los ojos, berreó como si comprendiese en fin la traición, todo el horror:

—¡Es veneno!

¡Oh! Don Rui, el listo, ¡era veneno! Porque Guanes, tan pronto como había llegado a Retortilho, antes incluso de comprar las alforjas, a toda prisa, y cantando, se dirigió a una callejuela, por detrás de la catedral, para comprarle al viejo droguista judío el veneno que, mezclado con el vino, lo convertiría a él, y solamente a él, en dueño de todo el tesoro.

Anocheció. Dos cuervos, de entre la bandada que graznaba allá en los zarzales, ya se habían posado sobre el cuerpo de Guanes. La fuente, cantando, lavaba al otro muerto. Medio enterrado en la hierba negra, todo el rostro de Rui se había vuelto negro. Una estrellita centelleaba en el cielo.

El tesoro todavía se encuentra allí, en la mata de Roquelanes.

Fray Ginebro

I

En aquel tiempo aún vivía, en la soledad de las montañas de Umbría, el divino Francisco de Asís, y ya por toda Italia se alababa la santidad de fray Ginebro, amigo y discípulo suyo.

Fray Ginebro, en realidad, había alcanzado la perfección en todas las virtudes evangélicas. Por la abundancia y perpetuidad de la oración, arrancaba de su alma las raíces más menudas del pecado y la dejaba limpia y cándida como uno de esos jardines celestes en los que el suelo está regado por el Señor y en los que sólo pueden brotar azucenas. Su penitencia, durante veinte años de claustro, había sido tan dura y tan elevada que ya no temía al Tentador; y ahora, tan sólo con sacudir la manga de su hábito, rechazaba las tentaciones, las más pavorosas o las más deliciosas, como si no fuesen más que moscas importunas. Benéfica y universal a la manera de una llovizna de verano, su caridad no se derramaba solamente sobre las miserias del pobre, sino también sobre las melancolías del rico. En su humildísima humildad no se consideraba ni semejante a un gusano. Los bravíos barones, cuyas negras torres oprimían Italia, lo acogían reverentemente e inclinaban la cabeza ante este franciscano descalzo y mal remendado que les enseñaba la mansedumbre. En Roma, en San Juan de Letrán, el papa Honorio había besado las heridas de las cadenas que habían quedado en sus muñecas, del año en que en la Morisma, por amor a los esclavos, había padecido esclavitud. Y, como en esas edades los ángeles todavía viajaban por la tierra, con las alas escondidas, apoyados en un bordón, muchas veces, trillando una vieja senda pagana o atravesando una selva, él encontraba un muchacho de inefable hermosura, que le sonreía y murmuraba:

—¡Buenos días, hermano Ginebro!

Pues, un día, yendo este admirable mendicante desde Espoleto a Terni y avistando en el azul y en el sol de la mañana, sobre una colina cubierta de robles, las ruinas del castillo de Otofrid, pensó en su amigo Egidio, antiguo novicio como él en el monasterio de Santa María de los Ángeles, que se había retirado a aquel yermo para acercarse más a Dios, y allí habitaba en una cabaña de rastrojos, junto a las murallas derrocadas, cantando y regando las lechugas de su huerto, porque su virtud era amena. Y como habían pasado más de tres años desde que visitara al buen Egidio, dejó la senda, pasó por debajo, en el valle, sobre las piedras en el agua, el riachuelo que huía por entre las adelfas en flor, y empezó a subir, lentamente, la frondosa colina. Después de la polvareda y el ardor del camino de Espoleto, era dulce la ancha sombra de los castaños y el césped que le refrescaba los pies doloridos. La media cuesta, en una roca en la que se desgñaban zarzales, susurraba y lucía un hilo de agua. Tumbado al lado, en las piedras húmedas, dormía, roncando consoladamente, un hombre, que seguro que por allí guardaba puercos, porque vestía un grueso zurrón de cuero y traía, colgada de la cintura, una bocina de porquerizo. El buen fraile bebió ligeramente, ahuyentó los moscardones que zumbaban sobre su ruda faz adormecida y siguió trepando la colina, con sus alforjas, su cayado, agradeciendo al Señor aquella agua, aquella sombra, aquel frescor, tantos bienes inesperados. En breve avistó, en efecto, el rebaño de puercos, esparcidos bajo las frondas, roncando y hozando las raíces,

unos delgados y agudos, de cerdas duras, otros redondos, con el hocico corto ahogado en grasa, y los lechoncitos corriendo en torno a las tetas de las madres, lustrosos y de color rosa.

Fray Ginebro pensó en los lobos y lamentó el sueño del pastor descuidado. Al final de la mata empezaba la roca, en la que los restos del castillo lombardo se erguían, revestidos de hiedra, conservando todavía alguna saetera agujereada sobre el cielo, o, en una esquina de la torre, un canecillo que, estirando el pescuezo de dragón, espiaba por medio de las zarzas bravas.

La cabaña del ermitaño, con tejado de rastrojo sujeto por lascas de piedra, apenas se percibía entre aquellos oscuros granitos por la huerta que en frente verdeaba, con sus macizos de coles y estacas de judías, entre alhucema olorosa. Egidio no andaría muy lejos, porque sobre el pequeño muro de piedra suelta había posado su cántaro, su podadera y su azada. Y, dulcemente, para no importunarlo, si a aquella hora de la siesta estuviese recogido y orando, fray Ginebro empujó la puerta de viejos tablones, que no tenía cierre para ser más hospitalaria.

—¡Hermano Egidio!

Del fondo de la ruda choza, que más parecía la cueva de un animal, llegó un lento gemido:

—¿Quién me llama? ¡Aquí en este rincón, en este rincón, muriéndome!...

¡Muriéndome, hermano mío!

Fray Ginebro acudió con gran dolor; encontró al buen ermitaño estirado sobre un montón de hojas secas, encogido en harapos, y tan debilitado que su rostro, otrora harto y rosado, era como un pedacito viejo de pergamino muy arrugado, perdido entre los copos de sus barbas blancas. Con infinita caridad y dulzura lo abrazó.

—¿Y desde cuándo, desde hace cuánto tiempo está en este abandono, hermano Egidio?

¡Alabado sea Dios, desde la víspera! Sólo la víspera, por la tarde, después de mirar, por última vez, el sol y su huerta, se había venido a tumbar en aquel rincón para acabarse... Pero hacía meses que le había entrado un cansancio que ni siquiera podía sujetar el cántaro lleno cuando volvía de la fuente.

—Y decidme, hermano Egidio, pues que el Señor me ha traído, ¿qué puedo hacer yo por vuestro cuerpo? Por el cuerpo, digo, ¡que por el alma bastante habéis hecho vos en la virtud de esta soledad!

Gimiendo, llevándose al pecho las hojas secas en que yacía, como si fuesen pliegues de una sábana, el pobre ermitaño murmuró:

—¡Mi buen fray Ginebro, no sé si es pecado, pero toda esta noche, en verdad os confieso, me apeteció comer un trozo de carne, un poco de cerdo asado!... Pero ¿será pecado?

Fray Ginebro, con su inmensa misericordia, enseguida lo tranquilizó. ¿Pecado? ¡No, naturalmente! Aquel que, por tortura, niega a su cuerpo un placer honesto desagrada al Señor. ¿No ordenaba Él a sus discípulos que comiesen las buenas cosas de la tierra? El cuerpo es siervo, y es voluntad divina que sus fuerzas se sustenten, para que preste al espíritu, su dueño, buen y leal servicio. Cuando fray Silvestre, ya tan malito, había tenido aquel hondo deseo de uvas moscateles, el buen Francisco de Asís enseguida lo condujo a la viña y con sus manos le cogió los mejores racimos, después de bendecirlos para que tuviesen más zumo y fuesen más dulces...

—¿Es un poco de cerdo asado lo que os apetece? —exclamaba risueñamente el

buen fray Ginebro, acariciando las manos transparentes del ermitaño—. ¡Pues sosegad, hermano querido, que bien sé yo cómo os voy a contentar!

E inmediatamente, con los ojos reluciendo de caridad y amor, cogió la afilada podadera posada sobre el muro de la huerta. Remangándose el hábito, y más rápido que un gamo, porque aquel era un servicio del Señor, corrió por la colina, hasta los densos castaños en los que había visto la piara. Y allí, andando astutamente de tronco en tronco, sorprendió a un cochinillo desgarrado que hozaba la bellota, se abalanzó sobre él y, mientras le sofocaba el hocico y los gritos, cortó, con dos golpes certeros de la podadera, la pierna por la que lo había sujetado. Después, sus manos completamente salpicadas, la pata del cerdo bien alta goteando, la res jadeando en un charco de sangre, el piadoso hombre trepó la colina, corrió a la cabaña y gritó hacia dentro alegremente:

—¡Hermano Egidio, la pieza de carne ya nos la dio el Señor! Y yo, en Santa María de los Ángeles, era buen cocinero.

En la huerta del ermitaño arrancó una estaca del sembrado de judías, que, con la podadera sangrienta, aguzó para hacer un espetón. Entre dos piedras encendió una hoguera. Con celoso cariño asó la pata del cerdo. Tanta era su caridad que, para darle a Egidio todos los anticipos de aquel banquete, raro en tierra de mortificación, anunciaba con voces festivas y de buena promesa:

—¡Ya se está dorando el cochinillo, hermano Egidio! ¡La piel ya se tuesta, santo mío!

Entró por fin en la choza triunfalmente con el asado, que humeaba y exhalaba, cercado de frescas hojas de lechuga. Tiernamente, ayudó a sentarse al viejo, que temblaba y babeaba de gula. Apartó de sus pobres faces maceradas los cabellos que el sudor de flaqueza había empastado. Y, para que el buen Egidio no se vejase con su voracidad y tan carnal apetito, iba afirmando, mientras le partía las fibras gordas, que también él comería ricamente de aquel excelente puerco si no hubiese almorzado hartamente en la Tasca de los Tres Caminos.

—¡Es que ni un bocado me podría entrar ahora, hermano! ¡Me embuché una gallina entera! ¡Y después una fritura de huevos! ¡Y de vino blanco, un cuartillo!

Y el santo hombre mentía santamente, porque, desde la madrugada, no había probado más que un ligero caldo de hierbas, recibido como limosna en el cancel de una granja.

Harto, consolado, Egidio dio un suspiro, recayó en su lecho de hojas secas. ¡Qué bien le había sentado, qué bien le había sentado! ¡Que el Señor, en su justicia, pagase a su hermano Ginebro aquel pedazo de cerdo! Incluso sentía el alma más fuerte para la temerosa jornada... Y el ermitaño con las manos juntas, Ginebro arrodillado, ambos alabaron ardientemente al Señor, que a todas las necesidades solitarias manda de lejos el socorro.

Entonces, habiendo cubierto a Egidio con un trozo de manta y puesto a su lado el cántaro lleno de agua fresca, y tapado, contra las brisas de la tarde, la grieta de la cabaña, Fray Ginebro, volcado sobre él, murmuró:

—Mi buen hermano, vos no podéis quedar en este abandono... Yo voy llevado por obra de Jesús, que no admite tardanza. Pero pasaré por el convento de Sambricena y daré recado para que un novicio venga y os cuide con amor, en vuestro tránsito. ¡Dios os vele mientras tanto, hermano mío; Dios os tranquilice y os ampare con Su mano derecha!

Pero Egidio había cerrado los ojos, ni siquiera se movió, o porque se había dormido, o porque su espíritu, habiendo pagado aquel último tributo al cuerpo, como a un buen servidor, para siempre había partido, finalizada su obra en la Tierra. Fray Ginebro bendijo

al viejo, tomó su bordón, bajó la colina de los grandes robles. Bajo la fronda, hacia los lados por donde andaba el rebaño, la bocina del porquero resonaba ahora con un toque de alarma y de furor. Seguro que se había despertado, había descubierto su cerdo mutilado... Aligerando el paso, fray Ginebro pensaba que el Señor era magnánimo al permitir que el hombre hecho a Su augusta imagen recibiese tan fácil consuelo de una pata de cerdo asada entre dos piedras.

Retomó la senda, se fue para Terni. Y prodigiosa fue, desde ese día, la actividad de su virtud. A través de toda Italia, sin descanso, predicó el Evangelio eterno, limando la aspereza de los ricos, ampliando la esperanza de los pobres. Su inmenso amor iba todavía más allá de los que sufren, hasta los que pecan, ofreciendo un alivio a cada dolor, extendiendo un perdón para cada culpa; y, con la misma caridad con que trataba a los leprosos, convertía a los bandidos. Durante las invernadas y la nieve, incontables veces daba a los mendigos su túnica, sus alpargatas; los abades de los monasterios ricos, las damas devotas lo vestían, para evitar el escándalo de su desnudez a través de las ciudades; y sin demora, en la primera esquina, ante cualquier desarrapado, él se despojaba sonriendo. Para redimir siervos que penaban bajo un amo fiero, entraba en las iglesias, arrancaba del altar los candelabros de plata, afirmando, jovialmente, que más place a Dios un alma liberta que una antorcha encendida.

Rodeado de viudas, de niños hambrientos, invadía las panaderías, las carnicerías, hasta las tiendas de los cambistas, y reclamaba imperiosamente, en nombre de Dios, la parte de los desheredados. Sufrir, sentir humillación, eran, para él, las dos alegrías completas: nada le gustaba más que llegar por la noche, mojado, hambriento, tiritando, a una opulenta abadía feudal y ser repelido de la portería como un mal vagabundo; sólo entonces, agachado en los lodos del camino, masticando un puñado de hierbas crudas, se reconocía verdaderamente hermano de Jesús, que tampoco había tenido, como tienen al menos los animales del bosque, una covacha para cobijarse. Cuando un día, en Perusa, las cofradías salieron a su encuentro, con banderas festivas, al repicar de las campanas, él corrió hacia un montón de estiércol, en el que se revolcó y ensució, para que de aquellos que lo venían a engrandecer sólo pudiese recibir compasión y escarnio. En los claustros, en los descampados, en medio de las multitudes, durante los trabajos más pesados, oraba constantemente, no por obligación, sino porque en las preces encontraba un deleite adorable. Deleite mayor, sin embargo, era, para el franciscano, enseñar y servir. Así, por largos años erró entre los hombres, vertiendo su corazón como el agua de un río, ofreciendo sus brazos como palancas incansables; y tan pronto, en una ladera desierta, aliviaba a una pobre vieja de su carga de leña como, en una ciudad sublevada, en donde reluciesen armas, se adelantaba, con el pecho abierto, y amansaba las discordias.

Por fin, una tarde, víspera de Pascua, mientras descansaba en los peldaños de Santa María de los Ángeles, divisó de repente, en el aire liso y blanco, una vasta mano luminosa que sobre él se abría y chispeaba. Pensativo, murmuró:

—He ahí la mano de Dios, Su mano derecha, que se extiende para acogerme o para rechazarme.

Dio enseguida a un pobre que allí rezaba un avemaría, con su bolsa en las rodillas, todo cuanto le quedaba en el mundo, que era un volumen del Evangelio, muy usado y manchado de sus lágrimas. El domingo, en la iglesia, al levantar la hostia, se desmayó. Sintiendo entonces que iba a terminar su jornada terrestre, quiso que lo llevarsen para un corral lo acostasen sobre una capa de ceniza.

En santa obediencia al guardián del convento, consintió que lo limpiasen,

quitándole sus trapos, y le vistiesen un hábito nuevo; pero, con los ojos encharcados de ternura, imploró que lo enterrasen en un sepulcro prestado como lo había sido el de Jesús, su Señor.

Y, suspirando, sólo se quejaba de no sufrir.

—El Señor, que tanto sufrió, ¿por qué no me manda a mí el padecimiento bendito?

De madrugada pidió que abriesen, del todo, el portón del corral.

Contempló el cielo que clareaba, escuchó las golondrinas que, en el frescor y el silencio, empezaban a cantar sobre el alero del tejado, y, sonriendo, recordó una mañana, como ésta de silencio y frescor, en la que, andando con Francisco de Asís a la orilla del lago de Perusa, el maestro incomparable se detuvo ante un árbol lleno de pájaros y, fraternalmente, les recomendó que alabasen siempre al Señor. «¡Hermanos míos, hermanos míos pajarillos, cantad bien a vuestro Creador, que os dio ese árbol para que habitéis en él, y todas estas limpias aguas para que en ellas bebáis, y esas plumas tan calientes para que os abriguen, a vosotros y a vuestros polluelos!» Después, besando humildemente la manga del monje que lo amparaba, fray Ginebro se murió.

II

Inmediatamente después de cerrar sus ojos carnales, un gran ángel entró diáfano en el corral y tomó en sus brazos el alma de fray Ginebro. Durante un momento, en la fina luz de la madrugada, se deslizó sobre el prado alledaño tan levemente que ni siquiera rozaba las puntas con llovizna del césped alto. Después, abriendo las alas, radiantes y níveas, traspuso, con un vuelo sereno, las nubes, los astros, todo el cielo que los hombres conocen.

Anidada en sus brazos, como en la dulzura de una cuna, el alma de Ginebro conservaba la forma del cuerpo que había quedado en la tierra; el hábito franciscano todavía la cubría, con un resto de polvo y ceniza en los pliegues rudos; y, con una mirada nueva, que ahora todo lo traspasaba y todo lo comprendía, contemplaba, en un deslumbramiento, aquella región en que el ángel había parado, más allá de los universos transitorios y de todos los rumores siderales. Era un espacio sin límite, sin contorno y sin color. Por encima comienza una claridad, subiendo esparcida a la manera de una aurora, cada vez más blanca, y más luciente, y más radiante, hasta que resplandecía con un fulgor tan sublime que en ella un sol brillante sería como una mancha pardusca. Y por debajo se extendía una sombra cada vez más empañada, más fosca, más grisácea, hasta formar como un espeso crepúsculo de profunda, insondable tristeza. Entre esa refulgencia ascendente y la oscuridad inferior, había permanecido el ángel inmóvil, esperando, con las alas cerradas. Y el alma de Ginebro sentía perfectamente que estaba allí, esperando también, entre el Purgatorio y el Paraíso. Entonces, de repente, en las alturas, aparecieron los dos enormes platos de una balanza: uno que rebrillaba como un diamante y estaba reservado a sus buenas obras, otro, negreando más que el carbón, para recibir el peso de sus malas obras. Entre los brazos del ángel, el alma de Ginebro se estremeció... ¡Pero el plato diamantino empezó a bajar lentamente! ¡Oh gloria y contentamiento! Cargado con sus buenas obras, bajaba, tranquilo y majestuoso, esparciendo claridad. Tan pesado venía que sus gruesas cuerdas se estiraban, crujían. Y entre ellas, formando como una montaña de nieve, albeaban magníficamente sus virtudes evangélicas. Allí estaban las incontables limosnas que había sembrado en el mundo, ahora reventadas en blancas flores, plenas de aroma y de luz.

Su humildad era una cima, aureolada por una claridad. Cada una de sus penitencias centelleaba más límpidamente que si fuesen purísimos cristales. Y su oración perenne subía y se enrollaba en las cuerdas, a la manera de una deslumbrante niebla de oro.

Sereno, con la majestad de un astro, el plato de las buenas obras se paró, por fin, con su preciosa carga. El otro, allá arriba, tampoco se movía, negro, del color del carbón, inútil, olvidado, vacío. Ya de las profundidades, sonoros bandos de serafines volaban, balanceando palmas verdes. El pobre franciscano iba a entrar triunfalmente en el Paraíso, y aquella era la milicia divina que lo acompañaría cantando. Un rumor de alegría pasó por la luz del Paraíso, que se enriquecía con un nuevo santo. Y el alma de Ginebro probó anticipadamente las delicias de la Bienaventuranza.

¡Pero de golpe, en lo alto, el plato negro osciló como si un peso inesperado cayese sobre él! Y empezó a bajar, duro, temeroso, dibujando una sombra doliente a través de la celestial claridad. ¿Qué mala acción de Ginebro traía el plato, tan pequeña que ni se veía, tan pesada que forzaba el plato luminoso a subir, a remontar ligeramente, como si la montaña de buenas acciones que en él transbordaban fuese un humo mentiroso? ¡Oh, dolor!

¡Oh, desesperanza! Los serafines retrocedían, con las alas temblorosas. Por el alma de fray Ginebro pasó un inmenso escalofrío de terror. El negro plato bajaba, firme, inexorable, con las cuerdas tiesas. Y en la región que se abría bajo los pies del ángel, gris, de inconsolable tristeza, una masa de sombra, blandamente y sin rumor, jadeó, aumentó, rodó, como la ola de una marea devoradora.

El plato, más triste que la noche, se había parado en un pavoroso equilibrio con el plato que rebrillaba, y los serafines, Ginebro, el ángel que lo había traído, descubrieron, en el fondo de aquel plato, que inutilizaba a un santo, un puerco, un pobre lechoncito con una pata bárbaramente cortada, jadeando, muriéndose, en un charco de sangre... ¡En la balanza de la justicia pesaba tanto el animal mutilado como la montaña luminosa de virtudes perfectas!

Entonces, de las alturas, surgió una vasta mano, abriendo los dedos que chispeaban. Era la mano de Dios, Su mano derecha, que se había aparecido a Ginebro en la escalera de Santa María de los Ángeles y que ahora supremamente se extendía para acogerlo o para repelerlo. Toda la luz y toda la sombra, desde el Paraíso fulgente hasta el Purgatorio crepuscular, se contrajeron en un recogimiento de inexpresable amor y terror. Y, en extática mudez, la vasta mano, a través de las alturas, lanzó un gesto que repelía...

Entonces el ángel, bajando el rostro compadecido, extendió los brazos y dejó caer, en la oscuridad del Purgatorio, el alma de fray Ginebro.

El difunto

I

En el año de 1474, que fue para toda la cristiandad tan abundante en mercedes divinas, reinando en Castilla el rey Enrique IV, vino a habitar en la ciudad de Segovia, en la que había heredado casonas y una huerta, un caballero mozo, de muy limpio linaje y gentil apariencia, que se llamaba don Ruy de Cárdenas.

Esa casa, que le había legado su tío, arcediano y maestro en cánones, quedaba al lado y en la sombra silenciosa de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar; y, en frente, más allá del atrio, en donde cantaban los tres caños de una fuente antigua, estaba el oscuro y enrejado palacio de don Alonso de Lara, hidalgo de gran riqueza y maneras sombrías que, ya en edad madura, todo canoso, había desposado a una niña hablada en Castilla por su albura, cabellos color del sol claro, y cuello de garza real. Don Ruy había tenido por madrina^[13], al nacer, a Nuestra Señora del Pilar, de la que siempre se conservó devoto y fiel servidor, aunque siendo de sangre brava y alegre, amaba las armas, la caza, los saraos bien galanteados, e incluso a veces una noche ruidosa de taberna con dados y jarras de vino. Por amor, y por las facilidades de esta santa vecindad, había tomado él la piadosa costumbre, desde su llegada a Segovia, de visitar todas las mañanas, a la hora de prima, a su divinal madrina y de pedirle, en tres avemarías, la bendición y la gracia.

Al oscurecer, incluso después de alguna intensa correría por campo y monte con lebreles o halcón, aún volvía para, a la salutación de vísperas, murmurar dulcemente una salve.

Y todos los domingos compraba en el atrio, a una ramilletera morisca, algún ramo de junquillos, o claveles, o rosas sencillas, que esparcía, con ternura y cuidado galante, frente al altar de la Virgen.

A esta venerada iglesia del Pilar venía también cada domingo doña Leonor, la tan hablada y hermosa mujer del señor de Lara, acompañada por un ama malencarada, de ojos más abiertos y duros que los de una lechuga, y por dos imponentes lacayos que la ladeaban y guardaban como torres. Tan celoso era el señor don Alonso que sólo por habérselo ordenado severamente su confesor, y con miedo de ofender a la Virgen, que era su vecina, permitía esta visita fugitiva, de la que él quedaba espionando ansiosamente, entre las rejas de una celosía, los pasos y la tardanza. Todos los lentos días de la lenta semana los pasaba la señora doña Leonor en el encierro del enrejado solar de granito negro, no teniendo, para recrearse y respirar, incluso en las calmas del estío, más que un fondo de jardín verdinegro, cercado de tan altos muros que apenas se avistaba, emergiendo de ellos, aquí, allá, alguna punta de triste ciprés. Pero esa corta visita a Nuestra Señora del Pilar bastó para que don Ruy se enamorase de ella, locamente, en la mañana de mayo en que la vio de rodillas ante el altar, en un haz de sol, aureolada por sus cabellos de oro, con las largas pestañas pendidas sobre el Libro de Horas, el rosario cayendo entre sus dedos finos, fina toda ella y suave, y blanca, de una blancura de lirio abierto en la sombra, más blanca entre los encajes negros y los negros rasos; alrededor de su cuerpo lleno de gracia se quebraban, en duros pliegues, sobre las losas de la capilla, viejas laudas sepulcrales. Cuando después de un momento de arrobamiento y de delicioso pasmo se arrodilló, fue menos para la Virgen del

Pilar, su divinal madrina, que para aquella aparición mortal, de quien no sabía el nombre ni la vida, y sólo que por ella daría vida y nombre, si ella se rindiese por tan incierto precio. Balbuceando, con una prisa ingrata, las tres avemarías con que cada mañana saludaba a María, cogió su sombrero, bajó levemente a la nave sonora y en el portal se quedó, esperando por ella entre los mendigos lazarosos que se espulgaban al sol. Pero, cuando al cabo de un tiempo en que don Ruy sintió en el corazón un desusado latir de ansiedad y de miedo, la señora doña Leonor pasó y se detuvo mojado los dedos en la pila de mármol del agua bendita, sus ojos, bajo la caída del velo, no se elevaron para él, o tímidos o desatentos. Con el ama de ojos muy abiertos pegados a sus vestidos, entre los dos lacayos, como entre dos torres, atravesó vagarosamente el atrio, piedra por piedra, gozando de cierto, como encarcelada, el desahogado aire y el libre sol que lo inundaban. Y fue un espanto para don Ruy cuando ella penetró en las sombras de la arquería, de gruesos pilares, sobre la que se asentaba el palacio, y desapareció por una puerta larguirucha recubierta de herrajes. Era, pues, ésa la tan hablada doña Leonor, la linda y noble señora de Lara...

Entonces empezaron siete arrastrados días, que él gastó sentado en un poyal de su ventana, considerando aquella negra puerta recubierta de herrajes como si fuese la del Paraíso, y por ella debiese salir un ángel para anunciarle la Bienaventuranza. Hasta que llegó el lento domingo: y pasando él en el atrio, a la hora de prima, al repicar las campanas, con un ramo de claveles amarillos para su divinal madrina, cruzó doña Leonor, que salía de los pilares de la oscura arquería, blanca, dulce y pensativa, como una luna entre las nubes. Los claveles casi le caían en aquel gustoso alborozo en que el pecho le palpitó más que un mar, y el alma toda le huyó en un tumulto a través de la mirada con que la devoraba. Y ella levantó también los ojos hacia don Ruy, pero unos ojos reposados, unos ojos serenos, en los que no lucía curiosidad, ni incluso consciencia de estarse cruzando con otros, tan encendidos y ennegrecidos por el deseo. El mozo caballero no entró en la iglesia, con piadoso recelo de no prestar a su divinal madrina la atención que seguramente le robaría toda aquella que era sólo humana, pero dueña ya de su corazón, y en él divinizada.

Esperó con impaciencia a la puerta, entre los mendigos, secando los claveles con el ardor de sus manos trémulas, pensando lo demorado que era el rosario que ella rezaba. Todavía doña Leonor bajaba la nave y ya él sentía dentro del alma el dulce rugir de las sedas fuertes que arrastraba sobre las losas. La blanca señora pasó, pero la misma mirada distraída, desatenta y tranquila, que dedicó a los mendigos y al atrio, la dejó resbalar sobre él, o porque no comprendiese a aquel mozo que de repente se había quedado tan pálido, o porque no lo diferenciaba todavía de las cosas y de las formas indiferentes, don Ruy se fue, con un hondo suspiro; y, en su cuarto, puso devotamente ante la imagen de la Virgen las flores que no había ofrecido, en la iglesia, ante su altar. Toda su vida se convirtió entonces en un largo quejido por sentir tan fría e inhumana a aquella mujer, única entre las mujeres, que había cautivado y vuelto tan serio su corazón ligero y errante. En una esperanza, de la que preveía el desengaño, empezó a rondar los muros altos del jardín, o embozado en una capa, con el hombro contra una esquina, lentas horas se quedaba contemplando las rejas de las celosías, negras y gruesas como las de una cárcel. Los muros no se abrían, de las rejas no salía siquiera un rastro de luz prometedor. Todo el solar era como una tumba en la que yacía una insensible y por detrás de las frías piedras había además un frío pecho. Para desahogarse compuso, con piadoso cuidado en noches de vela, sobre el pergamino, trovas gimientes que no lo desahogaban. Ante el altar de la Virgen del Pilar, sobre las mismas losas donde la había visto arrodillada, posaba él las rodillas, y se quedaba, sin palabras de oración, en un cavilar amargo y dulce, esperando que su corazón se serenase y se consolase

bajo la influencia de aquélla que todo lo consuela y serena. Pero siempre se levantaba más desdichado y apenas con la sensación de lo frías y rígidas que eran las piedras en que se arrodillaba. El mundo entero sólo le parecía contener rigidez y frialdad.

Otras claras mañanas de domingo encontró a doña Leonor: y siempre sus ojos permanecían descuidados y como olvidados, o cuando se cruzaban con los suyos era tan sencillamente, tan limpios de toda emoción, que don Ruy los preferiría ofendidos y chispeando de ira, u orgullosamente desviados con soberbio desdén. Seguramente doña Leonor ya lo conocía, pero, así, conocía también a la ramilletera morisca agachada ante su cesto al borde de la fuente, o a los pobres que se espulgaban al sol ante el portal de la Virgen. Ni don Ruy ya podía pensar que ella fuese inhumana y fría. Era apenas soberanamente remota, como una estrella que en las alturas gira y refulge, sin saber que, abajo, en un mundo que ella no distingue, ojos que ella no sospecha la contemplan, la adoran y le entregan el gobierno de su ventura y suerte.

Entonces don Ruy pensó: «¡Ella no quiere, yo no puedo: fue un sueño que acabó, y Nuestra Señora a ambos nos tenga en su gracia!».

Y como era caballero muy discreto, desde que la conoció así inconvencible en su indiferencia, no la buscó, ni siquiera levantó más los ojos hacia las rejas de sus ventanas, y hasta dejó de entrar en la iglesia de Nuestra Señora cuando casualmente, desde el portal, la veía arrodillada, con su cabeza, tan llena de gracejo y de oro, pendida sobre el Libro de Horas.

II

La vieja ama, con los ojos más abiertos y duros que los de una lechuza, no había tardado en contar al señor de Lara que un mozo audaz, de gentil presencia, nuevo morador en las viejas casas del arcediano, constantemente se atravesaba en el atrio y se apostaba delante de la iglesia para arrojar el corazón por los ojos a la señora doña Leonor. Bien amargamente lo sabía ya el celoso hidalgo, porque cuando desde su ventana espiaba, como un halcón, a la airosa señora camino de la iglesia, había observado los giros, las esperas, las miradas como dardos de aquel mozo galante, y se había estirado las barbas del furor. Desde entonces, en realidad, su más intensa ocupación era odiar a don Ruy, el impúdico sobrino del canónigo, que osaba levantar su bajo deseo hasta la alta señora de Lara. Constantemente ahora lo traía vigilado por un criado, y conocía todos sus pasos y lugares, los amigos con quienes cazaba u holgaba, y hasta quién le cortaba los jubones, y hasta quién le pulía la espada, y cada hora de su vivir. Y más ansiosamente todavía vigilaba a doña Leonor, cada uno de sus movimientos, los más fugitivos modos, los silencios y el conversar con las amas, las distracciones sobre el bordado, la forma de ensimismarse sobre los árboles del jardín, y el aire y el color con que se recogía de la iglesia... Pero tan inalteradamente serena, en su sosiego de corazón, se mostraba la señora doña Leonor, que ni los celos más imaginadores de culpas podrían hallar manchas en aquella pura nieve. Redobladamente áspero se volvía entonces el rencor de don Alonso contra el sobrino del canónigo, por haber apetecido aquella pureza, y aquellos cabellos del color del sol claro, y aquel cuello de garza real, que eran sólo suyos, para espléndido gusto de su vida. Y cuando paseaba en la sombría galería del solar, sonora y toda abovedada, envuelto en su zamarra orlada de pieles, con la punta de la barba grisácea apuntando hacia delante, la greña crespa erizada hacia atrás y los puños cerrados, era siempre rumiando la misma hiel:

—Atentó contra su virtud, atentó contra mi honor... ¡Es culpable de dos culpas y merece dos muertes!

Pero su furor casi se mezcló con terror cuando supo que don Ruy ya no esperaba en el atrio a la señora doña Leonor, ni rondaba amorosamente los muros del palacete, ni entraba en la iglesia cuando ella rezaba, los domingos; y que tan enteramente se alejaba de ella que una mañana, estando junto a la arquería, y sintiendo bien el rechinar y abrir de la puerta por donde la señora iba a aparecer, había permanecido de espaldas, sin moverse, riéndose con un caballero gordo que le leía un pergamino. ¡Tan bien afectada indiferencia sólo servía, seguro, (pensó don Alonso) para esconder alguna atrevida intención! ¿Qué urdía él, el diestro engañador? Todo en el desabrido hidalgo se exacerbó: celos, rencor, vigilancia, pesar por su edad grisácea y fea. En el sosiego de doña Leonor sospechó maña y fingimiento, e inmediatamente le prohibió las visitas a la Virgen del Pilar.

En las mañanas acostumbradas corría él a la iglesia para rezar el rosario, llevando las disculpas de doña Leonor. «*Que no puede venir*», murmuraba curvado ante el altar «¡*por lo que sabéis, Virgen Purísima!*»^[14] Cuidadosamente visitó y reforzó todos los negros cerrojos de las puertas de su casa solariega.

De noche soltaba dos negros mastines en las sombras del jardín amurallado.

A la cabecera del amplio lecho, junto a la mesa en donde quedaba la lámpara, un relicario y el vaso de vino caliente con canela y clavo para robustecerle las fuerzas, lucía siempre una espada desnuda. Pero, con tantas seguridades, apenas dormía, y a cada instante

se alzaba en sobresalto entre las hondas almohadas, agarrando a doña Leonor con mano bruta y ávida, que le pisaba el cuello, para rugir muy bajo, en un ansia: «¡Dime que me quieres sólo a mí...!»». Después, con la alborada, se encumbraba, acechando, como un halcón, las ventanas de don Ruy. Nunca lo veía, ahora, ni a la puerta de la iglesia a la hora de misa, ni regresando del campo, a caballo, al toque de las avemarías.

Y por sentirlo así, desaparecido de los lugares y vueltas acostumbrados, es por lo que más lo sospechaba dentro del corazón de doña Leonor.

Por fin, una noche, después de mucho pisar el enlosado de la galería, rumiando sordamente desconfianzas y odios, llamó a gritos al intendente y ordenó que se preparasen envoltorios y cabalgaduras. Temprano, de madrugada, partiría, con la señora doña Leonor, para su heredad de Cabril, a dos leguas de Segovia. La partida no fue de madrugada, como una fuga de avariento que va a esconder lejos su tesoro, sino realizada con aparato y demora, quedando la litera ante la arquería, esperando largas horas, con las cortinas abiertas, mientras un caballerizo paseaba por el atrio la mula blanca del hidalgo, enjaezada a la morisca, y, al lado del jardín, la recua de machos cargados de baúles, sujetos a las argollas, bajo el sol y las moscas, aturdía la callejuela con el tintineo de sus cascabeles. Así don Ruy supo de la jornada del señor de Lara, y así lo supo toda la ciudad.

Fue un gran contentamiento para doña Leonor, a la que le gustaba Cabril, sus lozanos pomares, sus jardines, a los que se abrían, rasgadamente y sin rejas, las ventanas de sus aposentos claros: ahí por lo menos tenía abundante aire, pleno sol, macetas para regar, un vivero de pájaros, y tan largos paseos de laurel y tejo que eran casi la libertad. Y también esperaba que en el campo se aliviase aquellos cuidados que traían, en los últimos tiempos, tan arrugado y taciturno a su marido y señor. Pero no logró esta esperanza, que al cabo de una semana todavía no se había despejado el rostro de don Alonso, ni por lo demás había fresca en las arboledas, susurros en las aguas corrientes, o aromas esparcidos en los rosales en flor, que calmasen agitación tan amarga y honda. Como en Segovia, en la galería sonora de la gran bóveda, sin descanso pasaba, enterrado en su zamarra, con la punta de la barba clavada hacia delante, la greña espesa erizada hacia atrás, y un gesto de apretar los labios, silenciosa y coléricamente, como si meditase maldades de las que gozase de antemano el sabor agrio. Y todo el interés de su vida se concentraba en un criado que constantemente galopaba entre Segovia y Cabril, al que a veces esperaba al principio de la aldea, quedándose para escuchar al hombre que se desmontaba, jadeante, e inmediatamente le daba nuevas apresuradas.

Una noche en la que doña Leonor, en su cuarto, rezaba el rosario con las amas, a la luz de una antorcha de cera, el señor de Lara entró muy despacio, trayendo en la mano una hoja de pergamino y una pluma mojada en su tintero de hueso. Con un rudo gesto despidió a las amas, que lo temían como a un lobo. Y, empujando un escabel más cerca de la mesa, volviendo hacia doña Leonor el rostro al que había impuesto tranquilidad y agrado, como si apenas viniese por cosas naturales y fáciles:

—Señora, quiero que me escribáis aquí una carta que mucho me conviene escribir...

Tan acostumbrada era en ella la sumisión que, sin otro reparo o curiosidad, yendo tan sólo a colgar en la barra del lecho el rosario con el que había rezado, se acomodó sobre el escabel, y sus dedos finos, con mucha aplicación, para que la letra fuese esmerada y clara, trazaron la primera línea corta que el señor de Lara dictara, y era: «Mi caballero...». Pero cuando él dictó la otra, más larga, de un modo amargo, doña Leonor arrojó la pluma, como si la pluma quemase, y, retrocediendo de la mesa, gritó, con gran aflicción:

—Señor, ¿para qué conviene que yo escriba tales cosas y tan falsas?...

En un brusco furor, el señor de Lara arrancó del cinto un puñal, que le agitó junto al rostro, rugiendo sordamente:

—¡O escribís lo que os mando y que a mí me conviene, o, por Dios, que os atravieso el corazón!...

Más blanca que la cera de la antorcha que los alumbraba, sintiendo escalofríos ante aquel hierro que brillaba, en un temblor supremo que todo lo aceptaba, doña Leonor murmuró:

—¡Por la Virgen María, no me hagáis daño!... Ni os enojéis, señor, que yo vivo para obedeceros y serviros... Ahora, mandad, que yo escribiré.

Entonces, con los puños cerrados en los bordes de la mesa, en donde había posado el puñal, machacando a la frágil y desdichada mujer bajo la mirada dura que la fusilaba, el señor de Lara dictó, lanzó roncamente, a pedazos, a empellones, una carta que decía, cuando estaba acabada con letra bien incierta y trémula: «Mi caballero: Muy mal habéis comprendido, o muy mal pagáis el amor que os tengo, y que nunca os pude, en Segovia, mostrar claramente... Ahora aquí estoy, en Cabril, ardiendo por veros; y si vuestro deseo corresponde al mío, bien fácilmente lo podéis realizar, pues mi marido se halla ausente en otra heredad, y esta de Cabril es fácil y abierta. Venid esta noche, entrad por la puerta del jardín, al lado de la vereda, pasando el estanque, hasta la terraza. Allí veréis una escalera apoyada en una ventana de la casa, que es la ventana de mi cuarto, en el que seréis muy dulcemente agasajado por quien ansiosamente os espera...».

—¡Ahora, señora, firmad debajo con vuestro nombre, que eso sobre todo conviene!

Doña Leonor trazó lentamente su nombre, tan roja como si la desnudasen delante de una multitud.

—¡Y ahora —ordenó el marido más sordamente, a través de los dientes cerrados— dirigidla a don Ruy de Cárdenas!

Ella osó levantar los ojos, ante la sorpresa de aquel nombre desconocido.

—¡Venga! ¡A don Ruy de Cárdenas! —gritó el hombre sombrío.

Y ella dirigió su deshonesto carta a don Ruy de Cárdenas.

Don Alonso metió el pergamino en el cinto, junto al puñal que había envainado, y salió en silencio con la barba apuntada, ahogando un rumor de pasos en las losas del corredor.

Ella se había quedado sobre el escabel, las manos cansadas y caídas sobre el regazo, con un espanto infinito, la mirada perdida en la oscuridad de la noche silente. ¡Menos oscura le parecía la noche que esa oscura aventura en la que se sentía envuelta y llevada! ¿Quién era ese don Ruy de Cárdenas, del que nunca había oído, que nunca se había atravesado en su vida, tan quieta, tan poco poblada de memorias y de hombres? Él seguramente la conocía, la había encontrado, la había seguido al menos con los ojos, pues era cosa natural y bien fundada recibir de ella carta de tanta pasión y promesa...

¿Así, un hombre, y mozo de cierto bien nacido, tal vez gentil, entraba en su destino bruscamente, traído por la mano de su marido? ¿Tan íntimamente se había entrañado ese hombre en su vida, sin que ella se apercibiese, que ya para él se abría de noche la puerta de su jardín, y contra su ventana, para que él subiese, se preparaba de noche una escalera? Y era su marido el que muy secretamente abría la puerta de par en par, y muy secretamente levantaba la escalera... ¿Para qué?

Entonces, de repente, doña Leonor comprendió la verdad, que le arrancó un grito ansioso y mal sofocado. ¡Era una trampa! ¡El señor de Lara atraía a Cabril a ese don Ruy

con una promesa magnífica, para apoderarse de él, seguramente matarlo, indefenso y solitario! Y ella, su amor, su cuerpo, eran las promesas que se hacían brillar ante los ojos seducidos del desventurado mozo. ¡Así su marido usaba su belleza, su lecho, como la red de oro en la que debía caer aquella presa atolondrada! ¿Dónde habría mayor ofensa? ¡Y también cuánta imprudencia! ¡Bien podría ese don Ruy de Cárdenas desconfiar, no acceder a invitación tan abiertamente amorosa, y después mostrar por toda Segovia, riéndose y triunfante, aquella carta en la que le ofrecía su lecho y su cuerpo la mujer de Alonso de Lara! ¡Pero no! ¡El desventurado correría a Cabril, y para morir, miserablemente morir en el negro silencio de la noche, sin sacerdote, ni sacramentos, con el alma encharcada en pecado de amor! Para morir, seguramente, porque nunca el señor de Lara permitiría que viviese el hombre que recibiera tal carta. ¡Así, aquel mozo moría por su amor, y por un amor que, sin darle nunca un gusto, le daba enseguida la muerte! Seguro que por amor de ella, pues era tal el odio del señor de Lara, odio que, con tanta deslealtad y villanía, se cebaba, que sólo podía nacer de celos, que le oscurecían todo deber de caballero y de cristiano. Sin duda, él había sorprendido miradas, pasos, intenciones de este señor don Ruy, mal prevenido por bien enamorado.

¿Pero cómo? ¿Cuándo? Confusamente se acordaba de un mozo que un domingo se había cruzado con ella en el atrio, la había esperado en el portal de la iglesia, con un ramo de claveles en la mano... ¿Sería ese? Era de noble apariencia, muy pálido, con grandes ojos negros y calientes. Ella había pasado, ni había pensado... Los claveles que sujetaba en la mano eran rojos y amarillos... ¿A quién se los llevaba?... ¡Ah! ¡Si lo pudiese avisar, bien temprano, de madrugada!

¿Cómo, si no había en Cabril criado o ama de quien se fiase? ¡Pero dejar que una bruta espada atravesase traicioneramente aquel corazón, que venía lleno de ella, palpitando por ella, todo con la esperanza de ella!...

¡Oh! ¡La desabrida y ardiente correría de don Ruy, desde Segovia a Cabril, con la promesa del encantador jardín abierto, de la escalera colocada contra la ventana, bajo la mudez y protección de la noche! ¿Mandaría realmente el señor de Lara apoyar una escalera a la ventana? De cierto, para poderlo matar con más facilidad, pobre, y dulce, e inocente mozo, cuando él subiese, poco seguro sobre un frágil peldaño, las manos impedidas, la espada durmiendo en la vaina... ¡Y así, la otra noche, ante su lecho, su ventana estaría abierta, y una escalera levantada contra su ventana esperando un hombre! Emboscado en la sombra del cuarto, su marido seguramente mataría a ese hombre...

Pero ¿y si el señor de Lara esperase fuera de los muros de la finca, asaltase brutalmente, en algún sendero, a aquel don Ruy de Cárdenas, y, o por menos diestro, o por menos fuerte, en un terciar de armas, cayese él traspasado, sin que el otro conociese a quién había matado? Y ella, allí, en su cuarto, sin saberlo, y todas las puertas abiertas, y la escalera levantada, y aquel hombre asomado a la ventana en la sombra suave de la noche tibia, y el marido que la debía defender muerto al fondo de un sendero... ¿Qué haría ella, madre mía? ¡Oh! Seguro que repelería, soberbiamente, al joven temerario. ¡Pero su espanto y la cólera de su deseo engañado! «¡He venido llamado por vos, señora!» Y allí traía, sobre el corazón, la carta de ella, con su nombre, trazado por su mano. ¿Cómo le podría contar la emboscada y el dolor? Era tan largo de contar, en aquel silencio y soledad de la noche, mientras los ojos de él, húmedos y negros, le estuviesen suplicando y la estuviesen traspasando... ¡Desgraciada ella si el señor de Lara muriese, la dejase solitaria, sin defensa, en aquella vasta casa abierta! Pero qué desgraciada también si aquel mozo, llamado por ella, y que la amaba, y que por ese amor venía corriendo deslumbrado, encontrase la muerte

en el sitio de su esperanza, que era el sitio de su pecado, y, muerto en pleno pecado, rodase hacia la eterna desesperanza... Veinticinco años, él, si era el mismo de quien se acordaba, pálido y tan airoso, con un jubón de velludo cárdeno y un ramo de claveles en la mano, a la puerta de la iglesia, en Segovia...

Dos lágrimas saltaron de los cansados ojos de doña Leonor. Y doblando las rodillas, levantando su alma toda hacia el cielo, en donde la luna se empezaba a levantar, murmuró, en un infinito dolor y fe:

—¡Oh! ¡Santa Virgen del Pilar, señora mía, vela por nosotros, vela por todos nosotros!...

III

Don Ruy entraba, a la hora de la calma, en el fresco patio de su casa, cuando de un banco de piedra, en la sombra, se levantó un mozo del campo, que sacando de dentro del zurrón una carta, se la entregó, murmurando:

—Señor, daos prisa en leer, que tengo que volver a Cabril, a quien me mandó...

Don Ruy abrió el pergamino; y, en el deslumbramiento que lo tomó, se golpeó con él contra el pecho, como para enterrarlo en el corazón...

El mozo del campo insistía, inquieto:

—¡Dese prisa, señor, dese prisa! Ni necesitáis contestar. Sólo con que me deis una señal de haber venido el recado...

Muy pálido, don Ruy arrancó uno de los guantes bordados en torzal de seda, que el mozo enrolló y guardó en el zurrón. Y partía en la punta de las alpargatas leves. Con un gesto, don Ruy todavía lo detuvo:

—Escucha, ¿qué camino tomas tú para Cabril?

—El más corto y sólo para gente osada, que es por el Cerro de los Ahorcados.

—Está bien.

Don Ruy saltó las escaleras de piedra, y en su aposento, incluso sin quitarse el sombrero, de nuevo leyó junto a la celosía aquel pergamino divinal, en el que doña Leonor lo llamaba de noche a su cuarto, a la posesión entera de su ser. Y no lo había maravillado este ofrecimiento, después de una tan constante, imperturbada indiferencia. Por el contrario, percibió en ella un amor muy astuto, por ser muy fuerte, que, con gran paciencia, se esconde ante los estorbos y los peligros, y mudamente prepara su hora de contentamiento, mejor y más deliciosa por tan preparada. Ella siempre lo había amado, pues, desde la mañana bendita en que sus ojos se habían cruzado en el portal de Nuestra Señora. Y mientras él rondaba aquellos muros del jardín, maldiciendo una frialdad que le parecía más fría que la de los fríos muros, ya ella le había dado su alma, y, llena de constancia, con amorosa sagacidad, sofocando el menor suspiro, adormeciendo desconfianzas, preparaba la noche radiante en que le daría también su cuerpo.

¡Tanta firmeza, tan fino ingenio en las cosas del amor, todavía la hacían más bella y apetecible!

¡Con qué impaciencia miraba entonces el sol, con tan poca prisa esa tarde en bajar hacia los montes! Sin reposo, en su cuarto, con las celosías cerradas para concentrar mejor su felicidad, todo apuntaba amorosamente a la triunfal jornada: las finas ropas, los finos encajes, un jubón de velludo negro y las esencias perfumadas. Dos veces bajó a la caballeriza a comprobar si su caballo estaba bien herrado y bien holgado. Sobre el pavimento, doblegó y volvió a doblregar, para comprobarla, la hoja de la espada que llevaría a la cintura... Pero su mayor cuidado era el camino para Cabril, a pesar de conocerlo bien, y la aldea apiñada en torno al monasterio franciscano, y el viejo puente romano con su Calvario, y la vereda honda que llevaba a la heredad del señor de Lara. Todavía ese invierno había pasado por allí, yendo a montar con dos amigos de Astorga, y había divisado la torre de los Lara, pensando: «¡He ahí la torre de mi ingrata!». ¡Cómo se equivocaba! Las noches ahora eran de luna, y él saldría de Segovia calladamente, por la puerta de San Mauro. Un galope corto lo pondría en el cerro de los Ahorcados... Bien lo conocía también, ese sitio de tristeza y pavor, con sus cuatro pilares de piedra, en donde se ahorcaba

a los criminales, y donde quedaban, balanceándose al viento, reseco al sol, hasta que las cuerdas se pudriesen y las osamentas cayesen, blancas y limpias de la carne por el pico de los cuervos. Por detrás del cerro estaba la laguna de las Dueñas. La última vez que por allí anduvo, fue el día del apóstol san Matías, cuando el corregidor y las cofradías de caridad y paz, en procesión, iban a dar sepultura a las osamentas caídas en el suelo negro, descarnadas por las aves. De ahí el camino, después, seguía liso para Cabril.

Así don Ruy meditaba su jornada venturosa, mientras la tarde iba cayendo. Después, cuando oscureció, y alrededor de las torres de la iglesia empezaron a revolotear los murciélagos, y en las esquinas del atrio se encendieron los nichos de las almas, el valiente joven sintió un miedo extraño, el miedo de aquella felicidad que se acercaba y que le parecía sobrenatural. ¿Era, pues, cierto, que esa mujer de divina hermosura, famosa en Castilla, y más inaccesible que un astro, sería suya, toda suya, en el silencio y seguridad de la alcoba, dentro de breves instantes, cuando todavía no se hubiesen apagado ante los retablos de las almas aquellos fuegos devotos? ¿Y qué había hecho para lograr tanto bien? Había pisado las losas del atrio, había esperado en el portal de la iglesia, buscando con los ojos otros dos ojos, que no se elevaban, indiferentes o desatentos. Entonces, sin dolor, había abandonado su esperanza... Y he aquí que de repente aquellos ojos distraídos lo buscan, y aquellos brazos cerrados se le abren, largos y desnudos, y con el cuerpo y con el alma aquella mujer le grita: «¡Oh mal avisado, que no me has entendido! ¡Ven! ¡Quien te desanimó ya te pertenece!». ¿Habría jamás igual ventura? ¡Tan alta, tan rara, que seguramente detrás de ella, si no yerra la ley humana, ya debía caminar la desventura! ¡Ya de verdad caminaba, pues cuánta desventura al saber que después de tal ventura, cuando de madrugada, saliendo de los divinos brazos, él se recogiese en Segovia, su Leonor, el bien sublime de su vida, tan inesperadamente adquirido por un instante, recaería enseguida bajo el poder de otro amo!

¡Qué importaba! ¡Viniesen después dolores y celos! ¡Aquella noche era espléndidamente suya, el mundo todo una apariencia vana, y la única realidad ese cuarto de Cabril, mal alumbrado, en donde ella lo esperaría, con la cabellera suelta! Con ansiedad bajó la escalera, se lanzó sobre su caballo. Después, por prudencia, atravesó el atrio muy lentamente, con el sombrero bien levantado del rostro, como en un paseo natural, buscando fuera de los muros el frescor de la noche. Ningún encuentro lo inquietó hasta la puerta de San Mauro. Allí, un mendigo, agachado en la oscuridad de un arco, y que tocaba monótonamente su zampoña, pidió, en un lamento, a la Virgen y a todos los santos, que llevasen a aquel gentil caballero en su dulce y santa guarda. Don Ruy se había parado para darle una limosna, cuando se acordó de que esa tarde no había ido a la iglesia, a la hora de vísperas, a rezar y a pedir la bendición de su divinal madrina. Con un salto, se bajó enseguida del caballo; porque justamente, junto al viejo arco, centelleaba una lámpara alumbrando el retablo. Era una imagen de la Virgen con el pecho traspasado por siete espadas. Don Ruy se arrodilló, posó el sombrero en las losas y, con las manos levantadas, muy celosamente, rezó una salve. La claridad amarilla de la luz envolvía el rostro de Nuestra Señora, que, sin sentir el dolor de los siete hierros, o como si le diesen sólo inefables gozos, sonreía con los labios muy encarnados. Mientras él rezaba, en el convento de Santo Domingo, al lado, la campanilla empezó a tocar a agonía. De la sombra negra del arco, cesando la zampoña, el mendigo murmuró: «¡Un fraile se está muriendo!». Don Ruy rezó un avemaría por el fraile que moría. La Virgen de las siete espadas sonreía dulcemente: ¡el toque de agonía no era, pues, de mal presagio! Don Ruy cabalgó alegremente y partió.

Más allá de la puerta de San Mauro, después de algunas casuchas de alfareros, el camino seguía, alargado y negro, entre altas pitas. Por detrás de las colinas, al fondo de la planicie oscura, subía el primer resplandor, amarillo y lánguido, de la luna llena, aún escondida. Y don Ruy marchaba a paso, con recelo de llegar a Cabril muy temprano, antes de que las amas y mozos acabasen la velada y el rosario. ¿Por qué le marcaba doña Leonor la hora en aquella carta tan clara y tan pensada?... Entonces su imaginación se adelantaba, rompía por el jardín de Cabril, trepaba aladamente la escalera prometida, y él se quedaba también atrás, en una carrera anhelante, que arrancaba las piedras del camino mal junto. Después sofrenaba el caballo jadeante. ¡Era temprano, era temprano! Y retomaba el paso penoso, sintiendo el corazón contra el pecho, como ave presa que se golpea contra las rejas.

Así llegó al cruce, en donde el camino se dividía en dos, más juntos que las puntas de una horquilla, ambas cortando a través del pinar. Descubierta ante la imagen crucificada, don Ruy tuvo un instante de angustia, pues no recordaba cuál de ellas llevaba al cerro de los Ahorcados. Ya se había metido entre las breñas de la más cerrada, cuando, entre los pinos callados, una luz surgió, danzando en lo oscuro. Era una vieja en harapos, con las largas melenas sueltas, doblada sobre un bordón y llevando una candela.

—¿Para dónde va este camino? —gritó don Ruy.

La vieja balanceó más alto la candela, para mirar al caballero.

—Para Jarama.

Y luz y vieja inmediatamente se sumieron, hundidas en la sombra, como si allí hubiesen surgido solamente para avisar al caballero de su camino equivocado... Ya él había dado la vuelta arrebatadamente; y, rodeando el Calvario, galopó por el otro camino más ancho, hasta divisar, bajo la claridad del cielo, los pilares negros, los maderos negros del cerro de los Ahorcados. Entonces se quedó perplejo, rígido en los estribos. En un collado alto, seco, sin hierba o brezo, unidos por un muro bajo, todo agrietado, allí se erguían, negros, enormes, bajo la palidez de la luna, los cuatro pilares de granito semejantes a los cuatro ángulos de una casa deshecha. Sobre los pilares se posaban cuatro gruesas vigas. De las vigas pendían cuatro ahorcados negros y rígidos, en el aire parado y mudo. Todo en su derredor era muerto como ellos.

Gordas aves de rapiña dormían elevadas sobre los maderos. Más allá rebrillaba lívidamente el agua muerta de la laguna de las Dueñas. Y, en el cielo, la luna iba grande y llena.

Don Ruy murmuró el padrenuestro debido por todo cristiano a aquellas almas culpadas. Después incitó al caballo, y pasaba, cuando, en el inmenso silencio y en la inmensa soledad, se levantó, resonó una voz, una voz que lo llamaba, suplicante y lenta:

—¡Caballero, deteneos, venid aquí!...

Don Ruy cogió bruscamente las riendas y, erguido sobre los estribos, lanzó sus ojos espantados por todo el siniestro yermo. Sólo divisó el cerro áspero, el agua rebrillante y muda, los maderos, los muertos. Pensó que había sido ilusión de la noche u osadía de algún demonio errante. Y, serenamente, acicateó el caballo, sin sobresalto o prisa, como en una calle de Segovia. Pero, por detrás, la voz volvió, lo llamó con más urgencia, ansiosa, casi afligida:

—¡Caballero, esperad, no os vayáis, volved, acercaos aquí!...

De nuevo don Ruy se paró y, vuelto sobre la montura, encaró audazmente los cuatro cuerpos colgados de las vigas. ¡Del lado de ellos sonaba la voz, que, siendo humana, sólo podía salir de forma humana! Uno de esos ahorcados, pues, lo había llamado, con tanta prisa y ansia.

¿Quedaría en alguno, por maravillosa merced de Dios, aliento y vida? ¿O sería que, por mayor maravilla, uno de esos esqueletos medio podridos lo detenía para transmitirle avisos de ultratumba?... Pero que la voz rompiese de un pecho vivo o de un pecho muerto, gran cobardía sería huir, despavorida, sin atenderla y servirla.

Lanzó de inmediato para dentro del cerro al caballo, que temblaba; y, parando, derecho y tranquilo, con su mano en la ijada, después de mirar, uno por uno, los cuatro cuerpos suspensos, gritó:

—¿Cuál de vosotros, hombres ahorcados, osó llamar a don Ruy de Cárdenas?

Entonces, aquel que estaba de espaldas a la luna llena respondió, desde lo alto de la cuerda, muy quieta y naturalmente, como un hombre que charla desde su ventana hacia la calle:

—Señor, he sido yo.

Don Ruy hizo avanzar al caballo delante de él. No le distinguía el rostro, enterrado en el pecho, escondido por las largas y negras melenas colgantes. Sólo comprobó que tenía las manos sueltas y desamarradas, y también sueltos los pies desnudos, ya resecos y del color del betún.

—¿Qué me quieres?

El ahorcado, suspirando, murmuró:

—Señor, hacedme la gran merced de cortar esta cuerda de la que estoy colgado.

Don Ruy arrancó la espada, y de un golpe certero cortó la cuerda medio podrida. Con un siniestro son de huesos entrechocados el cuerpo cayó al suelo, en donde yació un momento, estirado. Pero inmediatamente se enderezó sobre los pies mal seguros y aún durmientes, y se levantó hacia don Ruy con un rostro muerto, que era una calavera con la piel muy pegada, y más amarilla que la luna que en ella rielaba. Los ojos no tenían movimiento ni brillo. Ambos labios se le abrían en una sonrisa empedernida. Entre los dientes, muy blancos, surgía una punta de lengua muy negra.

Don Ruy no mostró terror, ni asco. Y envainando serenamente la espada:

—¿Tú estás muerto o vivo? —preguntó.

El hombre encogió los hombros con lentitud.

—Señor, no lo sé... ¿Quién sabe lo que es la vida? ¿Quién sabe lo que es la muerte?

—¿Pero qué quieres de mí?

El ahorcado, con los largos dedos descarnados, aflojó el nudo de la cuerda que todavía le rodeaba el cuello y declaró muy serena y firmemente:

—Señor, yo tengo que ir con vos a Cabril, adonde vos vais.

El caballero se estremeció con tan fuerte asombro, tirando de las riendas, que su buen caballo se empinó como asombrado también.

—¿Conmigo a Cabril?

El hombre curvó la columna, a la que se le veían todos los huesos, más agudos que los dientes de una sierra, a través de un gran rasgón de la camisa de estameña.

—Señor —suplicó—, no me lo neguéis. ¡Que yo tengo que recibir gran salario si os hiciera un gran servicio!

Entonces don Ruy pensó de repente que bien podía ser aquel un ardid formidable del demonio. Y clavando los ojos muy brillantes en el rostro muerto que ante él se levantaba, ansioso, a la espera de su consentimiento, hizo una lenta y larga señal de la cruz.

El ahorcado dobló las rodillas con asustada reverencia:

—Señor, ¿para qué me probáis con esta señal? Sólo por ella alcanzamos remisión, y yo sólo de ella espero misericordia.

Entonces don Ruy pensó que, si ese hombre no estaba enviado por el demonio, bien podría ser enviado por Dios. E inmediata y devotamente, con un gesto sumiso en el que todo lo entregaba al Cielo, consintió, aceptó al pavoroso compañero:

—¡Ven conmigo, pues, a Cabril, si Dios te manda! Pero yo nada te pregunto y tú nada me preguntes.

Bajó de inmediato el caballo al camino, todo alumbrado por la luna. El ahorcado seguía a su lado, con pasos tan ligeros que, incluso cuando don Ruy galopaba, se conservaba junto al estribo, como llevado por un viento mudo. A veces, para respirar más libremente, estiraba el nudo de la cuerda que le enroscaba el cuello. Y, cuando pasaban entre setos en donde vagaba el aroma de las flores silvestres, el hombre murmuraba con infinito alivio y delicia:

—¡Qué bueno es correr!

Don Ruy iba asombrado, con tormentosos cuidados. Bien comprendía ahora que aquel era un cadáver reanimado por Dios, para un extraño y encubierto servicio. ¿Pero para qué le daba Dios tan horroroso compañero? ¿Para protegerlo? ¿Para impedir que doña Leonor, amada del Cielo por su piedad, cayese en culpa mortal? ¿Y, para tan divina incumbencia de tan alta merced, ya no tenía el Señor ángeles en el Cielo, que necesitaba emplear a un condenado?... ¡Ah! ¡Cómo volvería alegremente las riendas para Segovia, si no fuera la galante lealtad de caballero, el orgullo de nunca retroceder, y la sumisión a las órdenes de Dios, que sentía que pesaban sobre él!...

De un alto del camino, de repente, divisaron Cabril, las torres del convento franciscano apuntando a la luna, el caserío adormecido entre las huertas. Muy silenciosamente, sin que un perro ladrara detrás de las cancelas o encima de los muros, bajaron el viejo puente romano. Ante el Calvario, el ahorcado cayó de rodillas en las losas, levantó los lívidos huesos de las manos, quedó largamente rezando, entre largos suspiros. Después, al entrar en el sendero, bebió mucho tiempo, y con gran consuelo, de una fuente que corría y cantaba bajo la frondosidad de un sauce. Como el sendero era muy estrecho, él caminaba delante del caballero, completamente curvado, los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho, sin un rumor.

La luna estaba alta en el cielo. Don Ruy consideraba con amargura aquel disco, lleno y brillante, que esparcía tanta claridad, y tan indiscreta, sobre su secreto. ¡Ah! ¡Cómo se estropeaba la noche divina! Una enorme luna surgía entre los montes para iluminarlo todo. Un ahorcado bajaba de la horca para seguirlo y saberlo todo. Dios así lo había ordenado. ¡Pero qué tristeza llegar a la dulce puerta, dulcemente prometida, con tal intruso al lado, bajo aquel cielo tan claro!

Bruscamente, el ahorcado se paró, levantando el brazo, del que la manga pendía en harapos. Era el fin del sendero que desembocaba en un camino más ancho y más pisado, y ante ellos se levantaba el largo muro de la finca del señor de Lara, teniendo allí un mirador, con barandillas de piedra, y todo cubierto de hiedras.

—Señor —murmuró el ahorcado, sujetando con respeto el estribo de don Ruy—, pocos pasos después de este mirador está la puerta por la que debéis entrar al jardín. Conviene que dejéis aquí el caballo, amarrado a un árbol, si lo consideraréis seguro y fiel. ¡Que en la empresa en que vamos ya es demasiado el rumor de nuestros pies!...

Silenciosamente, don Ruy se apeó, y prendió el caballo, que sabía fiel y seguro, al tronco de un álamo seco.

Y tan sumiso se había vuelto a aquel compañero impuesto por Dios, que sin más reparo fue siguiendo junto al muro en el que se reflejaba la luz de la luna.

Con vagarosa cautela, y en la punta de los pies desnudos, avanzaba ahora el ahorcado, vigilando el alto muro, sondeando la negrura del seto, parándose a escuchar rumores que sólo para él eran perceptibles, porque nunca don Ruy había conocido una noche más hondamente adormecida y muda.

Y tal susto, en quien debía ser indiferente a peligros humanos, fue llenando también lentamente al valeroso caballero de tan viva desconfianza, que sacaba el puñal de la vaina, enrollaba la capa en el brazo, y marchaba en defensa, con la mirada chispeante, como en un camino de emboscada y pendencia. Así llegaron a una puerta baja, que el ahorcado empujó, y que se abrió sin gemir los goznes. Entraron en una senda ladeada de espesos tejos hasta un estanque lleno de agua, en donde flotaban hojas de nenúfares, y que toscos bancos de piedra circundaban, cubiertos por las ramas de arbustos en flor.

—¡Por allí! —murmuró el ahorcado, extendiendo el brazo desecado.

Era, más allá del estanque, una avenida que densos y viejos árboles abovedaban y oscurecían. Por ella se metieron, como sombras en la sombra, el ahorcado delante, don Ruy siguiendo muy sutilmente, sin rozar una rama, apenas pisando la arena. Un leve hilo de agua susurraba entre el césped. Por los troncos subían rosas trepadoras, que olían dulcemente. El corazón de don Ruy volvió a latir en una esperanza de amor.

—¡Chist! —hizo el ahorcado.

Y don Ruy casi tropezó con el siniestro hombre, que se había parado, con los brazos abiertos como las vigas de una cancela. Ante ellos cuatro peldaños de piedra subían a una terraza, donde la claridad era amplia y libre. Agachados, treparon por los peldaños, y al fondo del jardín sin árboles, todo él con macizos de flores bien perfiladas, y orladas de murta recortada, divisaron un lado de la casa en el que daba la luna llena. En medio, entre las ventanas con alféizar cerradas, un balcón de piedra, con albahaca en las esquinas, conservaba las vidrieras abiertas, ampliamente. El cuarto, dentro, apagado, era como un agujero de tinieblas en la claridad de la fachada bañada por la luz de la luna. Y, arrimada contra el balcón, estaba una escalera con peldaños de cuerda.

Entonces el ahorcado empujó a don Ruy vivamente desde los peldaños hacia la oscuridad de la avenida. Y allí, con un gesto urgente, dominando al caballero, exclamó:

—¡Señor! ¡Conviene ahora que me deis vuestro sombrero y la capa! Vos os quedáis aquí en la oscuridad de estos árboles. Yo voy a trepar aquella escalera y espiar aquel cuarto... Si fuere como deseáis, aquí volveré, y con Dios sed feliz...

Don Ruy retrocedió con horror de que tal criatura subiese a tal ventana.

Y de forma obstinada, gritó sordamente:

—¡No, por Dios!

Pero la mano del ahorcado, lívida en la oscuridad, bruscamente le arrancó el sombrero de la cabeza, le quitó la capa del brazo. Y ya se cubría, ya se embozaba, murmurando ahora, en una súplica ansiosa:

—¡No me lo neguéis, señor, que si os hiciere gran servicio, ganaré gran merced!

Y escaló los peldaños: estaba en la alumbrada y ancha terraza. Don Ruy subió, atontado, y espío. Y, ¡oh maravilla! Era él, don Ruy, todo él en la figura y en las maneras, aquel hombre que, entre los macizos y el mirto recortado, avanzaba, airoso y leve, con la mano en la cintura, el rostro erguido risueñamente hacia la ventana, y la larga pluma escarlata del sombrero balanceándose de triunfo. El hombre avanzaba bajo la espléndida luz de la luna. El cuarto amoroso allí estaba esperando, abierto y negro. Y don Ruy miraba, con ojos que chispeaban, temblando de pasmo y cólera. ¡El hombre había llegado a la escalera: abrió la capa, asentó el pie en el peldaño de cuerda! «¡Oh! ¡Ya sube el maldito!»,

rugió don Ruy. El ahorcado subía. Ya la alta figura, que era la suya, de don Ruy, estaba en medio de la escalera, toda negra contra la pared blanca. ¡Paró!... ¡No!, no había parado: subía, llegaba, ya sobre el borde del balcón había posado la rodilla cautelosa. Don Ruy miraba, desesperadamente, con los ojos, con el alma, con todo su ser... Y he aquí que, de repente, del cuarto negro surge un negro bulto, una furiosa voz brama: «¡Villano, villano!», ¡y una lámina de daga chispea, y cae, y otra vez se levanta, y rebrilla, y baja, y aún refulge, y aún se embebe!... Como un fardo, desde lo alto de la escalera, pesadamente, el ahorcado cae sobre la tierra blanda. Vidrios, puertas del balcón, inmediatamente se cierran, con fragor. Y no hubo sino el silencio, la serenidad blanda, la luna muy alta y redonda en el cielo de verano.

En un instante, don Ruy había comprendido la traición, había arrancado la espada, retrocediendo hacia la oscuridad de la avenida, cuando, ¡oh maravilla! corriendo a través de la terraza, aparece el ahorcado, que le agarra la manga y le grita:

—¡A caballo, señor, y partid de inmediato, que el encuentro no era de amor sino de muerte!...

Ambos bajan arrebatadamente la avenida, rodean el estanque bajo el refugio de los arbustos en flor, se meten por la calle estrecha orlada de tejos, traspasan la puerta, y un momento paran, jadeantes, en el camino, en donde la luna, más refulgente, más llena, hacía como un puro día.

¡Y entonces, sólo entonces, don Ruy descubrió que el ahorcado conservaba clavada en el pecho, hasta los gavilanes, la daga, cuya punta le salía por la espalda, brillante y limpia! ¡Con esa desesperación corrió entonces por el camino sin fin! En carrera tan violenta el ahorcado ni oscilaba, rígido sobre la grupa, como un bronce en un pedestal. Y a cada momento don Ruy sentía un frío más helador, que le helaba los hombros, como si llevase sobre ellos un saco lleno de hielo. Al pasar el cruce murmuró: «¡Señor, valedme!». Más allá del cruce, de repente, se estremeció con el quimérico miedo de que tan fúnebre compañero, para siempre, se quedase acompañándolo, y se hiciese su destino galopar a través del mundo, en una noche eterna, llevando un muerto a la grupa... Y no se contuvo, gritó hacia atrás, en el viento de la carrera que los espoleaba:

—¿Para dónde queréis que os lleve?

El ahorcado, acercando tanto el cuerpo a don Ruy que lo lastimó con los gavilanes de la espada, secreteó:

—¡Señor, conviene que me dejéis en el cerro!

Dulce e infinito alivio para el buen caballero, pues el cerro estaba cerca, y ya le veía, en la claridad desmayada, los pilares y las tinieblas negras... Pronto paró el caballo, que temblaba, blanqueado de espuma.

Enseguida el ahorcado, sin rumor, resbaló de la grupa, sujetó, como buen criado, el estribo de don Ruy. Y con la calavera erguida, la lengua negra más salida entre los dientes blancos, murmuró en respetuosa súplica:

—Señor, hacedme ahora la gran merced de colgarme otra vez de mi viga.

Don Ruy se estremeció de horror:

—¡Por Dios! ¿Que os ahorque, yo?...

El hombre suspiró, abriendo los brazos largos:

—¡Señor, por voluntad de Dios es, y por voluntad de aquélla que es más querida a Dios!

Entonces, resignado, sumiso a los mandatos de lo Alto, don Ruy se apeó, y comenzó a seguir al hombre, que subía para el cerro pensativamente, doblando el torso, de

donde salía, clavada y brillante, la punta de la daga. Se paran ambos bajo la viga vacía. De las otras vigas pendían los otros esqueletos. El silencio era más triste y hondo que los otros silencios de la tierra. El agua de la laguna se había ennegrecido. La luna bajaba y desfallecía.

Don Ruy consideró la viga en la que quedaba, corto en el aire, el pedazo de cuerda que él había cortado con la espada.

—¿Cómo queréis que os cuelgue? —exclamó—. A aquel pedazo de cuerda no puedo llegar con la mano: ni yo sólo basto para izaros.

—Señor —respondió el hombre—, ahí en un rincón debe haber un gran rollo de cuerda. Una punta me la ataréis a este nudo que traigo en el cuello; la otra punta la echaréis por encima de la viga, y tirando después, fuerte como sois, bien me podéis ahorcar de nuevo.

Ambos curvados, con pasos lentos, buscaron el rollo de cuerda. Y lo encontró el ahorcado, lo desenrolló... Entonces don Ruy se sacó los guantes. Y enseñado por él (que tan bien lo había aprendido del verdugo) ató una punta de la cuerda al lazo que el hombre conservaba en el cuello, y lanzó fuertemente la otra punta, que ondeó en el aire, pasó sobre la viga, quedó colgada a ras del suelo. Y el fuerte caballero, juntando los pies, estirando los brazos, tiró, izó al hombre, hasta que se quedó suspenso, negro en el aire, como un ahorcado natural entre los otros ahorcados.

—¿Estáis bien así?

Lenta y sumida, vino la voz del muerto:

—Señor, estoy como debo.

Entonces don Ruy, para fijarlo, enrolló la cuerda con vueltas gruesas en el pilar de piedra. Y quitando el sombrero, limpiando con el dorso de la mano el sudor que lo encharcaba, contempló a su siniestro y milagroso compañero. Estaba ya rígido como antes, con el rostro pendido bajo las melenas caídas, los pies inflexibles, todo desgastado y carcomido como un viejo esqueleto. En el pecho conservaba la daga clavada. Por encima, dos cuervos dormían quietos.

—¿Y ahora qué más queréis? —preguntó don Ruy empezando a ponerse los guantes.

Débilmente, desde lo alto, el ahorcado murmuró:

—¡Señor, mucho os ruego ahora que, al llegar a Segovia, se lo contéis todo fielmente a Nuestra Señora del Pilar, vuestra madrina, que de ella espero gran merced para mi alma, por este servicio que, por mandato suyo, hizo mi cuerpo!

Entonces, don Ruy de Cárdenas lo comprendió todo, y, arrodillándose devotamente sobre el suelo de dolor y de muerte, rezó una larga oración por aquel buen ahorcado.

Después galopó hacia Segovia. La mañana clareaba, cuando él traspasó la puerta de San Mauro. En el aire fino las campanas tocaban a maitines. Y entrando en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, todavía con el desaliño de su terrible jornada, don Ruy, de rastros ante el altar, narró a su divinal madrina la ruin intención que lo había llevado a Cabril, el socorro que del Cielo había recibido, y, con calientes lágrimas de arrepentimiento y gratitud, le juró que nunca más pondría su deseo en donde hubiese pecado, ni en su corazón daría entrada a pensamiento que viniese del mundo y del mal.

IV

A esa hora, en Cabril, don Alonso de Lara, con los ojos desencajados de pasmo y terror, escudriñaba todos los senderos, y rincones y sombras de su jardín.

Cuando al alborar, después de escuchar a la puerta de la cámara en donde esa noche había encerrado a doña Leonor, había bajado sutilmente al jardín y no había encontrado, debajo del balcón, junto a la escalera, como deliciosamente esperaba, el cuerpo de don Ruy de Cárdenas, tuvo por cierto que el hombre odioso, al caer, aún con un resto débil de vida, se había arrastrado sangrando y doblándose, en el intento de alcanzar el caballo y salir rápidamente de Cabril... Pero, con aquella rígida daga que tres veces le había enterrado en el pecho, y que en el pecho le había dejado, no se arrastraría el villano por muchos eriales, y en algún rincón debía yacer frío y tieso. Rebuscó entonces en cada camino, en cada sombra, en cada macizo de arbustos. Y ¡oh maravilla! ¡No descubría el cuerpo, ni pisadas, ni tierra que hubiese sido removida, ni siquiera rastro de sangre sobre la tierra! ¡Y, además, con mano hambrienta y certera, tres veces le había asestado la daga en el pecho, y en el pecho se la había dejado!

¡Y era don Ruy de Cárdenas el hombre al que había matado, que muy bien lo había conocido enseguida, desde el fondo del apagado cuarto desde donde acechaba, cuando él, a la luz de la luna, vino a través de la terraza, confiado, presuroso, con la mano en la cintura, el rostro risueñamente erguido y la pluma del sombrero meneándose en triunfo! ¿Cómo podría ocurrir una cosa tan rara: un cuerpo mortal sobreviviendo a un hierro que tres veces le traspasa el corazón y en el corazón le queda clavado? ¡Y la mayor extrañeza era que ni en el suelo, debajo del balcón, en donde florecía a lo largo del muro una tira de alhelíes y azucenas, había dejado un vestigio aquel cuerpo fuerte, cayendo desde tan alto, pesadamente, inerte, como un fardo! ¡Ni siquiera una flor machacada: todas derechas, exuberantes, con gotas leves de llovizna! Inmóvil de espanto, casi de terror, don Alonso de Lara allí se paraba, considerando el balcón, midiendo la altura de la escalera, mirando desorbitadamente los alhelíes rectos, frescos, sin un tallo u hoja doblados. Después empezaba a correr locamente por la terraza, la avenida, la senda de los tejos, con la esperanza todavía de una pisada, de una rama partida, de una mancha de sangre en la arena fina.

¡Nada! Todo el jardín ofrecía un inusual arreglo y limpieza nueva, como si sobre él nunca hubiese pasado ni el viento que deshoja, ni el sol que marchita.

Entonces, al atardecer, devorado por la incertidumbre y el misterio, tomó un caballo y, sin escudero o caballero, partió hacia Segovia. Curvado y escondidamente, como un forajido, entró en su palacio por la puerta del pomar: y su primer cuidado fue correr a la galería de la bóveda, desatranca los postigos de las ventanas y espiar ávidamente la casa de don Ruy de Cárdenas. Todas las celosías de la vieja morada del arcediano estaban oscuras, abiertas, respirando el frescor de la noche, y a la puerta, sentado en un banco de piedra, un mozo de caballeriza afinaba perezosamente la bandurria.

Don Alonso de Lara bajó a su cámara, lívido, pensando que no había habido ciertamente desgracia en casa en donde todas las ventanas se abren para refrescar, y en el portón de la calle los mozos huelgan. Entonces tocó las palmas, pidió furiosamente la cena. Y, apenas se había sentado a la mesa, en su alta sede de cuero labrado, mandó llamar al intendente, a quien ofreció enseguida, con extraña familiaridad, un vaso de vino viejo.

Mientras el hombre, de pie, bebía respetuosamente, don Alonso, metiendo los dedos por las barbas y forzando su sombrío rostro a sonreír, preguntaba por las nuevas y rumores de Segovia. En esos días de su estancia en Cabril, ¿ningún caso había creado por la ciudad espanto y admiración?... El intendente limpió los labios, para afirmar que nada había ocurrido en Segovia de lo que anduviese murmuración, a no ser que la hija del señor don Gutiérrez, tan joven y tan rica heredera, había tomado hábito en el convento de las Carmelitas Descalzas. Don Alonso insistía, mirando con ansiedad al intendente. ¿Y no se había organizado una gran pendencia?... ¿No se había encontrado herido, en el camino de Cabril, a un caballero joven, muy hablado?... El intendente encogía los hombros: nada había oído, por la ciudad, de pendencias o de caballeros heridos. Con un gesto desabrido, don Alonso despidió al intendente.

Apenas había cenado, parcamente, enseguida volvió a la galería a acechar las ventanas de don Ruy. Estaban ahora cerradas; en la última, la de la esquina, cintilaba una claridad. Toda la noche, don Alonso veló, rumiando incansablemente el mismo espanto. ¿Cómo había podido escapar aquel hombre con una daga atravesada en el corazón? ¿Cómo había podido?... Al lucir de la mañana, tomó una capa, un ancho sombrero, bajó al atrio, todo embozado y encubierto, y quedó rondando por delante de la casa de don Ruy. Las campanas tocaban a maitines. Los mercaderes, con los jubones mal abotonados, salían a levantar los postigos de las tiendas, a colgar las tablillas. Ya los hortelanos, picando los burros cargados de espuelas, lanzaban los pregones de hortaliza fresca, y frailes descalzos, con la talega a los hombros, pedían limosna, bendecían a las mozas.

Beatas embozadas, con gruesos rosarios negros, se dirigían golosamente a la iglesia. Después, el pregonero de la ciudad, parándose en un rincón del atrio, tocó una bocina, y con una voz tremenda comenzó a leer un edicto.

El señor de Lara se había parado junto a la fuente, pasmado, como embebido en el cantar de los tres caños de agua. De repente pensó que aquel edicto, leído por el pregonero de la ciudad, se refería quizás a don Ruy, a su desaparición... Corrió a la esquina del atrio, pero ya el hombre había enrollado el papel, y se alejaba majestuosamente, golpeando en las losas con su vara blanca. Y, cuando se volvía para espiar de nuevo la casa, he aquí que sus ojos atónitos encuentran a don Ruy, ¡el don Ruy que él había matado, y que venía caminando hacia la iglesia de Nuestra Señora, ligero, airoso, el rostro risueño y erguido en el fresco aire de la mañana, con jubón claro, con plumas claras, con una de sus manos posando en la cintura, la otra meneando distraídamente un bastón de borlas y torzal de oro!

Don Alonso se retiró entonces a su casa con pasos arrastrados y envejecidos. En lo alto de la escalinata de piedra, encontró a su viejo capellán, que lo había venido a saludar, y que, entrando con él en la antecámara, después de pedirle, con reverencia, noticias de la señora doña Leonor, le contó enseguida un prodigioso caso, que causaba por la ciudad grave murmuración y espanto. La víspera, por la tarde, yendo el corregidor a visitar el cerro de las horcas, pues se acercaba la fiesta de los Santos Apóstoles, había descubierto, con mucho pasmo y mucho escándalo, ¡que uno de los ahorcados tenía una daga clavada en el pecho! ¿Habría sido gracejo de un pícaro siniestro? ¿Venganza que ni la muerte había saciado?... Y para mayor prodigio todavía, el cuerpo había sido descolgado de la horca, arrastrado en huerta o jardín (pues presas a los viejos harapos se encontraban hojas tiernas) ¡y después nuevamente ahorcado y con cuerda nueva!... ¡Y así iba la turbulencia de los tiempos que ni a los muertos se les ahorran ultrajes!

Don Alonso escuchaba con las manos temblando, los pelos de punta. E inmediatamente, en una ansiosa agitación, vociferando, tropezando contra las puertas, quiso

partir, y con sus ojos constatar la fúnebre profanación. En dos mulas enjaezadas con prisa, ambos partieron rápidamente para el cerro de los Ahorcados, él y el capellán arrastrado y aturdido. Numeroso pueblo de Segovia se había juntado allí en el cerro, pasmado ante el maravilloso horror: ¡el muerto al que habían matado!... Todos se arremolinaban ante el noble señor de Lara, que se lanzaba por el cerro arriba; paró la mirada, desencajado y lívido, en el ahorcado y en la daga que le atravesaba el pecho. Era su daga: ¡había sido él el que había matado al muerto!

Galopó despavoridamente hacia Cabril. Y allí se encerró con su secreto, empezando enseguida a palidecer, a extenuarse, siempre apartado de la señora doña Leonor, escondido por las calles sombrías del jardín, murmurando palabras al viento, hasta que en la madrugada de San Juan, una sierva lo encontró muerto, debajo del balcón de piedra, todo estirado en el suelo, con los dedos clavados en los macizos de alhelíes, en donde parecía haber escarbado hondamente la tierra, y buscado...

V

Para huir de tan lamentables memorias, la señora doña Leonor, heredera de todos los bienes de la Casa de Lara, se recogió en su palacio de Segovia. Pero como ahora sabía que el señor don Ruy de Cárdenas había escapado milagrosamente a la emboscada de Cabril, y como cada mañana, espiando entre las celosías medio cerradas, lo seguía, con ojos que no se cansaban y se humedecían, cuando él cruzaba el atrio para entrar en la iglesia, no quiso ella, con recelo de las prisas e impaciencias de su corazón, visitar a la Virgen del Pilar mientras durase su luto. Después, una mañana de domingo, cuando, en vez de crespones negros, se pudo cubrir de sedas moradas, bajó la escalinata de su palacio, pálida con una emoción nueva y divina, pisó las losas del atrio y traspasó las puertas de la iglesia. Don Ruy de Cárdenas estaba arrodillado delante del altar en donde había dejado su ramo votivo de claveles amarillos y blancos. Al rumor de las sedas finas, levantó los ojos con esperanza muy pura y toda llena de gracia celeste, como si un ángel lo llamase. Doña Leonor se arrodilló, con el pecho jadeante, tan pálida y tan feliz que la cera de las antorchas no era más pálida, ni más felices las golondrinas que golpeaban sus alas libres por las ojivas de la vieja iglesia.

Ante ese altar, y de rodillas en esas losas, fueron casados por el obispo de Segovia, don Martín, en el otoño del año de gracia de 1475, siendo ya reyes de Castilla Isabel y Fernando, muy fuertes y muy católicos, por quienes Dios produjo grandes hechos sobre la tierra y sobre el mar.

Adán y Eva en el Paraíso

I

Adán, padre de los hombres, fue creado el día 28 de octubre, a las dos de la tarde...

Así lo afirma, con majestad, en sus *Annales Veteris et Novi Testamenti*, el muy docto y muy ilustre Usserius, obispo de Meath, arzobispo de Armagh y canciller mayor de la catedral de San Patricio.

La tierra existía desde que la luz se hiciera, el 23, en la mañana de todas las mañanas. Pero ya no era esa tierra primordial, parda y mole, encharcada en aguas embarradas, asfixiada en una niebla densa, irguiendo, aquí y allí, rígidos troncos de una sola hoja y de un solo brote, muy solitaria, muy silenciosa, con una vida toda escondida, apenas sordamente revelada por el removerse de bichos oscuros, gelatinosos, sin color y casi sin forma, creciendo en el fondo de los lodos. ¡No! Ahora, durante los días genesíacos del 26 y 27, toda ella se había completado, se había abastecido y se había adornado, para acoger condignamente al Predestinado que llegaba. El día 28 apareció ya perfecta, *perfecta*, con las provisiones y alhajas que la Biblia enumera, las hierbas verdes con espiga madura, los árboles pródigos del fruto entre la flor, todos los peces nadando en los mares resplandecientes, todas las aves volando por los aires aclarados, todos los animales pastando sobre las colinas exuberantes, y los regatos regando, y el fuego almacenado en el seno de la piedra, y el cristal, y el ónice, y el oro incomparable del país de Hevilat...

En aquellos tiempos, amigos míos, el sol todavía giraba alrededor de la tierra. Ella era joven y hermosa y preferida de Dios. Él todavía no se había sometido a la inmovilidad augusta que le impuso más tarde, entre enojados suspiros de la Iglesia, el maestro Galileo, apuntando un dedo desde el fondo de su pomar, próximo a los muros del convento de San Mateo de Florencia. Y el sol, amorosamente, corría en derredor de la tierra, como el novio de los *Cantares*, que, en los lascivos días de la ilusión, sobre el collado de la mirra, sin descanso y saltando más levemente que los ciervos de Galaad, circundaba a la bienamada, la cubría con el fulgor de sus ojos, coronado de sal gema, chispeando de fecunda impaciencia. Pues desde esa alborada del día 28, según el cálculo mayestático de Usserius, el sol, muy joven, sin pecas, sin arrugas, sin fallos en su flamante cabellera, había envuelto a la tierra, durante ocho horas, con una continua y no saciada caricia de calor y de luz. Cuando la octava hora centelleó y huyó, una emoción confusa, hecha de miedo y hecha de gloria, sobrevoló toda la Creación, agitando con un estremecimiento los céspedes y las frondas, poniendo de punta el pelo de las fieras, hinchando el dorso de los montes, apresurando el borbotear de los hontanares, arrancando a los pórfidos un brillo más vivo... Entonces, en un bosque muy cerrado y muy tenebroso, cierto ser, desprendiendo lentamente la garra de la rama de árbol en la que se había encaramado toda esa mañana de largos siglos, resbaló por el tronco comido de hiedra, posó sus dos patas en el suelo que el musgo ahuecaba, se apoyó sobre las dos patas con esforzada energía, y quedó erecto, y extendió los brazos libres, y lanzó un paso fuerte, y sintió su falta de semejanza con la animalidad, y concibió el deslumbrado pensamiento de que *era*, ¡y verdaderamente *fue!* Dios, que lo había amparado, en ese instante lo creó. Y vivo, con vida superior, bajado de la inconsciencia del árbol, Adán caminó hacia el Paraíso.

Daba miedo. Un pelo crespo y lustroso cubría todo su grueso, macizo cuerpo, escaseando apenas alrededor de los codos, de las rodillas toscas, en las que el cuero aparecía curtido y del color del cobre fosco. Del achatado, huidizo cráneo, marcado por las arrugas, rompía una guejeja rala y rojiza, erizada sobre las orejas agudas. Entre las romas quijadas, en la enorme hendidura de los labios trompudos, estirados en hocico, las presas relucían, afiladas reciamente para rasgar la fibra y triturar el hueso. Y bajo las arquerías sombríamente hondas, que una felpa hirsuta orlaba como un zarzal orla el arco de una caverna, los ojos redondos, de un amarillo de ámbar, sin cesar se movían, temblaban, desorbitados de inquietud y de espanto... ¡No, no era bello, nuestro padre venerable, esa tarde de otoño, cuando Jehová lo ayudó con cariño a bajar de su árbol! Aunque, en esos ojos redondos, de fino ámbar, incluso a través del temblor y del espanto, relucía una belleza superior: la energía inteligente que lo iba llevando con torpeza, sobre las piernas arqueadas, fuera de la mata en que había pasado su mañana de largos siglos dando saltos y alaridos por encima de las ramas altas.

Pero (si los compendios de antropología no nos engañan) los primeros pasos humanos de Adán no fueron inmediatamente encaminados, con alacridad y confianza, hacia el destino que lo esperaba entre los cuatro ríos del Edén. Entorpecido, envuelto en las influencias del bosque, aún despega con dificultad la pata de entre el hojoso suelo de helechos y begonias, y gustosamente se roza con los pesados racimos de flores que le llovizan el pelo, y acaricia las largas barbas de liquen blanco colgando de los troncos de roble y de teca en donde había gozado las dulzuras de la irresponsabilidad. En los ramajes que tan generosamente, a través de tan largas edades, lo nutrieron y lo mecieron, todavía coge las bayas zumosas, los renuevos más tiernos. Para trasponer los regatos, que por todo el bosque relucen y susurran después de la sazón de las lluvias, todavía se cuelga de una recia liana, entrelazada de orquídeas, y se balancea, y arquea el salto, con pesada indolencia. Y sospecho bien que, cuando la brisa susurrase por la espesura, cargada con el olor templado y acre de las hembras acuclilladas en las cimas, el padre de los hombres todavía dilataría sus hocicos chatos y soltaría del pecho felpudo un gruñido ronco y triste.

Pero camina... Sus pupilas amarillas, en las que chispea el querer, sondan, fuera de las órbitas, a través del ramaje, buscan más allá el mundo que desea y recela, y al que siente ya el zumbido violento, como todo hecho de batalla y rencor. Y, a la manera en que la penumbra de las hojarascas clarea, va surgiendo dentro de su cráneo bisoño, como una alborada que penetra en una madriguera, el sentimiento de las formas diferentes y de la vida diferente que las anima. Esa comprensión rudimentaria sólo le trajo a nuestro venerable padre turbación y terror. Todas las tradiciones, las más orgullosas, están de acuerdo en que Adán, en su entrada inicial por las llanuras del Edén, tembló y gritó como criaturita perdida en una verbena turbulenta. Y bien podemos pensar que, de todas las formas, ninguna le producía más pavor que la de esos mismos árboles en los que había vivido, ahora que los reconocía como seres tan diferentes de su ser e inmovilizados con una inercia tan contraria a su energía. Liberado de la animalidad, de camino hacia su humanización, la arboleda que le había servido de cobijo natural y dulce sólo le parecería ahora un cautiverio de degradante tristeza. Y esas ramas tortuosas, estorbando su marcha, ¿no serían brazos fuertes que se extendían para entusiasmarlo, izarlo, retenerlo en las cimas frondosas? Ese enamorado susurrante que lo seguía, compuesto del desasosiego irritado de cada hoja, ¿no era la selva entera, alborotada, reclamando a su secular morador? De tan extraño miedo nació quizás la primera lucha del hombre con la naturaleza. Cuando una rama alargada lo rozase, seguramente nuestro padre lanzaría contra ella sus garras desesperadas para

repelerla y escapar. Con estos bruscos ímpetus, ¡cuántas veces se desequilibró y sus manos fueron a dar desamparadamente sobre el suelo de matorral o de roca, de nuevo precipitado en la postura bestial, retrogradando a la inconsciencia, entre el clamor triunfal de la floresta! ¡Qué angustioso esfuerzo entonces para levantarse, recuperar la actitud humana, y correr, con sus brazos felpudos despegados de la tierra bruta, libres para la obra inmensa de su humanización! Esfuerzo sublime, en el que ruge, muerde las raíces detestadas y, ¿quién sabe?, levanta ya sus ojos de ámbar lustroso hacia los cielos, en donde, confusamente, siente que Alguien lo está amparando, y que en realidad lo levanta.

Pero, de cada una de esas caídas modificantes, nuestro padre resurge más humano, más nuestro padre. Y ya hay conciencia, presa de la racionalidad, en los resonantes pasos con que se arranca a su limbo arbóreo, despedazando las enredaderas, hendiendo el bravío follaje, despertando a los tapires adormecidos bajo setas monstruosas, o espantando algún oso joven y descarriado que, las patas contra un olmo, chupa, medio borracho, las uvas de ese hartito otoño.

En fin, Adán emerge del bosque oscuro, y sus ojos de ámbar se cierran vivamente con el deslumbramiento en que lo envuelve el Edén.

Al fondo de esa cuesta, en donde se había parado, resplandecen vastas campiñas (si las tradiciones no exageran) con desordenada y sombría abundancia. Lentamente, a través, un río corre, sembrado de islas, encharcando, en fecundos y explayados remansos, las verduras donde ya quizás crece la lenteja y se esparce el arrozal. Rocas de mármol rosado relucen con un rubor caliente. De entre bosques de algodonereros, blancos como crespas espumas, suben otros cubiertos de magnolias, de un esplendor aún más blanco. Más allá, la nieve corona una sierra con un radiante nimbo de santidad y escurre, por entre los flancos despedazados, en finos flecos que refulgen. Otros montes asaetean mudas llamaradas. Del borde de rígidas escarpas cuelgan perdidamente, sobre profundidades, palmerales desgreñados. Por las lagunas, la bruma arrastra la luminosa blandura de sus encajes. Y el mar, en los confines del mundo, centelleando, lo encierra todo, como un aro de oro. En este fecundo espacio toda la Creación se sacude, con la fuerza, la gracia, la bravura vivaz de una mocedad de cinco días, todavía caliente de las manos de su Creador. Profusos rebaños de aurochs pelirrojos pastan, majestuosamente, enterrados en las hierbas, tan altas que en ellas desaparecen la oveja y su cordero. Temerosos y barbudos uros, peleando contra gigantescos venados, entrechocan cuernos y astas con el seco fragor de robles que el viento raja. Un bando de jirafas rodea una mimosa y va despedazando, delicadamente, en las trémulas cimas, las hojitas más tiernas. A la sombra de los tamarindos reposan disformes rinocerontes, bajo el vuelo apresurado de pájaros que les catan servicialmente los vermes. Cada lanzamiento de tigre causa una desbandada furiosa de ancas, y cuernos, y crines, en donde, más cierto y más leve, se arquea el salto grácil de los antílopes. Una recia palmera se dobla completamente al peso de la boa que se enrosca en ella. Entre dos peñascos, a veces, aparece, con una profusión de melenas, el rostro magnífico de un león que, serenamente, mira al sol, la inmensidad radiante. En el remoto azul, enormes cóndores duermen inmóviles, con las alas abiertas, entre el surco níveo y rosáceo de las garzas y de los flamencos. Y frente a la cuesta, en un alto, entre el matorral, pasa, lenta y montañosa, una recua de mastodontes, con las rudas crines del dorso erizadas al viento y la trompa bamboleando entre sus dientes, más curvos que hoces.

Así vetustísimas crónicas describen el vetustísimo Edén, que era en las campiñas del Éufrates, quizás en la trigüeña Ceilán, o entre los cuatro claros ríos que hoy riegan Hungría, o incluso en estas tierras benditas en las que nuestra Lisboa calienta su vejez al

sol, cansada de proezas y de mares. ¿Pero quién puede garantizar estos bosques y estos bichos, pues desde ese día 25 de octubre, que inundaba el Paraíso de esplendor otoñal, ya pasaron, muy breves y muy llenos, sobre el grano de arena que es nuestro mundo, más de siete veces setecientos mil años? Sólo parece cierto que, ante Adán horrorizado, un gran pájaro pasó. Un pájaro gris, calvo y pensativo, con las plumas desgredadas como los pétalos de un crisantemo, que saltaba pesadamente sobre una de las patas, levantando en la otra, bien agarrado, un manojito de hierbas y ramos. Nuestro padre venerable, con la fosca faz fruncida, en el doloroso esfuerzo de comprender, se pasmaba ante aquel pájaro, que, al lado, al abrigo de las azuleas en flor, acababa muy gravemente la construcción de una cabaña. ¡Vistosa y sólida cabaña, con su suelo de greda bien alisado, ramas fuertes de pino y haya formando estacas y vigas, un techo seguro de hierba seca, y en la pared de enredaderas bien liadas, el desahogo de una ventana!... Pero el padre de los hombres, esa tarde, todavía no comprendió.

Después, caminó hacia el ancho río, desconfiadamente, sin alejarse del lindero del bosque acogedor. Lento, olfateando el olor nuevo de los gordos herbívoros de la planicie, con los puños reciamente cerrados contra el pecho peludo, Adán va jadeando entre el apetito de aquella resplandeciente naturaleza y el terror de los seres nunca avistados que la abarrotan y atruenan con tan fiera turbulencia. Pero dentro de él burbujea, no cesa, el sublime naciente de la energía, que lo impele a desentrañar la crasa brutalidad y a ensayar, con esfuerzos que son casi penosos, porque son ya casi lúcidos, los dones que establecerán su supremacía sobre esa naturaleza incomprendida y lo liberarán de su terror. Así, con la sorpresa de todas aquellas inesperadas apariciones del Edén, reses, pastos, montes nevados, inmensidades radiantes, Adán suelta roncadas exclamaciones, gritos con los que se desahoga, voces tartamudas, en que por instinto reproduce otras voces, y bramidos, y tonadas, e incluso el bullicio de las criaturas, e incluso el estruendo de las aguas despeñadas... Y estos sonidos quedan ya en la oscura memoria de nuestro padre unidos a las sensaciones que se los arrancan, de suerte que el alarido áspero que se le había escapado al encontrarse un canguro con su nidada embolsada en el vientre, de nuevo resonará en sus labios trompudos cuando otros canguros, huyendo de él, adelante se embreñen en la sombra negra de los caneleros. La Biblia, con su exageración oriental, cándida y simplista, cuenta que Adán, nada más entrar por el Edén, asignó nombres a todos los animales y a todas las plantas, muy definitivamente, muy eruditamente, como si compusiese el lexicón de la Creación, entre Buffon, ya con sus puños, y Linneo, ya con sus gafas. ¡No! Eran apenas gruñidos, roncadas pero verdaderamente augustos, porque todos ellos se plantaban en su conciencia naciente como las toscas raíces de esa palabra por la cual verdaderamente se humanizó, y fue después, sobre la tierra, tan sublime y tan burlesco.

Y bien podemos pensar, con orgullo, que, al bajar la margen del río edénico, nuestro padre, compenetrado de lo que *era*, ¡y cuán diverso de los otros seres!, ya se afirmaba, se individualizaba, y golpeaba su pecho sonoro, y rugía soberbiamente: «¡Eheu! ¡Eheu!». Después, alargando sus ojos relucientes por aquella larga agua que corría calmamente para allá, intenta ya exteriorizar su espantado sentimiento de los espacios y rezonga con pensativa codicia: «¡Lhlâ! ¡Lhlâ!».

II

Tranquilo, magníficamente fecundo, corría él, el noble río del Paraíso, por entre las islas, casi hundidas bajo el peso de la recia arboleda, todas fragantes y atronadas por el clamor de las cacatúas. Y Adán, trotando pesadamente por la margen baja, ya siente la atracción de las aguas disciplinadas que andan y viven: esa atracción que será tan fuerte en sus hijos, cuando descubran en el río al buen servidor que desaltera, abona, riega, muele y acarrea. ¡Pero cuántos terrores especiales aún le producen escalofríos, lo lanzan con saltos despavoridos al abrigo de los sauces y de los chopos! En otras islas, de arena fina y rosada, se desperezan pedregosos cocodrilos, achatados sobre el vientre, que jadean blandamente, abriendo las hondas fauces en la templada pereza de la tarde, embebiendo todo el aire con un olorcito a almizcle. Entre los cañaverales colean y refulgen gordas cobras de agua, el cuello levantado, que miran a Adán fijamente y con furor, asaeteando y silbando. Y para nuestro padre, que nunca las había visto, debían ser pavorosas las tortugas inmensas de ese comienzo del mundo, pastando, con arrastrada mansedumbre, a través de los prados nuevos. Pero una curiosidad lo atrae, casi resbala en la ribera lodosa, en la que el fleco de agua roza y se agita. En la amplitud del río explayado, una larga y negra fila de aurochs, serenamente, con los cuernos altos y la espesa barba fluctuando, nada hacia la otra orilla, campiña cubierta de doradas mieses en la que quizás ya maduran las espigas sociables del centeno y del maíz. Nuestro padre venerable mira la fila lenta, mira el río lustroso, concibe el neblinoso deseo de atravesar también hacia aquellos lugares lejanos en que las hierbas refulgen, y arriesga la mano en la corriente, en la recia corriente que se la empuja, como para atraerlo e iniciarlo. Él gruñe, arranca la mano, y sigue, con ásperas patadas, machacando, sin sentirles ni el perfume, las frescas fresas silvestres que ensangrientan el césped... Enseguida se para, observando un bando de aves alcandoradas en un peñascal todo rayado de guanos, que acechan, con el pico atento, hacia abajo, en donde las aguas apretadas hierven. ¿Qué espían ellas, las blancas garzas? Preciosos peces en cardumen, que rompen contra la corriente y saltan, centelleando en las espumas claras. Y bruscamente, con un desabrido sacudir de alas blancas, una garza, después otra, hiende el cielo alto, llevando, atravesado en el pico, un pez que se retuerce y reluce. Nuestro padre venerable se rasca la ijada. Su crasa gula, entre aquella abundancia del río, también apetece una presa; y lanza la garra, coge, en su vuelo sonante, cascarudos insectos que olfatea y muerde. Pero seguramente nada asombró tanto al primer hombre como un grueso tronco de árbol medio podrido que boyaba, bajaba en la corriente, llevando sentados en una punta, con seguridad y gracia, dos bichos sedosos, rubios, de hocico despierto y blandas colas vanidosas. Para seguirlos, observarlos, corrió ansiosamente, enorme y desgonzado. Y sus ojos chispeaban, como si ya comprendiese la malicia de aquellos dos bichos, embarcados en un tronco de árbol y viajando, bajo la suave frescura de la tarde, en el río del Paraíso.

Sin embargo, el agua que él costeaba era más baja, turbia y tarda. Ya en su extensión no verdean islas, ni se moja en ella la orla de los hartos pastos. Más allá, sin límite, fundidas en las neblinas, huyen descampadas soledades, en las que rueda un viento lento y húmedo. Nuestro padre venerable enterraba las patas en despeñaderos blandos, a través de aluviones, de basuras silvestres, en las que chapoteaban, para su intenso horror, enormes ranas, croando furiosamente. Y el río enseguida se perdió en una vasta laguna, oscura y desolada, resto de las grandes aguas sobre las que había fluctuado el espíritu de

Jehová. Una tristeza humana agarrotó el corazón de nuestro padre. De en medio de gruesas burbujas, que hacían ampollas en la estañada lisura del agua triste, constantemente brotaban horribles trombas, escurriendo limos verdes, que bufaban ruidosamente, después se hundían, como chorreadas por los lodos viscosos. Y, cuando de entre los altos y negros cañaverales, manchando el arrebol de la tarde, se elevó, se extendió sobre él una nube estridente de moscardones voraces, Adán huye, atolondrado, trilla areniscas pegajosas, rasga el pelo en la aspereza de los cardos blancos que el viento retuerce, resbala por una cuesta de cascajo y guijarros y se para en arena fina. Jadea: sus largas orejas se mueven, escuchando, más allá de las dunas, un vasto rumor que rueda y se derrumba y retumba... Es el mar. Nuestro padre traspone las pálidas dunas: ¡y ante él está el mar!

Entonces fue el pavor supremo. Con un salto, golpeando convulsamente los puños contra el pecho, retrocede hasta donde tres pinos, muertos y sin rama, le ofrecen el refugio hereditario. ¿Por qué avanzan así hacia él, sin cesar, con una hinchada amenaza, aquellos rollos verdes, con su crin de espuma, y se lanzan, se desmigán, rugen, babosean rudamente la arena? Pero toda la otra vasta agua permanece inmóvil, como muerta, con una gran mancha de sangre que late. Toda esa sangre ha caído, seguramente, de la herida del sol, redonda y roja, sangrando encima, en un cielo dilacerado por hondos golpes, ya cárdenos. Más allá de la niebla lechosa que cubre las lagunas, de los charcos salados, a los que la marejada todavía llega y se explaya muy lejos, un monte flamea y echa humo. Y siempre delante de Adán, contra Adán, los verdes rollos de la verde ola avanzan, y rimbomban, y cubren la playa de algas, de conchas, de gelatinas que blanquean lívidamente.

¡Pero he ahí que todo el mar se puebla! Y, encogido contra el pino, nuestro padre venerable lanza dardos con sus ojos inquietos y trémulos, para aquí, para allá, para las rocas cubiertas de sargazo, en donde gordísimas focas retozan majestuosamente; para los surtidores de agua, que a lo largo chorrean hasta las nubes cárdenas y recaen en una lluvia radiante; hacia una preciosa armada de caracolas, inmensas caracolas albas y nacaradas, bogando a bolina, circundando los peñascos, con maniobra elegante... Adán se queda pasmado sin saber que estas son las amonitas y que ningún otro hombre, después de él, verá la lucida y rosácea armada navegando en los mares de este mundo. ¡Todavía la está admirando, quizás con la impresión inicial de la belleza de las cosas, cuando bruscamente, con un temblor de surcos blancos, toda esa maravillosa flota zozobra! Con el mismo salto blando, las focas caen, tropiezan en la honda ola. Y un terror pasa, un terror levantado del mar, tan intenso que un bando de alcatraces, muy seguro sobre una escarpa, alza, con atolondrados gritos, el vuelo despavorido.

Nuestro padre venerable aferra su mano a una rama de pino, sondeando, con un escalofrío, la inmensidad desierta. Entonces, a lo lejos, bajo el resplandor trémulo del sol que se esconde, un dorso inmenso sale, lentamente, de las aguas, como una larga colina, toda claveteada de negras, agudas lascas de roca. ¡Y avanza! Adelante, un tumulto de burbujas remolinea y revienta; y de entre ellas emerge, por fin, resollando cavernosamente, una trompa deforme, de fauces entreabiertas, en las que destellan y se sumen cardúmenes de peces que sus sorbos van tragando...

¡Es un monstruo, un pavoroso monstruo marino! Y bien podemos suponer que nuestro padre, olvidando toda su dignidad humana (aún reciente), trepó desesperadamente al pino hasta donde las ramas acababan. Pero, incluso en ese cobijo, sus poderosas mandíbulas golpeaban, con un miedo convulso, ante el horroroso ser surgido de las profundidades. Con un batacazo que raspa, machacando conchas, guijarros y ramas de coral, el monstruo choca contra la arena, que hondamente excava y sobre la que estira las

dos patas, más gruesas que troncos de teca, con las uñas todas enroscadas con zarzas marinas. De la caverna de sus fauces, a través de los dientes terríficos, que los limos y musgos verdean, sopla un vaho espeso de fatiga o de furor, tan fuerte que hace remolinear las algas secas y las caracolas ligeras. Entre las costras pedregosas que le acorazan la frente negrean dos cuernos cortos y rombos. Sus ojos, lívidos y vítreos, son como dos enormes lunas muertas. La inmensa cola dentada arrastra por el mar distante, y a cada rabeo lento levanta una tempestad.

Por estas facciones, poco amables, ya habéis reconocido al ictiosauro, el más horrendo de los cetáceos concebidos por Jehová. ¡Era él!, quizás el último que persistía en las tinieblas oceánicas hasta este día memorable del 28 de octubre, para que nuestro padre entreviese los orígenes de la vida. Y ahora está enfrente de Adán, uniendo los viejos tiempos a los tiempos nuevos, y, con las escamas del dorso ensañadas, muge devastadoramente. Nuestro padre venerable, enroscado al tronco alto, chillaba de vivo horror... Y he aquí que, del lado de los charcos con niebla, un silbido hiende los cielos, ululado y arremetido, como el de un áspero viento en una garganta de serranía. ¿Qué? ¿Otro monstruo?... Sí, el plesiosauro. Es también el último plesiosauro que corre desde el fondo de los pantanos. Y ahora de nuevo se traba, para asombro del primer hombre (y gusto de los paleontólogos), el combate que fue la desolación de los prehumanos días de la tierra. ¡Allí aparece la fabulosa cabeza del plesio, acabada en pico de ave, pico de dos brazas, más agudo que el dardo más agudo, erguida sobre un larguísimo y estilizado pescuezo que ondula, arquea, silba, lanza dardos con pavorosa elegancia! Dos aletas de incomparable rigidez van moviendo su cuerpo deforme, mole, glutinoso, lleno de arrugas, manchado por una lepra de hongos verdosos. Y tan inmenso es así, arrastrando, con el pescuezo empinado, que, delante de la duna en que se levantan los pinos que dan refugio a Adán, él parece otra duna negra sosteniendo un pino solitario. Furiosamente avanza. Y, de repente, es un horroroso tumulto de mugidos, y pitidos, y choques rimbombantes, y arenas en torbellino, y gruesos mares borboteando. Nuestro padre venerable salta de un pino a otro pino, temblando tanto que, con él, tiemblan los fuertes troncos. Y, cuando se arriesga a acechar, al aumentar los bramidos, sólo percibe, en la enroscada masa de los dos monstruos, a través de una niebla de espuma que los chorretones de sangre enrojecen, el pico del plesio completamente enterrado en el vientre blando del ictio, cuya cola, erguida, se retuerce furiosamente en la palidez de los cielos espantados. ¡De nuevo esconde perdidamente la faz nuestro padre venerable! Un rugido de monstruosa agonía rueda en la playa. Las pálidas dunas se estremecen, las cavernas sombrías resuenan. Después se hace una paz muy grande, en la que el ruido del mar océano no es más que un consolado murmullo de alivio. Adán espía, asomado entre las ramas... El plesio retrocede herido hacia el lodo templado de sus pantanos. Y sobre la playa yace el ictio muerto, como una colina en donde la ola de la tarde se quiebra mansamente.

Entonces, nuestro padre venerable cautelosamente se desliza de su pino y se acerca al monstruo. La arena, alrededor, está tremendamente revuelta; y por toda ella, en lentos regatos, en pozas oscuras, la sangre, mal chupada, humea. Tan montañoso es el ictio que Adán, levantando el rostro asombrado, ni siquiera distingue las púas del monstruo, erizadas a lo largo de aquel acantilado espinazo, al que el pico del plesio arrancó escamas más pesadas que lajas. Pero ante las manos temblorosas del hombre están los rasgones del vientre blando, en los que la sangre gotea, y babea grasas, e inmensas tripas deshiladas escurren, y cuelgan fibras atasajadas de carne rosada... Y los chatos hocicos de nuestro padre venerable extrañamente aumentan y resuellan.

Toda esa tarde él había caminado, desde la floresta, a través del Paraíso, chupando bayas, royendo raíces, mordisqueando los insectos de cáscara picante. Pero ahora el sol entró en el mar, y Adán tiene hambre, en ese arenal mañero, en donde sólo albean cardos que el viento retuerce. ¡Oh, aquella carne recia, sangrienta, todavía viva, que exhala un olor tan fresco y salino! Sus romas mandíbulas ruidosamente se abren de par en par en un bostezo hastiado y famélico... El océano se arquea, como adormecido... Entonces, irresistiblemente, Adán sumerge en una de las heridas del saurio los dedos, que lame y rechupetea, blandos de sangre y grasa. El espanto de un sabor nuevo inmoviliza al hombre frugal que viene de las hierbas y de las frutas. Después, con un salto, arremete contra la montaña de abundancia y arranca una fibra que muerde y traga, gruñendo, con furor y con prisa, en los que están el gozo y el miedo de la primera carne comida.

Habiendo cenado así pedazos crudos de un monstruo marino, nuestro padre venerable siente una enorme sed. Son saladas las pozas que relucen en la arena. Pesado y triste, con los labios empastados de manteca y de sangre, Adán, bajo el callado crepúsculo, atraviesa las dunas, vuelve a entrar en las tierras, rebuscando ávidamente agua dulce. Por toda la selva, en aquellos tiempos de universal humedad, huía y charlotteaba un regato. Enseguida, extendido en una cuesta lodosa, Adán bebió con consuelo, con hondos sorbos, bajo el vuelo espantado de moscas fosforescentes que se prendían a su guedeja.

Era junto a un bosque de robles y hayas. La noche, que ya se había hecho densa, ennegrecía un suelo lleno de plantas, en el que la malva se apoyaba en la hierbabuena y el perejil en el hinojo ligero. En esa claridad fresca penetró nuestro padre venerable, cansado con la marcha y el asombro de aquella tarde del Paraíso. Y nada más extenderse en la olorosa alfombra, con el hirsuto rostro posado sobre las palmas unidas, las rodillas encogidas contra el vientre distendido como un tambor, se hundió en un sueño como nunca había dormido: poblado de sombras movientes, que eran aves construyendo una casa, patas de insectos tejiendo una tela, dos bichos bogando en las aguas encrespadas.

Pues cuenta la leyenda que entonces, en torno al primer hombre adormecido, empezaron a surgir, por entre el mato bajo, hocicos olfateando, finas orejas clavadas, ojillos reluciendo como botones de azabache, y espinazos inquietos que la emoción arqueaba, mientras, de las cimas de los robles y hayas, con un sofocado estremecimiento de alas, se asomaban picos curvados, picos bravíos, picos pensativos, todos albeando en la claridad delgada de la luna, que subía por detrás de los montes y bañaba las frondas altas. Después, en la orla de la claridad, una hiena apareció, cojeando, maullando con lástima. A través de la campiña trotaron dos lobos, huesudos, famélicos, con sus verdes ojos encendidos. Los leones no tardaron, con las reales faces erguidas, soberanamente arrugadas, con una profusión de crines flamantes. En confusa manada, que llegaba bufando, los cuernos de los aurochs entrechocaban con impaciencia los cascos en ramas de las renas. Todos los pelos se pusieron de punta cuando el tigre y la pantera negra, ondulando callada y aterciopeladamente, resbalaron, con las lenguas colgadas y rojas como coágulos de sangre. De los valles, de las serranías, de las breñas, otros acudían, con una prisa tan ansiosa que los horrendos caballos primitivos se empinaban sobre los canguros, y la trompa del hipopótamo, escurriendo limos, empujaba las ancas lentas del dromedario. Entre las patas y los cascos apiñados coleaban en alianza el hurón, la lagartija, la comadreja, la cobra fulgente que traga a la comadreja y la alegre mangosta que asesina a la cobra. Un bando de gacelas tropezaba, lastimándose las patas finas, contra la costra de los cocodrilos, que subían en fila del borde de las lagunas, las fauces preparadas y gimiendo. Ya toda la llanura jadeaba, bajo la luna nueva, en el blando removerse de dorsos apretados, en donde se

erguía, ya el pescuezo de la jirafa, ya el cuerpo de la boa, como mástiles naufragados balanceados entre olas. Y, por fin, sacudiendo el suelo, llenando el cielo, con la trompa enrollada entre los dientes curvados, se asomó el rugoso mastodonte.

Era toda la animalidad del Paraíso, que, sabiendo que el primer hombre estaba dormido, sin defensa, en un bosque yermo, corría, con la inmensa esperanza de destruirlo y eliminar de la tierra la fuerza inteligente, destinada a someter la fuerza bruta. Pero, en aquella pavorosa turba que humeaba, se atropellaba al borde de la claridad, en donde Adán dormía sobre la hierbabuena y la malva, ninguna fiera avanzaba. Los largos dientes relucían, mostrados fieramente; todos los cuernos repuntaban; cada garra salida dilaceraba con ansia la tierra blanda; y los picos, desde encima de las ramas, se interponían en los hilos de la luna con picotazos hambrientos... Pero ni ave bajaba, ni fiera avanzaba, porque al lado de Adán velaba una figura seria y blanca, con alas blancas cerradas, los cabellos sujetos con un aro de estrellas, el pecho resguardado por una coraza de diamante y las dos manos refulgentes apoyadas en el puño de una espada que era de fuego... y vivía.

La aurora despuntó con ardiente pompa, comunicando a la tierra alegre, a la tierra bravamente alegre, a la tierra todavía sin andrajos, a la tierra aún sin sepulturas, una alegría superior, más grave, religiosa y nupcial. Adán despertó, y, parpadeando tristemente, con la sorpresa de su despertar humano, sintió sobre la ijada un peso que era suave y era dulce. Con ese terror que, desde los árboles, no desamparaba su corazón, saltó, y con tan ruidoso salto que, por la selva, los mirlos, los ruiseñores, los dentirrostrós, todos los pajaritos de fiesta y de amor despertaron y rompieron en un canto de congratulaciones y de esperanzas. Y, ¡oh maravilla!, ante Adán, y como despegado de él, estaba otro ser a él semejante, pero más esbelto, suavemente cubierto de un vello más sedoso, que lo contemplaba con grandes ojos lustrosos y líquidos. Una cabellera pelirroja, de un pelirrojo tostado, rodaba, en espesas olas, hasta sus caderas redondeadas en una plenitud armoniosa y fecunda. De entre los brazos peluditos, que había cruzado, surgían, abundantes y gordos, los dos senos del color del madroño, con una pelusa crespa orlando el pico, que se enristraba, entumecido. Y rozando, con un roce lento, un roce muy dulce, las rodillas peladas, todo aquel sedoso y tierno ser se ofrecía con una sumisión pasmada y lasciva. Era Eva... ¡Eras tú, madre venerable!

III

Entonces empezaron, para nuestros padres, los días abominables del Paraíso.

Su constante y desesperado esfuerzo fue sobrevivir, en medio de una naturaleza que, sin cesar y furiosamente, tramaba su destrucción. Y Adán y Eva pasaron esos tiempos —que los poemas semíticos celebran como inefables— siempre temblando, siempre gimiendo, siempre huyendo. La tierra todavía no era una obra perfecta; y la divina energía que la iba componiendo incesantemente la enmendaba, con una inspiración tan móvil que en sitio cubierto al alborear por una floresta, por la noche, se reflejaba una laguna en donde la luna, ya doliente, iba a estudiar su palidez. ¡Cuántas veces nuestros padres, reposando en el declive de un otero inocente, entre el tomillo y el romero (Adán con el rostro acostado sobre la cadera de Eva, Eva con dedos ágiles catando el pelo de Adán), fueron sacudidos por la cuesta amena como por un dorso irritado y rodaron, envueltos, entre el estruendo, y la llamarada, y la humareda, y la ceniza caliente del volcán que Jehová había improvisado! ¡Cuántas noches se escaparon, ululando, de alguna abrigada caverna, cuando ya sobre ella corría un enorme mar hinchado que bramaba, se encrespaba, quedaba hirviendo entre las rocas, con negras focas muertas boyando! O entonces era el suelo, el suelo seguro, ya social y fertilizado para las mieses sociables, que de repente rugía como una fiera, abría unas insondables fauces y tragaba rebaños, prados, nacientes, benéficos cedros con todas las tórtolas que arrullaban en su rama.

Después, las lluvias, las largas lluvias edénicas, desmoronándose en chorros clamorosos, durante encharcados días, durante tormentosas noches, tan precipitadamente que del Paraíso, vasto charco lodoso, apenas aparecían las puntas de la arboleda ahogada y las cimas de los montes abarrotados de bichos transidos que bramaban en el terror de las aguas sueltas. Y nuestros padres, refugiados en alguna breña erguida, gemían lamentablemente, con regatos escurriendo de sus hombros, con riberas escurriendo de sus pies, como si el barro nuevo del que Jehová los había hecho ya se estuviese deshaciendo.

¡Y más terríficos eran los estíos! ¡Oh, el incomparable tormento de las sequías en el Paraíso! Lentos días tristes, después de lentos días tristes, la inmensa brasa del sol candente coruscaba furiosamente en un cielo de color cobre, en el que el aire empañado y grueso crepitaba y jadeaba. Los montes estallaban, agrietados; y las planicies desaparecían bajo una denegrida capa de hilos retorcidos, ovillados, rígidos como alambres, que eran los restos de los verdes pastos. Toda la hojarasca tiznada rodaba en los vientos abrasados, con rugidor susurro. El lecho de los ríos chupados tenía la rigidez del hierro fundido. El musgo resbalaba de las rocas, como una piel seca que se despega, descubriendo grandes huesos. Cada noche ardía un bosque, hoguera estallante de leña resequida, escaldando aún más la bóveda del horno inclemente. Todo el Edén estaba cubierto del revoloteo de buitres y cuervos, porque, con tanto animal muerto de hambre y de sed, abundaba la carne podrida. En el río, el agua que quedaba apenas corría, empozada por la masa bullente de cobras, ranas, nutrias, tortugas, refugiadas en aquel último velo, lodoso y todo templado. Y nuestros padres venerables, con sus magras costillas arqueándose contra el pelo crestado, la lengua pendida y más dura que corcho, erraban de fuente en fuente, sorbiendo desesperadamente alguna gota que aún brotase, gota rara, que silbaba al caer sobre las losas abrasadas...

Y así Adán y Eva, huyendo del fuego, huyendo del agua, huyendo de la tierra,

huyendo del aire, estrenaban la vida en el Jardín de las Delicias.

¡Y en medio de tantos peligros, constantes y flagrantes, era necesario comer! ¡Ah! Comer: ¡qué portentosa empresa para nuestros padres venerables! Sobre todo desde que Adán (y después Eva, por Adán iniciada), habiendo probado los deleites fatales de la carne, ya no encontraban sabor, ni hartura, ni decencia, en los frutos, en las raíces y en las bayas del tiempo de su animalidad. Ciertamente, las buenas carnes no faltaban en el Paraíso. Delicioso sería el salmón primitivo, pero nadaba alegremente en las aguas rápidas. Sabrosa sería la gallineta, o el faisán rutilante, nutridos con los granos que el Creador considerara buenos, pero volaban en los cielos, en triunfal seguridad. El conejo, la liebre, ¡qué fugas ligeras en el matorral oloroso!... Y nuestro padre, durante esos días cándidos, no poseía el anzuelo ni la flecha. Por eso, rondaba sin cesar alrededor de las lagunas, en los ribazos del mar, en donde casualmente encallaba, boyando, algún cetáceo muerto. Pero esos hallazgos de abundancia eran raros, y la triste pareja humana, en sus marchas hambrientas por la orilla de las aguas, tan sólo conquistaba, aquí y allí, en la roca o en la arena revuelta, algún feo cangrejo prehistórico en cuyo duro caparazón sus labios se rompían. Esas soledades marinas estaban también infectadas por bandos de fieras que esperaban, como Adán, que la ola rodase los peces vencidos en borrasca o en batalla. ¡Y cuántas veces nuestros padres, ya con las garras clavadas en una tajada de foca o de delfín, huían desconsoladamente, sintiendo el paso suave de la horrenda hiena cavernaria, o el aliento de los osos blancos, bamboleando por el blanco arenal, bajo la blanca indiferencia de la luna!

Seguramente, su ciencia hereditaria de trepar los árboles socorría a nuestros padres en esta conquista de la presa. Que bajo el enramado de los canelares en donde solapadamente acechaban, apareciese algún cabrito desgarrado, o una tortuga joven y bisoña se arrastrase para la hierba menuda... ¡y era el repasto seguro! En un relance, el cabrito quedaba atasajado, toda su sangre chupada en sorbos convulsos; y Eva, nuestra madre fuerte, chillando sombríamente, arrancaba, una por una, de entre el caparazón, las patas de la tortuga... ¡Pero cuántas noches, tras angustiosos ayunos, se encontraban los elegidos de la tierra forzados a ahuyentar a la hiena, con grandes gritos, a través de los claros, para robarle un hueso fétidamente babeado, que era ya la sobra de un león harto! ¡Y días peores se sucedían, en los que el hambre reducía a nuestros padres a retroceder a la disgustosa frugalidad del tiempo del árbol, a las hierbas, a los brotes, a las raíces amargas, conociendo así, entre la abundancia del Paraíso, la primera forma de la miseria!

¡Y, a través de estos trabajos, no los desamparaba el terror de las fieras! Porque, si Adán y Eva se comían los bichos débiles y fáciles, eran a su vez una presa apetecida por todos los brutos superiores. Comerse a Eva, tan redonda y carnuda, fue seguramente el sueño de muchos tigres en los juncales del Paraíso. ¡Cuántos osos, aunque ocupados en robar panales de miel en el excavado tronco de un roble, no se detuvieron, y se balancearon, y se lamieron el hocico con una gula más fina, al avistar, a través de los ramajes, en un fulgor errante de sol, el sombrío corpachón de nuestro padre venerable! Y el peligro no sólo llegaba de las hordas hambrientas de carnívoros, sino también de los lentos y hartos herbívoros, el auroch, el uro, el enorme venado, que alegremente cornearían y pisotearían a nuestros padres, por estupidez, desemejanza de raza y olor, empleo de la vida ociosa. Y se añadían aún los que mataban para que no los matasen: porque Miedo, Hambre y Furor fueron las leyes de la vida en el Paraíso.

Ciertamente, nuestros padres también eran feroces, de tremenda fuerza y perfectos en el arte salvador de trepar a las cimas frondosas. ¡Pero el leopardo saltaba de rama en rama, sin rumor, con una destreza más felina y segura! La boa horadaba con la cabeza hasta

los brotes extremos del más alto cedro para coger a los monos, y bien podría abocar a Adán, con aquella obtusa incapacidad que siempre tuvieron las boas para distinguir, bajo la similitud de las formas, la diversidad de los méritos. ¿Y de qué servían las garras de Adán, incluso aliadas con las garras de Eva, contra esos pavorosos leones del Jardín de las Delicias a los que la zoología, todavía hoy, con escalofríos, llama *Leo anticus*? ¿O contra la hiena cavernaria, tan osada que, ya en los primeros días del Génesis, los ángeles, cuando bajaban al Paraíso, caminaban siempre con las alas arregazadas, para que ella, saltando de entre los bambúes, no les arrancase las plumas refulgentes? ¿O contra los perros, los horrendos perros del Paraíso, que, atacando en cerradas y ululantes huestes, habían sido, en esos comienzos del hombre, los peores enemigos del hombre?

Y, entre toda esta bicharada adversa, Adán no contaba con ningún aliado. Sus propios parientes, los antropoides, envidiosos y farsantes, lo apedreaban con enormes cocos. Tan sólo un animal, y formidable, conservaba hacia el hombre una majestuosa e indolente simpatía. Era el mastodonte. Pero la anublada inteligencia de nuestro padre, en esos días edénicos, todavía no comprendía la bondad, la justicia, el corazón servicial del admirado paquidermo. Por eso, seguro de su flaqueza y de su aislamiento, vivió, durante esos trágicos años, con un ansiado terror. Tan ansiado y largo que su escalofrío, como una larga ondulación, se perpetuó en toda su descendencia, y el viejo miedo de Adán es lo que nos vuelve inquietos cuando cruzamos el bosque más seguro en la soledad crepuscular.

Y además tengamos en cuenta que todavía quedaban en el Paraíso, entre bichos de formas racionales, pulcras, ya preparadas para la noble prosa de *Mr.* de Buffon, algunos de los grotescos monstruos que deshonraron la Creación antes de la madrugada purificadora del 25 de octubre. ¡Seguramente Jehová le ahorró a Adán el degradante horror de vivir en el Paraíso en compañía de esa escandalosa monstruosidad a la que los antropólogos, asombrados, dieron el nombre de iguanodonte! La víspera del advenimiento del hombre, Jehová, muy caritativamente, ahogó a todos los iguanodontes en los lodos de un pantano, de un rincón escondido del Paraíso, en donde hoy se extiende Flandes. Pero Adán y Eva todavía conocieron los pterodáctilos. ¡Ah! ¡Los pterodáctilos!... Cuerpos de yacaré, escamosos y con pelusa; las lúgubres, negras, carnudas alas de murciélago; un pico disparatado, más grueso que el cuerpo, tristonamente caído, erizado por centenas de dientes, finos como los de una sierra. ¡Y no volaba! Descendía, las alas moles y mudas, y en ellas asfixiaba la presa como en un paño viscoso y helado, para retazarla completamente con los estallados golpes de sus fétidas mandíbulas. Y esta funambulesca ave monstruosa enturbiaba el cielo del Paraíso con la misma abundancia con que los mirlos o las golondrinas cruzan los santos aires de Portugal. Los días de nuestros padres venerables estuvieron torturados por ellos, y nunca su pobre corazón temblaba tanto como cuando, de más allá de las montañas, se venía despeñando, con siniestra estridencia de alas y picos, el revoloteo de los pterodáctilos.

¿Cómo sobrevivieron nuestros padres en este Jardín de las Delicias? ¡Seguramente mucho tuvo que chispear y trabajar la espada del ángel que los guardaba!

¡Pues bien, amigos míos! A todos estos furiosos seres le debe el hombre su carrera triunfal. Sin los saurios, y los pterodáctilos, y la hiena cavernaria, y el erizado terror que sembraban, y la necesidad de tener, contra su ataque, siempre bestial, una defensa siempre racional, la Tierra permanecería como un temeroso Paraíso, por el que vagaríamos todos, desgreñados y desnudos, chupando por la orilla de los mares las grasas crudas de monstruos naufragados. Al encogido miedo de Adán se debe la supremacía de su descendencia. Fue el bicho perseguidor el que lo forzó a subir a las cimas de la humanidad. ¡Y bien concedores de los orígenes se mostraron los poetas mesopotámicos del Génesis, en esos versículos

sutiles en los que un animal, y el más peligroso, la serpiente, lleva a Adán, por amor a Eva, a coger la fruta del saber! Si no rugiese otrora el león de las cavernas, no trabajaría hoy el hombre de las ciudades, pues la civilización nació del desesperado esfuerzo defensivo contra lo inanimado y lo inconsciente. La sociedad es realmente la obra de la fiera. Si la hiena cavernaria y el tigre, en el Paraíso, empezasen por acariciar lánguidamente el hombro peludo de Adán con pata amiga, Adán sería hermano del tigre y de la hiena, compartiendo sus madrigueras, sus presas, sus ocios, sus gustos bravíos. Y la energía inteligente, que lo había bajado del árbol, enseguida se apagaría dentro de su bruteza inerte, como se apaga la chispa, incluso entre ramas secas, si un frío soplo, venido de un agujero oscuro, no la estimula a vivir, para vencer el frío y vencer la oscuridad.

Pero una tarde (como enseñaría el exacto Usserius), saliendo Adán y Eva de la espesura de un bosque, un oso enorme, el padre de los osos, apareció ante ellos, levantó sus patas, abrió las fauces sangrientas... Entonces, así cogido, sin refugio, en las apretadas ansias de defender a su hembra, el padre de los hombres lanzó contra el padre de los osos el cayado al que se arrimaba, una fuerte rama de teca, arrancada en el matorral, que acababa en lasca aguda... Y el palo atravesó el corazón de la fiera.

¡Ah! Desde esa bendita tarde, sobre la tierra hubo verdaderamente un hombre.

Era ya un hombre, y superior, cuando lanzó un paso espantado, y arrancó el palo del seno del monstruo extendido, y le miró la punta goteante de sangre, con la testa fruncida, en su afán de comprender. Sus ojos resplandecieron, con un deslumbrado triunfo. Adán había comprendido...

¡Ni se preocupó más de la buena carne del oso! Se internó otra vez en el bosque, y toda la tarde, mientras la luz se arrastró por las frondas, arrancó ramas a los troncos, cautelosamente, diestramente, para que las puntas se rompiesen bien rajadas y agudas. ¡Ah! ¡Qué soberbio estallar de astas, por el bosque profundo, a través de la frescura y de la sombra, para la obra de la primera redención! ¡Selva amable, que fuiste el primer taller, quién supiera en donde yaces, en tu secular sepultura, hecha ya negro carbón!... Cuando se salieron del matorral, humeando de sudor, para recogerse en la madriguera distante, nuestros padres venerables se doblaban bajo el peso glorioso de dos gruesos manojos de armas.

Y entonces ya no cesaron nunca los hechos del hombre. Aún los cuervos y los chacales no habían descarnado la osamenta del padre de los osos, y ya nuestro padre raja una punta de su cayado victorioso; mete en la hendidura uno de esos guijarros afilados y picudos con los que a veces se lastimaba sus patas, bajando a la orilla de los ríos; y sujeta la fina astilla en la raja con los hatillos, muy agarrotados, de una fibra de enredadera seca. ¡Y ahí está la lanza! Como esas piedras no abundan, Adán y Eva ensangrientan las garras intentando hender los pedregones redondos de sílex en astillas cortas, que vengan perfectas, con punta y con filo, para rasgar, clavar. La piedra resiste, poco deseosa de ayudar al hombre, al que, en los días genesíacos del gran octubre, había intentado suplantar (como cuentan las prodigiosas crónicas de Backum). Pero de nuevo alumbró el rostro de Adán una idea que lo surca, como chispa emanada de la eterna sabiduría. Coge un pedrusco, golpea la roca, arranca la lasca... ¡Y ahí está el martillo!

Después, otra tarde bendita, bordeando una oscura y bravía colina, descubre, con aquellos ojos suyos que ya rebuscan y comparan, un guijarro negro, áspero, tallado, sombríamente lustroso. Se pasma de su peso, y enseguida presiente en él un mazo superior, de decisiva rigidez. ¡Con qué alborozo lo lleva, agarrado contra el pecho, para martillar el sílex rebelde! Al lado de Eva, que lo espera a la orilla del río, pronto golpea duramente

sobre el pedernal... Y, ¡oh espanto!, ¡una chispa salta, refulge, muere! Ambos retroceden, se miran, con un terror casi sagrado. Es un fuego, un fuego vivo, lo que él ha arrancado así con sus manos a la roca bruta, semejante al fuego vivo que centellea de entre las nubes. Golpea de nuevo, temblando. La centella brilla, la centella pasa, y Adán remira y olfatea el oscuro guijarro. Pero no comprende. Y, pensativos, nuestros padres venerables suben, con los cabellos al viento, para su caverna acostumbrada, que está en la cuesta de un cerro, junto a una fuente que brota entre helechos.

Y ahí, en su reino, Adán, con una curiosidad en la que late una esperanza, nuevamente aprieta el sílex, grueso como una calabaza, entre los callosos pies, y de nuevo empieza a martillar, bajo el aliento de Eva, que se asoma y jadea. Siempre salta la chispa, rebrilla en la sombra, tan refulgente como aquellas lumbres que ahora palpitan, miran desde allá, desde las alturas. Pero esos fuegos permanecen, a través de la negrura del cielo y de la noche, vivos, espionando, en su refulgencia. Y aquellas estrellitas de la piedra todavía no han vivido y ya se han muerto... ¿Será que el viento se las lleva, él que todo lo lleva, voces, nubes y hojas? Nuestro padre venerable, huyendo del viento malévolos que ronda en el monte, retrocede hasta el fondo más abrigado de la caverna, en donde se ahuecan las capas de heno muy seco, que son su lecho. Y de nuevo hiere la piedra, despidiendo centella tras centella, mientras Eva, agachada, cobija con sus manos aquellos refulgentes y fugitivos seres. Y he aquí que de los henos se eleva un humo ligero, y crece, y se enrolla, y a través de él, roja, una llama resalta... ¡Es el fuego! Nuestros padres huyen despavoridamente de la caverna, oscurecida por una humareda olorosa, en la que flamean, alegres, rutilantes lenguas que lamen la roca. Acuclillados a la puerta de la madriguera, ambos jadean, con el pasmo y terror de su obra, con sus ojos que lloran con el humo acre. E, incluso a través del susto y del espanto, sienten una dulzura muy nueva que penetra en ellos y que viene de aquella luz y viene de aquel calor... Pero ya el humo huyó de la caverna, el viento robador se lo llevó. Las llamas se arrastran, inciertas, azuladas; en breve, sólo queda un rescoldo que mengua, se hace ceniza, se reduce a cisco: y la última chispa corre, refulge, pasa. ¡El fuego ha muerto! Entonces, en el alma naciente de Adán entra el dolor de una ruina. Desesperadamente tira de sus gruesos labios y gime. ¿Sabrá él alguna vez empezar de nuevo el hecho maravilloso?... Y nuestra madre, ya consoladora, será quien lo consuele. Con sus rudas manos conmovidas, porque realiza sobre la tierra su primera obra, junta otro montón de henos secos, posa entre ellos el sílex redondo, toma el oscuro guijarro, golpea con fuerza, en un centellear de estrellitas. Y de nuevo el humo rueda, y de nuevo la llama refulge. ¡Oh, triunfo! ¡He ahí la hoguera, la hoguera inicial del Paraíso, y no casualmente reventada, sino encendida por una clara voluntad que, ahora, para siempre jamás, cada noche y cada mañana, podrá repetir con seguridad la hazaña suprema!

A nuestra madre venerable le pertenece entonces, en la caverna, la dulce y augusta tarea del fuego. Ella lo crea, ella lo nutre, ella lo defiende, ella lo perpetúa. Y, como madre deslumbrada, descubre cada día, en ese resplandeciente hijo de sus cuidados, una virtud o gracia nueva. Ahora Adán sabe ya que *su* fuego espanta todas las fieras (incluso al horrendo espeleu, al que nada espanta) y que en el Paraíso existe por fin un cobijo seguro, que es *su* cobijo. No sólo seguro, sino también amable, porque el fuego lo ilumina, lo calienta, lo alegra, lo purifica. Y, cuando Adán, con un manojito de lanzas, baja a la planicie o se embreña en la selva para cazar la presa, mata ya con ansias redobladas, para recogerse pronto en aquella buena seguridad y consuelo de la lumbre. ¡Ah, qué dulcemente entra en él, y seca en su pelo la frialdad de los matorrales, y dora como un sol el peñascal de su madriguera! ¡Y después aún atrae sus ojos, y lo embelesa, y lo guía con una obsesión

fecunda, en la que inspiradamente se le aparecen formas de flechas, mazos con mango, huesos curvos que fisgan los peces, lascas dentadas que sierran el palo!... ¡A su hembra fuerte le debe Adán esta hora creadora!

¡Y cuánto no le debe la humanidad! Recordemos, hermanos míos, que nuestra madre, con aquella adivinación superior que más tarde la convirtió en profetisa y sibila, no vaciló cuando la serpiente le dijo, coleando entre las rosas: «¡Come del fruto del saber, que tus ojos se abrirán y serás como los dioses sabedores!». Adán habría comido la serpiente, bocado más succulento. Ni siquiera creería en frutos que comunican la divinidad y la sapiencia, él que tanta fruta había comido en los árboles y se conservaba ignorante y bestial como el oso y el auroch. Eva, sin embargo, con la credulidad sublime que siempre opera en el mundo las transformaciones sublimes, enseguida comió la manzana, y la cáscara, y la pepita. ¡Y, persuadiendo a Adán para que compartiese del trascendente pomo, muy dulce y arteramente lo convenció del provecho, de la felicidad, de la gloria y de la fuerza que da el saber! Esta alegoría de los poetas del Génesis, con espléndida sutileza nos revela la inmensa obra de Eva en los años dolorosos del Paraíso. Por ella, Dios continúa la Creación superior, la del reino espiritual, la que desenvuelve sobre la tierra el hogar, la familia, la tribu, la ciudad. Es Eva quien pone los cimientos y golpea las grandes piedras angulares en la construcción de la humanidad.

Si no, ¡ved! Cuando el bravío cazador se recoge en su caverna, derrengado bajo el peso de la caza muerta, oliendo a selva, y a sangre, y a fiera, es él, seguramente, el que desuella la res con la faca de piedra, la corta en tajadas, y descarna los huesos (que ávidamente guarda bajo el muslo y reserva para su ración, porque contiene la preciosa moneda). Pero Eva une esa piel, cuidadosamente, a las otras pieles almacenadas; esconde los huesos partidos, porque sus lascas agudas se clavan y horadan; y en una cavidad de la roca fresca guarda la carne que ha sobrado. Pues en poco tiempo una de esas hartas tajadas se le olvida, caída junto a la hoguera perpetua. La lumbré alastra, lentamente lame la carne por el lado más graso, hasta que un olor, desconocido y sabroso, acaricia y amplía las rudas narinas de nuestra madre venerable. ¿De dónde viene ese aroma delicioso? Del fuego, en el que la posta de venado o de liebre se tuesta y rechina. Entonces Eva, inspirada y grave, empuja la carne hacia la brasa viva: y espera, arrodillada, hasta que la clava con una punta de hueso, y la retira de la llama ruidosa, y la muerde en sombrío silencio. Sus ojos refulgentes anuncian otra conquista. Y, con la prisa amorosa con que ofreció a Adán la manzana, le presenta ahora aquella carne tan nueva, que él huele desconfiado y después devora con fuertes dentelladas, roncando de gozo. ¡Y he aquí que, por este pedazo de gamo asado, nuestros padres suben victoriosamente otro escalón de la humanidad!

El agua todavía la beben en un manantial vecino, entre los helechos, con el rostro sumergido en el claro filón. Después de beber, Adán, arrimando su gruesa lanza, mira a lo lejos el discurrir del río lento, los montes coronados de nieve o de fuego, el sol sobre el mar, pensando, con arrastrado pensar, si en esas tierras que se extienden, que se esconden más allá, la presa será más segura y las selvas menos cerradas. Pero Eva vuelve enseguida a la caverna, para entregarse, sin descanso, a una tarea que le encanta. Encruzada en el suelo, atenta bajo la melenaza crespá, nuestra madre horada, con un huesecito agudo, agujeros finos en la orla de una piel, y después en la orla de otra piel. Y tan embebida está que ni siquiera siente a Adán entrar y revolver en sus armas, une las dos pieles sobrepuestas, pasando a través de los agujeros una delgada fibra de las algas que secan ante la lumbré. Adán considera con desdén ese trabajo menudo que no añade fuerza a su fuerza. ¡No presiente todavía, el bruto padre, que aquellas pieles cosidas serán el resguardo de su

cuerpo, el almacén de su tienda, la bolsa de su fardel, el odre de su agua, y el tambor en que golpear cuando sea un guerrero, y la página en que escribir cuando sea un profeta!

Otros gustos y modos de Eva también lo irritan; y a veces, con una inhumanidad que ya es humana, nuestro padre coge por los pelos a su hembra, y la tira, y la pisa bajo su pata callosa. Así, un furor lo tomó, una tarde, avistando, en el regazo de Eva, sentada ante la hoguera, un cachorrito blando y torpón, al que ella, con cariño y paciencia, enseñaba a chupar una fibra de carne fresca. Al borde de la fuente había descubierto al cachorrito perdido y gimiendo; y muy mansamente lo había recogido, le había dado calor, lo había alimentado, con una sensación que le resultaba dulce y le abría en la boca espesa, que aún apenas sabía sonreír, una sonrisa de maternidad. Nuestro padre venerable, con las pupilas reluciendo, lanza la garra, quiere devorar al cachorro que había entrado en su madriguera. Pero Eva defiende al animalito, que tiembla y la lame. ¡El primer sentimiento de caridad, informe como la primera flor que brotó de los limos, aparece en la tierra! Y, con las cortas y roncadas voces que eran el hablar de nuestros padres, Eva intenta quizás afianzar que será útil, en la caverna del hombre, la amistad de un bicho... Adán estira el labio trompudo. Después, en silencio, mansamente, pasa los dedos por el lomo suave del cachorrito encogido. ¡Y éste es, en la historia, un momento asombroso! ¡El hombre domestica al animal! De ese cachorro acogido en el Paraíso nacerá el perro amigo, por él la alianza con el caballo, después el dominio sobre la oveja. El rebaño crecerá; el pastor lo llevará; el perro fiel lo guardará. Eva, al amor de su lumbre, prepara a los pueblos errantes que pastorean los ganados.

Después, en aquellas largas mañanas en las que Adán bravío cazaba, Eva, errando del valle al monte, cogía conchas, huevos de aves, curiosas raíces, semillas, con el gusto de acumular, de abastecer su madriguera con riquezas nuevas, que escondía en las hendiduras de la roca. Pero un puñado de esas semillas cayó, a través de sus dedos, sobre tierra húmeda y negra, cuando las recogía al borde de la fuente. Una punta verde brotó; después un tallo creció; después una espiga maduró. Sus granos son sabrosos. Eva, pensativa, entierra otras semillas, con la esperanza de crear alrededor de su hogar, en un trozo de su cercado, altas hierbas que espiguen y le traigan el grano dulzón y tierno... ¡He ahí la cosecha! Y así nuestra madre hace posibles, desde el fondo del Paraíso, los pueblos estables que labran la tierra.

Mientras tanto, bien podemos suponer que nació Abel, y, unos tras otros, los días se deslizan en el Paraíso, más seguros y fáciles. Ya los volcanes se van apagando lentamente. Las rocas no se despeñan ya con fragor sobre la abundancia inocente de los valles. Tan amansadas andan las aguas que en su transparencia se miran, con demora y cuidado, las nubes y las ramas de los olmos. Raramente un pterodáctilo macula, con el escándalo de su pico y de sus alas, los cielos, en donde el sol alterna con la bruma y los estíos se hacen flecos de lluvias ligeras. Y con esta tranquilidad que se establece hay como una sumisión consciente. El mundo presente y acepta la supremacía del hombre. La floresta ya no arde con la liviandad del rastrojo, sabiendo que en breve el hombre le pedirá la estaca, la viga, el remo, el mástil. El viento, en las gargantas de la sierra, blandamente se disciplina y ensaya los soplos regulares con los que trabajará la piedra del molino. El mar ahogó a sus monstruos y estira el dorso preparado para el corte de la quilla. La tierra convierte en estable su gleba y blandamente se humedece, para cuando llegue el arado y la semilla. Y todos los metales se alinean en filón y alegremente se disponen para el fuego que les dará forma y belleza.

Y por la tarde Adán se recoge contento, con caza abundante. El lar flamea; y

alumbraba el rostro de nuestro padre, que el esfuerzo de la vida ha embellecido, en donde ya los labios se adelgazaron, y la testa se llenó con su lento pensar, y los ojos se tranquilizaron con un brillo más seguro. El cordero, espetado en un palo, se asa y gotea en las brasas. En el suelo se posan cáscaras de coco, llenas de agua clara de la fuente. Una piel de oso hizo suave el lecho de helechos. Otra piel, colgada, abriga la boca de la caverna. En un rincón, que es el taller, están los montones de sílex y el mazo; en otro rincón, que es el arsenal, están las lanzas y las clavos. Eva tuerce los hilos de una lana de cabra. Al buen calor, sobre farfolla, duerme Abel, muy gordo, completamente desnudo, con un pelo más ralo en la carnicita más blanca. Compartiendo la farfolla y el mismo calor, vela el perro, que ya ha crecido, con los ojos amables, el hocico entre las patas. Y Adán (¡oh, extraña tarea!), muy absorto, intenta grabar, con una punta de piedra, sobre un hueso largo, las astas, el dorso, las piernas estiradas de un venado que corre... La leña estalla. Todas las estrellas del cielo están presentes. Dios, pensativo, contempla el crecer de la humanidad.

¡Y ahora que he encendido, en la noche estrellada del Paraíso, con ramas bien secas del Árbol de la Ciencia, este verídico hogar, consentid que os deje, oh padres venerables!

Ya no temo que la tierra inestable os machaque; o que las fieras superiores os devoren; o que, apagada, a la manera de una lámpara imperfecta, la energía que os trajo del bosque, retrocedáis a vuestro árbol. Sois ya irremediabilmente humanos, y cada mañana progresaréis, con tan poderoso lanzamiento, hacia la perfección del cuerpo y el esplendor de la razón, que enseguida, dentro de unos cientos de miles de cortos años, Eva será la hermosa Helena y Adán será el inmenso Aristóteles.

¡Pero no sé si felicitaros, oh padres venerables! Otros hermanos vuestros se quedaron en la espesura de los árboles... y su vida es dulce. Todas las mañanas el orangután se despierta entre sus sábanas de hojas, sobre el fofo colchón de musgos que él, con cuidado, acamó por encima de un catre de ramas olorosas. Lánguidamente, sin cuidados, se despereza en la blandura de los musgos, escuchando las límpidas arias de los pájaros, gozando los hilos del sol que se enmarañan entre el encaje de las hojas y lamiendo en el vello de sus brazos la llovizna azucarada. Después de rascarse y restregarse bien, sube con pachorra a su árbol predilecto, que escogió en todo el bosque por su frescura, por la elasticidad mecedora de su ramaje. Por eso, habiendo respirado las brisas cargadas de aromas, salta, con ágiles brincos, a través de las siempre fáciles, siempre hartas despensas del bosque, en donde almuerza la banana, el mango, la guayaba, todos los finos frutos que hacen el aire tan sano y ajeno a males como los árboles en que los cogió. Recorre entonces, sociablemente, las calles y las callejas parlanchinas de la espesura; hace cabriolas con diestros amigos, en juegos amables de ligereza y fuerza; galantea a las orangutanas gentiles que lo catan y, colgadas con él de una liana florida, se balancean charlando; trota, entre alegres grupos, por la orilla de las aguas claras; o, sentado en la punta de una rama, escucha a algún viejo y facundo chimpancé contando divertidas historias de caza, de viajes, de amores y de trueques a las fieras pesadas, que circulaban en el césped y no pueden trepar. Temprano se recoge en su árbol y, estirado en la frondosa red, blandamente se abandona a la delicia de soñar, con un sueño despierto, semejante a nuestras metafísicas y a nuestras epopeyas, pero que, rodando todo sobre sensaciones reales, es, al contrario de nuestros inciertos sueños, un sueño hecho completamente de certeza. Por fin, la floresta lentamente se calla, la sombra resbala entre los troncos, y el orangután dichoso baja a su catre de peñascales y musgos y se adormece en la inmensa paz de Dios, del Dios que él nunca se cansó en comentar, ni siquiera en negar, y que a pesar de todo derrama sobre él, con imparcial cariño, los bienes colmados de Su misericordia.

Así ocupó su día el orangután, en los árboles. Y, mientras tanto, ¿cómo gastó, en las ciudades, su día, el hombre, primo del orangután? ¡Sufriendo, porque tiene los dones superiores que le faltan al orangután! ¡Sufriendo, porque arrastra consigo, sin posibilidad de rescate, ese mal incurable que es su alma! ¡Sufriendo, porque nuestro padre Adán, el terrible día 28 de octubre, después de espiar y olfatear el Paraíso, no osó declarar reverentemente al Señor: «¡Gracias, oh mi dulce Creador, dale el gobierno de la tierra a quien mejor puedas escoger, al elefante o al canguro, que por lo que a mí respecta, bastante más avisado, me vuelvo ya para a mi árbol!...»!

Pero, en fin, desde que nuestro padre venerable no tuvo la previsión o la abnegación de declinar la gran supremacía, sigamos reinando sobre la Creación y siendo sublimes... Sobre todo sigamos usando, insaciablemente, del mejor don que Dios nos concedió entre todos los dones, el más puro, el único genuinamente grande, el don de amarlo, puesto que no nos concedió también el don de comprenderlo. Y no olvidemos que Él ya nos enseñó, a través de voces levantadas en Galilea, y bajo los mangos de Veluvana, y en los valles severos de Yen Chu, que la mejor manera de amarlo es que nos amemos los unos a los otros, y que amemos toda su obra, incluso al gusano, y a la roca dura, y a la raíz venenosa, e incluso a esos vastos seres que no parecen necesitar nuestro amor, esos soles, esos mundos, esas dispersas nebulosas, que, inicialmente cerradas, como nosotros, en la mano de Dios, y hechas de nuestra sustancia, seguramente no nos aman... ni posiblemente nos conozcan.

La perfección

I

Sentado en una roca, en la isla de Ogigia, con la barba enterrada entre las manos, de las que había desaparecido la aspereza callosa y tiznada de las armas y de los remos, Ulises, el más sutil de los hombres, meditaba, con una oscura y pesada tristeza, sobre el mar muy azul que, mansa y armoniosamente, se deslizaba sobre la arena muy blanca. Una túnica bordada de flores escarlatas cubría, con pliegues lánguidos, su cuerpo poderoso, que había engordado. En las correas de las sandalias, que calzaban sus pies suavizados y perfumados de esencias, relucían esmeraldas de Egipto. Y su bastón era una maravillosa rama de coral, coronada por una piña de perlas, como el que usan los dioses marinos.

La divina isla, con sus rocas de alabastro, los bosques de cedros y tuyas odoríferas, las mieses eternas dorando los valles, la frescura de los rosales revistiendo los cerros delicados, resplandecía, adormecida en la languidez de la siesta, toda envuelta en un mar resplandeciente. Ni un soplo de los céfiros curiosos, que brincan y corren sobre el archipiélago, perturbaba la serenidad del luminoso aire, más dulce que el vino más dulce, todo impregnado del fino aroma de los prados de violetas. En el silencio, embebido de calor afable, eran de la armonía más encantadora los murmullos de arroyos y fuentes, el arrullar de las palomas volando de los cipreses a los plátanos, el lento deslizarse y quebrar de la ola mansa sobre la arena suave. Y en esta inefable paz y belleza inmortal, el sutil Ulises, con los ojos perdidos en las aguas brillantes, amargamente gemía, revolviendo el quejido de su corazón...

Siete años, siete inmensos años, habían pasado desde que el rayo refulgente de Júpiter hendiera su nave de alta proa bermeja, y él, agarrado al mástil partido, había rodado en la braveza mugidora de las espumas sombrías, durante nueve días, durante nueve noches, hasta que había boyado en aguas más calmas, y tocado las arenas de aquella isla en la que Calipso, la diosa radiante, lo había recogido y amado. Y durante esos inmensos años, ¿cómo se fue arrastrando su vida, su gran y fuerte vida, que, después de la partida hacia los muros fatales de Troya, abandonando entre lágrimas incontables a su Penélope de ojos claros, a su pequeño Telémaco, enfajado, al cuello del ama, anduvo siempre tan agitada por peligros, y guerras, y astucias, y tormentas, y rumbos perdidos?... ¡Ah! ¡Dichosos los reyes muertos, con hermosas heridas en el blanco pecho, ante las puertas de Troya! ¡Felices sus compañeros tragados por la ola amarga! ¡Feliz él si las lanzas troyanas lo hubieran traspasado esa tarde de gran viento y polvareda, cuando, junto al Haya, defendía de los ultrajes, con la espada sonora, el cuerpo muerto de Aquiles! ¡Pero no! ¡Había vivido! ¡Y ahora, cada mañana, al salir sin alegría del trabajoso lecho de Calipso, las ninfas, siervas de la diosa, lo bañaban en unas aguas muy puras, lo perfumaban con lánguidas esencias, lo cubrían con una túnica siempre nueva, ora bordada de sedas finas, ora bordada de oro pálido! Mientras tanto, sobre la mesa lustrosa, erguida a la puerta de la gruta, a la sombra de las enramadas, junto al susurro durmiente de un arroyo diamantino, los azafates y las fuentes cinceladas transbordaban pasteles, frutas, tiernas carnes humeando, peces centelleando como tramas de plata. La intendenta venerable helaba los vinos dulces en las cráteras de bronce, coronadas de rosas. Y él, sentado en un escabel, alargaba las manos

hacia los manjares perfectos, mientras al lado, sobre un trono de marfil, Calipso, esparciendo a través de la túnica nevada la claridad y el aroma de su cuerpo inmortal, sublimemente serena, con una sonrisa taciturna, sin tocar las comidas humanas, picoteaba la ambrosía, bebía en sorbos delicados el néctar transparente y rubro. Después, tomando aquel bastón de Príncipe de Pueblos que Calipso le había regalado, recorría sin curiosidad los caminos de la isla, tan lisos y cuidados que nunca sus sandalias relucientes se manchaban de polvo, tan penetrados por la inmortalidad de la diosa que jamás en ellos había encontrado hoja seca, ni flor menos fresca pendiendo del tallo. Sobre una roca se sentaba entonces, contemplando aquel mar que también bañaba Ítaca, allí tan bravío, aquí tan sereno, y pensaba, y gemía, hasta que las aguas y los caminos se cubrían de sombra, y él se recogía en la gruta para dormir, sin deseo, con la diosa que lo deseaba... Y durante esos inmensos años, ¿qué destino habría envuelto a su Ítaca, la áspera isla de sombríos bosques? ¿Vivían ellos todavía, sus seres amados? Sobre la fuerte colina, dominando la ensenada de Reitros y los pinares de Neus, ¿aún se levantaba su palacio, con los bellos pórticos pintados de rojo y cárdeno? Al cabo de tan lentos y vacíos años, sin noticias, borrada toda esperanza como una lámpara, ¿se habría despojado su Penélope de la túnica pasajera de la viudez, y habría pasado a los brazos fuertes de otro esposo fuerte que, ahora, manejaba sus lanzas y vendimiaba sus viñas? ¿Y el dulce hijo Telémaco? ¿Reinaría en Ítaca, sentado, con el blanco cetro, sobre el mármol alto del ágora? Ocioso y rondando por los patios, ¿entornaría los ojos bajo el imperio duro de un padrastro? ¿Erraría por ciudades ajenas, mendigando un salario?... ¡Ah! ¡Si su existencia, así para siempre arrancada de la mujer, del hijo, tan dulces a su corazón, estuviese al menos empleada en hazañas ilustres! Diez años antes también desconocía la suerte de Ítaca, y de los seres maravillosos que allí había dejado en soledad y fragilidad; pero una empresa heroica lo agitaba; y cada mañana su fama crecía, como un árbol en un promontorio que llena el cielo y todos los hombres contemplan. ¡Entonces era la llanura de Troya, y las blancas tiendas de los griegos a lo largo del mar sonoro! ¡Sin cesar meditaba las astucias de la guerra; con soberbia facundia discurría en la Asamblea de los Reyes; rigurosamente uncía los caballos empinados al timón de los carros; con la lanza en alto corría, entre prisas y griterío, contra los troyanos de altos yelmos, que surgían, en tropel retumbante, de las puertas Skaias!... ¡Oh! ¡Y cuando él, Príncipe de Pueblos, encogido bajo harapos de mendigo, con los brazos maculados de llagas postizas, cojeando y gimiendo, había penetrado en los muros de la orgullosa Troya, por el lado del Haya, para, de noche, con incomparable ardid y bravura, robar el paladión tutelar de la ciudad! Y cuando, dentro del vientre del Caballo de Palo, en la oscuridad, en el aprieto de todos aquellos guerreros yertos y cubiertos de hierro, calmaba la impaciencia de los que sofocaban, y tapaba con la mano la boca de Anticlos clamando furioso, al escuchar fuera en la llanura los ultrajes y los escarnios troyanos, y a todos murmuraba: «¡Calla, calla!, que ya cae la noche y Troya es nuestra...». ¡Y después los prodigiosos viajes! ¡El pavoroso Polifemo, escarnecido con una astucia que para siempre maravillará a generaciones! ¡Las maniobras sublimes entre Escila y Caribdis! ¡Las Sirenas, bogando y cantando en torno al mástil, en donde él, amarrado, las rechazaba con el mudo dardear de los ojos más agudos que dardos! ¡El descenso a los infiernos, jamás concedido a un mortal!... ¡Y ahora hombre de tan rutilantes hechos yacía en una isla indolente, eternamente preso, sin amor, por el amor de una diosa! ¿Cómo podría él huir, rodeado de mar indomable, sin nave, sin compañeros para mover los largos remos? ¡Los dioses dichosos ciertamente olvidaban lo mucho que por ellos había combatido, y que siempre piadosamente les había dedicado las reses debidas, incluso a través del fragor y humareda

de las ciudadelas derrumbadas, incluso cuando su proa encallaba en tierra agreste!... Y al héroe, que había recibido de los reyes de Grecia las armas de Aquiles, cabía por destino amargo engordar en la ociosidad de una isla más lánguida que una cesta de rosas, y extender las manos reblandecidas hacia manjares abundantes, y, cuando aguas y caminos se cubrían de sombra, dormir sin deseo con una diosa que, sin cesar, lo deseaba.

Así gemía el magnánimo Ulises, a la orilla del mar espléndido... y he aquí que, de repente, un surco, de desusado brillo, más rutilantemente blanco que el de una estrella cayendo, rasgó el esplendor del cielo, desde las alturas hasta la olorosa mata de tuyas y cedros que sombreaba un golfo sereno, al oriente de la isla. ¡El corazón del héroe latió con alborozo! Rastro tan refulgente, en el fulgor del día, sólo un dios lo podía trazar a través del gran Urano. ¿Un dios, pues, había bajado a la isla?

II

Un dios había bajado, un gran dios... Era el mensajero de los dioses, el ligero, elocuente Mercurio. Calzado con aquellas sandalias que tienen dos alas blancas, los cabellos color vino cubiertos por el casco, en el que se agitan también dos claras alas, levantando en la mano el caduceo, había hendido el éter, rozado la lisura del mar en calma, pisado la arena de la isla, en la que sus pisadas quedaban resplandeciendo como plantillas de oro nuevo. A pesar de recorrer toda la tierra, con los recados innumerables de los dioses, el luminoso mensajero no conocía aquella isla de Ogigia, y admiró, sonriendo, la belleza de los prados de violetas, tan dulces para el correr y jugar de las ninfas, y el armonioso chispear de los regatos entre los altos y lánguidos lirios. Una viña, sobre columnas de jaspe, cargada de racimos maduros, conducía, como fresco pórtico salpicado de sol, hasta la entrada de la gruta, toda de rocas delicadas, de donde pendían jazmines y madreselvas, envueltas en el susurrar de las abejas. Y enseguida divisó a Calipso, la Diosa feliz, sentada en un trono, hilando en rueca de oro, con huso de oro, la lana hermosa de púrpura marina. Un aro de esmeraldas sujetaba sus cabellos muy rizados y ardientemente rubios. Bajo la túnica, y diáfana, la mocedad inmortal de su cuerpo refulgía como la nieve, cuando la aurora la tiñe de rosas en las colinas eternas pobladas de dioses. Y mientras torcía el huso, cantaba un trinado y fino canto, como trémulo hilo de cristal vibrando desde la tierra hasta el cielo. Mercurio pensó: «¡Preciosa isla, y preciosa ninfa!».

De un fuego claro de cedro y tuya, subía, muy recto, un humo sutil que perfumaba toda la isla. Alrededor, sentadas en esteras, sobre el suelo de ágata, las ninfas, siervas de la diosa, devanaban las lanas, bordaban en la seda las flores ligeras, tejían las puras telas en telares de plata. Todas se ruborizaron, el seno palpitando, al sentir la presencia del dios. Y, sin detener el huso chispeante, Calipso había reconocido inmediatamente al mensajero, ya que todos los inmortales conocen, unos de los otros, los nombres, los hechos y los rostros soberanos, incluso cuando habitan retiros remotos que el éter y el mar separan.

Mercurio se había parado, risueño, en su desnudez divina, exhalando el perfume del Olimpo. Entonces, la diosa levantó hacia él, con compuesta serenidad, el amplio esplendor de sus ojos verdes:

—¡Oh Mercurio! ¿Por qué has descendido a mi humilde isla, tú, venerable y querido, a quien yo nunca vi pisar la tierra? Dime lo que esperas de mí. Ya mi abierto corazón me ordena que te contente, si tu deseo cupiere dentro de mi poder y del hado... Pero entra, reposa, y que yo te sirva, como dulce hermana, a la mesa de la hospitalidad.

Separó la rueca de la cintura, apartó los rizos sueltos de su cabello radiante, y con sus nacaradas manos colocó sobre la mesa, acercada por las ninfas al fuego aromático, el plato rebosante de ambrosía, y los ciborios de cristal en los que centelleaba el néctar.

Mercurio murmuró: «¡Dulce es tu hospitalidad, oh diosa!».

Colgó el caduceo en la fresca rama de un plátano, extendió sus dedos relucientes hacia la fuente de oro, risueñamente alabó la excelencia de aquel néctar de la isla. Y, contentada el alma, apoyando la cabeza en el tronco liso del plátano, que se cubrió de claridad, comenzó, con palabras perfectas y aladas:

—Me preguntaste por qué descendía un dios a tu morada, ¡oh diosa! Y ciertamente ningún inmortal recorrería sin motivo, desde el Olimpo hasta Ogigia, esta desierta inmensidad del mar salado en la que no se encuentran ciudades de hombres, ni templos

cercados de bosques, ni siquiera un pequeño santuario de donde suba el aroma del incienso, o el olor de las carnes votivas, o el murmullo gustoso de las preces... Pero fue nuestro Padre Júpiter, el tempestuoso, el que me mandó este recado. Tú recogiste, y retienes por la fuerza inconmensurable de tu dulzura, al más sutil y desgraciado de todos los príncipes que combatieron durante diez años la alta Troya, y después embarcaron en las naves hondas para volver a la tierra de la patria. Muchos de esos consiguieron regresar a sus ricos lares, cargados de fama, de botines, y de historias excelentes para contar. Vientos enemigos, sin embargo, y un fado más inexorable, arrojaron a esta tu isla, envuelto en las sucias espumas, al facundo y astuto Ulises... Pero el destino de este héroe no es el de quedarse en la ociosidad inmortal de tu lecho, lejos de aquellos que lo lloran, y que carecen de su fuerza y mañas divinas. ¡Por eso Júpiter, regulador del orden, te ordena, oh diosa, que sueltes al magnánimo Ulises de tus brazos claros y lo restituyas, con los regalos dulcemente debidos, a su Ítaca amada, y a su Penélope, que teje y desteje la tela ardidosa, cercada de los pretendientes arrogantes, devoradores de sus gordos bueyes, libadores de sus frescos vinos!

La divina Calipso se mordió levemente el labio, y sobre su rostro luminoso cayó la sombra de las densas pestañas color jacinto. Después, con un armonioso suspiro, en el que onduló todo su pecho resplandeciente:

—¡Ah dioses grandes, dioses dichosos, qué ásperamente celosos sois de las diosas, que, sin esconderse por la espesura de los bosques o en los pliegues oscuros de los montes, aman a los hombres elocuentes y fuertes!... Éste, que me envidiáis, rodó a las arenas de mi isla, desnudo, pisado, hambriento, preso a una quilla partida, perseguido por todas las iras, y todas las ráfagas, y todos los rayos dardeantes de que dispone el Olimpo. Yo lo recogí, lo lavé, lo nutrí, lo amé, lo guardé, para que quedase eternamente al abrigo de las tormentas, del dolor y de la vejez. Y ahora Júpiter tonante, después de ocho años en los que mi dulce vida se enroscó alrededor de este afecto como la vid al olmo, decide que yo me separe del compañero que había escogido para mi inmortalidad. ¡Realmente sois crueles, oh dioses, que constantemente aumentáis la raza turbulenta de los semidioses durmiendo con las mujeres mortales! ¿Y cómo quieres que yo mande a Ulises a su patria, si no poseo naves, ni remeros, ni piloto sabedor que lo guíe a través de las islas? ¿Pero quién puede resistir a Júpiter, que ayunta las nubes? ¡Sea! Y que el Olimpo se ría, obedecido. Yo enseñaré al intrépido Ulises a construir una lancha segura, con la que de nuevo rasgue el dorso verde del mar...

Inmediatamente, el mensajero Mercurio se levantó del escabel tachonado con clavos de oro, retomó su caduceo, y bebiendo una última copa del néctar excelente de la isla, alabó la obediencia de la diosa:

—¡Bien harás, oh Calipso! Así evitas la cólera del Padre atronador. ¿Quién se le resistirá? Su omnisciencia dirige su omnipotencia. Y sustenta, como cetro, un árbol que tiene por flor el orden... Sus decisiones, clementes o crueles, resultan siempre en armonía. Por eso su brazo se vuelve terrorífico a los pechos rebeldes. Por tu pronta sumisión serás hija estimada, y gozarás una inmortalidad impregnada de sosiego, sin intrigas y sin sorpresas.

Ya las alas impacientes de sus sandalias palpitaban, y su cuerpo, con sublime gracia, se balanceaba sobre los céspedes y flores que alfombraban la entrada de la gruta.

—Por lo demás —añadió—, tu isla, oh diosa, queda en el camino de las naves osadas que rasgan las olas. En breve quizás otro héroe robusto, habiendo ofendido a los inmortales, arribará a tu dulce playa, abrazado a una quilla... ¡Enciende una antorcha clara, de noche, en las rocas altas!

Y, riéndose, el mensajero divino serenamente se elevó, rasgando en el éter un surco de elegante fulgor que las ninfas, olvidada la tarea, seguían, con los frescos labios entreabiertos y el seno alzado, deseosas de aquel inmortal famoso.

Entonces, Calipso, pensativa, lanzando sobre sus cabellos rizados un velo del color del azafrán, caminó hacia la orla del mar, a través de los prados, con una prisa que le enredaba la túnica, a la manera de una espuma leve, alrededor de las piernas redondas y rosáceas. Tan levemente pisó la arena que el magnánimo Ulises no la sintió deslizarse, perdido en la contemplación de las aguas brillantes, con la negra barba entre las manos, aliviando con gemidos el peso de su corazón. La diosa sonrió, con fugitiva y soberana amargura. Después, posando en el robusto hombro del héroe sus dedos tan claros como los de Eos, madre del día:

—¡No te lamentes más, desgraciado, ni te consumas mirando al mar! Los dioses, que son superiores a mí por la inteligencia y por la voluntad, deciden que tú partas, afrontes la inconstancia de los vientos, y calques de nuevo la tierra de la patria...

Bruscamente, como el cóndor cayendo sobre la presa, el divino Ulises, con el rostro asombrado, saltó de la roca musgosa:

—¡Oh Diosa, tú dices!...

Ella continuó sosegadamente, con los hermosos brazos pendidos, enredados en el velo de color azafrán, mientras la ola rodaba, más dulce y cantante, en el amoroso respeto de su presencia divina:

—Bien sabes que no tengo naves de alta proa, ni remadores de recio pecho, ni piloto amigo de las estrellas, que te conduzcan... Pero ciertamente te confiaré el hacha de bronce que fue de mi padre, para que tú tales los árboles que yo te designe y construyas una lancha en la que embarques... Después, la proveeré de odres de vino, de comidas perfectas, y la impeleré con un soplo amigo hacia el mar indómito...

El cauteloso Ulises retrocedió lentamente, clavando en la diosa una dura mirada que la desconfianza oscurecía. Y levantando la mano, que temblaba toda con la ansiedad de su corazón:

—¡Oh diosa, tú albergas un pensamiento terrible, puesto que así me invitas a afrontar en una lancha las olas difíciles, en las que mal se mantienen hondas naves! ¡No, diosa peligrosa, no! ¡Yo combatí en la gran guerra en la que los dioses también combatieron, y conozco la malicia infinita que contiene el corazón de los inmortales! ¡Si resistí a las sirenas irresistibles, y me salvé con sublimes maniobras de entre Escila y Caribdis, y vencí a Polifemo con un ardid que eternamente me hará ilustre entre los hombres, no fue seguramente, oh diosa, para que ahora, en la isla de Ogia, como pajarillo de poco plumaje, en su primer vuelo del nido, caiga en la aña gaza ligera preparada con decires de miel! ¡No, diosa, no! ¡Sólo embarcaré en tu extraordinaria barcaza si tú juras, con el juramento terrífico de los dioses, que no preparas, con esos quietos ojos, mi pérdida irreparable!

Así clamaba, a la orilla de las olas, el pecho jadeando, Ulises, el héroe prudente... Entonces la diosa clemente se rió, con una cantarina y refulgente risa. Y caminando hacia el héroe, pasando los dedos celestes por sus espesos cabellos más negros que la pez:

—¡Oh maravilloso Ulises —dijo—, tú eres, bien es verdad, el más traicionero y engañoso de los hombres, pues ni concibes que exista espíritu sin artificio y sin falsedad! ¡Mi ilustre padre no me engendró con un corazón de hierro! A pesar de inmortal, comprendo las desventuras mortales. Sólo te he aconsejado lo que yo, diosa, emprendería, si el Fado me obligase a salir de Ogia a través del mar incierto...

El divino Ulises retiró lenta y sombríamente la cabeza de la rosada caricia de los dedos divinos:

—Pero jura... ¡Oh diosa, jura, para que a mi pecho descienda, como ola de leche, la sabrosa confianza!

Ella levantó el claro brazo al azul donde los dioses moran:

—Por Gea y por el Cielo superior, y por las aguas subterráneas de Estigia, que es la mayor invocación que pueden lanzar los inmortales, juro, oh hombre, Príncipe de los Hombres, que no preparo tu pérdida ni miserias mayores...

El valiente Ulises respiró hondamente. Y arremangando enseguida las mangas de la túnica, restregando las palmas de las manos robustas:

—¿En dónde está el hacha de tu padre magnífico? ¡Enséñame los árboles, oh diosa!... ¡El día cae y el trabajo es grande!

—¡Calma, oh hombre impaciente de males humanos! Los dioses superiores en sapiencia ya determinaron tu destino... Recógete conmigo en la dulce gruta, a reforzar tu fuerza... Cuando Eos rojiza aparezca, mañana, yo te conduciré a la floresta.

III

Era, en efecto, la hora en la que los hombres mortales y los dioses inmortales se acercan a las mesas cubiertas de vajillas, en donde los espera la abundancia, el reposo, el olvido de los cuidados, y las amorosas conversaciones que contentan el alma. Pronto Ulises se sentó en el escabel de marfil, que todavía conservaba el aroma del cuerpo de Mercurio, y ante él, las ninfas, siervas de la diosa, colocaron los pasteles, las frutas, las tiernas carnes humeantes, los pescados refulgentes como tramas de plata. Posada en un trono de oro puro, la diosa recibió de la intendentia venerable el plato de ambrosía y la copa de néctar. Ambos extendieron las manos hacia las comidas perfectas de la tierra y del cielo. E inmediatamente después de dar la ofrenda abundante al hambre y a la sed, la ilustre Calipso, apoyando el rostro en sus dedos rosáceos, y considerando pensativamente al héroe, soltó estas palabras aladas:

—¡Oh Ulises muy sutil, tú quieres volver a tu morada mortal y a la tierra de la patria!... ¡Ah! Si tu supieses, como yo, qué duros males tienes que sufrir antes de avistar las rocas de Ítaca, quedarías entre mis brazos, animado, bañado, bien nutrido, revestido de finos linos, sin perder nunca la querida fuerza, ni la agudeza del entendimiento, ni el calor de la facundia, puesto que yo te comunicaría mi inmortalidad... Pero deseas volver a la esposa mortal, que habita en la isla áspera en donde los bosques son tenebrosos. Y además no soy inferior a ella, ni por la belleza, ni por la inteligencia, porque las mortales brillan ante las inmortales como lámparas humeantes ante estrellas puras...

El facundo Ulises acarició su ruda barba. Después, levantando el brazo, como solía en la Asamblea de los Reyes, a la sombra de las altas popas, ante los muros de Troya:

—¡Oh diosa venerable, no te escandalices! Perfectamente sé que Penélope es muy inferior a ti en hermosura, sapiencia y majestad. Tú serás eternamente bella y joven, mientras los dioses duren: y ella, en pocos años, conocerá la melancolía de las arrugas, de los cabellos blancos, de los dolores de la decrepitud, y de los pasos que tiemblan apoyados en un bastón que tiembla. Su espíritu mortal anda errante a través de la oscuridad y de la duda; tú, bajo esa frente luminosa, posees las luminosas certezas. ¡Pero, oh diosa, justamente por lo que ella tiene de incompleto, de frágil, de grosero y de mortal, yo la amo, y apetezco su compañía congénere! ¡Considera lo penoso que es que en esta mesa, cada día, yo coma vorazmente el cordero de los pastos y la fruta de los vergeles, mientras tú a mi lado, por la inefable superioridad de tu naturaleza, llevas a los labios, con lentitud soberana, la ambrosía divina! En ocho años, oh diosa, nunca tu rostro se iluminó con una alegría; ni de tus ojos verdes rodó una lágrima; ni golpeaste el pie, con ira impaciente, ni, gimiendo con un dolor, te extendiste en el lecho blando. Y así traes inutilizadas todas las virtudes de mi corazón, pues tu divinidad no permite que yo me congratule contigo, te consuele, te tranquilice, o incluso frote tu cuerpo dolorido con el jugo de hierbas benéficas. ¡Considera aún que tu inteligencia de diosa posee todo el saber, alcanza siempre la verdad; y, durante el largo tiempo que contigo dormí, nunca gocé la felicidad de enmendarte, de contradecirte, y de sentir, ante la flaqueza del tuyo, la fuerza de mi entendimiento! ¡Oh diosa, tú eres aquel ser terrífico que siempre tiene razón! Considera todavía que, como diosa, conoces todo el pasado y todo el futuro de los hombres: ¡y yo no pude saborear la incomparable delicia de contarte por la noche, bebiendo el vino fresco, mis ilustres hazañas y mis viajes sublimes! Oh diosa, tú eres impecable: y cuando yo resbale en una alfombra extendida, o

reviente una correa de mi sandalia, no te puedo gritar, como los hombres mortales gritan a las esposas mortales: «¡Ha sido culpa tuya, mujer!», levantando frente a la chimenea un alarido cruel. ¡Por eso sufriré, con un espíritu paciente, todos los males con que los dioses me asalten en el sombrío mar, para volver a una humana Penélope a la que yo mande, y consuele, y reprenda, y acuse, y contraríe, y enseñe, y humille, y deslumbre, y por eso ame con un amor que constantemente se alimenta de estos modos ondulantes, como la lumbre se nutre de los vientos contrarios!

Así el facundo Ulises se desahogaba, ante la copa de oro vacía, y serenamente la diosa escuchaba, con una sonrisa taciturna, y las manos inmóviles sobre el regazo, enroscadas en la punta del velo.

Mientras tanto, Febo Apolo bajaba hacia occidente; y ya de las ancas de sus cuatro caballos sudorosos subía y se esparcía sobre el mar un vapor rubro y dorado. En breve los caminos de la isla se cubrirán de sombras. Y sobre los velos preciosos del lecho, al fondo de la gruta, Ulises, sin deseo, y la diosa, que lo deseaba, gozaron el dulce amor, y después el dulce sueño.

Temprano, apenas Eos entreabría las puertas del ancho Urano, la divina Calipso, que se había revestido con una túnica más blanca que la nieve del Pindo, y sujetado a sus cabellos un velo transparente y azul como el éter ligero, salió de la gruta, trayendo al magnánimo Ulises, ya sentado a la puerta, bajo las ramas, ante una copa de vino claro, el hacha poderosa de su padre ilustre, toda de bronce, con dos filos y un recio mango de olivo cortado en las faldas del Olimpo.

Limpiando rápidamente la dura barba con el dorso de la mano, el héroe arrebató el hacha venerable:

—¡Oh diosa, hace cuántos años no toco un arma o una herramienta, yo, devastador de ciudadelas y constructor de naves!

La diosa sonrió. E, iluminado el rostro franco, con palabras aladas:

—Oh Ulises, vencedor de hombres, si tú te quedases en esta isla, yo encargaría para ti, a Vulcano y a sus forjas en el Etna, armas maravillosas...

—¿De qué valen armas sin combates u hombres que las admiren? Por lo demás, oh diosa, ya batallé mucho, y mi gloria entre las generaciones está soberbiamente segura. Sólo aspiro al suave reposo, vigilando mis ganados, concibiendo sabias leyes para mis pueblos... ¡Sé benévola, oh diosa, y muéstrame los árboles fuertes que me conviene cortar!

En silencio, ella caminó por un atajo, florido de altas y radiantes azucenas, que conducía a la punta de la isla más cerrada de matas, por el lado de Oriente, y detrás seguía el intrépido Ulises, con la brillante hacha al hombro. Las palomas dejaban las ramas de los cedros, o las concavidades de las rocas en las que bebían, para revolotear en torno a la diosa en un tumulto amoroso. Un aroma más delicado, cuando ella pasaba, subía de las flores abiertas, como de incensarios. El césped que la orla de su túnica rozaba reverdecía en una lozanía más fresca. Y Ulises, indiferente a los prestigios de la diosa, impaciente con la serenidad divina de sus andares armoniosos, meditaba la lancha, suspirando por el bosque.

Denso y oscuro lo avistó al fin, poblado de robles, de viejísimas tecas, de pinos que rozaban sus ramas en el alto éter. De su orla descendía un arenal al que ni concha, ni vástago quebrado de coral, ni pálida flor de cardo marino, deshacía la dulzura perfecta. Y el mar refulgía con un brillo de zafiro, en la quietud de la mañana blanca y colorada. Caminando de los robles a las tecas, la diosa marcó al atento Ulises los troncos secos, robustecidos por soles sin número, que fluctuarían, con levedad más segura, sobre las aguas traidoras. Después, acariciando el hombro del héroe como otro árbol robusto también

botado a las aguas crueles, se retiró a su gruta, en donde tomó su rueca de oro, y todo el día hiló, y todo el día cantó...

Con alborozada y soberbia alegría, Ulises lanzó el hacha contra un basto roble, que gimió. Y en poco tiempo toda la isla retumbaba, en el fragor de la obra sobrehumana. Las gaviotas, adormecidas en el silencio eterno de aquellas márgenes, levantaron el vuelo en amplios bandos, espantadas y gritando. Las fluidas divinidades de los riachuelos indolentes, estremeciéndose en un fulgente escalofrío, huían hacia los cañaverales y las raíces de los alisos. En ese corto día, el valiente Ulises taló veinte árboles, robles, pinos, tecas y chopos: y todos los podó, escuadró y alineó sobre la arena. Su cuello y su curvado pecho humeaban de sudor cuando se retiró pesadamente a la gruta, para saciar el hambre ruda y beber la cerveza helada. Y nunca él había parecido tan bello a la diosa inmortal que, sobre el lecho de pieles preciosas, apenas los caminos se cubrieron de sombra, encontró, sin cansancio y preparada, la fuerza de aquellos brazos que habían derrumbado veinte troncos.

Así, durante tres días, trabajó el héroe.

Y, como arrebatada en esa actividad frenética que agitaba la isla, la diosa ayudaba a Ulises, conduciendo desde la gruta hasta la playa, en sus manos delicadas, las cuerdas y los clavos de bronce. Las ninfas, por mandato suyo, abandonando las tareas suaves, tejían una tela fuerte, para la vela que empujarían con amor los vientos amables. Y la intendenta venerable ya llenaba los odres de vinos con cuerpo, y preparaba con generosidad los víveres numerosos para la travesía incierta. Mientras tanto, la lancha crecía, con los troncos bien unidos, y un banco levantado en medio, en donde se empinaba el mástil, desbastado de un pino, más redondo y liso que una vara de marfil. Cada tarde, la diosa, sentada en una roca a la sombra del bosque, contemplaba al calafate admirable martilleando furiosamente, y cantando, con gran alegría, un canto de remador. Y, ligeras en la punta de los pies lustrosos, entre la arboleda, las ninfas, escapando a la tarea, acudían a espiar, con deseosos ojos fulgurantes, aquella fuerza solitaria, que soberbiamente, en el arenal solitario, iba construyendo una nave.

IV

Por fin, al cuarto día, por la mañana, Ulises acabó de escuadrar el timón, que reforzó con rejas de aliso para soportar mejor el embate de las olas. Después añadió un lastre abundante, con la tierra de la isla inmortal y sus delicadas piedras. Sin descanso, con un ansia risueña, amarró a la verga alta la vela cortada por las ninfas. Sobre pesados rollos, maniobrando la palanca, rodó la lancha inmensa hasta la espuma de la ola, con un esfuerzo sublime, los músculos tan tensos y las venas tan hinchadas que él mismo parecía hecho de troncos y cuerdas. Una punta de la lancha arfó, levantada en cadencia por la ola armoniosa. Y el héroe, levantando los brazos brillantes de sudor, alabó a los dioses inmortales.

Entonces, como la obra acabara y la tarde rebrillaba, propicia a la partida, la generosa Calipso trajo a Ulises, a través de las violetas y de las anémonas, a la fresca gruta. Con sus divinas manos lo bañó en una concha de nácar, y lo perfumó con esencias sobrenaturales, y lo vistió con una túnica hermosa de lana bordada, y lanzó sobre sus hombros un manto impenetrable a las neblinas del mar, y le extendió sobre la mesa, para que saciase su hambre ruda, las comidas más sanas y más finas de la tierra. El héroe aceptaba los amorosos cuidados, con paciente magnanimidad. La diosa, con gestos serenos, sonreía taciturnamente.

Después, ella tomó la mano velluda de Ulises, palpando con gusto los callos que le dejara el hacha; y por la orilla del mar lo condujo a la playa, en donde la ola mansamente lamía los troncos de la lancha fuerte. Ambos descansaron sobre una roca musgosa. Nunca la isla había resplandecido con una belleza tan serena, entre un mar tan azul, bajo un cielo tan ameno. Ni el agua fresca del Pindo bebida en marcha abrasadora, ni el vino dorado que producen las columnas de Quíos, eran más dulces de sorber que aquel aire impregnado de aromas, compuesto por los dioses para el respirar de una diosa. La frescura perdurable de los árboles entraba en el corazón, casi pedía la caricia de los dedos. Todos los rumores, el de los regatos en el césped, el de las olas en el arenal, el de las aves en las sombras frondosas, subían, suave y finamente fundidos, como las armonías sagradas de un templo distante. El esplendor y la gracia de las flores retenían los rayos pasmados del Sol. Tantos eran los frutos en los vergeles, y las espigas en las mieses, que la isla parecía ceder, hundida en el mar, bajo el peso de la abundancia.

Entonces la diosa, al lado del héroe, levemente suspiró, y murmuró con una sonrisa alada:

—¡Oh magnánimo Ulises, tú ciertamente partes! El deseo te lleva a reencontrar a la mortal Penélope, y a tu dulce Telémaco, que dejaste en brazos del ama cuando Europa corrió contra Asia, y ahora ya sustenta en la mano una lanza temida. Siempre de un amor antiguo, con raíces hondas, brotará más tarde una flor, incluso triste. ¡Pero dime! Si en Ítaca no te esperase la esposa tejiendo y destejiendo la tela, y el hijo ansioso que extiende sus brazos incansables hacia el mar, ¿dejarías tú, oh hombre prudente, esta dulzura, esta paz, esta abundancia y belleza inmortal?

El héroe, al lado de la diosa, extendió el brazo poderoso, como en la Asamblea de los Reyes, ante los muros de Troya, cuando plantaba en las almas la verdad persuasiva:

—¡Oh diosa, no te escandalices! ¡Pero aunque no existiese, para llevarme, ni hijo, ni esposa, ni reino, yo afrontaría alegremente los mares y la ira de los dioses! Porque, de verdad, oh diosa muy ilustre, mi corazón saciado ya no soporta esta paz, esta dulzura y esta

belleza inmortal. Considera, oh diosa, que en ocho años nunca vi el follaje de estos árboles amarillear y caer. Nunca este cielo rutilante se cargó ni de nubes oscuras; ni tuve la satisfacción de extender, bien abrigado, las manos a la dulce lumbre, mientras la borrasca gruesa golpeaba los montes. ¡Todas estas flores que brillan en los tallos airosos son las mismas, oh diosa, que admiré y respiré la primera mañana que me mostraste estos prados perpetuos, y hay lirios que odio, con un odio amargo, por la impasibilidad de su albura eterna! ¡Estas gaviotas repiten tan incesantemente, tan implacablemente, su vuelo armonioso y blanco, que yo escondo de ellas el rostro, como otros lo esconden de las negras Arpías! ¡Y cuántas veces me refugio en el fondo de la gruta, para no escuchar el murmullo siempre lánguido de estos arroyos siempre transparentes! Considera, oh diosa, que en tu isla nunca encontré un charco, un tronco podrido, la carcasa de un bicho muerto y cubierto de moscas zumbadoras. Oh diosa, hace ocho años, ocho años terribles, que estoy privado de ver el trabajo, el esfuerzo, la lucha y el sufrimiento... ¡Oh diosa, no te escandalices! Ando hambriento por encontrar un cuerpo arqueando bajo un fardo, dos bueyes humeantes tirando de un arado; hombres que se injurien al pasar un puente; los brazos suplicantes de una madre que llora; un cojo, sobre su muleta, mendigando a la puerta de los pueblos... Diosa, hace ocho años que no veo una sepultura... ¡No puedo más con esta serenidad sublime! Toda mi alma arde en el deseo de lo que se deforma, y se ensucia, y se despedaza, y se corrompe... ¡Oh diosa inmortal, me muero con saudades de la muerte!

Inmóvil, las manos inmóviles en el regazo, enroscadas en las puntas del velo amarillo, la diosa había escuchado, con una sonrisa serenamente divina, la furiosa queja del héroe cautivo... Mientras tanto, ya por la colina, las ninfas, siervas de la diosa, bajaban, trayendo en la cabeza, y amparándolos con el brazo redondo, los jarros de vino, las bolsas de cuero, que la intendenta venerable mandaba para abastecer la lancha. Silenciosamente, el héroe lanzó una tabla desde la arena hasta el borde de los altos troncos. Y mientras las ninfas pasaban, ligeras, sobre ella, con las anillas de oro tintineando en los pies relucientes, Ulises, atento, contando las bolsas y los odres, gozaba en su noble corazón la abundancia generosa. Pero, amarrados con cuerdas a las clavijas aquellos fardos excelentes, todas las ninfas, lentamente, se sentaron sobre el arenal en torno a la diosa, para contemplar la despedida, el embarque, las maniobras del héroe sobre el dorso de las aguas... Entonces una cólera centelleó en los grandes ojos de Ulises. Y, ante Calipso, cruzando furiosamente los valientes brazos:

—Oh diosa, ¿piensas tú de verdad en que nada me falte para que yo suelte la vela y navegue? ¿Dónde están los ricos presentes que me debes? Ocho años, ocho duros años, fui el huésped magnífico de tu isla, de tu gruta, de tu lecho... ¡Siempre los dioses inmortales determinaron que a los huéspedes, en el momento amigo de la partida, se les ofrezcan considerables regalos! ¿Dónde están, oh diosa, esas riquezas abundantes que me debes por costumbre de la tierra y ley del cielo?

La diosa sonrió, con sublime paciencia. Y en palabras aladas, que huían en la brisa:

—¡Oh Ulises, tú eres claramente el más interesado de los hombres! Y también el más desconfiado, pues supones que una diosa negaría los presentes debidos a aquel que amó... Calma, oh sutil héroe... Los ricos presentes no tardan, con largueza y brillantez.

Y, ciertamente, por la colina suave, otras ninfas bajaban, ligeras, los velos ondulando, trayendo en los brazos alhajas lustrosas, que al sol rutilaban. El magnánimo Ulises extendió las manos, los ojos devoradores... Y mientras ellas pasaban sobre la tabla crujiente, el héroe astuto contaba, valoraba en su noble espíritu los escabeles de marfil, los rollos de telas bordadas, los cántaros de bronce labrado, los escudos tachonados de

piedras...

Tan rico y bello era el jarrón de oro que la última ninfa sustentaba al hombro, que Ulises la detuvo, arrebató el jarrón, lo sopesó, lo miró, y gritó, con soberbia risa estridente:

—¡Realmente, este oro es bueno!

Después de colocadas y sujetas bajo el ancho banco las alhajas preciosas, el impaciente héroe, arrebatando el hacha, cortó la cuerda que ataba la lancha al tronco de un roble, y saltó a la alta borda que la espuma envolvía. ¡Pero entonces recordó que ni había besado a la generosa e ilustre Calipso! Rápido, retirando el manto, saltó a través de la espuma, corrió por la arena, y posó un beso sereno en la frente aureolada de la diosa. Ella sujetó levemente su hombro robusto:

—¡Cuántos males te esperan, oh desgraciado! Mejor sería que te quedases, para toda la inmortalidad, en mi isla perfecta, entre mis brazos perfectos...

Ulises retrocedió, con una exclamación magnífica:

—¡Oh diosa, el irreparable y supremo mal está en tu perfección!

Y a través de la ola, huyó, trepó ansiosamente a la lancha, soltó la vela, surcó el mar, partió hacia los trabajos, hacia las tormentas, hacia las miserias: ¡a la delicia de las cosas imperfectas!

José Matías

¡Linda tarde, amigo mío!... Estoy esperando el entierro de José Matías: de José Matías de Albuquerque, sobrino del vizconde de Garmilde... Usted seguramente lo conoció: un chico airoso, rubio como una espiga, con un bigote crespo de paladín sobre una boca indecisa de contemplativo, diestro caballero, de una elegancia sobria y fina. Y espíritu curioso, muy aficionado a las ideas generales, ¡tan penetrante que comprendió mi «Defensa de la filosofía hegeliana»! Esta imagen de José Matías data de 1865: porque la última vez que lo encontré, en una tarde agreste de enero, metido en un portal de la Rua de São Bento, tiritaba dentro de una levita de color miel, raída en los codos, y olía abominablemente a aguardiente.

¡Pero si usted, amigo mío, una vez que José Matías paró en Coimbra, camino de Oporto, cenó con él, en el Pazo del Conde! Incluso Craveiro, que preparaba las *Ironías y dolores de Satán*, para incitar más la pelea entre la escuela purista y la escuela satánica, recitó aquel soneto suyo, de tan fúnebre idealismo: En la jaula de mi pecho, el corazón... Y aún recuerdo a José Matías, con una gran corbata de raso negro, floja entre el chaleco de lino blanco, sin despegar los ojos de las velas de los candelabros, sonriendo pálidamente a aquel corazón que rugía en su jaula... Era una noche de abril, de luna llena. Paseamos después en grupo, con guitarras, por el puente y por el Choupal. Januário cantó ardentemente las endechas románticas de nuestra época:

Ayer tarde, al ponerse el sol

contemplabas, silenciosa,

la corriente caudalosa

que borboteaba a tus pies...

¡Y José Matías, apoyado en el pretil del puente, con el alma y los ojos perdidos en la luna! ¿Por qué no acompaña, amigo mío, a este joven interesante al Cementerio dos Prazeres? Tengo un coche, de plaza y con número, como conviene a un profesor de filosofía... ¿Qué? ¿Por causa de los pantalones claros? ¡Querido amigo! De todas las materializaciones de la simpatía, ninguna más groseramente material que la cachemira negra. ¡Y el hombre que vamos a enterrar era un gran espiritualista!

Ya está el féretro saliendo de la iglesia... Apenas tres carruajes para acompañarlo. Pero realmente, mi querido amigo, José Matías falleció hace ya seis años, en plena brillantez. Ése que ahí llevamos, medio descompuesto, dentro de tablas con galones amarillos, es un resto de borracho, sin historia y sin nombre, que el frío de febrero mató en el vano de un portal.

¿El sujeto de gafas de oro, dentro del cupé?... No lo conozco, amigo mío. Quizás un pariente rico, de esos que aparecen en los entierros, con el parentesco correctamente cubierto de humo, cuando el difunto ya no importuna ni compromete. El hombre obeso de caraza amarillenta dentro de la victoria es Alves «Capão», que tiene un periódico en el que desgraciadamente la filosofía no abunda, y que se llama *Piada*^[15]. ¿Qué relación lo unía a José Matías?... No lo sé. Quizás se emborrachasen en las mismas tascas; quizás José

Matías últimamente colaborase en el *Piada*; quizás debajo de aquella gordura y de aquella literatura, ambas tan sórdidas, se cobije un alma compasiva. Ahí viene nuestro coche... ¿Quiere que baje el cristal? ¿Un cigarro?... Yo traigo fósforos. Pues este José Matías fue un hombre desconsolador para quien, como yo, en la vida ama la evolución lógica y pretende que la espiga nazca coherentemente del grano. En Coimbra siempre lo consideramos como un alma escandalosamente banal. Para este juicio abundaba quizás su horrenda corrección. ¡Nunca un roto brillante en el hábito! ¡Nunca el polvo atolondrado en los zapatos! ¡Nunca un pelo rebelde del cabello o del bigote huido de aquel rígido aliño que nos desolaba! Además de eso, en nuestra ardiente generación, él fue el único intelectual que no rugía con las miserias de Polonia; que leyó sin palidez o llanto las *Contemplaciones*; ¡que permaneció insensible a la herida de Garibaldi! ¡Ni tampoco, en ese José Matías, una sequedad, o dureza, o egoísmo o falta de afabilidad! ¡Al contrario! Un delicioso camarada, siempre cordial y mansamente risueño. Toda su inquebrantable quietud parecía provenir de una inmensa superficialidad sentimental. Y, en esa época, no sin razón y propiedad, motejamos a aquel joven tan suave, tan rubio y tan ligero, como «Matías Corazón de Ardilla». Cuando se licenció, como se le había muerto el padre, después la madre, delicada y bella señora de la que había heredado cincuenta contos^[16], partió para Lisboa, para alegrar la soledad de un tío que lo adoraba, el general vizconde de Garmilde. Usted, amigo mío, sin duda se acuerda de esa perfecta estampa de general clásico, siempre con los bigotes terríficamente encerados, los pantalones del color de la flor del romero desesperadamente estirados por las presillas sobre las botas brillantes, ¡y el látigo debajo del brazo con la punta temblando, ávida de azotar al mundo! Guerrero grotesco y deliciosamente bueno... Gramilde vivía entonces en Arroios, en una casa antigua de azulejos, con un jardín, en donde cultivaba apasionadamente macizos soberbios de dalias. Ese jardín subía muy suavemente hasta el muro cubierto de hiedra que lo separaba de otro jardín, el amplio y bello jardín de rosas del magistrado del Supremo Matos Miranda, cuya casa, con una aireada terraza entre dos torreoncitos amarillos, se levantaba en la cumbre del cerro y se llamaba Casa da Parreira. Usted, amigo mío, conoce (por lo menos de tradición, como se conoce a Elena de Troya o a Inés de Castro) a la hermosa Elisa Miranda, Elisa da Parreira... Fue la sublime belleza romántica de Lisboa, a finales de la Regeneração. Pero realmente Lisboa apenas la veía entre los vidrios de su gran calesa, o en alguna noche de alumbrado del Paseo Público entre la polvareda y la turba, o en los dos bailes de la Asamblea do Carmo, de la que Matos Miranda era un director venerado. Por gusto ceniciento de provinciana, o porque pertenecía a la burguesía seria que en aquellos tiempos, en Lisboa, todavía conservaba las antiguas costumbres severamente cerradas; o por imposición paternal del marido, ya diabético y con sesenta años, la diosa raramente salía de Arroios y se mostraba a los mortales. Pero quien la vio, y con facilidad constante, casi irremediable, poco después de instalarse en Lisboa, fue José Matías, porque, yaciendo el palacete del general en la falda de la colina, a los pies del jardín y de la Casa da Parreira, no podía la divina Elisa asomarse a una ventana, atravesar la terraza, coger una rosa entre los senderos de mirto, sin ser deliciosamente visible, más aún porque en los dos jardines soleados ningún árbol esparcía la cortina de su rama densa. Usted, amigo mío, seguramente recitó, como todos nosotros hemos recitado, aquellos versos gastados, pero inmortales:

Era en otoño, cuando la imagen tuya

a la luz de la luna...

Pues, como en esa estrofa, el pobre José Matías, al regresar de la playa de Ericeira en octubre, en otoño, divisó a Elisa Miranda una noche, en la terraza, a la luz de la luna. Usted, amigo mío, nunca contempló aquel precioso tipo de encanto lamartiniano. Alta, esbelta, ondulante, digna de la comparación bíblica de la palmera al viento. Cabellos negros, brillantes y ricos, en crenchas onduladas. Una carne color de camelia muy fresca. Ojos negros, líquidos, quebrados, tristes, de largas pestañas... ¡Ah, amigo mío, incluso yo, que ya entonces laboriosamente anotaba a Hegel, después de encontrarla una tarde de lluvia esperando el carruaje a la puerta del Seixas, la adoré e incluso le rimé un soneto! No sé si José Matías le dedicó sonetos. Pero todos nosotros, sus amigos, percibimos enseguida el fuerte, profundo, absoluto amor que había concebido, desde la noche de otoño, a la luz de la luna, ¡aquel corazón que en Coimbra considerábamos «de ardilla»!

Ya comprenderá que hombre tan comedido y quieto no se exhaló en suspiros públicos. Ya en tiempos, no obstante, de Aristóteles, se afirmaba que el amor y el humo no se esconden; y de nuestro cerrado José Matías el amor empezó enseguida a salir, como el humo leve a través de las grietas invisibles de una casa cerrada que arde terriblemente. Bien recuerdo una tarde que lo visité en Arroios, después de volver del Alentejo. Era un domingo de julio. Él iba a cenar con una tía abuela, una doña Mafalda de Noronha, que vivía en Benfica, en la Quinta dos Cedros, en donde habitualmente cenaban también los domingos Matos Miranda y la divina Elisa. Creo incluso que sólo en esa casa ella y José Matías se encontraban, sobre todo con las facilidades que ofrecen pensativas alamedas y retiros de sombra. Las ventanas del cuarto de José Matías se abrían sobre su jardín y sobre el jardín de los Miranda: y, cuando entré, él todavía se vestía, lentamente. ¡Nunca admiré, amigo mío, rostro humano aureolado por felicidad más segura y serena! Sonreía iluminadamente cuando me abrazó, con una sonrisa que venía de las profundidades del alma iluminada; sonreía aún con verdadera delicia mientras yo le conté todos mis disgustos en el Alentejo; sonrió después extáticamente, aludiendo al calor y liando un cigarro distraído; y sonrió siempre, arrobado, escogiendo en el cajón de la cómoda, con escrúpulo religioso, una corbata de seda blanca. Y a cada momento, irresistiblemente, por una costumbre ya tan inconsciente como parpadear, sus ojos risueños, calmamente enternecidos, se volvían hacia las cristaleras cerradas... De suerte que, acompañando a aquel rayo dichoso, enseguida descubrí, en la terraza de la Casa da Parreira, a la divina Elisa, vestida de claro, con un sombrero blanco, paseando perezosamente, poniéndose pensativamente los guantes, y espiando también las ventanas de mi amigo, que un haz oblicuo de sol ofuscaba de manchas de oro. José Matías, mientras tanto, conversaba, mejor murmuraba, a través de la sonrisa perenne, cosas afables y dispersas. Toda su atención se concentraba ante el espejo, en el alfiler de coral y perla para prender la corbata, en el chaleco blanco que abotonaba y ajustaba con la devoción con que un sacerdote joven, en la exaltación cándida de la primera misa, se reviste con la estola y el amito, para acercarse al altar. ¡Nunca había visto yo a un hombre echar, con tan profundo éxtasis, agua de colonia en el pañuelo! ¡Y después de ponerse la levita, y de clavarle una soberbia rosa, con inefable emoción, sin contener un delicioso suspiro, abrió ampliamente, solemnemente, la vidrieras! *Introibo ad altarem Deam!* Yo permanecí discretamente enterrado en el sofá. Y, mi querido amigo, ¡créame!, envidié a aquel hombre a la ventana, inmóvil, yerto en su adoración sublime, con los ojos, y el alma, y todo el ser clavados en la terraza, en la blanca mujer poniéndose los guantes claros, ¡y tan indiferente al mundo como si fuese apenas el ladrillo que ella pisaba y cubría con los pies!

¡Y este embeleso, amigo mío, duró diez años, así de espléndido, puro, distante e

inmaterial! No se ría... Seguramente se encontraban en la quinta de doña Mafalda: seguramente se escribían, y de forma rebosante, tirándose las cartas por encima del muro que separaba las dos fincas: pero nunca, por encima de las hiedras de ese muro, buscaron la rara delicia de una conversación robada o la delicia aún más perfecta de un silencio escondido en la sombra. Y nunca se dieron un beso... ¡No lo dude! Algún apretón de manos huidizo y ansioso, bajo las arboledas de doña Mafalda, fue el límite exaltadamente extremo que la voluntad les marcó al deseo. Usted, amigo mío, no comprende cómo se mantuvieron así dos frágiles cuerpos, durante diez años, en tan terrible y mórbido renunciamiento... Sí, seguramente les faltó, para perderse, una hora de seguridad o una portezuela en el muro. Además, la divina Elisa vivía realmente en un monasterio, en el que cerrojos y rejas estaban formados por las costumbres rígidamente reclusas de Matos Miranda, diabético y tristón. Pero, en la castidad de este amor, entró mucha nobleza moral y finura superior de sentimiento. El amor espiritualiza al hombre, y materializa a la mujer. Esa espiritualización era fácil para José Matías, que (sin que nosotros desconfiásemos) había nacido desvariadamente espiritualista; pero la humana Elisa encontró también un gozo delicado en esa ideal adoración de monje, que ni osa rozar, con los dedos trémulos y envueltos en el rosario, la túnica de la Virgen sublimada. Él, sí, él gozó en ese amor trascendentemente desmaterializado un encanto sobrehumano. ¡Y durante diez años, como el Ruy Blas del viejo Hugo, caminó, vivo y deslumbrado, dentro de su sueño radiante, sueño en el que Elisa habitó realmente dentro de su alma, en una fusión tan absoluta que se hizo consustancial con su ser! ¿Creerá, amigo mío, que él dejó de fumar puros, incluso paseando solitariamente a caballo por los alrededores de Lisboa, en cuanto descubrió en la quinta de doña Mafalda, una tarde, que el humo perturbaba a Elisa?

Y esta presencia real de la divina criatura en su ser creó modos nuevos, en José Matías extraños, derivando de la alucinación. Como el vizconde de Garmilde cenaba temprano, a la hora vernácula del Portugal antiguo, José Matías cenaba, después de la ópera, en aquel delicioso y lleno de saudades Café Central, en donde el lenguado parecía frito en el cielo, y el Colares^[17] en el cielo embotellado. Pues nunca cenaba sin candelabros profusamente encendidos y la mesa cubierta de flores. ¿Por qué? Porque Elisa también cenaba allí, invisible. De ahí esos silencios bañados en una sonrisa religiosamente atenta... ¿Por qué? ¡Porque siempre la estaba escuchando! Todavía recuerdo que arrancó de su cuarto tres grabados clásicos de faunos osados y ninfas rendidas... Elisa vagaba idealmente en aquel ambiente, y él purificaba las paredes, que mandó forrar de sedas claras. El amor arrastra al lujo, sobre todo amor de tan elegante idealismo, y José Matías prodigó con esplendor el lujo que ella compartía. Decentemente no podía andar con la imagen de Elisa en un coche de plaza, ni consentir que la augusta imagen rozase las sillas de rejilla de la platea del San Carlos. Montó, por lo tanto, carruajes de un gusto sobrio y puro, y se abonó a un palco en la ópera, en donde instaló, para ella, una poltrona pontifical, de raso blanco, bordado con estrellas de oro.

Además de eso, como había descubierto la generosidad de Elisa, enseguida se convirtió en congénere y suntuosamente generoso: y nadie existió entonces en Lisboa que esparciese, con facilidad más risueña, billetes de cien mil réis. ¡Así desbarató, rápidamente, sesenta contos por el amor de aquella mujer a la que nunca había dado una flor!

Y, durante ese tiempo, ¿qué era de Matos Miranda? Amigo mío, ¡el bueno de Matos Miranda no deshacía ni la perfección, ni la quietud de esa felicidad! ¿Tan absoluto sería el espiritualismo de José Matías, que apenas se interesaba por el alma de Elisa, indiferente a las sumisiones de su cuerpo, envoltorio inferior y mortal?... No lo sé. La verdad sea dicha,

aquel digno diabético, tan grave, siempre con su bufandita de lana oscura, con las patillas grisáceas, sus ponderosas gafas de oro, no sugería ideas inquietantes de marido ardiente, cuyo ardor, fatal e involuntariamente, se comparte y abrasa. Además, nunca comprendí, yo, filósofo, aquella consideración, casi cariñosa, de José Matías hacia el hombre que, incluso desinteresadamente, podía por derecho, por costumbre, contemplar a Elisa aflojando las cintas de su falda blanca... ¿Habría allí reconocimiento porque Miranda había descubierto en una calle de Setúbal (en donde José Matías nunca la encontraría) aquella divina mujer, y por mantenerla confortablemente, sólidamente nutrida, finamente vestida, transportada en calesas de suaves muelles? ¿O habría recibido José Matías aquella confianza habitual —«No soy tuya, ni suya»— que tanto consuela del sacrificio porque tanto lisonjea el egoísmo?... No lo sé. Pero con certeza este su magnánimo desdén por la presencia corporal de Miranda en el templo donde habitaba su diosa daba a la felicidad de José Matías una unidad perfecta, la unidad de un cristal que por todas partes rebrilla, igualmente puro, sin arañazo o mancha. Y esa felicidad, amigo mío, duró diez años... ¡Qué escandaloso lujo para un mortal!

Pero un día, la tierra, para José Matías, tembló enteramente, en un terremoto de incomparable espanto. En enero o febrero de 1871, Miranda, ya debilitado por la diabetes, murió de una neumonía. Por estas mismas calles, en un lento coche de plaza, acompañé su entierro numeroso, rico, con ministros, porque Miranda pertenecía a las instituciones. Y después, aprovechando el coche, visité a José Matías en Arroios, no por curiosidad perversa, ni para llevarle felicitaciones indecentes, sino para que, en aquel lance deslumbrante, sintiese a su lado la fuerza moderadora de la filosofía... Encontré, sin embargo, con él a un amigo más antiguo y confidencial, aquel brillante Nicolau da Barca, al que ya conduje también a este cementerio, en donde ahora yacen, bajo las lápidas, todos aquellos camaradas con los que construí castillos en las nubes... Nicolau había llegado de Velosa, de su finca de Santarem, de madrugada, reclamado por un telegrama de Matías. Cuando entré, un criado atareado hacía dos maletas enormes. José Matías salía esa noche para Oporto. Ya se había puesto incluso una ropa de viaje, toda negra, con zapatos de cuero amarillo; y después de sacudirme la mano, mientras Nicolau removía un cóctel, siguió vagando por el cuarto, callado, como empañado, con un modo que no era de emoción, ni alegría púdicamente disimulada, ni sorpresa de su destino bruscamente sublimado. ¡No! Si el buen Darwin no nos engaña en su libro de la *Expresión de las emociones*, José Matías, esa tarde, sólo sentía y sólo expresaba constreñimiento. Enfrente, en la Casa da Parreira, todas las ventanas permanecían cerradas bajo la tristeza de la tarde gris. ¡Y aún sorprendí a José Matías lanzando hacia la terraza, rápidamente, una mirada que transparentaba inquietud, ansiedad, casi terror! ¿Cómo lo diré? ¡Aquella mirada que resbala hacia la jaula mal cerrada en la que se agita una leona! En un momento en el que él entraba en la alcoba, murmuré a Nicolau por encima del cóctel: «Matías hace perfectamente en irse para Oporto...». Nicolau encogió los hombros: «Sí, pensó que era más delicado... Yo lo aprobé. Pero sólo durante los meses de luto riguroso...». A las siete, acompañamos a nuestro amigo a la estación de Santa Apolonia. Al regresar, dentro del cupé que una gran lluvia golpeaba, filosofamos. Yo sonreía contento: «Un año de luto y después mucha felicidad y muchos hijos... ¡Es un poema acabado!». Nicolau acudió, serio: «Y acabado en una deliciosa y succulenta prosa. La divina Elisa se queda con toda su divinidad y con la fortuna de Miranda, unos diez o doce contos de renta... ¡Por primera vez en nuestra vida contemplamos, tú y yo, la virtud recompensada!».

¡Mi querido amigo! Los meses ceremoniales de luto pasaron, después otros, y José

Matías no se movió de Oporto. En ese agosto lo encontré yo instalado frecuentemente en el Hotel Francfort, en donde entretenía la melancolía de los días abrasados fumando (porque había vuelto al tabaco), leyendo novelas de Julio Verne, y bebiendo cerveza helada hasta que la tarde refrescaba y él se vestía, se perfumaba, se ponía flores para la cena en la Foz^[18].

Y a pesar de acercarse el bendito fin del luto y de la desesperada espera, no noté en José Matías ni alborozo elegantemente reprimido, ni rebelión contra la lentitud del tiempo, viejo a veces tan moroso y torpón... ¡Al contrario! A la sonrisa de radiante certeza, que en esos años lo había iluminado con un nimbo de beatitud, había sucedido la seriedad cargada, toda en sombra y arrugas, de quien se debate en una duda irresoluble, siempre presente, roedora y dolorosa. ¿Qué quiere que le diga? Ese verano, en el hotel Francfort, siempre me pareció que José Matías, a cada instante de su vida despertada, incluso bebiendo ávidamente la fresca cerveza, incluso poniéndose los guantes al entrar a la calesa que lo llevaba a la Foz, angustiadamente preguntaba a su conciencia: «¿Qué he de hacer? ¿Qué he de hacer?». Y después, una mañana, en el almuerzo, realmente me asombró, exclamando al abrir el periódico, con un asomo de sangre en el rostro: «¿Qué? ¿Ya es 29 de agosto? ¡Santo Dios... ya el fin de agosto!».

Volví a Lisboa, amigo mío. El invierno pasó, muy seco y muy azul. Yo trabajé en mis *Orígenes del utilitarismo*. Un domingo, en el Rossio, cuando ya se vendían claveles en las tabaquerías, divisé dentro de un *coupé* a la divina Elisa, con plumas moradas en el sombrero. Y esa semana encontré en mi *Diario Ilustrado* la noticia corta, casi tímida, del matrimonio de la señora doña Elisa Miranda... ¿Con quién, amigo mío? ¡Con un conocido propietario, el señor Francisco Torres Nogueira!...

Mi amigo cerró ahí el puño, y golpeó con el muslo, espantado. ¡Yo también cerré ambos puños, pero para levantarlos al Cielo, en donde se juzgan los hechos de la Tierra, y clamar furiosamente, a gritos, contra la falsedad, la inconstancia ondulante y pérfida, toda la engañadora torpeza de las mujeres, y de aquella especial Elisa llena de infamia entre las mujeres! ¡Traicionar deprisa, precipitadamente, apenas había acabado el luto negro, a aquel noble, puro, intelectual Matías! ¡Y su amor de diez años, sumiso y sublime!...

Y después de dirigir los puños al Cielo todavía los apretaba en la cabeza, gritando: «Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por amor?». Durante años ella había amado arrobadamente a este joven, y con un amor que no se había desilusionado ni hartado, porque permanecía suspenso, inmaterial, insatisfecho. ¿Por ambición? Torres Nogueira era un ocioso amable como José Matías, y poseía en viñas los mismos cincuenta o sesenta contos que José Matías había heredado ahora del tío Garmilde en tierras excelentes y libres. ¿Entonces, por qué? ¡Ciertamente porque los gruesos bigotes de Torres Nogueira apetezían más a su carne que el bozo rubio y pensativo de José Matías! ¡Ah! ¡Bien había enseñado san Juan Crisóstomo que la mujer es un monstruo de impureza levantado a la puerta del infierno!

Pues, amigo mío, cuando yo así rugía, encuentro una tarde en la Rua do Alecrim a nuestro Nicolau da Barca, que salta del coche, me empuja dentro de un portal, sujeta excitadamente mi pobre brazo, y exclama atragantado: «¿Ya lo sabes? ¡Fue José Matías el que la rechazó! Ella escribió, estuvo en Oporto, lloró... ¡Él no quiso ni verla! ¡No quiso casarse, no quiere casarse!». Me quedé traspasado. «Y entonces ella...» «Despechada, fuertemente cercada por Torres, cansada de la viudez, con aquellos bellos treinta años en flor, ¡qué diablo!, ¡abrumada, se casó!» Yo levanté los brazos hasta la bóveda del patio: «¿Pero, entonces, ese sublime amor de José Matías?». Nicolau, su íntimo y confidente, juró con irrecusable seguridad: «¡Es el mismo siempre! Infinito, absoluto... ¡Pero no se quiere

casar!». Ambos nos miramos, y después ambos nos separamos, encogiendo los hombros, con aquel asombro resignado que conviene a espíritus prudentes ante lo incognoscible. ¡Pero yo, filósofo, y por lo tanto espíritu imprudente, toda esa noche horadé el acto de José Matías con la punta de una psicología que expresamente había aguzado, y ya de madrugada, agotado, llegué a la conclusión, como se llega siempre en filosofía, de que me encontraba ante una causa primaria, y por lo tanto impenetrable, en donde se quebraría, sin ventaja para él, o para el mundo, la punta de mi instrumento!

Después la divina Elisa se casó y siguió viviendo en la Parreira con su Torres Nogueira, en la comodidad y sosiego que ya había gozado con su Matos Miranda. A mediados del verano, José Matías se recogió de Oporto a Arroios, al caserón del tío Garmilde, en donde recuperó sus antiguos cuartos, con los balcones dando al jardín, ya florecido de las dalias de las que nadie se ocupaba. Llegó agosto, como siempre en Lisboa silencioso y caliente. Los domingos, José Matías cenaba con doña Mafalda de Noronha, en Benfica, solitariamente, porque Torres Nogueira no conocía a aquella venerable señora de la Quinta dos Cedros. La divina Elisa, con vestidos claros, paseaba por la tarde en el jardín, entre los rosales. De suerte que el único cambio, en aquel dulce rincón de Arroios, parecía ser Matos Miranda en su bello panteón de los Prazeres, todo de mármol, y Torres Nogueira en el lecho excelente de Elisa.

Había, sin embargo, un tremendo y doloroso cambio: ¡el de José Matías! ¿Adivina usted, amigo mío, cómo consumía ese desgraciado sus estériles días? ¡Con los ojos, y la memoria, y el alma, y todo el ser clavados en la terraza, en las ventanas, en los jardines de la Parreira! Pero ahora no era con las vidrieras ampliamente abiertas, en abierto éxtasis, con la sonrisa de segura beatitud: era por detrás de las cortinas cerradas, a través de una escasa rendija, escondido, hurtando furtivamente los blancos surcos del vestido blanco, con el rostro devastado por la angustia y por la derrota. ¿Y comprende por qué sufría así este pobre corazón? Ciertamente porque Elisa, desdeñada por sus brazos cerrados, había corrido enseguida, sin lucha, sin escrúpulos, hacia otros brazos, más accesibles y dispuestos... ¡No, amigo mío! Y note ahora la complicada sutileza de esta pasión. José Matías permanecía devotamente convencido de que Elisa, en la profundidad de su alma, en ese sagrado fondo espiritual en donde no entran las imposiciones de las conveniencias, ni las decisiones de la razón pura, ni los ímpetus del orgullo, ni las emociones de la carne, ¡lo amaba, a él, únicamente a él, y con un amor que no había desaparecido, no se había alterado, florecía en toda su exuberancia, incluso sin ser regado o cuidado, como la antigua rosa mística! ¡Lo que lo torturaba, amigo mío, lo que le cavaba hondas arrugas en cortos meses, era que un hombre, un macho, un bruto, se hubiese apoderado de aquella mujer que era suya, y que del modo más santo y más socialmente puro, bajo el patrocinio enternecido de la Iglesia y del Estado, pringase con los rígidos bigotes negros, hasta hartarse, los divinos labios que él nunca había osado rozar, en la supersticiosa reverencia y casi en el terror de su divinidad! ¿Cómo le diré?... ¡El sentimiento de este extraordinario Matías era el de un monje, postrado ante una imagen de la Virgen, en trascendente éxtasis, cuando de repente un bestial sacrílego trepa al altar y yergue obscenamente la túnica de la imagen! Amigo mío, usted sonríe... ¿Y entonces Matos Miranda? ¡Ah, amigo mío! Ese era diabético, y grave, y obeso, y ya existía instalado en la Parreira, con su obesidad y su diabetes, cuando él había conocido a Elisa y le había dado para siempre vida y corazón. Y Torres Nogueira, ése, había irrumpido brutalmente a través de su purísimo amor, con los negros bigotes y los carnudos brazos, y el rígido arranque de un antiguo pegador^[19] de toros, ¡y se había apoderado de aquella mujer, a la que quizás había revelado lo que es un hombre!

Pero ¡por todos los demonios! A esa mujer él la había rechazado, cuando ella se le ofrecía, en la frescura y en la grandeza de un sentimiento al que ningún desdén había todavía resecaado o desalentado. ¿Qué quiere?... ¡Es la espantosa tortuosidad espiritual de aquel Matías! ¡Al cabo de unos meses, él *había olvidado*, positivamente *había olvidado* ese rechazo afrentoso, como si fuera un leve desencuentro de intereses materiales o sociales, ocurrido hace meses, en el Norte, y al que la distancia y el tiempo disipaban la realidad y hacían leve la amargura! ¡Y ahora, aquí en Lisboa, con las ventanas de Elisa delante de sus ventanas y las rosas de los dos jardines unidos exhalando en la sombra, el dolor presente, el dolor real, era que él había amado sublimemente a una mujer, y que la había colocado entre las estrellas para más pura adoración, y que un bruto moreno, con bigotes negros, había arrancado a esa mujer de las estrellas para lanzarla a la cama!

Enredado caso, ¿no?, amigo mío. ¡Ah! ¡He filosofado mucho sobre él por deber de filósofo! Y llegué a la conclusión de que Matías era un enfermo, atacado de hiperespiritualismo, de una inflamación violenta y pútrida del espiritualismo, que temía pavorosamente lo material del matrimonio, las chinelas, la piel poco fresca al despertarse, un vientre enorme durante seis meses, los niños chillando en la cuna mojada... Y ahora rugía de furor y tormento, porque cierto materialón, a su lado, se había prestado a aceptar a Elisa en camiseta de lana. ¿Un imbécil?... ¡No, amigo mío! Un ultrarromántico, locamente ajeno a las realidades fuertes de la vida, que nunca sospechó que chinelas y pañales sucios de niños son cosas de superior belleza en casa en la que entre el sol y haya amor.

¿Y sabe usted, amigo mío, lo que exacerbó más furiosamente ese tormento? ¡Es que la pobre Elisa demostraba por él el antiguo amor! ¿Qué le parece? Infernal, ¿no?... Por lo menos, si no sentía el antiguo amor intacto en su esencia, fuerte como otrora y único, conservaba por el pobre Matías una irresistible curiosidad y repetía gestos de ese amor... ¡Quizás fuese apenas la fatalidad de los jardines cercanos! No lo sé. Pero enseguida, desde septiembre, cuando Torres Nogueira partió para sus viñas de Carcavelos, para asistir a la vendimia, ella empezó de nuevo, por el borde de la terraza, sobre las dalias y las rosas abiertas, aquel dulce envío de miradas con las que durante diez años había extasiado el corazón de José Matías.

No creo que se escribiesen por encima del muro del jardín, como bajo el régimen paternal de Matos Miranda... El nuevo señor, el hombre robusto del bigotazo negro, imponía a la divina Elisa, incluso de lejos, entre las viñas de Carcavelos, retraimiento y prudencia. Y calmada por aquel marido, joven y fuerte, ahora sentiría menos la necesidad de algún encuentro discreto en la sombra tibia de la noche, incluso cuando su elegancia moral y el rígido idealismo de José Matías consintiesen en aprovechar una escalera contra el muro... Por lo demás, Elisa era fundamentalmente honesta, y conservaba el respeto sagrado a su cuerpo —por sentirlo tan bello y cuidadosamente hecho por Dios— más aún que a su alma. ¿Y quién sabe? Quizás la adorable mujer perteneciese a la bella raza de aquella marquesa italiana, la marquesa Julia de Malfieri, que conservaba dos amores a su dulce servicio, un poeta para las delicadezas románticas y un cochero para las necesidades groseras.

¡En fin, amigo mío, no psicologuemos más sobre esta viva, detrás del muerto que murió por ella! El hecho fue que Elisa y su amigo insensiblemente cayeron en la vieja unión ideal, a través de los jardines en flor. ¡Y en octubre, como Torres Nogueira seguía vendimiando en Carcavelos, José Matías, para contemplar la terraza de la Parreira, ya abría de nuevo las cristaleras, amplia y extáticamente!

Parece que un tan extremado espiritualista, reconquistando el idealismo del antiguo

amor, debía entrar de nuevo, también, en la antigua felicidad perfecta. Él reinaba en el alma inmortal de Elisa, ¿qué importaba que otro se ocupase de su cuerpo mortal? ¡Pero no! El pobre hombre sufría, angustiosamente. Y, para sacudir la punzada de esos momentos, acabó, él, tan sereno, con una tan dulce armonía de modos, por convertirse en un agitado. ¡Ah, amigo mío, qué remolino y estrépito de vida! ¡Desesperadamente, durante un año, removió, aturdió, escandalizó a Lisboa! Son de esa época algunas de sus extravagancias legendarias... ¿Conoce la de la cena? ¡Una cena ofrecida a treinta o cuarenta mujeres de las más torpes y de las más sucias, cogidas por las negras callejuelas del Barrio Alto y de la Mouraria, a las que después mandó montar en burros, y gravemente, melancólicamente, puesto enfrente, sobre un gran caballo blanco, con un inmenso látigo, condujo a los altos de la Graça, para saludar la aparición del sol!

Pero todo este alarido no le dispó el dolor y, entonces, durante ese invierno, ¡empezó a jugar y a beber! Todo el día se encerraba en casa (ciertamente por detrás de las cristaleras, ahora que Torres Nogueira había regresado de las viñas), con los ojos y el alma clavados en la terraza fatal; después, por la noche, cuando las ventanas de Elisa se apagaban, salía en un coche, siempre el mismo, el coche de Gago, corría a la ruleta de Bravo, después al club del Cavalheiro, en donde jugaba frenéticamente hasta la tardía hora de cenar, en un reservado de restaurante, con haces de velas encendidas, y el Colares, el champán y el coñac corriendo a chorros desesperados.

Y esta vida, acicateada por las Furias, duró años, ¡siete años! Todas las tierras que le había dejado el tío Garmilde se fueron, ampliamente jugadas y bebidas; y sólo le quedaba el caserón de Arroios y el dinero preso, porque lo había hipotecado. Pero, súbitamente, desapareció de todos los antros de vino y de juego. ¡Y supimos que Torres Nogueira estaba muriéndose de una anasarca!

Por ese tiempo, y por causa de un negocio de Nicolau da Barca, que me había telegrafiado ansiosamente desde su finca de Santarem (negocio embrollado, de una letra), busqué a José Matías en Arroios, a las diez, una noche caliente de abril. El criado, mientras me conducía por un pasillo mal iluminado, ya sin el ornato de las ricas arcas y tallas de la India del viejo Garmilde, confesó que su excelencia no había terminado de cenar... ¡Y todavía recuerdo, con un escalofrío, la desolada impresión que me produjo el desgraciado! Estaba en el cuarto que se abría sobre los dos jardines. Delante de una ventana, que las cortinas de damasco cerraban, la mesa resplandecía, con dos candelabros, un cesto de rosas blancas, y algunas de las nobles platas de Garmilde; y al lado, completamente tumbado en una poltrona, con el chaleco blanco desabotonado, el rostro lívido caído sobre el pecho, el vaso vacío en la mano inerte, José Matías parecía dormido o muerto.

Cuando le toqué en el hombro, levantó con un sobresalto la cabeza, toda despeinada: «¿Qué hora es?». Apenas le grité en un gesto alegre, para despertarlo, que era tarde, que eran las diez, llenó precipitadamente el vaso, de la botella más cercana, de vino blanco, y bebió lentamente, con la mano temblando, temblando... Después, apartando los cabellos de la testa húmeda: «¿Qué hay de nuevo?». Desencajado, sin comprender, escuchó, como en un sueño, el recado que le mandaba Nicolau. Por fin, con un suspiro, removió una botella de champán dentro del cubo en que se enfriaba, llenó otro vaso, murmurando: «¡Un calor..., una sed!...». Pero no bebió: arrancó el cuerpo pesado de la poltrona de mimbre y forzó los pasos inseguros hacia la ventana, a la que abrió violentamente las cortinas, después los cristales... Y se quedó inmóvil, como cogido por el silencio y el oscuro sosiego de la noche estrellada. ¡Yo aceché, amigo mío! En la Casa da Parreira dos ventanas brillaban, fuertemente iluminadas, abiertas a la suave brisa. Y esa

claridad viva envolvía una figura blanca, en los anchos pliegues de una bata blanca, parada al borde de la terraza, como olvidada en una contemplación. ¡Era Elisa, amigo mío! Por detrás, en el fondo del cuarto claro, el marido ciertamente jadeaba, en la opresión de la anasarca. Ella, inmóvil, reposaba, enviando una dulce mirada, quizás una sonrisa, a su dulce amigo. El miserable, fascinado, sin respirar, aspiraba el encanto de aquella visión bienhechora. Y entre ellos exhalaban, en la languidez de la noche, todas las flores de los dos jardines... Súbitamente, Elisa se recogió, deprisa, llamada por algún gemido o impaciencia del pobre Torres. Y cuando las ventanas se cerraron, toda la luz y la vida se extinguieron en la Casa da Parreira.

Entonces, José Matías, con un sollozo despedazado, de transbordado tormento, se tambaleó, tan ansiosamente se agarró a la cortina que la rasgó, y cayó desamparado en los brazos que le extendí, y en los que lo arrastré hacia la silla, pesadamente, como a un muerto o a un borracho. Pero, pasado un momento, con espanto por mi parte, el extraordinario hombre abre los ojos, sonrío con una lenta e inerte sonrisa, murmura casi serenamente: «Es el calor... ¡Hace mucho calor! ¿Usted no quiere tomar té?».

Lo rechacé y salí deprisa, mientras él, indiferente a mi fuga, extendido en la poltrona, encendía trémulamente un inmenso puro.

¡Santo Dios! ¡Ya estamos en Santa Isabel! ¡Qué rápido van estos majaderos arrastrando al pobre José Matías hacia el polvo y hacia el gusano final! Pues, amigo mío, después de esa curiosa noche, Torres Nogueira murió. La divina Elisa, durante el nuevo luto, se refugió en la finca de una cuñada también viuda, en Corte Moreira, junto a Beja. Y José Matías desapareció por completo, se evaporó, sin que me llegasen nuevas tuyas, ni siquiera inciertas, tanto más que el íntimo por quien las podría conocer, nuestro brillante Nicolau da Barca, había partido para la isla de Madeira, con su último pedazo de pulmón, sin esperanza, por deber clásico, casi deber social, de tísico.

Todo ese año, también, anduve enfrascado en mi «Ensayo de los fenómenos afectivos». Después, un día, a comienzos del verano, bajando por la Rua de São Bento, con los ojos levantados, buscando el número 214, en donde se catalogaba la librería del mayorazgo de Azemel, ¿a quién veo yo en el balcón de una casa nueva y de esquina? ¡A la divina Elisa metiendo hojas de lechuga en la jaula de un canario! ¡Y bella, amigo mío, más llena y más armoniosa, toda madura y succulenta, y deseable, a pesar de haber celebrado en Beja sus cuarenta y dos años! Pero aquella mujer era de la gran raza de Elena que, cuarenta años también después del cerco de Troya, todavía deslumbraba a los hombres mortales y a los dioses inmortales. Y, curioso acaso, esa misma tarde, por Seco, João Seco el de la biblioteca, que catalogaba la librería del mayorazgo, conocí la nueva historia de esta Elena admirable.

La divina Elisa ahora tenía un amante... Y únicamente por no poder, con su acostumbrada honestidad, poseer un legítimo y tercer marido. El dichoso mozo al que ella adoraba era, en efecto, casado... Casado en Beja con una española que, al cabo de un año de ese matrimonio y de otros galanteos, había partido para Sevilla, con el fin de pasar devotamente la Semana Santa, y allí se había dormido en brazos de un riquísimo criador de ganado. El marido, pacato inspector de obras públicas, había seguido en Beja, en donde también vagamente enseñaba un vago dibujo... Pero una de sus discípulas era hija de la señora de Corte Moreira: y allí en la finca, mientras él guiaba el difumino de la niña, Elisa lo conoció y lo amó, con una pasión tan urgente que lo arrancó precipitadamente de las obras públicas, y lo arrastró a Lisboa, ciudad más propicia que Beja para una felicidad escandalosa y que se esconde. João Seco es de Beja, en donde había pasado la Navidad;

conocía perfectamente al inspector, a las señoras de Corte Moreira; y comprendió el romance, cuando desde las ventanas de ese número 214, en donde catalogaba la librería de Azemel, reconoció a Elisa en el balcón de la esquina, y al inspector entrando regaladamente en el portal, bien vestido, bien calzado, con guantes claros, con apariencia de ser infinitamente más dichoso en aquellas obras particulares que en las públicas.

¡Y desde esa misma ventana del 214 conocí yo también al inspector! Buen mozo, sólido, blanco, de barba oscura, en excelentes condiciones de cantidad (y quizás incluso de calidad) para llenar un corazón viudo y, por lo tanto, «vacío», como dice la Biblia. Yo frecuentaba ese número 214, interesado en el catálogo de la librería, porque el mayorazgo de Azemel poseía, por irónica casualidad de las herencias, una colección incomparable de los filósofos del siglo XVIII. Y pasadas semanas, saliendo de estos libros una noche (João Seco trabajaba de noche) y parando delante, al lado de un portal abierto, para encender el puro, veo a la luz temblorosa del fósforo, metido en la sombra, ¡a José Matías! ¡Pero qué José Matías, mi querido amigo! Para considerarlo más detenidamente raspé otro fósforo. ¡Pobre José Matías! Había dejado crecer la barba, una barba rala, indecisa, sucia, blanda como una pelusa amarillenta; había dejado crecer el pelo, que le surgía en guedejas secas bajo un viejo bombín; pero todo él, por lo demás, parecía disminuido, menguado, dentro de una levita de mezclilla, arrugada, y de unos pantalones negros, de grandes bolsillos, en donde escondía las manos con el gesto tradicional, tan infinitamente triste, de la miseria ociosa. En la espantada lástima que me embargó, apenas balbuceé: «¡Pero esto! ¡Usted! ¿Qué es de usted?». Y él, con su mansedumbre refinada, pero secamente, para salir del paso, con una voz que el aguardiente había enronquecido: «Por aquí, esperando a un sujeto». No insistí, seguí. Después, más adelante, parado, comprobé lo que en un instante había adivinado: ¡que el portal negro quedaba frente a la casa nueva y a los balcones de Elisa!

Pues, amigo mío, ¡tres años vivió José Matías encarcelado en aquel portal!

Era uno de esos patios de la Lisboa antigua, sin portero, siempre abiertos de par en par, siempre sucios, cavernas laterales de la calle, de donde nadie expulsa a los escondidos de la miseria y del dolor. Al lado había una taberna. Infalliblemente, al anochecer, José Matías bajaba la Rua de São Bento, pegado a los muros, y, como una sombra, se sumergía en la sombra del portal. A esa hora ya las ventanas de Elisa lucían en invierno empañadas por la niebla fina, en verano todavía abiertas y aireando en el reposo y en la calma. Y hacia ellas, inmóvil, con las manos en los bolsillos, José Matías se quedaba en contemplación. Cada media hora, sutilmente, se metía en la taberna. Vaso de vino, vaso de aguardiente y, despacito, se recogía en la negrura del portal, en su éxtasis. Cuando las ventanas de Elisa se apagaban, aún se arrastraba a través de la larga noche, incluso en las negras noches de invierno, encogido, transido, golpeando las suelas contra los adoquines, o sentado al fondo, en los peldaños de la escalera, machacando los ojos turbios en la fachada negra de aquella casa, ¡en donde la sabía durmiendo con otro!

Al principio, para fumar un cigarro apresurado, trepaba hasta el rellano desierto, para esconder el fuego que lo denunciaría en su escondrijo. Pero después, amigo mío, fumaba incesantemente, pegado a la jamba, ¡chupando el cigarro con ansia, para que la punta rebrillase, lo alumbrase! ¿Y se da cuenta por qué, amigo mío?... Porque Elisa ya había descubierto que, dentro de aquel portal, adorando sumisamente sus ventanas, con el alma de otrora, ¡estaba su pobre José Matías!...

¿Y creará, amigo mío, que entonces, todas las noches, o por detrás de los cristales o apoyada en el balcón (con el inspector dentro, estirado en el sofá, ya en chinelas, leyendo el

Jornal da Noite), ella se paraba a mirar el portal, muy quieta, sin otro gesto, con aquella antigua y muda mirada de la terraza sobre las rosas y las dalias? José Matías se había dado cuenta, deslumbrado. ¡Y ahora avivaba desesperadamente el fuego, como un faro, para guiar en la oscuridad los amados ojos de ella, y mostrarle que allí estaba transido, todo suyo, y fiel!

De día él nunca pasaba por la Rua de São Bento. ¿Cómo osaría, con el chaquetón roto en los codos y las botas combadas? Porque aquel mozo de elegancia sobria y fina había caído en el andrajo. ¿De dónde sacaba incluso, cada día, los tres patacones para el vino y para el trozo de bacalao en las tabernas? No lo sé... ¡Pero alabemos a la divina Elisa, amigo mío! Muy delicadamente, por caminos apartados y astutos, ella, rica, procuraba establecerle una pensión a José Matías, mendigo. Situación picante, ¿verdad? La grata señora dando dos pagas a sus dos hombres: ¡al amante del cuerpo y al amante del alma! Él, sin embargo, adivinó de donde procedía la pavorosa limosna y la rechazó, sin rebeldía, ni alarido de orgullo, hasta con enternecimiento, ¡hasta con una lágrima en los párpados inflamados por el aguardiente!

Pero sólo con la noche ya muy cerrada osaba bajar a la Rua de São Bento, y meterse en su portal. ¿Y adivina usted cómo pasaba el día? ¡Espiendo, siguiendo, husmeando al inspector de obras públicas! ¡Sí, amigo mío! ¡Una curiosidad sin saciar, frenética, atroz, por aquel hombre que Elisa había escogido!... Los dos anteriores, Miranda y Nogueira, habían entrado en la alcoba de Elisa públicamente, por la puerta de la Iglesia, y para otros fines humanos además del amor: para tener un hogar, quizás hijos, estabilidad y quietud en la vida. Pero éste era meramente el amante, que ella había nombrado y mantenido sólo para ser amada, y en esa unión no aparecía otro motivo racional sino que los dos cuerpos se uniesen. No se hartaba, por lo tanto, de estudiarlo, en la figura, en la ropa, en los modos, ansioso por saber bien cómo era ese hombre, que, para completarse, su Elisa había escogido entre la turba de los hombres. Por decencia, el inspector vivía en el otro extremo de la Rua de São Bento, frente al mercado. Y esa parte de la calle, en donde no lo sorprenderían, zarrapastroso, los ojos de Elisa, era el paradero de José Matías, ya por la mañana, para mirar, husmear al hombre, cuando él se recogía de la casa de Elisa, aún caliente del calor de su alcoba. Después no lo dejaba, cautelosamente, como un ratero, rastreando de lejos su rastro. Y yo sospecho que lo seguía así, menos por curiosidad perversa que para comprobar si, a través de las tentaciones de Lisboa, terribles para un inspector de Beja, el hombre conservaba el cuerpo fiel a Elisa. Al servicio de la felicidad de ella: ¡fiscalizaba al amante de la mujer que amaba!

¡Refinamiento curioso de espiritualismo y devoción, amigo mío! El alma de Elisa era suya y recibía perennemente la adoración perenne: ¡y ahora quería que el cuerpo de Elisa no fuese menos adorado, ni menos lealmente por aquel a quien ella había entregado el cuerpo! Pero el inspector era fácilmente fiel a una mujer tan hermosa, tan rica, con medias de seda, con brillantes en las orejas, que lo deslumbraba. ¿Y quién sabe, amigo mío? Quizás esta fidelidad, pleitesía carnal a la divinidad de Elisa, haya sido para José Matías la última felicidad que le concedió la vida. Así me persuado, porque, el invierno pasado, encontré al inspector, una mañana de lluvia, comprando camelias a un florista de la Rua do Ouro; ¡y enfrente, en una esquina, José Matías, esquelético, desarrapado, acechaba al hombre, con cariño, casi con gratitud! Y quizás esa noche, en el portal, tiritando, golpeando con las suelas encharcadas, con los ojos enternecidos en las oscuras vidrieras, pensase: «¡Pobrecita, pobre Elisa. Se quedó contenta porque él le trajo flores!».

Esto duró tres años.

En fin, amigo mío, anteayer, João Seco apareció en mi casa, por la tarde, con la respiración entrecortada: «¡Se llevaron a José Matías, en camilla, para el hospital, con una congestión pulmonar!».

Parece ser que lo encontraron, de madrugada, tirado en el ladrillo, todo encogido en el chaquetón delgado, jadeando, con el rostro cubierto de muerte, vuelto hacia los balcones de Elisa. Corrí al hospital. Había muerto... Subí, con el médico de guardia, a la enfermería. Levanté la sábana que lo cubría. En la abertura de la camisa sucia y rota, sujeto al cuello con un cordón, conservaba una bolsita de seda, raída y sucia también. Seguro que contenía una flor, o cabellos, o un pedazo del encaje de Elisa, del tiempo del primer encanto y de las tardes de Benfca... Le pregunté al médico, que lo conocía y le daba pena, si había sufrido. «¡No! Tuvo un momento comatoso, después abrió mucho los ojos, exclamó “¡Oh!” con gran espanto, y se quedó.»

¿Era el grito del alma, en el asombro y el horror de morir también? ¿O era el alma triunfando por reconocerse en fin inmortal y libre? Usted no lo sabe; ni lo supo el divino Platón; ni lo sabrá el último filósofo en la última tarde del mundo.

Llegamos al cementerio. Creo que debemos coger las borlas de la caja... La verdad, es bien singular este Alves «Capão», siguiendo tan sentidamente a nuestro pobre espiritualista... ¡Pero, santo Dios, mire! Allí, esperando, a la puerta de la iglesia, aquel sujeto compenetrado, de etiqueta, con paletó claro... ¡es el inspector de obras públicas! Y trae un grueso ramo de violetas... Elisa mandó a su amante carnal acompañar a la tumba y cubrir de flores a su amante espiritual. ¡Pero, oh amigo mío, pensemos que, ciertamente, ella nunca le pediría a José Matías que esparciese violetas sobre el cadáver del inspector! ¡Es que siempre la Materia, incluso sin comprenderlo, sin sacar de él su felicidad, adorará al Espíritu, y siempre a sí misma, a través de los gozos que recibe, se tratará con brutalidad y desdén! ¡Gran consuelo, amigo mío, este inspector con su ramo, para un metafísico que, como yo, comentó a Espinosa y Malebranche, rehabilitó a Fichte, y probó suficientemente la ilusión de la sensación! Sólo por esto mereció la pena traer a su tumba a este inexplicable José Matías, que era quizás mucho más que un hombre: o quizás aun menos que un hombre... En efecto, hace frío... ¡Pero qué linda tarde!

El suave milagro

En aquel tiempo, Jesús todavía no se había alejado de Galilea y de las dulces, luminosas márgenes del lago de Tiberíades, pero la nueva de sus milagros había llegado ya hasta Enganim, ciudad rica, de fuertes murallas, entre olivares y viñedos, en el país de Isacar.

Una tarde, un hombre de ojos ardientes y deslumbrados pasó por el fresco valle y anunció que un nuevo profeta, un Rabí hermoso, recorría los campos y las aldeas de Galilea, prediciendo la llegada del Reino de Dios, curando todos los males humanos. Y mientras descansaba, sentado al borde de la Fuente de los Vergeles, contó también que ese Rabí, en el camino de Magdala, había curado la lepra al siervo de un decurión romano, tan sólo con extender sobre él la sombra de sus manos; y que otra mañana, cruzando en una barca hacia la tierra de los gerazenos, allí en donde empezada la recolección del bálsamo, había resucitado a la hija de Jairo, hombre respetable y docto que comentaba los Libros en la sinagoga. Y, como, en derredor, asombrados, mesegueros, pastores y mujeres trigüeñas con el cántaro al hombro le preguntasen si ése era, de verdad, el Mesías de Judea, y si ante él refulgía la espada de fuego, y si lo ladeaban, caminando como las sombras de dos torres, las sombras de Gog y de Magog, el hombre, sin beber siquiera de aquella agua tan fría de la que había bebido Josué, tomó el cayado, sacudió sus cabellos y se metió pensativamente bajo el acueducto, sumido enseguida en la espesura de los almendros en flor. Pero una esperanza, deliciosa como la llovizna en los meses en que canta la cigarra, refrescó las almas sencillas; enseguida, por toda la campiña que verdea hasta Ascalón, el arado pareció más blando de enterrar, más leve de mover la piedra del lagar; los niños, cogiendo ramos de anémonas, acechaban por los caminos si de allí, de la esquina del muro, o de debajo del sicomoro, no surgiría una claridad; y en los bancos de piedra, a las puertas de la ciudad, los viejos, pasando los dedos por los hilos de sus barbas, ya no desenrollaban, con tan sapiente certeza, los dictámenes antiguos.

Pues entonces vivía en Enganim un viejo, cuyo nombre era Obed, de una familia pontifical de Samaria, que había ofrecido sacrificios en las aras del monte Ebal, señor de hartos rebaños y de hartas viñas, y con el corazón tan lleno de orgullo como su granero de trigo. Pero un viento árido y abrasador, ese viento de desolación que, al mando del Señor, sopla de las torvas tierras de Esur, había matado las reses más gordas de sus manadas, y por las laderas en que sus viñas se enroscaban al olmo y se estiraban en el emparrado airoso sólo había dejado, en torno a los olmos y pilares desnudos, sarmientos, cepas reseca y la parra roída de cresa herrumbre. Y Obed, agachado en el umbral de su puerta, con la punta del manto sobre la faz, palpaba la polvareda, lamentaba la vejez, rumiaba quejas contra Dios cruel.

Casi no había oído hablar de ese nuevo Rabí de Galilea, que alimentaba a las multitudes, ahuyentaba a los demonios, enmendaba todas las desventuras. Obed, hombre leído, que había viajado por Fenicia, enseguida pensó que Jesús sería uno de esos hechiceros, tan habituales en Palestina, como Apolonio, o el rabí Ben-Dosa, o Simón, o Subtil. Esos, incluso en las noches tenebrosas, conversan con las estrellas, para ellos siempre claras y fáciles en sus secretos; con una vara ahuyentan de las cosechas los moscardones generados en los lodos de Egipto; y cogen entre los dedos las sombras de los árboles, que trasladan, como toldos benéficos, por encima de las eras, a la hora de la siesta.

Jesús de Galilea, más joven, con magias más exuberantes seguramente, si él le pagase, ahuyentaría la mortandad de sus ganados, reverdecería sus viñedos. Entonces Obed ordenó a sus siervos que partiesen, buscasen por toda Galilea al nuevo Rabí y, con promesa de dineros o alhajas, lo trajesen a Enganim, en el país de Isacar.

Los siervos apretaron sus cinturones de cuero, y se fueron por el camino de las caravanas que, bordeando el lago, se extiende hasta Damasco. Una tarde avistaron sobre el Poniente, rojo como una granada muy madura, las nieves finas del monte Hermón. Después, en la frescura de una mañana suave, el lago de Tiberíades resplandeció ante ellos, transparente, cubierto de silencio, más azul que el cielo, todo orlado de prados floridos, de densos vergeles, de rocas de pórfido y de blancas terrazas entre los palmares, bajo el vuelo de las palomas mansas. Un pescador que desamarraba perezosamente su barca de una punta de césped, con sombra de baladres, escuchó, sonriendo, a los siervos. ¿El Rabí de Nazaret? ¡Ah! Desde el mes de Iyar, el Rabí había bajado, con sus discípulos, hacia los lados para donde el Jordán lleva sus aguas.

Los siervos, corriendo, siguieron por las orillas del río, hasta delante del vado, en donde éste se estira en un ancho remanso, y descansa, y por un instante duerme, inmóvil y verde, a la sombra de los tamarindos. Un hombre de la tribu de los esenios, todo vestido de lino blanco, cogía lentamente hierbas medicinales, por la orilla del agua, con un corderito blanco en sus brazos. Los siervos humildemente lo saludaron, porque el pueblo ama a aquellos hombres con el corazón tan limpio, y tan claro, y tan cándido como sus vestimentas, lavadas cada mañana en tanques purificados. ¿Y sabía él del paso del nuevo Rabí de Galilea, que, como los esenios, enseñaba la dulzura y curaba gentes y ganados? El esenio murmuró que el Rabí había atravesado el oasis de Engadi, después se había adelantado hacia allá... ¿Pero dónde, *allá*? Moviendo un ramo de flores moradas que había cogido, el esenio apuntó a las tierras de más allá del Jordán, la planicie de Moab. Los siervos vadearon el río, pero en vano buscaron a Jesús, jadeando por las rudas sendas, hasta las breñas en que se yergue la siniestra ciudadela de Makaur... En el pozo de Jacob reposaba una gran caravana, que llevaba para Egipto mirra, especias y bálsamos de Guilead; y los camelleros, sacando el agua con baldes de cuero, contaron a los siervos de Obed que en Gadara, por la luna nueva, un Rabí maravilloso, más grande que David o Isaías, había arrancado siete demonios del pecho de una tejedora, y que, a su voz, un hombre degollado por el salteador Barrabás se había levantado de su sepulcro y se había retirado a su huerto. Los siervos, esperanzados, subieron enseguida apresuradamente por el camino de los peregrinos hasta Gadara, ciudad de altas torres, y aún más lejos, hasta los manantiales de Amala... Pero Jesús, esa madrugada, seguido por un pueblo que cantaba y sacudía ramos de mimosa, se había embarcado en el lago, en un batel de pesca, y a vela había navegado hacia Magdala. Y los siervos de Obed, descorazonados, cruzaron de nuevo el Jordán por el puente de las Hijas de Jacob. Un día, con las sandalias ya rotas de los largos caminos, pisando ya las tierras de la Judea romana, se cruzaron con un fariseo sombrío que se recogía en Efraim, montado en su mula. Con devota reverencia detuvieron al hombre de la Ley. ¿Había encontrado él, por acaso, a ese profeta nuevo de Galilea que, como un Dios paseando por la tierra, sembraba milagros? El rostro curvo del fariseo se oscureció arrugado, y su cólera retumbó como un tambor orgulloso:

—¡Oh, esclavos paganos! ¡Oh, blasfemos! ¿En dónde oísteis que existiesen profetas o milagros fuera de Jerusalén? Tan sólo Jehová tiene fuerza en su Templo. De Galilea salen los necios y los impostores...

Y, como los siervos retrocedían ante su puño levantado, todo enrollado por dísticos

sagrados, el furioso doctor de la Ley saltó de la mula y, con las piedras del camino, apedreó a los siervos de Obed, aullando: «¡Racca! ¡Racca!», y todos los anatemas rituales. Los siervos huyeron a Enganim. Y fue grande el desconsuelo de Obed, porque sus ganados se morían, sus viñas se secaban, y aun así, radiante, como una alborada tras las sierras, crecía, consoladora y plena de promesas divinas, la fama de Jesús de Galilea.

En aquel tiempo, un centurión romano, Publio Séptimo, comandaba el fuerte que domina el valle de Cesarea, hasta la ciudad y el mar. Publio, hombre áspero, veterano de la campaña de Tiberio contra los partos, se había enriquecido durante la revuelta de Samaria, con presas y saqueos, poseía minas en Ática y gozaba, como favor supremo de los dioses, de la amistad de Flaco, legado imperial de Siria. Pero un dolor roía su prosperidad muy poderosamente, como un gusano roe un fruto muy suculento. Su única hija, más amada para él que vida y bienes, se apagaba con un mal sutil y lento, extraño incluso al saber de los esculapios y mágicos que él mandó consultar en Sidón y en Tiro. Blanca y triste como la luna en un cementerio, sin una queja, sonriendo pálidamente a su padre, se apagaba, sentada en la alta explanada del fuerte, bajo un toldo, descansando con saudade los negros ojos tristes por el azul del mar de Tiro, por el que ella había navegado desde Italia, en una opulenta galera. A su lado, a veces, un legionario, entre las almenas, apuntaba calmamente la flecha hacia lo alto y fondeaba en una gran águila volando con alas serenas, en el cielo rutilante. La hija de Séptimo seguía un momento al ave torneando hasta caer muerta sobre las rocas; después, con un suspiro, más triste y más pálida, miraba nuevamente hacia el mar.

Entonces Séptimo, oyendo contar, a mercaderes de Corozáin, de este Rabí admirable, tan potente sobre los espíritus que curaba los males tenebrosos del alma, destacó tres decurias de soldados para que lo buscasen por Galilea y por todas las ciudades de la Decápolis, hasta la costa y hasta Ascalón. Los soldados metieron los escudos en los sacos de lona, pincharon en los yelmos ramos de olivo, y, herradas sus sandalias apresuradamente, se alejaron, resonando sobre las lajas de basalto de la calzada romana que desde Cesarea hasta el lago corta toda la Tetrarquía de Herodes. Sus armas, de noche, brillaban en la cima de las colinas, entre la llama ondeante de las antorchas levantadas. De día invadían las alquerías, rebuscaban en la espesura de los pomares, agujereaban con la punta de las lanzas la paja de los almiarés; y las mujeres, asustadas, para amansarlos, acudían enseguida con dulces de miel, higos nuevos y cuencos llenos de vino, que ellos bebían de un trago, sentados a la sombra de los sicomoros. Así recorrieron la Baja Galilea, y del Rabí tan sólo encontraron un surco luminoso en los corazones. Hastiados ya de las inútiles marchas, desconfiando de que los judíos ocultasen a su hechicero para que los romanos no se aprovecharan del superior hechizo, derramaban con tumulto su cólera, a través de la piadosa tierra sumisa. A la entrada de los puentes detenían a los peregrinos, gritando el nombre del Rabí, rasgando los velos de las vírgenes, y, a la hora en que los cántaros se llenan en las cisternas, invadían las calles estrechas de los burgos, entraban en las sinagogas y golpeaban sacrílegamente con los puños de las espadas en las *tebah*, los santos armarios de cedro que guardaban los Libros Sagrados. En las cercanías de Hebrón arrastraron a los eremitas por las barbas fuera de las grutas, para arrancarles el nombre del desierto o del palmar en que se ocultaba el Rabí, y dos mercaderes fenicios que venían de Jope con una carga de malabatro, a los que nunca había llegado el nombre de Jesús, pagaron por ese delito cien dracmas a cada decurión. Ya la gente de los campos, incluso los bravos pastores de Idumea, que llevan las reses blancas al templo, huía despavorida a las serranías, tan pronto como brillaban, en algún recodo del camino, las armas del violento

bando. Y, del borde de las azoteas, las viejas sacudían como talegos la punta de sus cabellos desgreñados y lanzaban sobre ellos las malas suertes, invocando la venganza de Elías. Así, tumultuosamente erraron hasta Ascalón: no encontraron a Jesús, y retrocedieron a lo largo de la costa, enterrando sus sandalias en las arenas ardientes.

Una madrugada, cerca de Cesarea, marchando por un valle, avistaron sobre un otero un verdinegro bosque de laureles, en el que albeaba, recogidamente, el fino y claro pórtico de un templo. Un viejo, de largas barbas blancas, coronado de hojas de laurel, vestido con una túnica de color azafrán, sujetando una corta lira de tres cuerdas, esperaba gravemente, sobre los peldaños de mármol, la aparición del sol. Desde abajo, agitando un ramo de olivo, los soldados clamaban por el sacerdote. ¿Conocía él un nuevo profeta que había surgido en Galilea y tan diestro en milagros que resucitaba a los muertos y convertía el agua en vino? Serenamente, extendiendo los brazos, el sosegado viejo exclamó sobre el rociado verdor del valle:

—¡Oh, romanos! ¿Creéis, pues, que en Galilea o Judea aparecen profetas consumando milagros? ¿Cómo puede un bárbaro cambiar el orden instituido por Zeus?... Mágicos y hechiceros son traficantes que murmuran palabras huecas para arrebatarse la espórtula de los simples... Sin el permiso de los inmortales ni una rama seca se puede caer del árbol, ni una hoja seca puede sacudirse en el árbol. No hay profetas, no hay milagros... ¡Tan sólo Apolo Delfico conoce el secreto de las cosas!

Entonces, despacio, con la cabeza gacha, como en una tarde de derrota, los soldados se recogieron en la fortaleza de Cesarea. Y grande fue la desesperación de Séptimo, porque su hija se moría, sin una queja, mirando el mar de Tiro, y la fama de Jesús, curador de los lánguidos males, seguía creciendo, siempre más consoladora y fresca, como la brisa de la tarde que sopla del Hermón y, a través de los huertos, reanima y levanta las azucenas pendidas.

Pero entre Enganim y Cesarea, en una casucha desgarrada, sumido en el pliegue de un cerro, vivía en aquel tiempo una viuda, mujer más desgraciada que todas las mujeres de Israel. Su hijito único, completamente tullido, había pasado del magro pecho con el que ella lo había criado a los harapos del jergón podrido, en el que había yacido, pasados siete años, acabándose y gimiendo. También a ella la enfermedad la había arrugado dentro de los trapos nunca cambiados, más oscura y torcida que un sarmiento arrancado. Y, sobre ambos, espesamente la miseria creció como el moho sobre desechos perdidos en un yermo. Hasta en la lámpara de barro rojo se había secado hacía mucho el aceite. Dentro del arca pintada no quedaba grano o corteza de pan. En el estío, sin pasto, la cabra había muerto. Después, en el huerto, se secó la higuera. Tan lejos del poblado, nunca limosna de pan o miel entraba por el portal. ¡Y sólo hierbas cogidas en las rendijas de las rocas, cocidas sin sal, nutrían a aquellas criaturas de Dios en la Tierra Prometida, en la que hasta a las aves maléficas les sobraba el sustento!

Un día, un mendigo entró en la casucha, compartió su fardel con la madre amargada y, sentado un momento en la piedra del lar, rascándose las heridas de las piernas, habló de esa gran esperanza de los tristes, de ese Rabí que había aparecido en Galilea y que de un pan en el mismo cesto hacía siete, y amaba a todos los pequeñuelos, y enjugaba todos los llantos, y prometía a los pobres un gran y luminoso Reino, de abundancia mayor que la corte de Salomón. La mujer escuchaba, con ojos hambrientos. ¿Y ese dulce Rabí, esperanza de los tristes, dónde se encontraba? El mendigo suspiró. ¡Ah, ese dulce Rabí! ¡Cuántos lo deseaban, que se desesperaban! Su fama corría por toda Judea, como el sol, que hasta por cualquier viejo muro se extiende y se goza; mas vislumbrar la claridad de su rostro sólo

era para aquellos dichosos que escogía su deseo. Obed, tan rico, había mandado a sus siervos por toda Galilea para que buscasen a Jesús, lo llamasen con promesas a Enganín; Séptimo, tan soberano, había destacado sus soldados hasta la costa del mar, para que buscasen a Jesús, lo condujesen, por su mando, a Cesarea. Errando, limosneando por tantas calzadas, él se había encontrado a los siervos de Obed, después a los legionarios de Séptimo. Y todos volvían, como derrotados, con las sandalias rotas, sin haber descubierto en qué bosque o ciudad, en qué madriguera o palacio, se escondía Jesús.

La tarde caía. El mendigo recogió su bordón, bajó por la dura senda, entre el brezo y la roca. La madre volvió a su rincón, la madre más doblada, más abandonada. Y entonces el hijito, con un murmullo más débil que el roce de un ala, le pidió a su madre que le trajese a ese Rabí que amaba a los pequeñuelos, aun a los más pobres, curaba los males, aun los más antiguos. La madre apretó la cabeza desgreñada:

—¡Pero hijo! ¿Y cómo quieres que te deje y me meta a los caminos, en busca del Rabí de Galilea? Obed es rico y tiene siervos, y en vano buscaron a Jesús, por arenas y colinas, desde Corozáin hasta el país de Moab. ¡Séptimo es fuerte y tiene soldados, y en vano corrieron por Jesús, desde Hebrón hasta el mar! ¿Cómo quieres que te deje? Jesús anda muy lejos y nuestro dolor vive con nosotros, dentro de estas paredes, y dentro de ellas nos encierra. Y aunque lo encontrase, ¿cómo convencería yo a Rabí tan deseado, a quien ricos y fuertes acudieron, a que bajase a través de las ciudades hasta este yermo, para curar a un tullidito tan pobre, sobre un jergón tan roto?

El chiquillo, con dos gruesas lágrimas en su carita chupada, murmuró:

—¡Madre! Jesús ama a todos los pequeños. ¡Y yo soy todavía tan pequeño, y padezco con un mal tan grave, y me gustaría tanto curarme!

Y la madre, sollozando:

—Hijo mío, ¿cómo puedo dejarte? Largas son las calzadas de Galilea y corta la piedad de los hombres. Tan rota, tan torpe, tan triste, hasta los perros me ladrarían desde la puerta de las alquerías. Nadie atendería mi petición enseñándome la morada del dulce Rabí. ¡Hijo! Quizás Jesús se haya muerto... Ni siquiera los ricos y los poderosos lo encuentran. El Cielo lo trajo, el Cielo se lo llevó. Y con Él para siempre murió la esperanza de los tristes.

De entre los negros trapos, levantando sus pobres manitas que temblaban, el niño murmuró:

—Mamá, yo quería ver a Jesús...

Y enseguida, abriendo despacio la puerta y sonriendo, Jesús dijo al pequeño:

—Aquí estoy.

Cuentos póstumos

La catástrofe

Yo vivo en la esquina de la plaza del Pelourinho, justamente frente al Arsenal. Ya antes de la guerra, y de nuestros desastres, vivía allí en el segundo piso a la derecha; nunca me gustó el sitio: sin ser bucólico, siempre tuve la ambición de vivir lejos de estas callejeras tristes de la Baixa^[20], en un barrio con más aire y más horizonte, con una huerta, árboles, un frescor de follaje y algunos metros de tierra, en la que podría rumorear entre árboles, tener rosales, y acoger pájaros, en las tardes de verano. Pero, cuando heredé de mi tía Petronilha, compré este edificio, frente al Arsenal: son, a causa de las tiendas y de los almacenes en los bajos (?), casas de renta más alta que las de los otros barrios; como empleo de capital, un edificio en la Baixa es mejor que una casa bonita, allá por Buenos Aires^[21], o por el barrio de las Janelas Verdes. Por lo menos, ese fue el consejo que me dieron propietarios con experiencia.

Por lo demás, yo tenía la intención de alquilar el edificio, e irme a vivir con Maria (?) y con mi hermano a una casita pequeña, alegre y fresca, que me había gustado allá por el Vale de Pereiro. Pero cuando vinieron nuestras desgracias, y el ejército enemigo ocupó Lisboa, la necesidad de economizar en tiempos tan difíciles me forzaron a abandonar el plan de ir a vivir al campo, y aquí me encuentro en este triste segundo piso de la plaza del Pelourinho, frente al Arsenal. En mala hora vine a parar aquí. Porque creo que esta vecindad del Arsenal me ha hecho sentir con más intensidad todas las amargas de la invasión: los que viven, por ejemplo, por Buenos Aires, por Janelas Verdes, por Vale de Pereiro, seguramente sufren dolorosamente la presencia de un ejército extranjero en Lisboa: aunque el primer terror ha pasado, y la ciudad va recobrando poco a poco su fisonomía habitual, y ya circulan los carruajes y los tranvías, sobre la ciudad todavía pesa no se sabe qué, el aire está cargado de un algo de sutil y opresivo como una atmósfera intolerable, que circula en las plazas, entra en las casas, cambia el sabor del agua, hace que el gas parezca oscuro, y deposita en el alma como una tristeza continua y cansina (?): incluso a veces, cuando una persona sale y, ocupada en algún negocio, distraída con él, se olvida del gran desastre que nos envuelve, basta la presencia de un uniforme enemigo en alguna esquina para hacer recaer en el alma, inmediatamente, como el peso de una roca, la idea de la derrota, y del fin de la patria. No sé lo que es, pero, por ejemplo, desde que en lo alto de algún edificio ondea la bandera extranjera, parece que este azul ya no es de nuestro clima, es algo como de bruma londinense. Pero, en fin, en otras casas, en otros barrios, la gente puede aislarse en casa, para sustraerse a esta desolación ambiental. Ya que no hay patria, hay familia; se cierran las puertas, se reúnen todos en el salón, alrededor de la lámpara doméstica, se charla; el recuerdo de las desgracias ofrece como un alivio punzante; la perspectiva de las esperanzas ilusiona como una felicidad pasajera; se recuerda a los amigos, a los conocidos que murieron bravamente en las batallas; a veces el recuerdo de un hecho heroico da una sensación como de honra conservada; después, se hace alrededor de la lámpara, bajo, con una palpitación de todo nuestro ser, una pequeña conspiracioncita en familia... Y el sueño de la revancha permite soportar la realidad de la catástrofe. Pero a mí ni siquiera me está permitido este aislamiento; porque, a no ser que cierre las ventanas, que me entierre en una tiniebla constante, que viva a la luz del gas, cuando el sol de julio chispea allá fuera, no puedo dejar de ver delante [de] mí, como un momento odioso, a la puerta del Arsenal, al centinela extranjero, pisando la tierra de la patria... Y es

precisamente este centinela lo que me indigna: seguramente otros uniformes extranjeros, todos esos oficiales de los acorazados que están en el ancladero, pasan a todas horas, con la insolencia brillante de sus espectaculares uniformes. Pues bien, eso no me irrita... Hay en aquel vaivén de oficiales algo de apresurado, de inquieto, que me da una idea de ocupación transitoria, de escuadras que van a levar anclas, de humillaciones que van a partir para siempre. Pero aquel centinela, eterno, que me parece siempre el mismo, tiene un aire de inmutabilidad, de perpetuidad, que me pone negro el corazón: cada paso que da, con su dura suela, cae, con un eco lúgubre, en mi alma, y en su monótono paseo, de garita a garita, me da la sensación de que nunca dejará de haber, sobre la tierra portuguesa, un centinela extranjero. ¡Y no me puedo abstraer de este espectáculo! Por la mañana, al rasurarme la barba, me quedo, (...) con la navaja (?) en el aire, la cara cubierta de copos de espuma, espantado, mirando al soldadito, que parece empaquetado en un capotazo azul con el bonete de cuero barnizado y el arma al hombro, ¡una de aquellas armas que alcanzaban el doble de las nuestras, y que masacraban de lejos, en la línea de defensa, a regimientos enteros! De forma que ahora ya me conozco a casi todos los centinelas del Arsenal. Durante algunos días fueron soldados de marina, pero ahora son siempre del 15 de línea; hay sobre todo un tipo de soldado que me indigna: es el chicarrón robusto, sólido, bien plantado sobre las piernas, con cara decidida, y ojos relucientes. Siempre digo: este fue el que nos venció; y no sé por qué, acordándome de nuestro propio soldado, bisoño, sucio, encogido, asqueado, enclenque del mal aire de los cuarteles y de la insalubridad de los ranchos, veo en esa superioridad de tipo y de raza toda la explicación de la catástrofe. Antiguamente, antes de la invasión, raras veces recuerdo haber mirado al centinela del Arsenal; pero me acuerdo de haberlo visto, por casualidad, al acercarme a la ventana; si llovía era seguro verlo, encogido en la garita, fijando un ojo apagado y triste bajo el caudal de agua; si había calma, eran todos sus andares, su derrengar de hombros, la blandenguería lenta del paso, una expresión continua y evidente de tedio y de fatiga; después, pasadas unas dos horas de servicio, era todo un derrengamiento, un embrutecimiento, una manera torpe de señalarlo todo: los bueyes, los americanos, la *varina*^[22] pregonando pescado, los vendedores de la tienda de enfrente, que hacía visible la falta de nervios, de vigor, de fijeza disciplinada, de firmeza, de persistencia. Y esta visión del soldado me pareció entonces ampliarse, y abarcar toda la ciudad, todo el país: fue esta somnolencia lúgubre, este tedio, esta falta de decisión, de energía, esta indiferencia cínica, este relajamiento de la energía y de la voluntad, creo, lo que nos perdió... A veces, me suenan al oído las acusaciones tantas veces repetidas del tiempo de la lucha: no teníamos ni ejército, ni mandos, ni artillería, ni defensa, ni armas... ¡Qué va! Lo que no teníamos eran almas... Era eso lo que estaba muerto, apagado, adormecido, desnacionalizado, incierto... Y cuando en un Estado las almas están envejecidas y gastadas, lo que queda vale poco.

Nunca se me va a olvidar la impresión que tuve el día que supe que la guerra nos había sido declarada, y que estaba reunido un [ejército], habiendo organizado de antemano la invasión, por el sur, por el norte. Cumplía años mi pobre amigo Nunes, que vivía entonces en el Rossio. Desde la tarde pesaba un pánico sobre la ciudad. Porque la verdad es que incluso desde que en Europa había empezado la guerra, tan violentamente provocada por Alemania al invadir Holanda, nunca, en Lisboa, por lo menos en la mayoría del público, había habido recelo de que la cosa *llegase aquí a nuestro rincón*, como se decía entonces. Ni siquiera cuando el viejo lord Salisbury, casi en su lecho de muerte, lanzó su gran manifiesto, y declaró la guerra a Alemania, y cuando vimos de este modo a nuestra única protectora tan ocupada en una lucha en el norte, nos consideramos en peligro; y aún

así, parecía haber llegado el día terrible en que desaparecerían en Europa las pequeñas nacionalidades... Por eso, cuando esa tarde fatal se anunció oficialmente la entrada de un ejército enemigo por la frontera, toda la ciudad se quedó como petrificada por un terror. ¡Y el primer movimiento de la población fue correr a las iglesias! Ya se suponía a los regimientos enemigos desperdigándose por las calles... No creo incluso que se hubiese dado la idea de una resistencia seria: se dijo primero que intentaríamos dar una batalla, junto a Caminha, o en Tancos, únicamente para demostrar a Europa que todavía nos quedaba algo de vitalidad; pero era tan sólo una demostración: porque la idea era recogernos a las líneas de Torres-Vedras y defender Lisboa. Yo, por lo demás, no estaba en los secretos del Estado mayor ni del gobierno; y apenas sé lo que se dijo, en grupos, que llenaban las calles aterrorizadas, hablando bajo... Esa noche fui al Rossio. Nunes daba una *soirée*... Pero en el salón pesaba la misma tristeza taciturna que en la calle. Había en los rostros, en la voz, como una expresión desvariada de espanto y de terror, una singular manera de preguntar «¿Qué hay?» con unos ojos abiertos en un rostro pálido. A pesar de que había dos salones, el de visitas y otro en el que se jugaba, estaban todos aglomerados alrededor del sofá como un rebaño que siente al lobo... La dueña de la casa, que tenía un hijo militar en Tancos, a pesar de su vestido azul escotado, tenía cara de pésame, y los ojos rojos e hinchados. Había llorado todo el día. Y en las mujeres, en los hombres, había como un abatimiento, una aceptación muda de la derrota futura, una pasividad inerte, de almas débiles... Como no se recibían noticias, los boatos eran absurdos, a cada momento se hacían silencios; silencios lúgubres que daban la sensación como de un recogimiento ceremonioso de día de entierro. Nunes, el pobre, muy pálido, iba al acaso por el salón, con el borde de la levita colgando, frotándose nerviosamente las manos, queriendo distraer de aquellas preocupaciones dolorosas, proponiendo que se hiciese algo... Se pidió (?) una cuadrilla... Un señor se sentó al piano, pero cuando sonaron los primeros compases de los lanceros, se perdieron en un murmullo general de conversaciones horrorizadas; nadie sacó pareja; no se bailó. Alguien se acordó de un juego de prendas, de una charada figurada: rostros espantados sonreían, decían con esfuerzo:

—Vamos a ello, no era malo...

Pero todos se quedaban sentados, las manos inertes, los pies pesados.

Yo vine para la casa de juego, a charlar con alguien: había periodistas, políticos, y aquí, a través de las frases, se percibía en todos el abatimiento de alma: nadie creía en una posible resistencia; y ante [el] peligro, se levantaba el egoísmo, feroz y brutal. El odio al enemigo era violento, menos por la pérdida posible de la patria libre que por los desastres particulares que traería; uno temblaba por su empleo, otro por los intereses de sus inversiones. Hasta entonces, el Estado había dado el pan al país, y con la pérdida del Estado se veía el fin del pan de cada día... Pero esta indignación en frases parecía agotar toda la cantidad de patriotismo que podían dar aquellas almas: porque a cada pregunta sugerida por la fantasía aterrorizada —ceder las colonias a cambio de una alianza inglesa inmediata y hacer concesión de dos provincias— latía en el fondo la idea inmutable de la capitulación, el horror a la lucha, la ansiedad de no perder el empleo, y no perder los intereses de la inversión. Y el resto, cada uno sintiendo la debilidad egoísta de su alma, creía instintivamente que el país estaba tomado por el mismo abatimiento. A la idea de un levantamiento en masa, de la creación de una guardia móvil, de milicias, se encogían los hombros. ¿Para qué? ¡No se puede hacer nada! Nos machacan.

Recuerdo que mientras hablaban así, junto a la mesa de juego, en la que yacían olvidados los naipes de la antigua voltereta pacata, me acerqué a la ventana: todo el vasto

cielo estaba entoldado por una niebla blanquecina, pero, bajo el arco de la bandera, se extendía un vasto espacio azul, como la entrada circular de un inmenso pórtico, y en el centro brillaba una ancha luna, luna triste, muda y lívida, y a su lado la colina, con el castillo, quedaba recortada, en oscuro, por su línea blanda, sobre el pálido azul del fondo... Una tristeza inmensa parecía salir de aquella decoración, con ella el alma se invadía como de una vaga piedad por las desgracias patrias. Y sin saber por qué, me sentí tomado por una saudade repentina, la saudade de algo que había desaparecido, que había acabado para siempre, y que yo no sabía qué era. Abajo, el Rossio oscuro brillaba sordamente entre las líneas iluminadas de los escaparates de las tiendas: en la plaza, en torno a la columna, a la que la luz de la luna da un trazo pálido, negreaba de gente; pero ni un grito, ni una voz; era una masa oscura que parecía estar allí amodorrada, rebañada por el terror instintivo que congrega a los animales, esperando resignadamente la tormenta; y de las casas blancas, altas, pesadas (?) caía la misma sensación de abstención (?) aterrorizada, de concentración egoísta por un miedo oscuro... De repente, del lado de la calle de Almada, vino un rumor, era como una melopea ritmada, que se sentía que llegaba en el aire, que se acercaba; luces de antorchas, dejando (...) un rastro de centellas, aparecieron en la esquina del Rossio; y un grupo desembocó, marchando vivamente al compás de un himno patriótico, cuyo ritmo los impelía a un paso largo:

Guerra, guerra, es guerra santa

por la santa independencia...

Eran unos veinte, y desde arriba, desde la ventana, por sus sombreros altos, parecían ser quizás chiquillos de las escuelas o de alguna de las asociaciones que entonces abundaban en la ciudad... Siguieron a lo largo del Rossio, agitados, levantando la voz, con una llamada a la multitud oscura; pero ningún grito les contestó; toda la masa se apiñaba para ver pasar aquellos entusiasmos solitarios: las tiendas se apagaron enseguida, se cerraron con un susto de *motín*; y en aquel silencio frío que venía de la indiferencia de la gente y de la mudez de las fachadas, pareció que el canto se extinguía de sí mismo, que el entusiasmo se abatía como una bandera a la que falta el viento, cayendo a lo largo del mástil; cuando llegaron cerca del teatro de doña Maria, el himno casi cesó, y las antorchas disminuyeron... Y aquello se esfumó, se perdió entre la masa oscura, como un esfuerzo efímero de heroísmo en una vasta indiferencia pública. Me recogí hacia dentro, pensando, con la garganta cerrada, que estábamos perdidos para siempre... En fin, como la noche se adelantaba, se hizo necesario hacer algo para disipar aquel pavor ambiental. Yo, Nunes, Correia, jugamos una voltereta. En la sala, seguramente también se sintieron las necesidades de sacudir el torpor horrorizado de las damas; hubo una escala en el piano, acordes ahogados, y al poco rato una voz, que reconocí como la de un oficial de caballería, se levantó blanda y gimiente, recitando «la Judía»:

Duerme, que yo velo, seductora imagen.

Entonces, aquella melodía, aquella voz mórbida y saudosa, me parecieron singularmente extrañas en aquel momento; era como un vestigio (?) obsoleto, la voz de un mundo extinguido, desvaneciéndose, en sueños; alrededor de la mesa, las voces monótonas continuaban: «Paso, doy las cartas»; de abajo, del Rossio, llegaba el mismo rumor sordo de la multitud que llenaba la plaza; y en la sala, en la languidez amorosa del acompañamiento, balanceando con requiebro, la voz del alférez:

Duerme, que yo velo, seductora imagen.

A esa hora ya el ejército enemigo pisaba el suelo de la patria. ¡Pobre alférez! Nos encontramos después. Iba yo entonces con mis compañeros de la milicia nacional. Y qué milicia: ¡todo cuanto teníamos por uniforme era un capote improvisado!, ¡qué armas, de caza! Pero en fin, allá íbamos, en esa fría mañana de abril, bajo una lluvia torrencial. Parece que se estaba librando una gran batalla: pero no sabíamos nada; estábamos allí, a medio escaño de una colina que nos escondía la vista de enfrente, junto a una casucha abandonada; allí estábamos desde hacía dos horas, con barro hasta las rodillas, encharcados de agua, después de haber marchado durante toda la noche, idiotas de fatiga, hambrientos, apoyándonos los unos en los otros para no dormirnos; y, a nuestro alrededor, de un cielo bajo y lúgubre, caía un diluvio; y la casucha parecía, entre sus cuatro árboles, toda envuelta en el chaparrón, tan encogida y tan soñolienta como nosotros: a distancia, la artillería atronaba; otras veces, eran descargas que parecían el rasgar repentino de una gran pieza de seda gruesa; pero ni veíamos los humos en aquella tiniebla del aire y de la lluvia. Ni sé qué sitio era, ni qué era lo que estábamos defendiendo. Quien comandaba la compañía era el alférez: el mismo que había recitado «la Judía». Amarillo, inmóvil, encogido en su capote, iba, ahí (?); no se parecía al alférez que torcía el bigote, al piano, revirando ojos tiernos en los versos más conmovedores. De repente, en la tierra mojada, un galope corto y seco: se trata de un oficial con el uniforme desapretado, la espada en el puño, el rostro encendido de una cólera batalladora; guapo muchacho, un hilo de sangre cayéndole de la oreja; para el caballo, grita con voz de furia:

—¿Quién comanda este destacamento?

—Soy yo, mi capitán —contesta el otro, con aplomo.

—¡Con un millón de diablos! Ruede, por la izquierda, por detrás de la casucha, para tomar posición en la carretera, junto a la cuneta.

Y partió, a galope. Entonces partimos (...) nosotros (?), a toda marcha, en el barro (?), en el que nuestros pies se enterraban, haciendo un esfuerzo brutal, para saltar por aquel terreno de una resistencia blanda, jadeando, bajo los torrentes de lluvia, y el estruendo de la artillería que ahora parecía acercarse. Pasamos frente a la casucha: en la puerta, coches de ambulancia; y desde el interior, gritos de heridos: era la primera vez que se oían aquellos sonidos (?) dilacerantes de dolor abandonado, y hubo en el destacamento como una imprecisión, una vacilación: era nuestra carne de paisanos, de burgueses, que se negaba a aquella evidencia tan brusca de la muerte y del dolor.

—¡Marche! —gritó el alférez.

Llegamos a la carretera, pero no veíamos nada; enfrente, una línea pálida de chopos, después cerros, una ermita en lo alto de un monte, y por todo el valle la agreste niebla áspera de la incesante lluvia. Paramos: a distancia negreaba otro destacamento. Y allí nos quedamos, con la misma inmovilidad, bajo el agua, tiritando, con una fatiga mortal. Ni un trago de aguardiente. ¡Los pies hinchados en las botas encharcadas nos torturaban! Y pensando en los días de paz, cuando sólo veía llover desde la poltrona de mi despacho, me venía una cólera furiosa contra el extranjero, un furor de marchar hacia adelante, un deseo brutal de mortandad... Y me desesperaba quedarme allí, criticando, en lo alucinado de la desesperación, a los generales, al gobierno, a todos los que estaban arriba, y que no me mandaban marchar. Aquella indecisión era odiosa. La ropa se pegaba al cuerpo; y sentíamos el agua escurriendo a lo largo de las piernas, las manos se helaban bajo el cañón de la espingarda, en la brisa aguda y agreste que soplabla canalizada del valle. De repente,

un ruido sordo; era una batería de artillería, galopando a tomar posición: y como un turbulencia, dando alaridos entre esa niebla de lluvia y lama, a corcovos de los caballos, a traqueteos de las carretas, con un estallar furioso de chicotazos, partiendo con un rumor sordo y blando sobre la tierra encharcada... De repente, a nuestra derecha, rompe una fusilería; ahora sentimos silbar las balas: indistintamente nos agachamos, con aquel recular cobarde de milicia bisoña.

—¡Firmes! —grita el alférez.

Delante de mí, un soldado cae como un fardo, bajo la lama, y se queda inmóvil, muerto: ahora vemos nubecitas de humo pardo diluyéndose (?), que la lluvia parte, el viento sacude. El alférez de repente se tambalea, cae sobre la rodilla: está herido en el brazo pero se levanta como un resorte, agita la espada; como un loco, grita:

—¡Fuego!

Después no me acuerdo bien; el tremendo son de artillería me alucinaba: como en un sueño, en un sonambulismo, hice fuego al acaso, contra la niebla parda, que tapa todo delante. De repente, a mi lado, el alférez cae otra vez: da revolcones, grita, con un furor de agonía:

—¡Rematadme, chicos! ¡Rematadme, chicos!

Pero en ese momento, en el que nos sentimos envueltos, absorbidos por una masa negra que bajaba, como una tromba, con la violencia de un elemento, partimos, corriendo, tirando las armas, en medio de una gritería ensordecedora; después, tengo el vago recuerdo, aquella enorme mole de gente se quiebra, se dispersa, se hace grupos: somos unos cien, en medio, los que corremos, cayendo, levantándonos, rodando en el barrizal, pisados. Tengo una vaga conciencia de lo que es [la] derrota, la desbandada, el pánico de las milicias, y huyo con una amargura feroz (?), gritando sin saber por qué, con el ansia de encontrar un rincón, una casa, un agujero; y me acuerdo de ver, en aquel sendero delante de mí, a un oficial, a pelo, una figura desgreñada, y firme, dando alaridos con la boca abierta, agitando la espada, queriendo seguramente detener la desbandada: pero la masa de gente cae sobre él, lo arrebató, y yo siento vagamente que mis botas resbalan bajo su cuerpo inerte y machacado. ¡Maldita guerra! Cómo entré en Lisboa, y me encontré en casa, realmente no me acuerdo. Sí me acuerdo de parar en el Rossio y verlo lleno de una multitud horrible, que era toda la población de los alrededores refugiándose, en una fuga aterrorizada (?) delante del enemigo; era un caos de carruajes, de ganado, de muebles, de mujeres gritando, una masa brutal y horrorizada, girando sobre sí misma, pidiendo pan a gritos, bajo la lluvia implacable. Ya en Lisboa, allí me fui enterando, a retazos, de todos los detalles; las escuadras enemigas en el Tajo, la ciudad sin [...] porque el viaducto del Alviela había sido cortado, la insurrección en las calles, y una plebe alucinada, pasando del abatimiento al furor, ya lanzándose a las iglesias, ya pidiendo armas, y uniéndose a la confusión de la invasión los horrores de la demagogia. Días amargos. Todos mis cabellos encanecieron.

Y pensar que durante años nos podíamos haber preparado. Y pensar que, a la manera de Inglaterra, podíamos haber creado cuerpos de voluntarios, convirtiendo a cada ciudadano en un soldado, y preparando así de antemano un gran ejército nacional de defensa, armado, equipado, disciplinado, y habiendo recibido con el hábito de la disciplina, el orgullo del uniforme...

¿Pero de qué sirve ahora pensar en lo que se podría haber hecho? ¡Nuestro gran mal, lo repito, fue el abatimiento, la inercia en que habían caído las almas! ¡Aún hubo un tiempo en el que todos los males se atribuían a los gobiernos! Grotesca acusación que hoy nadie osaría repetir. Los gobiernos quizás podían haber creado más artillería, o más y más

ambulancias; pero lo que no podían haber creado era un alma enérgica al país. Habíamos caído en la indiferencia, en un escepticismo imbécil, en un desdén por todas las ideas, en una repugnancia por todo esfuerzo, en una anulación de la voluntad. Estábamos caquéticos. El gobierno, la Constitución, la misma Carta tan escarnecida, nos dio todo lo que nos debía dar: una libertad; y, al abrigo de esta libertad, el país, la patria, la masa de los ciudadanos tenía el deber de hacer su país próspero, vivo, fuerte, digno de la independencia... Pero el país no había perdido la costumbre de vivir a la puerta de los conventos; y desde que no había conventos, el país se volvía hacia el gobierno, esperando del gobierno todo lo que debía sacar de sí mismo, ¡pidiendo al gobierno que hiciese todo lo que le correspondía hacer a él mismo! Quería que el gobierno le roturase sus tierras, que el gobierno crease sus industrias, que el gobierno escribiese sus libros, que el gobierno alimentase a sus hijos, que el gobierno levantase sus edificios, que el gobierno le diese la idea de su Dios. ¡Siempre el gobierno! El gobierno debía ser el agricultor, el industrial, el comerciante, el filósofo, el sacerdote, el pintor, el arquitecto: todo. Cuando un país abdica de este modo toda su iniciativa en manos de un gobierno —cruza los brazos, y espera que la civilización le caiga ya hecha de las secretarías, como la luz le llega del sol—, este país está mal; las almas pierden el vigor; los brazos, el hábito del trabajo; la conciencia pierde la regla; el cerebro pierde la acción. Y como el gobierno está allí para hacerlo todo, el país se estira al sol, se acomoda para dormir bien. Despierta, como despertamos nosotros, con un centinela extranjero en la puerta del Arsenal. ¡Ah, si lo hubiésemos sabido! ¡Pero lo sabemos ahora! ¡Ah, esta ciudad parece otra! Ya no es aquella multitud abatida y fúnebre del Rossio, la víspera de la catástrofe: ahora se ve en la actitud, en la mirada, en el rostro, una decisión; los ojos brillan con un fuego contenido pero valiente; ¡y los pechos se levantan como si ahora verdaderamente contuviesen un corazón! Ya no se ve por aquella ciudad aquella holgazanería torpe; cada uno tiene por ocupación un alto deber: las mujeres parecen haber sentido su responsabilidad y son madres, porque tienen el deber de propagar (?) ciudadanos... Ahora leemos nuestra historia; ahora trabajamos, y las mismas fachadas de las casas ya no tienen aquel aspecto estúpido de rostros sin ideas, como esa noche, también, cuando la luz brilla: ahora, por detrás de cada cristalera se siente una familia unida, organizándose fuertemente... Por mi parte, desde (...) llevo todos los días a mis hijos a la ventana, los pongo sobre las rodillas, les enseño el centinela; se lo enseño paseando despacio de garita a garita, en la sombra que proyecta el edificio al cálido sol de julio; y los embebo del horror, del odio a aquel soldado extranjero... Les cuento entonces la historia de la invasión, las desgracias, los episodios temerosos, los capítulos sanguinolentos de la siniestra historia... Después les señalo el futuro: y les hago envidiar el día en que aquí en la casa en que habitan, desde esta ventana, verán sobre la tierra de Portugal pasear otra vez un centinela portugués. Y para eso, les enseño el camino seguro, el que nosotros debíamos haber hecho: trabajar, crear y, siendo pequeño por su territorio, ser grande por su actividad, por su trabajo, por su libertad, por la ciencia, por la fuerza del alma... Y los acostumbro a amar su patria, en lugar de despreciarla como hacían, otrora, muchos, como recuerdo. Íbamos para los cafés, para el Gremio, a cruzar las piernas, y entre dos caladas, decir indolentemente:

—¡Esto es una chapuza! ¡Esto está perdido! ¡Este es un país indecente!... Esto está cayendo en manos de otros...

Y en lugar de esforzarnos por salvar esto, pedíamos más coñac, y partíamos para el lupanar. ¡Ah, generación cobarde, fuiste bien castigada!

Pero ahora esta generación es otra gente: esta no dice que esto está perdido; se calla

y espera; si no está animada, está concentrada... Y además no todo son tristezas; también tenemos nuestras fiestas. Y todo nos viene bien para una fiesta: 1 de diciembre, otorgamiento de la Carta; día 24 de julio, cualquier cosa; con tal de que se celebre una fecha nacional. No en público, todavía no podemos hacerlo: pero cada uno en su casa, a su mesa; se ponen esos días más flores en los jarrones; se decora el lino con algún verde, se pone en evidencia la bella y vieja bandera, las quinas^[23] de que nos reíamos, y que ahora nos enternecen, y después, todos en familia, cantamos en sordina, para no llamar [la] atención de los espías, el viejo himno, el de la Carta, cualquier himno... Y se hace un gran brindis, por un futuro mejor. Y hay un consuelo, una alegría íntima, al pensar que a la misma hora, en casi todos los edificios de la ciudad, la generación que se prepara está celebrando, en el interior de un salón, de un modo casi religioso, las antiguas fiestas de la patria... Y después, por la noche, alrededor de la lamparilla, como un curso de historia nacional, cuento a mis chicos esta historia de un patriota.

Un día de lluvia

Era medianoche, y José Ernesto, que extrañaba los colchones duros de farfolla, iba por fin a adormecerse, cuando una gran y pesada ráfaga se abatió bruscamente sobre Paço-de-Loures. Soñoliento, levantó la cabeza del duro almohadón de ahechaduras lleno de encajes, que también le molestaba, y se quedó un momento, con los ojos desencajados en la oscuridad, escuchando el rumor de agua despeñada que inundaba los tejados, crepitaba en torrente, sobre la hojarasca dura del naranjal. Después, pensando en la vejez de aquel caserón del siglo XVI, deshabitado según había afirmado el padre Ribeiro, desde 1850, encendió la vela, acechó, medio erguido, los techos negros de roble, con recelo de algún grueso agujero. Pero los viejos techos almohadillados parecían sólidos, y José Ernesto acabó por soplar la luz, estirar la manta, que al acostarse, había arrojado a los pies, acalorado con la cena de cabrito, y el vino de Pedras Negras, y cerró los ojos en el cobijo que la lluvia fuera, agreste y ventosa, hacía más dulce, y en donde se fundía el gran cansancio de su jornada, en aquel mediado abril ya caluroso.

Pero no se durmió, contrariado con aquella lluvia, de luna nueva, que podía importunar, estropear su visita a Paço-de-Loures. Y al mismo tiempo, ante aquel rumor de invernada, surgiendo en abril, pensaba en el extraño empeño que lo había llevado a él, soltero y sociable, que amaba las ciudades, a comprar una quinta, tan lejos de Lisboa, en una región de sierra y niebla. Pero era un deseo muy antiguo, ya de sus años de instituto, cuando vivía con su padre en Lisboa, en el cuarto piso de una calle ruidosa, con el único horizonte de un terreno vago, horriblemente seco, de sablón y cascajo, encastrado entre dos edificios, en donde no había otro tono que no fuese el de la cal sucia. En verano, sentía la polvareda hasta en la almohada y en las sábanas, y entonces soñaba con grandes árboles, llenos de sombras y de pájaros, con aguas muy frías y muy brillantes, transbordando de estanques de riego. Después, en Coimbra, un don Patrício, compañero suyo de casa, hablaba perpetuamente de su solar de São Brás, y de sus grandes avenidas de robles, y de la cascada y de los rosales, y del mirador sobre el río, en donde se tomaba el café. Y entonces él ya pensaba, en su cuarto, sobre los libros: «¡Qué diablos, cuando sea rico, he de conseguir mi São Brás!». Más que todo, sin embargo, ciertas impresiones de lectura, sobre Inglaterra y su lujosa y hospitalaria vida de campo, habían desarrollado en él el apetito de una quinta, y de una vasta casa, con muchos cuartos, una bodega bien abastecida, en la que él pudiese recibir a los amigos alegres de Lisboa, e incluso a señoras, y presidir, como un castellano, soberbias cenas con lechón asado, después de una cacería en las sierras.

Por fin había heredado (y era verdad) la fortuna del tío Bento, pero se había olvidado de la quinta, de la naturaleza y de la vida bucólica, con la alegría de realizar otros sueños, también vivos: el viaje por Europa, y una instalación de soltero, estética, con robles labrados, y sillas de cuero, colchas de la India. Después perdió dos, tres años, en la ociosidad de Lisboa, con un faetón, una butaca en el São Carlos, una cierta Micaela, corista de la Trindade, y una pasión por la mujer de su casero en la calle de São Bento. Era una guapa chiquilla, de raza italiana, rubia o teñida de rubio, que tenía gracia, sobre todo en las cartas que le mandaba por una negra, y una naturaleza amorosa, de tórtola en suave mayo. Aquel gran sentimiento, pasado un año, se había marchitado naturalmente como una bella flor, y fue entonces cuando despertó en él el antiguo deseo del campo, de la quinta, de los amigos hospedados y de las cenas de lechón. Justamente entonces, por casualidad, había

leído en las *Novidades*, en una correspondencia de Castelo Branco, la venta de aquella quinta, con su nombre sonoro de Paço-de-Loures, que él recordaba haber leído en alguna parte, en una novela o en una crónica. En la quinta, por lo demás, había una ruina histórica, capilla o torre. Perteneía a un hidalgo de provincia, del que él nunca había oído hablar, pero que tenía don, y apellidos inacabables, con Noronha y con Alcoforado. Escribió a ese señor don Gaspar, que le contestó una carta de elegante redacción, con una bonita letra inglesa, proponiéndole visitar Paço-de-Loures, en donde el señor padre Ribeiro lo esperaría, para hospedarlo, y enseñarle la propiedad... Y como, en ese momento, Lisboa le resultaba penosa, porque el marido *de ella* vivía tres o cuatro puertas más adelante de su casa, y a veces venía sin ningún cumplido a comer con él, José Ernesto partió para el norte, ya casi decidido a comprarle la quinta a aquel hidalgo amable y culto, que tenía un sacerdote y una tan bonita cursiva inglesa. Y en la estación, allí se había encontrado al señor padre Ribeiro, procurador del señor don Gaspar, con dos jamelgos y un [...] para conducirlo al Paço. Oscurecía, y el camino a la quinta le gustó enseguida, a pesar de difícil, con sus arboledas, el rumor del agua, un olor a prados y a pomares. El caserón, pintado de amarillo, con un gran balcón, o pórtico cubierto, que lo unía a una vieja ruina, tenía un bello aspecto señorial; y la cena preparada por el casero era deliciosa. Sólo el padre Ribeiro le desagradaba con su carraspera y su gordísimo cuello, y la desconfianza con que lo miraba, por encima de unas grandes gafas redondas, con montura de carey. Parecía, además de eso, un tremendo pelmazo, y la descripción que le había hecho de la propiedad, y de los abusos que sobre él [...], y de una cuestión de aguas con un vecino, y los foros, la iglesia de San Lucas, y los disgustos del señor don Gaspar, a los arreglos hechos en los trojes y en el hórreo, casi habían conseguido que a José Ernesto le supiese amargo el admirable vino blanco del casero. Y su impresión, aún antes de dormirse, fue la del horror de un domingo de lluvia, allí encerrado, en aquel caserón sin muebles, solo, indefenso, con el padre Ribeiro.

Temprano, por la mañana, el casero, el excelente Brás, fue a llamar tímidamente a la puerta de su cuarto, anunciando a Su Excelencia las ocho horas, y el movimiento de José Ernesto fue, enseguida, el de escuchar hacia la ventana. ¡Llovía!

Desesperado, José Ernesto saltó del vasto lecho de ébano, desatrancó las gruesas contraventanas, y comprobó el desastre. ¡Llovía! Debajo de los cristales empañados, verdeaba vagamente la copa del naranjal, que parecía muy fresco, enterrado en un valle; después se veían campos con arboledas, colinas bajas, una albura de caserío, todo difuminado, medio diluido en niebla. Y de un cielo confuso, en copos blandos de nubes pardas, caía la lluvia, lenta, derecha, calma, reposada, y como si así estuviese establecida, para toda la eternidad.

—¡Qué fastidio! ¡Qué asco de fastidio!

Y ya todo a su alrededor le pareció inmensamente triste, de una incomodidad agreste, aquella cal blanca de las paredes, el suelo no remendado, con las tablas mal alineadas, las tres sillas de rejilla, tiesas, estrechas, rígidas, que repelían, y el lavabo de piedra de pizarra con su palanganita verde en la que apenas cabían las manos... ¡No, positivamente, no le convenía aquel solar de nombre sonoro! Pero su indignación fue mayor cuando el casero vino a decirle, desde fuera de la puerta, que el padre Ribeiro iba a decir misa en la capilla de la casa, a las ocho, y sólo esperaba por Su Excelencia. ¡Qué desfachatez, la del padre Ribeiro! ¿Y cómo sabía o con qué autoridad decidía el padre Ribeiro, que él fuese católico, o incluso cristiano? Precisamente, hacía años que no oía misa, desde sus primeros entusiasmos con la mujer del dueño de su casa, cuando la

olisqueaba a través de Lisboa, y todos los domingos, esperándola, sentía grandes baques [en su] corazón, debajo de las acacias delante de la iglesia de Santa Isabel... Y ahora aquel horrible pelma del padre Ribeiro entraba así tan familiarmente por su conciencia, y le imponía una misa. ¿Pero qué hacer? Era huésped: no podía escandalizar la devoción sencilla de los caseros. Y acabó de vestirse, furioso, con tres tirones a la ropa, y largas miradas llenas de amargura, a aquella lluvia que caía, lenta y serena, como satisfecha de caer.

Pero cuando el casero, a través de grandes salas, casi desnudas, por las que su paso era sonoro, lo condujo a la capilla, a una tribuna, a la tribuna señorial, con su reja de roble, con dos viejos almohadones de terciopelo verde, toda su irritación se calmó, se sintió incluso encantado de presidir así la devoción de los criados de la labranza, de las chicas del lugar, en una capillita propia, ante una Virgen que era como una diosa doméstica, patrona y amiga de la casa.

Hasta el padre Ribeiro le pareció menos horrendo, a través del dulce susurro de los latines, con su vieja casulla, en la que el oro, ya desteñido, se deshilaba. Dos o tres de las chicas, que no eran feas, con sus grandes arracadas, los vistosos pañuelos de merino, dirigían hacia la tribuna, al agacharse en el suelo, sus ojos curiosos y negros. La elevación de la Hostia, con el fino y durmiente tañer de la campanilla, el latir lento en los pechos, fue muy suave. Uno de los almohadones, en que se había arrodillado, tenía unos vagos blasones bordados. Y José Ernesto pensó que había mucha belleza en la antigua sede de un solar portugués. Aunque la lluvia caía más gruesa, más pesada, sobre los tejados de la capilla. Después, al bajar del altar, con el cáliz en las manos, el padre Ribeiro saludó hacia la tribuna, y al huésped.

«En el fondo no parece mala persona», pensó José Ernesto.

Y fue muy amable, cuando él apareció, ya con su enorme casaca y su sombrero, en el salón, en donde se iba a servir el almuerzo, porque el comedor tenía todos los cristales rotos, y el suelo necesitaba arreglo. Hablaron enseguida de la lluvia. Según el casero, era posible que escampase hacia el fin de la tarde. El padre Ribeiro, sin embargo, creía que no. Allí, en aquella feligresía de Loures, había unas lluvias como en ninguna otra localidad del reino...

—Recuerdo perfectamente que en 1876...

Y fue una historia horrible, que él relataba, con fechas, con nombres, con pose e inmóvil, en el borde de una silla, sus manos peludas en las rodillas, las inmensas gafas clavadas en el huésped. José Ernesto acabó no escuchando, murmurando apenas al acaso, con una vaga sonrisa, «Ah» o «Qué bien». Y mientras el padre Ribeiro relataba su historia, fue estudiando la sala, atraído por tres viejos retratos que colgaban de las paredes, metidos en molduras a las que la humedad y el tiempo iban carcomiendo el dorado. Uno de ellos era el retrato de un muchachito delgado, que tenía una gran nariz, con un cuello de encaje sobre el jubón negro. El otro parecía un magistrado, por la toga de amplios pliegues que lo cubría y en la que destacaba, todavía muy roja, la Cruz de Cristo^[24].

Pero el que más le interesaba a José Ernesto era el tercero: una bella muchacha, fuerte, con una sonrisa bondadosa que le ponía dos hoyitos en el rostro y un bonito cuello escotado, que el tiempo había vuelto amarillo, pero que debía haber sido de una gran blancura. José Ernesto pensó incluso, sonriendo, que los poetas del tiempo seguramente la habían comparado a *la leche y a las rosas*... En la mano de deditos aguzados sostenía una rosa y toda ella daba una vaga impresión de buena criatura, natural, saludable y pacificadora.

—De suerte que —iba contando el padre Ribeiro con las manos apoyadas en las rodillas— estábamos aquí sin poder partir, y la lluvia sin parar, zas, zas... Me acuerdo muy bien de que la señora doña Manuela, que Dios haya, tenía aquel día una jaqueca, y hasta se había recostado en ese mismo canapé en que Vuestra Excelencia está sentado. Y era domingo... Es curioso, también era domingo. Incluso fue el rector de São Brás el que dijo la misa. Ya está allá, el pobre... Pues era recio. Rondaba los setenta años, y venía de la residencia aquí, que es una buena legua, y una legua larga, a pie. Ya había dicho la misa, y estaba sentado allí, a la ventana...

Por suerte apareció el casero, atareado, con la moza que traía una gran fuente de huevos fritos, y entre el correr de la silla, el atarse la servilleta al cuello, limpiar bien el vaso, y aliviar las vías de la carraspera, en el considerar placenteramente los huevos, el padre Ribeiro dejó perderse los hilos ya enmarañados de la historia del señor don Manuel y del rector de São Brás. A la mesa, el digno hombre era un silencioso. E incluso cuando José Ernesto le preguntó si los retratos eran de familia, el padre Ribeiro apenas se lo confirmó de una forma corta, rápida, para no espaciar los bocados. El magistrado con la Cruz de Cristo era el señor Jorge Manuel Vilhena, que había sido director de aduanas en tiempos de doña Maria II.

La señora era su hija, tía del señor don Gaspar. El niño pertenecía a otra rama: a los Valadares de Guarda.

—¡Pues era una guapa mujer, la tía de don Gaspar! —murmuró José Ernesto, que había quedado frente al retrato y seguía interesándose por aquel rostro en flor, con unos [ojos] pequeños y finos, tan dulce en su sonrisa.

Después de los huevos hubo un pollo guisado, que a José Ernesto le pareció delicioso. Y aquella sabrosa cocina de pueblo, que encantaría a los amigos de Lisboa, cuando él los hospedase, lo impacientaba más contra la lluvia, que no le permitía visitar la quinta, hacerse enseguida una idea de las ventajas, de los otros placeres rurales que allí esperaba. ¿No sería posible con paraguas, y zuecos, ir al menos a dar una vuelta por el pomar, hasta [el] jardín? ¡No señor! Estaba todo encharcado: ni siquiera se podía apreciar la importancia de los campos de labor, las vistas, hasta Vila-Fria.

—¡Qué pesadez!

El casero encogió los hombros, fue a mirar el cielo. El padre Ribeiro ya atacaba de nuevo el pollo, en silencio. Y en pocos instantes ocurrió otro desastre. Al sacar la pitillera, José Ernesto, [no] encontró en ella ni un solo cigarro de los que fumaba, cigarros turcos con tubo de cartón. Y cuando fue adentro, a buscar en la maleta una de las cajas, de que se había provisto en Lisboa, descubrió, con terror, después de revolver toda la ropa, que su criado en Lisboa se había olvidado de meterlas. Y allí estaba, preso por la lluvia dentro de un viejo caserón, y sin tabaco. Por suerte, el padre Ribeiro fumaba, un horrible cigarro Ferreirinhas lleno de metano, que José Ernesto aceptó, sucumbiendo.

Encendidos los cigarros, fueron a recorrer la casa tranquilamente, hasta las bodegas. Pero todo el interés de José Ernesto, el placer que se había preparado al ir fantaseando su instalación, las obras que debía hacer, cómo colocar algunos muebles, fue cruelmente estropeado por el padre Ribeiro, que en cada cuarto paraba, le narraba la historia; y quién dormía allí, y quién había muerto allí, y los bellos trastos que lo ornaban en tiempos del padre del señor don Gaspar. En vano José Ernesto pretendía continuar: él lo retenía por el brazo, con familiaridad.

—Un momento más... Es necesario que vea... Aquí, en esta alcoba, nació la señora doña Joana, la niña más joven... Hay en el rincón una puerta de comunicación. Me acuerdo

perfectamente de que esa noche...

Y el acontecimiento brotaba, explayado y lento. En una de las salas, José Ernesto tuvo que escuchar, en relación con un conciliábulo político que allí se había celebrado en el 48, toda la historia de Maria da Fonte^[25].

Más adelante, frente a un peldaño de piedra que separaba dos cuartos, fue la historia de la caída que allí había sufrido una señora doña Mafalda, y de sus aflicciones, suyas, de él, padre Ribeiro, que tuvo que ir a buscar al médico, a las diez de la noche...

—¡Y llovía, señores! Más que hoy. Imagine Su Excelencia, que estábamos tan tranquilos jugando a las tablas reales, el señor don Gaspar y yo...

José Ernesto se sonreía, con una resignación amarga. A cada instante echaba un vistazo a través de los cristales. Llovía siempre, de un cielo sucio, en el que parecía que jamás iba a reaparecer el azul. Las salas, sin muebles, más tristes con aquella luz gris y húmeda. Y ansiaba un cigarro; pero, en el despecho de aquella locuacidad, que lo enervaba, no se lo quería pedir al padre Ribeiro.

Así habían llegado a la famosa terraza cubierta, que era la belleza y el lujo de la casa, con sus bellos azulejos del siglo XVIII, su gran horizonte, que abarcaba tres leguas de campos y poblados, hasta las sierras. Pero la lluvia, ahora más fuerte, todo lo esfumaba y fundía, en el vasto velo de agua y de niebla. El padre Ribeiro, el brazo extendido aún, señalaba los lugares, solares vecinos, aldeas, las dependencias de la propiedad. ¡Acullá era el alcornocal! Por detrás de los alcornocales, allá, aquella casa blanca, era de los Vilhalvas. Después, ¿no veía Su Excelencia el muro? Era el cementerio de la feligresía. Pero José Ernesto ya no escuchaba, sentado en un banco, con los brazos cruzados. Había perdido todo su interés por la casa, por el campo, que aquella lluvia estúpida y la charlatanería del padre Ribeiro habían convertido bruscamente en algo intolerable, y tan sólo preveía, si por acaso allí viniese a vivir, largos días de lluvia, y charlas fastidiosas, murmuradas con lentitud. Además de eso, aquel caserón enorme, frío, que de noche debía tener ecos siniestros, no le convenía, y ni siquiera quiso visitar el lagar, las bodegas, pretextando cansancio, un ligero dolor de cabeza que le pedía reposo. Se fue para su habitación.

El casero estaba allí justamente con una de las chicas, que hacía la cama.

—Señor Brás, ¿a qué hora es el tren mañana?

Su Excelencia tenía el tren a las dos, pero si lloviese, como hoy, Su Excelencia no podía pensar en partir, con las dos horas a caballo, hasta la estación. ¿Y en coche no era posible ir? No, no había coche que se metiese por aquellos caminos. El gobierno hacía mucho que había prometido la carretera para Vila-Fria. Todos los años, sobre todo en vísperas de elecciones, aparecían los de obras públicas. Después no volvían.

«Es inaccesible, es horrible», pensaba José Ernesto. Y ahora, sólo quedaba tener paciencia, hasta que fuese posible la jornada a la estación. ¡Si por lo menos tuviese un libro, periódicos! Acabó por estirarse en la cama, pero la enorme habitación, sin muebles, el gran silencio, la luz tristonca, aquel caer lento y continuo de la lluvia, le daban una tristeza que hacía imposible la inmovilidad. Y saltó de los colchones duros, empezó a pasear, entre los cuatro muros encalados, como una fiera enjaulada. Acabó abriendo la ventana, para sentir más cercana, por lo menos, la compañía de la lluvia. De aquel lado, la casa era muy alta, con una muralla toda lisa, a la que se pegaba una estrecha escalerita de piedra, bajando a un naranjal, muy enterrado, y que parecía, bajo la lluvia y la niebla, lleno de sombra y de humedad. Entonces sintió odio por aquella vieja casa, y tuvo, sin razón, el terror absurdo de enfermar allí repentinamente.

Para sacudir esta idea salió al salón, a pesar del riesgo de encontrarse al padre

Ribeiro, pero no había nadie, y ante otras puertas que abrió, en otros cuartos que atravesó, la soledad era la misma. Tuvo entonces una saudade punzante de su casa de Lisboa, del jaleo de los carruajes, de los vecinos, y de las calles que lo llevaban, seguras y secas, al club, a los amigos, a la avenida. Volvió a la terraza, y allí se quedó recostado, al balcón, viendo tristemente llover. Pero, como extraños, a su pesar, sus ojos volvían siempre a aquel muro blanco, que le había enseñado el padre Ribeiro, y que era el cementerio. Como no avistaban, a aquella distancia, túmulos, ni el campo de los muertos se diferenciaba, con aquella niebla que todo lo envolvía, de los campos de labranza, le parecía al pobre José Ernesto que el cementerio era inmenso, y que la casa estaba por lo demás toda cercada por un cementerio, y que ella misma era un panteón. ¿Y el muerto? ¿Dónde estaba el muerto? Impaciente con esta idea absurda abandonó la terraza, erró por las salas, entró de nuevo en el cuarto, empezó otra vez el paseo de fiera, y no tolerando ya la soledad, ni la falta de tabaco, cedió, vencido, y fue a buscar al padre Ribeiro. Podía, para evitar su locuacidad, proponerle una partida de brisca, si hubiese cartas.

Un criado que colocaba loza en la sala, dijo que el señor padre Ribeiro estaba en su cuarto, y José Ernesto fue a llamar humildemente a la puerta del sacerdote.

—Señor padre Ribeiro, tenga paciencia... Páseme un cigarro.

El padre abrió enseguida, en mangas de camisa, con la pluma en la mano. Estaba escribiendo, pero invitó al huésped a entrar, y corrió hacia la ventana una vieja poltrona de cuero, abrió el cajón de la mesa, en donde tenía los cigarros.

—Acabe su carta, padre Ribeiro.

El otro tuvo un gesto amable. Estaba escribiendo por ociosidad. Tenía mucho más gusto en hacer compañía a Su Excelencia. Era una pena, era una pena aquella lluvia, porque podían haber dedicado el día a visitar la quinta. ¡Si él al menos tuviese la planta! Pero no. Estaba en la Oficina del Registro, en Vila-Fria.

—Padre Ribeiro, ¿hace mucho tiempo que es procurador de estos señores?

—Treinta y tres años. Vi casarse al señor don Gaspar, y vi nacer a las tres niñas. Y le cuento cómo conocí al señor don Gaspar, que es curioso. Había ido yo a pasar el carnaval a Castelo [-Branco].

Y entonces brotó otra historia torrencial. Y tan profundo era el tedio y la soledad de José Ernesto, que se interesó enseguida por aquellas tres niñas, esperó con paciencia, para conocerla, a que el padre Ribeiro anduviese errante, en su esparcida narración, por los tiempos en que el señor don Gaspar todavía era soltero. Por fin, como éste se extendía mucho sobre las virtudes de la señora doña Constança, que Dios hubiese, mujer del señor don Gaspar, él atrajo al Padre a los tiempos presentes, y deseó saber si el señor don Gaspar era viejo.

—El señor don Gaspar cumple, el 18 de septiembre, cincuenta y seis años. Parece mayor por la barba, grande y toda blanca. Pero aquello es de familia. A los cuarenta años empiezan a encanecer. La niña mayor, la señora doña Maria Augusta, hasta tiene una mechita blanca sobre la cabeza. Y cumple veintisiete años en septiembre, como su padre. Y le da gracia, la mecha, le da mucha gracia...

Entonces, para obtener más detalles, José Ernesto, de repente, se pasó la mano por la cara, como haciendo un esfuerzo por recordar, y declaró que él, en realidad, conocía mucho al señor don Gaspar y a las niñas. ¿Habían estado en Lisboa, no es cierto?... No, nunca habían ido a Lisboa. ¡Entonces había sido en Oporto! Sí, hacía dos años, habían pasado uno o dos meses en Oporto.

—Exactamente —exclamó José Ernesto—. Me acuerdo muy bien. En el Palacio de

Cristal, ellas tres, con un viejo, de barbas blancas, alto, fuerte. Y las tres señoras, altas también...

El padre Ribeiro lo corrigió. La más joven, la señora doña Maria Joana era alta. Las otras dos, sin embargo, más bien bajas. Él tenía las medidas de todas en centímetros. No se acordaba del número exacto, pero la señora doña Maria Joana era lo que se suele decir una mujer alta, una bella mujer.

—Sí —acudió José Ernesto—. Había una más alta. Y trigueñas todas... ¡Quiero decir, cabello oscuro!

El procurador corrigió, con enorme gravedad, este error histórico. ¡No, no! Entonces no eran ellas. Las dos niñas mayores, en efecto, tenían el cabello oscuro, como el padre, cuando era joven. Pero la señora doña Maria Joana era rubia. ¡Muy rubia! Exactamente como la señora doña Constança. ¡Incluso más rubia!

—¡Es un color notable! ¡Porque, quiera Su Excelencia creerlo o no, el cabello de la señora doña Maria Joana, al sol, reluce como oro! A veces en el jardín... El despacho tiene una ventana que da al jardín. Y mi mesa de trabajo queda justamente junto a la ventana. Pues, mi estimado señor, a veces anda ella por el jardín, allí, cuidando sus flores, y pasa así entre dos árboles, le toca un haz de sol, y es, aunque no se deba mezclar lo sagrado con lo profano, yo me acuerdo siempre, es una aureola de santa. ¡Oro! ¡Oro puro!

Y como José Ernesto sonreía, con la idea de todo aquel oro encendido por el sol, entre las rosas en un viejo jardín de pueblo, el padre Ribeiro añadió, como cediendo a una verdad fuerte:

—Justicia sea hecha a aquella niña; tanto por lo que respecta al rostro como a su carácter es digna de ser admirada, en todas partes. En ese aspecto, no hay sino que alabar.

Y como había aquí una reserva, José Ernesto, ya curioso, corrió más la silla acercándose al padre Ribeiro, y murmuró con una sonrisa [de] familiaridad y un brillo en los ojos:

—Veo entonces que la señora doña Joana no es su predilecta, padre Ribeiro.

El padre Ribeiro protestó. ¡Oh, él las quería a todas igual! Y cómo no iba a ser así si las había tenido a todas en brazos.

—La señora doña Joana, la verdad, tiene sus ideas... Pero es buena chica. También es muy buena chica.

Ahora, vivamente interesado, José Ernesto deseaba conocer las ideas de la señora doña Joana. Y, pidiendo otro cigarro al padre Ribeiro, se extrañó de que ella, y las otras dos, no se hubiesen casado. Pero el locuaz padre Ribeiro pronunció apenas un «¡He, he!» discreto y vago. Y hubo incluso un silencio en que el padre Ribeiro, removiendo en el tintero, echó, por encima de las gafas, una mirada a la carta que había interrumpido.

—¡Señor padre Ribeiro, continúe su carta! —acudió discretamente José Ernesto—. ¿Qué hora es? ¡Las cuatro y media! Yo voy también un poco para la terraza, a tomar el aire. Qué día éste, ¿no? Parece diciembre, con semejante negrura.

En efecto, había ya una tristeza de crepúsculo. Y la lluvia caía, más lenta, más gruesa, con un rumor que parecía desolado e invernizo (?) y agreste, con aquel declinar de la luz. Y desde la terraza, adonde fue a acabar el cigarro del padre Ribeiro, apenas se veía el extenso velo de lluvia, que temblaba, lo fundía todo, en una niebla igual, y fría, hasta las colinas de Vila-Fria. Sentado en un banco, él miraba la lluvia, escuchaba la lluvia. Y ya no se sentía tan solo, ahora, con aquellas figuras que habían surgido, en medio de su tedio, y que [estaban] tomando relieve y realidad, el señor don Gaspar con sus barbas blancas, la señora doña Joana con sus cabellos de oro. No conocía a nadie en Lisboa que tuviese

cabellos de oro. Y qué ideas serían esas, que tan evidentemente desagradaban al padre Ribeiro. Toda aquella familia, sus costumbres, sus negocios, le interesaban ahora, y por primera vez pensó en los motivos que llevarían al señor don Gaspar a vender el pazo. Deudas seguramente, una administración de hidalgo, dejada y confusa. Aunque aquel caserón, arreglado, con muebles sencillos, cretonas, podía ser una vivienda dulce. Si él la comprase iba adornar todo aquel balcón de la terraza con rosales trepadores. Pero la soledad, ¡sobre todo con la lluvia!... El campo en realidad sólo es agradable con familia, y todos los árboles son tristes si a su sombra no juega un niño.

Un rumor, en la puerta acristalada, despertó a José Ernesto. Era el casero que quería saber a qué hora Su Excelencia quería la cena.

—Cuando el señor padre Ribeiro quiera... A las seis. Yo ya tengo apetito.

Efecto de los buenos aires, consideró el casero sonriendo con la mano apoyada en el quicio de la puerta. La gran pena era la lluvia, que no permitiría a Su Excelencia visitar la propiedad, darse un buen paseo hasta el Mieiro, para ver la caída de agua. Que la llovizna era necesaria, con la terracita así tan sedienta. Pero quizás escampase. Y la quinta era digna de verse.

—¿El señor don Gaspar nunca viene? —preguntó José Ernesto.

El señor don Gaspar ya no venía al pazo hacía cuatro años. La última vez que por allí había aparecido había sido de escapada, con la señora doña Joaninha, durante tres días.

—A las niñas no les gusta estar aquí, en Paço.

El casero se sonrió. En honor a la verdad, la casa ahora, así, sin trastos, no invitaba demasiado. Que a la señora doña Joana, a ésa no le importaba. Era señora, si fuese necesario, para dormir encima de una silla. Con tal de que tuviese, por la mañana temprano, agua para chapuzar, estaba bien. En aquella ocasión en que había estado en Paço, incluso se le había subido al cuarto una tina. Y agua fría. Daba escalofríos. Pero aquella era mujer muy fuerte.

—Es una que es rubia, ¿no? —preguntó aún José Ernesto.

—Rubia como el maíz... Ah, muy vistosa, muy vistosa... Cuando estuvo aquí era por San Juan, se hizo una gran hoguera, ahí vino la chica a bailar... La señora doña Joana se vistió de labradora. Parecía un sol.

—Guapa, ¿no?

El casero imaginaba que no podía haber otra más guapa ni en Lisboa. ¡Y alegre! ¡Y dada! Que las otras también eran buenas chicas. Pero la señora doña Joana era un sol.

—¿Qué edad tiene?

—Eso no sé decírselo a Su Excelencia. ¡Es jovencita, es jovencita! ¡Aunque tiene mucha ventaja, con aquella bonita figura, y así fuerte! Como está muy bien es a caballo. Es una gran amazona.

José Ernesto miraba vagamente sonriendo. Y después de un silencio:

—Pues esto por aquí debe ser bonito, cuando no llueva.

—Muy bonito. Sólo la terraza aquí ya es una alegría, con toda su vista, hasta Vila-Fria. Y también la finca, allá abajo, hacia el río... ¡Todo es bonito! ¡Todo es bonito!

—Lo peor es que esté tan lejos de la estación.

En verano era un paseo precioso. Pero cuando llegaba la invernada, era larguito, era larguito. En fin, la carretera estaba trazada, y pasaba allí junto al robledal, que Su Excelencia no podía ver. Y quien tuviese influencias en el gobierno conseguiría la carretera.

José Ernesto pensó en amigos que tenía en Lisboa, políticos y otras influencias. Y

de repente, con otra idea:

—¿Cuánto tiempo se tarda de aquí a Vilhalva, a casa del señor don Gaspar?

Para la casa del señor don Gaspar se cogía el tren de la mañana, y se paraba en la estación de Quintans; de allí era media hora a caballo. La casa del señor don Gaspar estaba justo a la entrada de la feligresía. Unas cuatro horas de camino.

—¿Y es bonita la casa del señor don Gaspar?

Claro que era, no le faltaba nada. Una casa noble, con capilla, un bonito jardín, un lago, con cedros alrededor...

Pero viendo que José Ernesto se abotonaba el chaquetón, el casero tuvo miedo que Su Excelencia cogiese humedad. Era mejor recogerse, más aún cuando eran ya casi las seis. Y él iba a dar una vuelta por la cocina, a ver cómo llevaban sus chicas la cenita.

José Ernesto entonces volvió a su cuarto, en el que ya oscurecía, encendió la vela, y empezó a pasear, bostezando, con una indecisión que lo había tomado de repente sobre su regreso a Lisboa. Era estúpido, naturalmente, quedarse allí, encerrado en aquel caserón, esperando un trozo de cielo limpio y seco, que le permitiese visitar la finca y los alrededores. Pero ¿partir para Lisboa después de aquella inmensa jornada, que de este modo era inútil, sin haber siquiera dado una vuelta, hacerse una idea de la finca, quizás excelente, y realizando bien su sueño de campo? Era absurdo. Y al mismo tiempo, la vuelta tan rápida a Lisboa ya lo hastiaba, imaginándose la avenida llena de polvo, el club por la noche con los muchachos bostezando por las poltronas, y el dueño de su casa, risueño, con lunetas azules, apareciendo por la mañana pronto para abrazarlo y «almorzar sin cumplidos»... Y al mismo tiempo, iba sintiendo a pesar de aquella infelicidad de la lluvia, una vaga atracción por la aldea, y el silencio de los campos, y la cocina sabrosa, y esas fiestas alegres y sencillas, con hogueras, en que las hidalgas se visten de campesinas. Para su salud, incluso, le convenía pasar unas semanas en el verde, como un caballo cansado. Y, al fin, qué demonio, la compra de una propiedad, que le costaba doce contos, no podía ser tan precipitada, en cuestión de horas, sin un reconocimiento de las tierras, una buena experiencia de su compatibilidad con el campo, e incluso una conferencia con el señor don Gaspar, para dejar bien a salvo sus intereses. En realidad, el señor don Gaspar es el que debía haber venido a Paço. «Vuestra Excelencia», decía el procurador, «ve, estudia, ¡y después se entiende por carta con el señor don Gaspar!». ¡No! Las cartas nunca definen bien los negocios. Es indispensable, cuando se trata de doce contos, charlotear, machacar, ponerse de acuerdo... Evidentemente, él debía ver al señor don Gaspar.

Y precisamente cuando se encontraba rumiando esta nueva idea, el padre Ribeiro vino a llamar a la puerta de su cuarto, preguntando si Su Excelencia estaba listo para la cenita.

—Entre, padre Ribeiro, puede entrar.

El padre Ribeiro venía frotándose despacio las manos, y declaró que el tiempo había enfriado.

—O será —añadió riéndose— que el estómago está pidiendo el calorcito de las sopas.

—¡Pues vamos a ellas, padre Ribeiro, a ellas!

Pero el procurador echaba un vistazo por el inmenso cuarto en el que el lecho, con la cubierta blanca, más alumbrado por la lucecita de la vela, parecía perdido en la vastedad del piso y del techo negro. ¡Su Excelencia no había quedado muy bien instalado, no! Pero, así, de repente, con la casa desamueblada, y lejos de la ciudad...

—Estoy perfectamente —acudió José Ernesto, y con sinceridad—. Al contrario.

Hasta me supo bien esta amplitud... La gente en Lisboa, en aquellos cubículos, vive sofocada.

El padre Ribeiro sonrió, con amistad:

—Pues entonces véngase para acá, para el pueblo... Mire, amplitud tiene. Y buenos aires. Y lo que se come es sano. Claro que no hay los regalos de la Corte, ni los teatros, ni esas sociedades que los periódicos cuentan... Y como José Ernesto había encogido los hombros riéndose, como con desdén y cansancio de esos regalos, el padre Ribeiro dio, con entera franqueza, su opinión sobre las ciudades.

—Las ciudades son como canteras. Mucha piedra, mucha pared. Y demasiada gente, se anda a tropezones, todo es etiqueta, no existe la rica libertad. Yo me acuerdo muy bien cuando vivía en Lamego... Lamego tiene recursos... Pues hoy nadie me pillaba en Lamego. Mire, ¿sabe lo que no cansa? Es que una persona abra su ventana por la mañana, y respire el olor de lo verdecito, y oír la pajarería, y bajar, en zapatillas, para debajo de las sombras, y dejarse estar allí, muy quieto, con Dios. Hoy nadie me pillaba en Lamego.

—También, padre Ribeiro, ahora está encariñado con el señor don Gaspar, con las niñas...

Pero el casero entreabrió la puerta, anunciando la sopa. Y cuando entró en la sala, José Ernesto tuvo una sensación de tranquilidad, y de apetito, ante la pequeña mesa, esa noche mejor alumbrada, con el mantel muy blanco, el plato de aceitunas brillantes, las dos jarras, en las que el vino aún tenía espuma. Su silla era la de brazos. La lluvia cantaba fuera, más pesada. Y la sopa exhalaba.

Y acabó por frotarse también las manos, exclamando:

—Ahora, en este momento, sí que no importa la lluvia.

—Hasta sabe bien oír cómo cae allá fuera.

Y el casero, con un brillo en el ojo:

—Y la terracita va bebiendo, que bien lo necesitaba.

Los tres sonreían, contentos: la cena estaba deliciosa, con auténtico sabor, con el olor sabroso de las delicias del campo: y José Ernesto, llenando el vaso, pensaba de qué modo un rostro, unos cabellos de mujer, allí, a la luz, entre las lozas claras, harían de aquella una sala encantadora, con la lluvia cantando en el naranjal.

—Esta casa debe de ser antigua —consideró él, desafiando ahora, con placer, la locuacidad del padre Ribeiro.

El procurador acudió enseguida, contando que existía en el despacho un viejo pergamino, relativo a una compra de tierras hacia el lado del río, que tenía fecha de 1412.

—¡Qué bonito! —murmuró José Ernesto con respeto. Comienzos del siglo XV. Todavía existía el Imperio romano de Occidente.

Y esto fue motivo para que el padre Ribeiro se explayase con la genealogía del señor don Gaspar. Era ilustre. Hundía sus raíces en las invasiones godas, lanzaba ramas a todos los Reinos de las Españas, tenía santos con aureola. El señor don Gaspar era el decimosexto mayorazgo de las Quelhas. Otro don Gaspar antiguo portaba el estandarte real en la batalla de las Navas de Tolosa.

José Ernesto, que los había escuchado muy interesado, acabó por decir, echando la cabeza hacia [...] de la silla, y pasándose la mano por los cabellos:

—Es todavía una cosa buena, una buena sangre.

—Pues mejor que ésta, señor mío, no la hay en el reino. Y mire que la raza, a pesar de ser vieja, todavía es fuerte. El señor don Gaspar, hace dos o tres años, todavía doblaba un cañón de escopeta. Y nunca vi entrar al médico en aquella casa.

José Ernesto exclamó, casi entusiasmado:

—¡Eso es estupendo! La salud es lo esencial, en una familia, en una raza. Aquellas mujeres de Lisboa parece que se deshacen, que se van desuerando. Si al menos aquella flaqueza estuviese compensada por el refinamiento, la finura de la naturaleza. ¡Pero qué va! Son enfermitas y tontitas.

Estaba realmente exaltado; y el procurador sonreía satisfecho, removiendo la ensalada. Sí, las señoras de Lisboa eran enclenques... ¡Malas comidas, malas aguas!

Pero el casero, que había entrado con una botella especial de vino del abad de Carmelinde, anunció que la lluvia había cesado, y había de verdad un pedazo de cielo limpio. Surgió entonces una gran esperanza, y el delicioso vino del abad fue bebido entre planes para la visita a la finca y a los alrededores al día siguiente, por la mañana temprano. Pero el casero y el padre Ribeiro no estaban de acuerdo: uno queriendo que se partiese directamente al Mexieiro, y se entrase por los robles, de modo que Su Excelencia se hiciese en primer lugar una idea de toda la feligresía, prefiriendo el otro que Su Excelencia visitase primero la finca, empezando por el campo do Costa, y después fuesen al Cerejal, en donde tenían los jamelgos para ir a dar una preciosa vuelta hasta São Brás. Ambos, no obstante, aseguraban a Su Excelencia que tenían tiempo para visitarlo todo, y tomar el tren a las seis para Oporto.

José Ernesto, sin embargo, no respondía, retorciendo el bigote. Aquella partida para Oporto y de allí para Lisboa, que lo separaba, durante unos pocos meses, de Paço, incluso aunque se decidiese a comprarlo, le pareció de repente brusca y desagradable. Era como si de repente lo arrancasen de junto a un *no sé qué* de vago, y de real que le estaba interesando, y despertando su curiosidad. Realmente necesitaba estudiar, conocer mejor aquella región. Le gustaría demorarse, vagar una semana por aquellas arboledas y valles. Después de un silencio, de repente, preguntó si no había un hotel en Vila-Fria. El padre Ribeiro y el casero se sonrieron: ¿en Vila-Fria? ¡Ni un catre para un trabajador!

Entonces José Ernesto, que ya se había tomado el café, se acercó a la ventana. Y, en efecto, no había rumor de lluvia benéfica. Los campos reposaban, bajo la paz de la noche, saciados y mudos.

Acabando el cigarro fue a sentarse en el canapé de rejilla, y [la] tertulia empezó con un largo silencio, entre él y el procurador, que se había quedado en su silla con el codo apoyado en la mesa, en un reposo y somnolencia de digestión, que le cerraba, irresistiblemente, los gruesos párpados.

—Si hubiese una baraja —dijo por fin José Ernesto—, podríamos jugar una brisca.

El procurador abrió los ojos, sonrió, hizo «Ah, ah», de nuevo los párpados se le cayeron, pesados y durmientes. Y José Ernesto acabó por estirarse en el canapé, y pensaba en su regreso a Lisboa, con tedio. Su vida en Lisboa, ahora que la veía, así, de lejos, desde aquel silencio de aldea, en su conjunto le parecía intolerablemente vacía y estéril. ¿Qué era él? Un caballero, con una buena fortuna en bonos y predios. Un día al trimestre recibía su renta del Estado y de los inquilinos, y todo el resto de los trescientos sesenta y un días, se los pasaba gastando esa renta, en comer, pasear, actos de instinto, exactamente los de su perro. Actos de inteligencia, de una humanidad superior, eran sólo algún libro hojeado por la noche para adormecerse, un poco de *bluff* en el club, una que otra contradanza en el invierno, y parar en el Chiado delante de algún amigo para murmurar «¿Qué hay de nuevo?». No, realmente no era una existencia humana. ¡Y, sobre todo, de una soledad tan grande! Amigos, compañeros, las damas que contradanzaban, eran en realidad, para él, como sombras —apariencias— y cuando por casualidad se constipaba, y tenía que quedarse

en casa, todas las sombras se disipaban, y para él no existía el mundo ni la sociabilidad humana. Seguramente podía casarse, tenía, como todos los hombres, que casarse. ¿Pero con quién? Le exigía tanto a una mujer: ¡belleza!, ¡alegría!, ¡salud!, ¡bondad!, ¡complicidad!, ¡y también principios sólidos, para que su hogar fuese honrado!, y aun encima una raza antigua porque «en el fondo era una buena condición». ¿Dónde estaba, si es que existía, esa maravilla?

El padre Ribeiro, que hacía un rato que roncaba, tuvo un ronquido tan fuerte que se despertó. Y enderezándose en la silla, después de pedir disculpas a Su Excelencia, su primera preocupación fue ver si llovía. No, en efecto, el cielo se había limpiado, prometía un día claro. De forma que lo que le parecía razonable, puesto que tenían la esperanza de madrugar, y de visitar la feligresía, era retirarse a las sábanas. Y él mismo apañó la vela de José Ernesto, al que acompañó, todavía atolondrado y bostezando, a la puerta de su cuarto.

—Padre Ribeiro, allá en Vilhalva —decía José Ernesto por el pasillo— se acuestan pronto; todos se acuestan pronto.

Sí, en efecto, en Vilhalva más o menos a las diez todos se habían recogido. Tan sólo la señora doña Joana trasnochaba.

—¡Pasa a veces de la una de la noche, y aún está en la sala, ella sola, leyendo! Y la casa toda apagada. ¡Y no tiene miedo! En fin, cada persona tiene sus costumbres y sus ideas.

Estaban a la puerta del cuarto, ambos con las velas en la mano, y entonces José Ernesto, riéndose, y con enorme familiaridad, acusó al padre Ribeiro de poca predilección por la señora doña Joana.

El procurador abrió mucho los ojos, casi ofendido:

—¡No diga eso! ¡Eso sería ingratitud! ¡Ay, Jesús! Soy tan amigo de ella como de las otras dos.

José Ernesto se reía, bromeaba.

—Se lo decía de broma, padre Ribeiro. Pero como ha hablado ya de las ideas de la señora doña Joana, como si fuesen excéntricas...

El padre Ribeiro estuvo de acuerdo en que no siempre apoyaba las ideas de la señora doña Joana.

—Mire, por ejemplo, divergimos en política...

—¿En política?

—Yo se lo explico... La señora doña Joana tiene ideas muy liberales. ¡Llega a ser republicana! ¡Para ella todos son iguales! No hay hidalguía, ni pueblo. Yo también soy liberal. Pero en fin, hay jerarquías. Y Vuestra Excelencia por ejemplo, no le extiende la mano a su criado...

—¡Ni la señora doña Joana!

—Es muy capaz de eso, mi estimado señor, es muy capaz de eso.

—Pero, en fin, no se casaría con el criado —exclamó José Ernesto, riéndose siempre, con el más vivo interés por aquellas confidencias.

Y el padre Ribeiro se encogió de hombros. Porque no sabía si ella no se casaría con el criado.

—Créame Vuestra Excelencia que no lo sé. ¡Es capaz de eso! Quiero decir, no se casa porque el criado nunca llegaría allá a las alturas que ella fantasea. ¡Pero si llegase! Mire que ha perdido ya dos matrimonios soberbios. ¡Y el último, con el fidalgo de Avel, que es vecino nuestro, ni se comprende! ¡Un chico guapo, con magníficas propiedades! Pero no le parecía listo. Le dijo a su padre que el chico era un insustancial, ¡y nada! Está

claro, el fidalgo de Avel no es un hombre de libros. ¡Pero yo no sé qué espera ella!

Volvió a encogerse de hombros:

—En fin, allá tiene sus ideas. Pero es una perfección de chiquilla, y Dios ha de hacerla feliz. No será porque yo no se lo pida. Y aquí estamos de charla, con los candelabros en la mano. Tenga Vuestra Excelencia muy buenas noches. A la seis ya mando que lo despierten.

José Ernesto entró en el cuarto, fue despacio a poner el candelabro sobre la mesa, y se quedó, apoyado en el borde de la cama, perdido en pensamientos vagos, con los ojos en la luna. La soledad de su existencia volvía a aparecésele de nuevo, muy nítida, con la forma casi material de un gran descampado, en el que siempre era crepúsculo. Y al mismo tiempo sentía un deseo de quedarse allí mucho tiempo, en aquella aldea, en donde su soledad sería todavía más profunda y real. Cuando se acostó, suspiraba, sin razón, con un vago enternecimiento. Y antes de dormirse, en la oscuridad del cuarto, veía pasar, huir, el brillo de unos cabellos de oro que corrían en un jardín.

A las siete, el casero llamó a la puerta del cuarto. Él gritó desde dentro soñoliento:

—¿Entonces?

—Sepa Vuestra Excelencia que está lloviendo, y a cántaros.

José Ernesto escuchó. La lluvia caía despeñada sobre el pazo. Cuando al poco rato José Ernesto apareció en la sala, el padre Ribeiro, que esperaba, plantado tristemente junto a la ventana, abrió los brazos, desolado:

—¿Y qué me dice Vuestra Excelencia de esta infelicidad? ¡A fines de abril!

José Ernesto vaciló un instante, con un leve rubor en el rostro; después, mirando también el cielo fosco, las largas cuerdas de agua:

—He estado pensando, padre Ribeiro, y mire lo que me parece más razonable. El tiempo no mejora. Yo tampoco puedo volver a Lisboa sin haber visto la propiedad y tomado una decisión. Pero como ya estoy aquí y la jornada hasta Vilhalva no es grande, creo que lo más razonable es que vaya durante estos días de lluvia a hablar directamente con el señor don Gaspar, porque la gente por carta nunca se entiende; asentamos bien nuestras condiciones, y después, aliviando el tiempo, vuelvo por aquí, y visito la propiedad y el sitio con el amigo Brás. ¿Qué le parece?

El padre Ribeiro se frotaba las manos lentamente:

—Me parece muy bien... ¡Me parece muy bien! Al señor don Gaspar va a gustarle mucho... Yo no puedo ofrecerle la casa, que no es mía, pero Vuestra Excelencia, en la de tía Rita, está perfectamente. Yo hablo con ella... Yo tenía hoy ahí el carro para volver... Me parece muy bien.

—Podemos partir después del almuerzo.

—Como Vuestra Excelencia quiera. El señor don Gaspar tendrá mucho gusto. Estaremos allí alrededor de las cuatro horas. Me parece muy bien.

José Ernesto volvió enseguida al cuarto, canturreando, a preparar la maleta. Después, fue a recorrer con el padre, otra vez, todo el pazo, hasta la bodega. Pero ahora ya se detenía en las salas, estudiando arreglos, tabiques que echaría abajo: hasta hizo planes de mobiliario. Cuando viniese a almorzar, era como si él fuese ya el dueño del pazo, e incluso declaró que allí haría el comedor.

Al mediodía la lluvia cesó; e inmediatamente Brás propuso una visita, por lo menos hasta el río, por la avenida de robles. Pero José Ernesto la rechazó: no merecía la pena encharcarse, hasta [las] rodillas, recibir quizás una impresión desfavorable, cuando en dos días volvería para realizar la visita completa y reposada. Por lo demás, el cochero instaba a

que marchasen para aprovechar la escampada. José Ernesto, alegre y ligero, llevó él mismo, a pesar de las exclamaciones del casero, su maleta al coche. Entonces Brás pidió que esperasen, para ir a buscar unas cuantas rosas, de un bello rosal junto al estanque, que el padre Ribeiro llevaría a las niñas. El ramo fue acomodado dentro de un cesto, y José Ernesto cogió una pequeña rosa, que se puso en el pecho.

Después, al meterse el carricoche por la gran carretera, que hasta allí subía, toda en cuesta, José Ernesto preguntó:

—¿Cómo es el nombre completo del señor don Gaspar?

—Gaspar Maria Alcoforado de Menezes e Teles.

La lluvia había cesado del todo, y había un trozo de cielo azul.

Cuando el carruaje iba entrando en Vila-Fria, al pasar en el Cruzeiro, con un poco de sol, entre nubes, el padre Ribeiro tuvo un sobresalto, miró la portezuela, y gritó al cochero para que parase.

—¡Son las niñas! ¡Es el señor don Gaspar!

Y en efecto, junto al Cruzeiro iba caminando un hombre con grandes barbas, sombrero de ala caída, con una señora cubierta por una larga capa ligera de goma. El padre Ribeiro saltó de la carrilana, y allí mismo en la carretera procedió a la presentación del huésped. Y José Ernesto reconoció a la señora doña Joana por sus magníficos cabellos rubios. Era alta, de un blanco saludable y dulce, con bellos ojos verdes finos y encantadores. El padre Ribeiro enseñó enseguida el cesto de flores. Ella cogió una y se la puso en el ojal del botón del abrigo. José Ernesto iba ya conversando con el señor don Gaspar, caminando a pie hacia la casa de la tía Rita, que era un poco más adelante del Cruzeiro, en las primeras casas de la villa. Después, cuando estuvieron cerca, el viejo se volvió para dar una orden al cochero. Joana y José Ernesto se quedaron un momento solos en la carretera. Llevaban ambos al pecho rosas del misma rosal.

Seis meses después se casaban, una mañana también de mucha lluvia.

Enghelberto

Enghelberto, senescal de las Islas, príncipe de Escania, y señor de Elsinor, al que otros también llaman el Caballero de Estaño, era, en la rubia y colorada flor de sus veintitrés años, el más duro pecador de la Cristiandad. En toda Dinamarca se contaba que su abuelo, el viejo Ulfan, para educarlo con braveza, y extraño a toda dulzura, le daba, ya en la cuna, corazones de osos todavía sangrientos para que los chupase. Enghelberto había tenido por madre a la hija de este jefe temible, la duquesa Tifania, la «Tifania soberbísima» o «Tifania de los pechos altos» (pues bajo esos dos nombres la celebró en versos latinos Hincmar, deán de la catedral de Roskilde), la tan hablada Tifania, que de joven, vestida de cuero y con un casco de hierro, había comandado una flota pirata, estrangulando después al conde Magnus, su primer marido, viviendo más tarde en pregonado y triunfal concubinato con el abad del monasterio de Sora y que por fin se había desposado con el príncipe de Escania, un joven necio y risueño que tenía preciosos cabellos del color del oro. Pero a su padre en cierto modo ni Tifania lo conocía, porque andando el príncipe de Escania y su hueste guerreando con Canuto IV contra el margrave de Wisgrath, ella alternaba en su lecho, abierto y tumultuoso como una plaza pagana, a un caballero de Aquitania forajido en Dinamarca, a un carnicero, cuyos brazos felpudos y sucios de sangre, jugando al marro, en la fiesta de San Andrés, la habían maravillado, y al cardenal de Módena, legado del Papa... Cuando nació Enghelberto, todas las antorchas y lámparas del castillo de Kolnor (como habían jurado el vílico y las ayas sobre los santos Evangelios) se apagaron bruscamente, y las que estaban apagadas, empezaron a alumbrar, con una luz muy clara y muy fina. Después, pasados tres días, Tifania se murió, sin agonía, dichosa y serenamente, soltando un mínimo suspiro de entre los labios que quedaron sonriendo, con una sonrisa de virgen que duerme, cansada después de una fiesta, y que sueña con [las] guirnaldas, las sedas, las lumbres y la cadencia de las arpas. Sobre su cuerpo, envuelto en brocado blanco, cubierto de jazmines blancos, tres obispos, los de Aarhus, de Kalmar y de Elsinor, esparcieron el incienso, y las aguas lustrales, y, con facundos panegíricos, declararon que la muy alta duquesa, señora de Elsinor, tan poderosa en la tierra, también sería poderosa en el cielo, resplandeciendo al lado de Dios Padre. El príncipe de Escania, antes de acabar su luto, y su dolor, porque aquel necio mozo amaba a su terrible mujer, se murió también de una pústula maligna. Y Enghelberto, huérfano, se quedó [con] su sombrío abuelo Ulfan, en el castillo de Kolnor, en el que fue creciendo, como un prodigio, en belleza y en maldad. Aún muy pequeño, por la noche, en la chimenea, jugando, junto a la gran silla de roble, en la que el viejo Ulfan se conservaba inmóvil, en su gran pelliza de ratón de Armenia, el hijo de Tifania hurtaba muy diestramente los alfileres al aya, para clavarlos en los pies desnudos del fraile, que sobre su escabel y en la sombra de la capucha leía durmientemente la *Historia de las cien batallas*, o los *Milagros de san Ansker*. Todas las ayas andaban arañadas, y heridas en sus rostros, de la violencia de sus manos poco mayores y más blancas que un pétalo de magnolia. Desde que pudo correr por el castillo, lo que más le gustaba, lo que ponía en sus ojos admirables un brillo más feliz, era chamuscar con una antorcha la cabellera crespada de los pajes, o desde encima de una galería arrojar, para el claustro, gruesos escabeles sobre los sirvientes y hombres de armas que pasaban por él. Tanto contentamiento le había dado romper con una barra de hierro las patas de una vieja galguita italiana que otrora el legado del Papa había regalado a Tifania, que desde entonces

constantemente buscaba por las perreras o por las eras algún cachorro o cordero indefenso, al que pudiese torturar. Un día, que andaba errante [fuera] de las murallas, avistando una vieja, que, doblada sobre un haz de leña, caminaba lentamente al borde de los fosos, corrió muy despacio, sin rumor, y tiró a la pobre criatura al agua, que por suerte era baja y poca, porque acababa el estío y había paz en Kolnor.

Pero cuando, el domingo, en la iglesia, sobre el estrado, quieto al lado del viejo Ulfan, con sus preciosos cabellos de oro cayendo en rizos sobre el jubón de brocado, la gorra posada en el suelo, y las manos puestas, levantaba los ojos dulcemente hacia el coro en que los novicios cantaban, las mujeres por la nave sonreían de admiración arrobadas como ante un ángel; y aun después, por las calles se obsesionaban con aquellos ojos de un azul tan luminoso y profundo y translúcido como ellas nunca lo habían visto, ni en el mar, ni en el cielo.

Su inteligencia era especialmente clara y diestra. El viejo canónigo de la catedral de Roskilde, que vivía en Kolnor aislado en una torre y le enseñaba la Historia Sagrada, las letras, los números, y las divisiones del mundo, y el curso de los astros, en poco tiempo supo menos que Enghelberto, y, ante su curiosidad por las cosas del saber, se quedaba perplejo, tartamudeando; hasta que el discípulo terrible, saltando del escabel y riéndose, le tiraba de las barbas, o le embadurnaba la cara con tinta. Llorando, un día, el viejo clérigo vino a rogarle a Ulfan que le permitiese retirarse a Sora, a rezar en su celda sus horas canónicas. Y el rudo abuelo, que nunca había sabido ni siquiera escribir su nombre, mofándose y de buen grado lo consintió, con recelo de que el heredero de sus armas y tierras llegase a estropear su vida, como un rapado y macilento clérigo, entre pergaminos cubiertos de letras. Andaba ya inquieto porque su nieto se había vuelto más manso, sin aquella turbulencia, aquel desdén por el dolor y aquella indiferencia por el sufrimiento que eran presagios de un alma esforzada y soberana.

Enghelberto había aprendido a cabalgar en todos los estilos, y [a] lanzar la flecha, y a manejar el montante, y a amparar de broquel, sin que a través de ese contacto con las armas, y en el brío de probar destreza y fuerza, se abandonase a otras violencias, además de azotar a algún caballero, o romper los dientes con el guante a algún paje que llegase atrasado. E incluso el viejo Ulfan con disgusto lo había visto a veces, durante [...], pasear en el vergel, despacio, parándose a escuchar el canto de los surtidores, o a coger una rosa silvestre, a la manera de una doncella, y como si en su alma hubiesen resbalado pensamientos de gracia y dulzura.

Entonces, para desviarle de la molición, quiso que se entregase a la caza, que despierta y agudiza el gusto por la guerra, y con esa intención le preparó una jauría de alanos y de lebreles de Bretaña, y los mejores azores y halcones que el margrave de Holtorp pudo obtener en Pomerania y en el país ruso. Inmediatamente, Enghelberto se convirtió en un cazador violento e insaciable. Muy de madrugada saltaba en la montura, y arco al hombro, la aljaba llena golpeándole el muslo, el cuchillo pasado en el cinturón, soltaba tres toques de trompa, saludando al abuelo que desde lo alto de la torre, envuelto en su peliza de ratón de Armenia, las barbas revoloteando en el viento frío, le hacía señales con la mano peluda. Y cogiendo sobre el guante el halcón encapuchado con cuero, transponía a galope la levadiza, y desaparecía entre la arboleda, tapizada de nieve dura, entre el ulular furioso de los alanos, y el griterío de los monteros, armados con machadas, redes, rejones puntiagudos, y con púas de hierro. Sólo cuando era noche cerrada, se recogía a Kolnor, todo encarnado del aire agreste y del furor de la matanza, ronco de gritarle a los lebreles, con manchas de sangre en el jubón de cuero, oliendo a selva y a fiera. Era sobre todo la

caza bravía de los jabalíes y de los osos, en el silencio de las hondas selvas, lo que lo deleitaba; y el abatir los animales, clavar, y volver a clavar el cuchillo en las carnes jadeantes, y recibir sobre el rostro los chorretones de sangre, rasgar pieles, y arrancar entrañas que lanzaba a los lebreles, no lo calmaba; porque a la cena, contando al abuelo sus proezas, aún empezaba otra vez los largos bramidos de la montería, clavando el cuchillo furiosamente en la madera de la oscura mesa. Pero después, en el rincón de la chimenea, cansado y adormecido sobre los cojines de cuero, el rostro entre el oro de los ricos cabellos, con los anchos párpados dulcemente cerrados, el bozo dorando como seda fina sobre sus labios escarlata y plenos de savia, era tan hermoso, y parecía tan dulce, que el viejo capellán, posando su breviario sobre las rodillas, le murmuraba al viejo Ulfan:

—Ved cómo era hace poco Nemrod, tan cruel, y si ahora no lo tomaríais por un arcángel de gran gentileza, que pasaba, y pidió cobijo.

Ni el capellán, sin embargo, ni el viejo Ulfan lo admiraban tanto en su gentileza como el aya especial que a aquella hora preparaba y traía a Ulfan el vino caliente con especias. Era una alemana de Holstein, que había venido con su hermano, mandado por el margrave, para adiestrar los halcones, y someterlos a la delicada operación de coserles los párpados: y como se mostrara [...] en hacer licores y dulces, se había quedado en el servicio de las cocinas de Kolnor, que todavía eran rudas, y de artes simples, como en tiempos de los Jarles. Durante mucho tiempo, había mostrado su deseo a Enghelberto claramente, en las vivas y chispeantes miradas con que lo llamaba. Aunque el mozo, que todavía no había rozado ningún seno de mujer, desviaba la cara, poniéndose ardientemente colorado e inmovible en su orgullo. Pero una tarde, en el vergel, en donde Corlina recogía hierbas aromáticas, cayó sobre ella, brusca y brutalmente, y conoció el amor. Pero la chica morena no fue para él más que un vaso, en el que se bebe con prisa, y de un sorbo, y que se repele, saciada la sed. Enseguida le repugnaron sus trenzas muy negras y duras, sus brazos con pelusa, la piel amarillenta: y acabó incluso por empujarla, con mano brutal, cuando ella, surgiendo en algún sombrío corredor abovedado, le tiraba de la manga, lo solicitaba, con una humildad lasciva. Ya la había olvidado, ella ya se había esfumado en la turba vaga de los siervos, cuando una mañana de invierno, de gran nevada, atravesando el patio para la perrera, la vio, bajo la honda puerta de la Torre del Tesoro, colgada del cuello de un caballero, que se reía, estúpidamente. Inmediatamente la mandó agarrar, y al pobre caballero, y llevarlos a una de las negras prisiones del castillo, bajo los hierros. Después, por la noche, cuatro hombres bajaron a la cárcel, amordazaron a Corlina y al caballero, ataron los dos cuerpos uno al otro, pecho contra pecho, con fuertes cuerdas; extendieron aquel fardo miserable sobre una parihuela y así lo llevaron, a la luz de una linterna, a través de la nevada, fuera de las murallas, hasta el hondo vallado, en donde lo tiraron, sobre la nieve blanda. Cayó otra nieve, y los cubrió para siempre. Y en ese momento Enghelberto, ante la chimenea llameante, pasando su mano cariñosa por la cabeza de un galgo, exclamó de repente, riéndose, dirigiéndose al capellán, que leía un viejo folio:

—Rezad ahora uno de vuestros rezos por dos almas muy calientes, a las que yo mandé enfriar.

Del otro lado, de entre las gruesas pellizas en que se había amodorrado, pesado del vino caliente, el viejo Ulfan murmuró perezosamente:

—Cuenta la hazaña...

Enghelberto encogió sus hombros leves. ¡Una bagatela, señor, villanos castigados!... Y el viejo jefe volvió a cerrar los párpados pesados.

Toda la vida de Enghelberto se dedicaba a la caza: pero hartó ya de abatir osos y

jabalíes, y lobos, completaba aquella fiesta de matanza con correrías por los poblados y por los caminos, sembrando ruinas y dolor. Sus mozos de caza formaban, por su multitud y por el ruido de las armas, una verdadera banda de guerra. Con ella, en galopes furiosos, al estruendo de las trompas, pasaba destructivamente sobre las mieses maduras, atravesaba las aldeas atropellando a los niños que jugaban en el umbral de las puertas o en la pendiente de una colina, caía sobre un rebaño que desbandaba con gran gritería, hiriendo con flechas a las reses y al pastor. Después, el sombrío bando, fogueado, jadeante, invadía alguna taberna al borde de una carretera, vaciaba las pipas de cerveza, le pegaba al tabernero, y hacía una grande lumbre en la chimenea con los bancos rotos, y las arcas despedazadas a hachazos.

Una [...], divisando en el borde de un bosque una recua de machos cargados y tres mercaderes que descansaban, y comían a la sombra de un roble, galopó hacia ellos, ordenó que le mostrasen su salvoconducto. Y aún el más viejo, que tenía una larga nariz adunca y una barbita aguda de bode, rebuscaba en el pecho por dentro de la zamarra, con la mano trémula, cuando ya Enghelberto había gritado a su bando que amarrasen a los tres judíos a tres árboles «porque aquellas eran seguramente mercancías robadas». ¡En vano los tres hombres, ya amarrados a troncos, con los ojos desencajados de terror, juraban ser honrados mercaderes de Nuremberg, que iban a la feria de Roskilde, con cartas y franquicias del obispo de Tréveris! Enghelberto y sus hombres desmontados ya cortaban las cuerdas de los fardos, e iban esparciendo por el suelo, con ojos llameantes de codicia y de pasmo, toda una riqueza de paños purpurados de Venecia, de cueros labrados de Córdoba, tejidos de Gaza bordados en oro, brocados de Arlés, y alfombras orientales, armas taraceadas, pellizas de Frisia, y paquetes de especias, y frascos de esencia de rosa, y aceite de Provenza, en botes trezados de paja. Entonces Enghelberto, viendo que sus hombres ya se disputaban con ojos chispeantes la posesión de aquellas cosas relucientes, y para ellos extrañas, dio un enorme grito, ordenó que aquel rico botín se repartiese, según la Ley de la Guerra, la ley venerable de Frotón el Grande. Y, divertido, entusiasmado con tan bella aventura, quiso que se cumpliese todo [el] viejo ceremonial. Las trompas sonaron, como en un final de batalla. Los fardos, las mercancías, fueron amontonados en torno al estandarte de Kolnor, clavado en el suelo. Y el más viejo de los hombres de armas dividió la presa en tres lotes (porque el tercio pertenece al jefe), y fue poniendo a un lado, en grandes brazadas, terciopelos, sedas, alfombras, cueros labrados, a los pies de Enghelberto, que se había puesto sobre una piedra, muy serio, apoyado en su gran arco. Después, los restantes tercios se dividieron en catorce quñones repartidos entre los catorce hombres, que el vílico iba llamando uno por uno, y que se agachaban, removían con sus manos oscuras la dulzura de los terciopelos, soltaban gritos de gusto si les tocaba algún arma con trabajos de plata, o se quedaban riendo neciamente, ante algún espejo de plata, o ante finos encajes que desdoblaban. Y después iban todos a considerar con asombro el lote de Enghelberto, que suponían de cosas más valiosas, por ser el del jefe. Pero Enghelberto, para mostrar su desdén por el botín, ni siquiera había puesto los ojos sobre él, y repeliendo con su gruesa bota de cuero rojo, incrustada de plata, los terciopelos, los cofres, las esencias, las piezas de la vajilla, que se amontonaban ante él, hizo señas con el arco, saltó sobre la montura. Entonces, el más joven de los mercaderes amarrados al árbol, viendo consumada e irreparable la rapiña de tantos bienes, no se contuvo, y pataleando entre las cuerdas, con el cuello estirado, todas las venas estallándole, y gruesas lágrimas en sus ojos de color azabache, gritó furiosamente:

—¡Ladrones!, ¡ladrones!, ¡ladrones!

Inmediatamente, Enghelberto, erguido sobre los largos estribos, tensó el arco,

apuntando la flecha hacia el pecho del miserable. Pero el vílico acudió:

—Fuego, mi dulce señor, fuego, que la flecha es arma noble para el maldito judío...

Y así era según la vieja costumbre sajona. Entonces Enghelberto mandó que amontonasen toda su parte de botín, mezclada con ramas secas, en torno al árbol en que gemía el judío amarrado, y que le prendiesen el fuego que es debido a los verdugos del Señor Jesucristo. En breve, las llamas, el humo denso envolvieron los chillidos convulsos del miserable. Los otros dos, a su lado, ni siquiera gemían, lívidos de terror, porque Enghelberto les gritaba riéndose: «Vosotros, esperad por los lobos».

Y el bando cabalgó, partió, con gran rumor. Era la estación dulce y triste en que nunca anochece, y el sol iba alto, en el aire fino con el brillo de oro empañado. Por los rudos caminos, retirándose a Kolnor, la cabalgada trotaba, ruidosa, extraña, y con más colorido que una procesión de Navidad. Algunos de los hombres se habían echado sobre los hombros las anchas piezas de seda amarilla o roja que recaía, envolvía los caballos, y parecían reyes magos. Sobre puntas de lanza iban enarbolados como banderas preciosas alfombras tejidas en Babilonia o velos nupciales que dejaban en el aire un surco blanco; gruesas manos peludas agitaban a lo alto haces de plumas multicolores, y espejos que chispeaban tocados por el sol. Y las risas no cesaban alrededor de los que golosamente, y de un solo trago, habían vaciado algún frasco de aceite de Arlés, y vomitaban inclinados sobre el arzón, chillando contra el judío maldito. Y los que habían esparcido esencias de rosa, sobre los pellotes de piel de nutria, iban con una sonrisa continua, orgullosos del perfume que exhalaban. Y todos se quejaban de que no se hubiese cacheado a los judíos, para tomarles los buenos doblones de oro que seguramente traían en el dobladillo de las zamarras. Delante, al lado del estandarte de Kolnor, Enghelberto, habiendo dado su casco al escudero, con el pelo suelto, su precioso rostro alto, sonreía, como perdido en pensamientos suaves.

Al llegar al montículo, en donde se asentaba el castillo de Kolnor, él fue el primero que vio en la torre del homenaje, y sobre los caminos de ronda, arqueros y otros hombres, que hacían señales, como si hubiese gran novedad. Echó el caballo por el cerro. Y nada más transponer la levadiza supo por el soberronda que su abuelo Ulfan se estaba muriendo. Después, subiendo la negra escalinata de piedra, el vílico también le contó que se habían recibido esa tarde noticias de que se habían rebelado, y echado al monte todos los siervos de Jarna.

Cuando Enghelberto, abriendo la gruesa puerta de castaño chapeado, vio a su abuelo, tendido en el rudo lecho de gruesas vigas negras, vestido con la cogulla del cister, entre antorchas encendidas, tuvo un alarido de cólera, contra los dos monjes y el notario, que se conservaban inmóviles junto a la alta tronera del cuarto abovedado.

—¿Cómo osasteis? ¡Villanos, villanos!... ¡Mi dulce señor muriendo, sin sus armas, ya amortajado con trapería de fraile, y entre antorchas!

El más viejo de los monjes balbuceaba, curvado bajo aquella gran cólera:

—Señor, está muerto, desde la hora de prima...

Enghelberto sujetó las largas barbas del santo hombre y las sacudió furiosamente:

—¡Mientes! ¡Está vivo! ¡Vivo y fuerte para arrancarte la lengua, falsario! ¿En dónde viste tú, en toda Dinamarca, un señor, y el señor de Elsinor, morir desarmado?

Con los guantes de caza, que se había arrancado de las manos, apagó violentamente las altas llamas amarillas de las antorchas. Después, arrancando el crucifijo del pecho del abuelo, lo lanzó a uno de los monjes, gritó a los escuderos horrorizados que revistiesen a su señor con todas sus armas, negras y sin sobretodo, como en un día de batalla.

Mientras los escuderos se apresuraban, empujó al vílico, para el fondo de la ventana, en donde aún daba el sol:

—¿Qué contabas hace poco de siervos y de sublevación en Jarna?

El vílico, muy pálido, apenas sabía, por mensajeros llegados esa tarde, que los siervos se habían levantado, matando al regente, por haberse dado veinte de sus mujeres, y diez niños, con cien carneros, y cincuenta marcos de plata, como saldo de una deuda al monasterio de Sora. Y habían quemado vivo al regente en un almiar de paja.

Enghelberto sonrió, tocándose el bozo incipiente.

—Iremos a Jarna... Y después también al monasterio de Sora, a ver los carneros y la plata, que seguramente no estaban bien contados.

Volvió al lecho, dispuso, sobre el cuerpo del abuelo ya armado, la espada, de modo que el fuerte puño posase bien sobre su corazón, y murmuró, como en el canto de muerte de Lodbrog: «Era fuerte e hirió con la espada».

Después extendió la mano, con un gran gesto de promesa, sobre el rostro del viejo jefe, más temible en su rigidez:

—Descansad, mi dulce señor, que yo seré tal como vos fuisteis en el mundo. Las tierras que me dejáis serán aumentadas, y el nombre que de vos me viene se acrecentará en terror. De este incidente de ahora en Jarna no tengáis pena, porque la venganza caerá donde debe caer. Para la gran jornada que vais a emprender no os faltará caballo, que yo mandaré enterrar el vuestro con vos, llevando en el arzón un saco con cien marcos. ¡Adiós! Que la señora santa Virgen os lleve por su mano al Valhala, como debe a un valiente señor de Elsinor.

Lentamente dobló la rodilla, besó la fría mano, cubierta de rudo pelo, que posaba rígidamente sobre la espada. Después, con un gesto seco a los monjes silenciosos, y encogidos en la sombra de sus capuchas:

—¡Ahora sí! El señor de Elsinor ha muerto. Traed la mortaja, y haced los rezos.

Esa noche el cuerpo de Ulfan, Cabeza de Hierro, fue abierto, y salado con sal; y sobre la armadura, con que de nuevo lo armaron, refulgía una túnica de paño de oro, orlada de armiños teñidos de rojo, y así lo colocaron, después de bien peinados sus largos cabellos, en su vasta silla de roble, en la parte más elevada de la sala de armas, con su escudo a los pies, y en las manos un libro de horas, cubierto de piedras chispeantes. Por [un lado] el bailío sujetaba el pendón de Elsinor: un sol negro sobre un mar de escarlata. Seis monjes rezaban, de rodillas en las losas; a intervalos, dos tubas de guerra resonaban, y el notario de Elsinor, en su larga garnacha negra, leía, en un rollo de pergamino, con voz fuerte, las batallas que había batallado Ulfan, y los asaltos, y las fortalezas tomadas. Delante de él, mientras tanto, desfilaban los oficiales de Kolnor, los feudatarios, los arqueros, los hombres de armas, los menestrales y todos los siervos. Cada uno doblaba la rodilla, ante el jefe muerto, se santiguaba, tocaba las losas con los dedos, como para cubrirse de polvo, y después aún iba a saludar a Enghelberto, que, en la otra cima de la vasta sala, se conservaba inmóvil, con un trémulo y alto penacho de plumas blancas en el yelmo, una sobreveste de lana blanca por encima de la armadura, un vasto manto de burda lana blanca arrastrando en pliegues por el suelo, y las dos manos envueltas en un velo blanco, y posadas sobre los gavilanes de la alta espada, de la que pendía un lazo blanco.

Al día siguiente, el gran cuerpo de Ulfan, envuelto en una piel de venado, fue metido en un ataúd hecho con las tablas de la galera en que él había comandado una expedición a Escania, y forrado de yeso. A sus pies se puso una vasija llena de agua bendita del Jordán, sobre su pecho una reliquia de san Ansker, que era el hueso de un dedo, y sobre

cada una de las mejillas la mitad de una hostia consagrada. Seis vasallos de Elsinor condujeron el sarcófago, cubierto con un paño tejido de oro, del que Enghelberto, caminando detrás, con sus grandes ropajes blancos, sujetaba con ambas manos las dos puntas con flecos. Por todo la vasta plaza, brillaban las filas de antorchas, y el rumor, bajo el cielo gris, era grande y lúgubre, con el gemido de las tubas, el doblar de las campanas gruesas, y los aullidos sueltos de las plañideras. Cuando el ataúd entró en el vasto sarcófago, de piedra bruta, y rudo como una pila de beber de ganado, el alférez de la mesnada colocó sobre él, desenvainada, la espada de batalla de Ulfan. Y entonces el notario, sacando del seno de la garnacha un rollo de pergamino, habló, con una voz grave y lenta, de la nobleza de Ulfan, de sus feudos, de sus acciones, de las batallas en que había combatido, los castillos que había asaltado, todos sus hechos en cincuenta años de errante y sangrienta gloria. Y las plañideras gritaban, en un coro lloroso: «¡Tanto revolvió la tierra que abrió su sepultura!». Después, sellada la enorme tapa de piedra, con los sellos de Elsinor, y rezadas grandemente las bendiciones rituales, y quemado el incienso y las resinas aromáticas, cada hombre de armas, cada siervo de la gleba, puso sobre el sarcófago una rama verde de pino o de abeto. A la puerta del panteón se excavó una gran cueva en la que enterraron vivos al caballo de Ulfan, y a su lebril de Islandia. Y para que el jefe muerto, antes de subir al Valhala, no se sintiese solo en su sepulcro, toda la noche, alrededor, ballesteros y soldados golpearon con las lanzas sobre los escudos, y soplaron las trompas de caza. Y nunca en Dinamarca se había visto un festín de funerales como éste. De las salas cubiertas de hierba verde, las mesas transbordaban hacia la plaza, en la que ballesteros, y colonos, se sentaban en almohadas bajo velarios con flecos. En parihuelas traían gamos y enormes carneros asados. Sin cesar se rodaban barriles, en los que las puntas de las lancetas hacían chorrear la dorada cerveza: y cada jarra se bebía de un trago en honor al jefe muerto. Bardos y menestrales, hiriendo las arpas, cantaban las lamentaciones de Godruna, el «Canto de muerte» de Lodbrog. Los hombres de armas, excitados por los cantos heroicos, se arrancaban las lorigas de cuero, y combatían, hasta que los hilos de sangre corriesen sobre los grandes, fuertes pechos, desnudos y blancos, entre el rudo pelo cobrizo.

En el aire ya triste de la tarde, las campanas no cesaban de doblar, lentas y lúgubres. En las rejas de las cárceles, bajo la torre, aparecían los rostros descarnados de los prisioneros, que lloraban de hambre y a los que atraía el olor de las comidas. Y los soldados arrebatában los arcos y saeteaban a los miserables. Y cuando cayó la noche, las plañideras, abandonando sin ruido la capilla, siguieron a los soldados, yéndose para el borde de los fosos, o bajo los árboles del huerto.

Al otro día todo el vasallaje se juntó en la gran sala de armas, donde Enghelberto, de pie delante de la gran sede señorial de Ulfan, esperaba, todo armado, con armas de batalla, a un lado el alférez que sostenía el pendón, al otro el mariscal de la hueste, que sujetaba sobre una almohada las llaves de los castillos de Kolnor, de Elsinor, de Jarna y de Lunden. Entonces, por la gran puerta, entró el senescal, que traía en sus manos, religiosamente, una copa, terrible y magnífica, que era un cráneo humano, claveteado de rubíes, asentado sobre un pie de oro, que otrora había pertenecido a Sivald, Ojo de Anguila, rey de Gotia y de Jutlandia. Arrodillado entre el gran silencio, ofreció la copa a Enghelberto, que muy lentamente la levantó, con ambas manos, y gritó:

—¡Por mi abuelo Ulfan! Por la copa de Sivald, que es la copa de la memoria, y ante todos vosotros que sois testigos, juro que nunca pagaré tributos; con la espada y con la lanza heriré, por amor a mis derechos, y ante mis enemigos mi nombre se hará terrible, y me moriré derecho y armado.

Bebió lenta, gravemente. Mojó la punta de los dedos en las gotas que quedaban en el fondo de la copa y trazó sobre la coraza una gran cruz. Después, subiendo al estrado, tomó asiento con fuerza en la sede señorial, golpeando, los puños cerrados, pesadamente, sobre los dos brazos de roble labrado, que representaban hocicos de lobo. Y el duro fulgor de la mirada que lanzó por la vasta sala cóncava, hizo bajar, de terror, todos los rostros.

Pero ya los trompeteros, corriendo a los balcones, lanzaban hacia fuera, para la plaza, un son festivo (?) y ronco. Las campanas repicaban con estridencia. El sol negro del pendón, agitado, movía sus rayos negros, sobre el yelmo de Enghelberto: a sus pies, yacían las gruesas llaves de los castillos; hacia la bóveda subían gruesas columnas de humo, de los incensarios que dos capellanes acéfalos balanceaban, saltando, sobre la punta de las sandalias; y, a un gesto arrebatado del mariscal de la hueste, todos clamaron, con las espadas, y las lanzas, chispeando en el aire: «¡Pleitesía a Enghelberto, príncipe de Escania! ¡Pleitesía a Enghelberto, señor de Escania! ¡Pleitesía a Enghelberto, duque de Jarna!». La inmensa aclamación rodaba, hacía temblar las lanzas en los astilleros, y, aun en la plaza, resonaba más alta, más fuerte, tomada nuevamente por los villanos, que se apiñaban hasta las barbacanas agitando ramos verdes. Excitados, y tirando de las sillas de hierro, los lebreles y mastines ladraban furiosamente.

Ya esa misma madrugada hizo sonar la alarma, y con lanzas, y cien arqueros, corrió sobre Jarna. Los siervos sublevados, armados con chuzos, con hoces, apenas cubiertos con pieles de carnero rotas, deambulaban, en un bando ya desordenado e incierto, por las matas que limitaban con la tierra señorial, y una tarde habían bajado a la orilla de una laguna, dominada por altas dunas. Allí los cogió Enghelberto, cerrando sobre ellos, con sus pesados hombres, vestidos de hierro, y los mastines feroces, como en una alegre cacería. Las armaduras, los penachos, los pendones, la estridencia de las trompas, deslumbraron, aterrorizaron a aquella horda miserable, armada con chuzos; y en poco tiempo, junto a la laguna cenicienta y triste, bajo el cielo bajo y triste, no hubo más que un montón de cadáveres a los que los perros lamían la sangre, y una fila de cautivos amarrados con gruesas cuerdas, que los hombres de armas iban empujando, a picadas de lanza, hacia las murallas de Jarna. Enghelberto resplandecía con el gusto y la gloria de la sangrienta hazaña, y aún a veces durante la marcha, por el valle sombrío, paraba el corcel, despedía una flecha sobre el bando de cautivos, riéndose del grito angustiado que se levantaba, de los dorsos que se encogían temblando. Dos de los miserables, heridos, sin poder andar, fueron amarrados por las muñecas al arzón de dos caballeros, y arrastrados. Después, traspuestas las primeras murallas del inmenso castillo de Jarna, ya en la plaza, sin descabargar, y sin atender al vílico que lo saludaba, le ofrecía las llaves de la torre, intimó a los siervos cautivos a que le señalasen al jefe, que los había incitado, los había llevado para el monte, bajo pena de ser todos descuartizados. Un hombre de grandes miembros, más rubio que el maíz, y de aspecto sencillo y dulce, enseguida se adelantó, se dio un golpe de pecho. Enghelberto, riéndose, ordenó que lo coronasen como jefe y rey de los rebeldes, con un aro de hierro candente, y después lo desollasen. Y, con un gran gesto de desdén, consintió que a los otros cautivos tan sólo se les cortase una oreja y la nariz. Después, saltando, golpeó con el guante de hierro el rostro del vílico, que esperaba, lívido y trémulo, y gritó:

—¡Villano falso! Que así dejaste descarriar las reses de tu amo... ¡Límpiate la cara, bestia fea! Y de beber, de beber deprisa, de la buena cerveza rubia, que la polvareda fue grande.

Temprano al otro día, Enghelberto salió del castillo en una mula blanca, sin cota ni yelmo, apenas con una lanza de monte, y, seguido por tres escuderos y tres mastines,

recorrió todas sus tierras, a tres leguas alrededor de Jarna. Delante marchaba un verdugo, un hacha en la mano, un gran saco de cuero al hombro. Y [al] pasar por los hombres que trabajaban en los campos, por delante de las casuchas de los colonos, o por medio de los poblados, el verdugo paraba, sacaba del saco pedazos de carne muerta, que lanzaba a las puertas, y a la cara de los hombres arrodillados, y gritaba:

—¡Aviso! ¡Aviso! ¡Orejas y narices de los siervos de Jarna!

Desde ese hecho Enghelberto habitó el castillo de Jarna, que por su vastedad, la espesura de sus torres, las rocas sobre las que se erguía, y la sombría riqueza de sus viejas salas, mejor correspondía a su orgullo, a su gusto por el lujo y el riesgo de bravas empresas: y el gran nombre del duque de Jarna empezó a sonar temerosamente por toda Dinamarca, que por la flaqueza del rey Elrico, el Cordero, y por la feroz turbulencia de los condes y señores, y por la inmensa relajación de la Iglesia, y donde los obispos vivían de la mortandad y del robo, se había quedado como una tierra bravía, sin ley humana, sin ley divina, y tan devastada, tan hambrienta, tan sublevada, que era en ella mejor ser lobo que ser hombre.

Como es grande en ramajes un abeto entre tojos rastreros (?), así entre los malos barones era grande en maldad el duque de Jarna. Y a todos, incluso al rey, y al obispo conde de Roskilde los excedía en poder. No había, en toda Jutlandia, castillos más fuertes, en fosos, murallas, torres, y trenes e ingenios de guerra, que los de Jarna, Kolnor y Elsinor. Dentro de cada uno de ellos, en la gruesa torre de la alcazaba, las paredes desaparecían bajo los gruesos manojos de armas, y las arcas estallaban con el peso [del] dinero en oro y de la plata. Y atraídos por su fama sonora, por los grandes estipendios que daba, por la esperanza de las ricas tomas, y por la violencia de las empresas, toda suerte de hombres bravíos, aventureros, bastardos, pobres, vasallos rebeldes, frailes excomulgados, bandidos y forajidos, corrían de Escandinavia, de la profunda Alemania, y hasta de Aquitania y de Iberia, para acogerse a su seguro pendón y comer de su harta caldera. Y así se convirtió él en un jefe irresistible. Al principio amaba la guerra, como había amado la caza por el placer del tumulto, de la sangre, del peligro; y no era por codicia de tierra, u odios de linaje por lo que Enghelberto reunía a su [hueste], y en una brusca cabalgada asaltaba algún castillo mal defendido, alguna villa mal amurallada, y mataba, quemaba, devastaba rápidamente con una prisa furiosa, para recogerse luego en Jarna, y reírse de la hazaña, con sus rudos hombres, bebiendo la cerveza nueva. Así asaltó el castillo del viejo conde Olav, al que mandó tirar al agua de los fosos, metido en un saco de cuero. ¡Así invadió la pacífica y pobre villa de Ranford, junto a la suya, metiendo a todo el pueblo en una iglesia de madera, a la que hizo atrancar las puertas y prender fuego!

Pero muy pronto estas violencias, y otras peores, levantaron contra Enghelberto la cólera de los señores y de las villas. Uno de sus alféreces, el más valeroso y sagaz en dirigir las comitivas de guerra, fue sorprendido, en un desfiladero, con todo un cuerpo de hombres, por el señor de Pintzen, que traía cincuenta lanzas, y allí mismo chacinado con todos los suyos, entre grandes tormentos de hierro y fuego. Después fue el abad de Sorna (?), que para vengar a Fiord, su vieja feudataria, invadió el castillo y las tierras de Elsinor, haciendo grandes^[26]

Sir Galahad

Sir Galahad

En un retiro oscuro de árboles, en el valle de Calendas, crecen altos los húmedos helechos; un riachuelo lleno y estrecho corre sonoramente, se rasga, hace espuma en las agudas lascas de pizarra, raíces nudosas se mojan en el agua; en el cielo pardo, funerario, un milano rueda en vuelos circulares, y en el silencio caen gotas lentas de las ramas encharcadas. *Sir Galahad* en su armadura de plata está sentado en una piedra, la lanza caída en las hierbas; su caballo Haltborne pasta, y su escudo triangular tiene en relieve un lirio de oro.

Sir Galahad:

A veces, en la noche desierta, por un cielo de mucha escarcha, cruzo una ciudad: es helado el centellear de las estrellas; los tejados agudos están cargados de nieve, de nieve están cubiertas las lajas, y las herraduras de Haltborne posan como sobre ramas de algodón; y mi pensamiento va hasta los jardines de Camelot y hasta el castillo de Arturo.

Aquella noche yo paseaba a la orilla del agua bajo los sauces, pasmado con tantas estrellas que están hechas de oro puro: y sintiendo la trompa de *sir Kay*, que era el senescal, sonar a la hora de la cena, entré en la alta sala de la Tabla Redonda. Allí, en doce ventanas, los esmaltadores de Caerleon esmaltaron las doce grandes batallas de Arturo; y en la decimotercera, que queda al Norte, se aprende cómo Arturo recibió la santa espada Excalibur del hada que habita en un lago, junto a un mar de invierno; y la decimocuarta, que mira al sur, es blanca; allí se esmaltará el fin de Arturo: si alguien lo supiere esmaltar, porque la agudeza de espíritu, como una lanza muy usada, se va embotando entre los hombres. A la cabecera de la Tabla, en la silla que Merlín usó para trabajar, estaba la reina Ginebra, con su larga capa verde mar en la que corrían los reflejos inciertos de un agua páfida, y que estaba apretada con cierres de pedrerías; y estaba sola, porque Arturo había partido en la alborada a limpiar la floresta de bandidos que venían hasta Chalott a robar el centeno y la cebada. Y a la Tabla estaban Lancelot, al que su culpado amor traía triste, y Percival, que aspiraba a la paz de un claustro, y Geraint, que es príncipe de las Islas, y el buen caballero *sir Bors*, y Gawain, flor de cortesía, y Tristán, al que las mujeres aman porque es amado de Isolda, y los otros valientes: y todos se sentían melancólicos porque habían pasado los grandes días de las grandes batallas.

Pues por ese tiempo corría una santa exaltación entre los caballeros de Arturo, porque estando la Corte en Caerleon, apareció un mendigo, que traía una carta para Percival: y era de la hermana de Percival, que es monja en un monasterio, junto al Usk; y la carta decía: «Mi dulce hermano Percival, un santo viejo con el que yo hablo de las cosas del cielo me ha contado de una veneración que hace cien inviernos existe entre los buenos: y es que José de Arimatea trajo de la tierra de Arimat el cáliz, el Santo Cáliz, en que mi Señor Jesucristo bebió en su última cena entre los apóstoles; otros dicen que en él está coagulada la sangre de la herida de su costado; y José de Arimatea la trajo cuando vino para las tierras de Glastonbury, que son amadas del cielo porque la corona de espinas florece allí en la

madrugada de Navidad; y cuando José de Arimatea murió, y los hombres fueron como fieras por las florestas oscuras, el Cáliz fue arrebatado para el cielo: este es el Santo Grial, tal es la verdad santa, mi dulce hermano Percival. Pero el Santo Grial vaga por estos cielos: y lo divisa quien tiene el corazón puro y claro como un aire de escarcha; y yo ayuné y recé hasta que una noche sentí que mi ser era inmaculado como el narciso que se posaba en mi seno: y estando en mi celda, sentí un fino sonar de trompas de plata por las quebradas de este valle; era noche de luna llena, pero tan a deshoras ningún caballero caza; y entonces hube, alrededor de mi rostro, como un susurrar de alas, y los muros de la celda se cubrieron de una claridad de color rosa; y se esparció un perfume inefable, como de jazmines celestes; y delante de mí, ante mí, despacio, despacio, pasó, posado en el cojín de una nube del color de la leche, el Santo Grial. Levanté, sollozando, mis manos mortales, pero apenas toqué las frías rejas, y sólo vi, enfrente, los tejados cubiertos de nieve que lucían silenciosamente a la luz de la luna: y todo estaba callado. Ayuna y reza, mi dulce hermano: porque el Santo Vaso visita a quien tiene el corazón limpio». Y Percival, y yo y los otros de la Tabla Redonda rezamos y ayunamos, y había entre nosotros como la esperanza de una maravilla.

Pues yo había comulgado esa mañana y andaba todo el tiempo arrobado con una alta saudade del cielo: y el monje había dado las gracias, cuando, antes de sentarme a la Tabla, al levantar estos ojos mortales, vi, oh mi Señor Jesucristo, vi, en lo alto de la bóveda, chispear una línea luminosa, y enseguida un ruido como de una pieza de brocado que manos fuertes rasgan; y una nube blanca, con la forma de una rosa cerrada, pasó, cercada de largos rayos de color jacinto. Y cuando nos miramos, todos nuestros rostros tenían una claridad gloriosa. Entonces Percival, temblando, hizo un voto; y Lancelot; y el buen caballero Bors, que tiene un pelícano en el yelmo; y Geraint, sin temor; y Gawain, flor de cortesía: y fue el voto de que cabalgarían un año y un día, hasta ver el Santo Grial sin nube que lo cubriese; pero para mí, la nube había sido transparente, y yo había visto centellear el Santo Vaso, e hice un voto de cabalgar los días y los años, en pureza y trabajos santos, hasta recibir en mis manos mortales la copa divina. Y esa noche ayunamos y rezamos: y cuando Arturo volvió, y conoció el voto, se hizo una melancolía en su rostro, que es noble como el sol que se yergue; y dijo: «¡Ah, mis caballeros, caballeros míos, vais a correr detrás de una nube! ¡Muchos de vosotros no volveréis! ¡Oh, Señor Jesucristo, santos son los votos que se os hacen, pero gran tristeza es ver al rey abandonado por las mejores lanzas, que van a perseguir una luz errante que huye por los caminos!». Y lloró, como en los funerales de un valiente. Pero de madrugada, como buen rey y buen amigo, nos acompañó hasta la puerta de hierro que queda al norte, en la que Merlín esculpió sus hechos de armas, y bajó a las calles estrechas de la rica Camelot; y de las galerías, que dorsos de dragón de piedra sostienen, nos echaban rosas y lilas.

Y había en todos los ojos como el oscurecimiento de un exilio. La reina Ginebra, vestida de negro, sobre su mula blanca, venía al lado del triste Lancelot, y torciendo sus brazos decía: «¡Oh locura, oh locura!», y clamaba: «¡Oh locura que nuestros pecados nos (?) mandaron!». Y las mujeres, en el umbral de las puertas, gritaban: «Buena suerte, buena suerte». Y corrían lágrimas por la anchas [...] grisáceas de los hombres. Y al llegar a la puerta, todos descubiertos e inmóviles, Arturo miró un momento, su mano real hizo en el aire un gesto triste, y cada uno volvió por su camino. Y yo, pues yo era el último, oí que Arturo decía: «Oh mi *sir* Galahad, tú vas, porque tu corazón es puro, como tu rostro es noble». Y recuerdo que Isolda, la dulce hija, sujetó, entre sollozos, las riendas del buen Haltborne, me extendió un narciso de marzo, y dijo: «Guardad por piedad de mí, *sir*

Galahad». Y desde [...], por montes y florestas, bajo la nieve y bajo el viento, en el país enemigo, y por el país del hermano, voy, voy, buscando el Santo Grial. A veces paro: y siento pasarme con terror la idea de la vastedad de la negra tierra; pero una luz rosada tiembla delante de mí, y oigo la voz que me dice: «Marcha, marcha, caballero de Dios, que el premio está cerca». Y voy.

Y voy. Mi espada quiebra los yelmos más seguros: ante mis ojos retroceden las fieras más voraces; y las ciudades pecadoras se rinden a mi voz, y yo tengo la fuerza del cielo porque mi corazón es puro.

Una noche, Arturo cabalgando por el yermo de Lionesse, con algunos de la Tabla Redonda, fue a encontrar, en una espesura, huesos que blanqueaban, y una calavera coronada con una corona, que tenía cinco diamantes sobrenaturales: allí algún antiguo rey había caído en alguna antigua batalla; pero de la memoria de los hombres se borró el nombre del rey y del reino. Y Arturo, de regreso a Camelot, instituyó justas de armas, una vez al año, en las que un diamante era el premio. En todas me batí en honra de la caballería, pero no para hacer centellear el diamante en el cuello de una dama; y me consolaba ver que Lancelot, flor de la caballería, los ganaba, uno por uno, para Ginebra, alma de sus cuidados... Porque yo nunca sentí golpear contra mi pecho el pecho de una doncella: ellas son reinas de gracia y frutos de consuelo; y la aplicación de sus ojos tiene la influencia del aroma de la lila. ¡Pero mezquino es el cautiverio de un amor mortal! Purificadora es la ambrosía divina: por mi señor Cristo, yo camino y trabajo. Cuando Arturo hacía corte en Caerleon, y eran los meses del vino nuevo, y los cielos estaban calientes, había en paz bajo los álamos, junto a las aguas del Usk, pares muy unidos, las armaduras relucientes, al lado de faldas de brocado, y suspiros por la espesura; y el galante *sir* Valence, o Sagramore, caballero festivo, me dijo: «Tan frío es ese corazón que el vino nuevo [no] lo calienta». Mi sonrisa contestaba serenamente. Y me alejaba mirando las estrellas, pensando en el cielo: y por eso cuando cabalgo, ya en las tempestades de invierno, ya por los oscuros despeñaderos, tengo la seguridad de que a mi lado, confiado en mí, seguro de mí, va mi ángel de la guarda. Y mi fuerza es invencible, porque mi cuerpo es virgen.

A veces, alta ya noche, encuentro un bosque: y a través de la espesura, veo como una claridad de antorchas, y siento el místico rumor de cantares. Camino, y me encuentro con las puertas abiertas una catedral iluminada. Y está solitaria: las campanas repican santamente en las torres; los humos se elevan de los incensarios; y los peldaños de los altares están cubiertos de narcisos: y, al fondo, con una aureola, está inmóvil, suspenso, maravilloso, el Santo Grial. Entonces, dándome golpes de pecho, me arrastro, sobre las lajas vacías, pero un sonido como un suspiro de una visión que acaba, gime en el aire, y me encuentro en el (...), en un yermo áspero: otra vez es en la playa del mar: ¡cuán desolado entonces es el yermo, qué estéril me parece la arena!...

Una noche, caminando entre altas rocas por un atajo estrecho, de repente, en medio de una nube ensangrentada, brilló ante mí el Santo Grial; toda la noche lo seguí: y su claridad daba a las rocas blancas como la delicada transparencia de un suelo de color rosa; y con la luz de la mañana la nube se hizo más diáfana, y de un color desvanecido; y seguí hasta que el atajo subió por una montaña, en la que gemían tristemente las ramas de los pinos: y en lo alto, fundada en la roca, se levantaba la muralla de una ciudad nueva; y en el centro había una torre, sobre la cual, como una pluma en el yelmo, se balanceaba un árbol. Y allí se paró el Santo Grial; pero el pueblo, con clamor, cerró las puertas de hierro: y tan fuertes eran los cimientos de los muros sobre las rocas, tan fuertes los hombres de (...) y armas, que el rey, seguro, vino a verme, riéndose en su barba negra; y los niños con ojos

llameantes me tiraron piedras, y las viejas, posando las ruelas, me injuriaron con un lenguaje bárbaro. Tomé la ciudad y destruí la raza; y habiendo encontrado en el jardín del rey seis leones cautivos, rompí sus cadenas: y los leones, con pasos nobles, que machacan a los hombres, se alejaron por seis caminos, pensativamente. Pero cuando subí la torre, vi el Santo Grial, muchas leguas más allá, más allá de ríos, y de valles, y de otras ciudades blancas. Y seguí, tristemente: y así vencí por mí (?), y destruí reinos paganos.

Y un día, habiendo llegado a la cima de una colina vi abajo un valle muy verde: un río límpido, que relucía en la claridad, iba despacio, entre las hileras de álamos pálidos; y a su lado había una población muy blanca. Y en un lado edificaban una abadía, y del otro un castillo; y en un prado liso, todo esmaltado de margaritas, un caballero, rubio, se ejercitaba con halcones: y aquella paz fue para el alma como agua de roca, en la sed del calor. Y bajé junto al río, completamente arrobado con unos pájaros que cantaban en los saucedales: y tumbado en el césped, con sus armas colgadas de un fresno, y su caballo pastando, un caballero dormía; y antes de ver la dulzura de su dulce faz, por el cisne blanco del escudo, ya había conocido a Percival. Su rostro estaba cavado por los duros trabajos; su armadura abollada, de luchas distantes, y entre sus manos finas apretaba un rosario, y dormía tan profundamente como en un fin de batalla. A su lado, el agua corría con un dulce murmullo: había en el césped delicadas florecillas, y un pájaro cantaba en la rama de un sauce. Bien desearía saber (?) qué combates había combatido, por qué tierras se había perdido: si había avistado el Santo Cáliz; pero no tiene vagares el que va a un recado divino. Así partí. Solamente, como su cabeza se posaba sin consuelo, se la levanté delicadamente, y le puse por debajo una piedra, que el musgo suavizaba; y como su espada estaba llena de tierra y el puño descoyuntado, le dejé la mía, que estaba limpia, temiendo que un hierro mal seguro lo traicionase en alguna lucha santa: y dejé a Percival, a la orilla del agua tranquila.

Al alborear encontré lavanderas, que al borde de los regatos, sobre piedras blancas, golpean los ajuares de los solares; o a las portezuelas de un castillo, escuderos remangados pulen las armaduras con arena, y oigo que se ríen y murmuran: «Este es un caballero del rey, que anda buscando una nueva luz». O junto a una viña, viejos que tienen la serenidad en la mirada, la experiencia en la palabra, sentados al sol templado, en medio de la abundancia de los campos y de la paz del trabajo, me dicen, cuando paso trotando por el camino polvoriento: «Señor caballero, vuestro rey lo dijo; ¡vos vais detrás de una imaginación, que os lleva por los yerros!». O a veces por las tierras (?) frías cuando la nieve cae, me paro a la puerta de un albergue, en donde las ventanas flamean del fuego de la chimenea; y el jugo de las carnes que se asan cae en los potes vidriados. A la puerta, damas desmontan y pajes desamarran, de los dorsos de las mulas, las arcas de roble, en las que van los brocados; y las oigo [...] desde la puerta, todas rosadas del aire picante: «Buen *sir* Galahad, la noche está de helada, los caminos mojados; aquí tendréis el vino nuevo, los halagos de brazos blancos; y es dulce contar cuentos de guerra al amor de la lumbre, cuando ojos amorosos os admiran, y la nieve cae en el camino». O es un monje, que por el atajo, al oscurecer, se recoge en su convento, tocando con un látigo el burro, que anduvo limosneando por el valle, al que oigo decir, en su barba blanca: «¡De viejos libros está llena la biblioteca del monasterio; y en ninguno encontré, en cincuenta años que hace que los estudio, que sea cosa cierta, ese cáliz, que anda errante por los aires!». O entonces es un caballero armado que me encontré a la entrada de un puente, y al darme paso, en nombre de Dios, siento que dice en su visera: «Es piedad ver las mejores lanzas de Arturo empleadas en tan vano recado, cuando los piratas de la Mancha (?) vienen a robar, en la desembocadura de los ríos, a [los] que son del reino». Pero no paro; y una luna

ensangrentada reluce en la noche; y la voz me dice: «Marcha, marcha, caballero de Dios, que el premio está cerca».

Una noche oía a la paz de un mar de invierno, y sobre una roca se encontraba un caballero inmóvil, pero la crin del caballo se agitaba con la brisa marina; y era luna llena. Mi armadura de plata relucía: y una voz más fuerte que el romper de las olas, dijo, lentamente: «¡Galahad, Galahad!». Y era Lancelot. Y cuando había cabalgado a mi lado, a lo largo del mar de invierno, yo dije: «Oh, mi buen hermano Lancelot, ¿cómo estás tú parado en una roca del mar, cuando vas a este santo recado?». Y Lancelot dijo, con una voz más gemebunda que las gemebundas olas: «Oh, mi buen hermano Galahad, ese recado santo no es para mí; tú ves esa luz que camina delante de ti, porque tu corazón es puro, pero yo sólo veo sus ojos negros, y sus senos blancos: allí, era su voz, en la cólera de los celos (?), la que se esfumaba en el romper de ese mar airado, emanando de estos rayos de luz, como se ve a unos brazos extendidos (?). ¡Oh, Galahad! ¡Galahad! Yo no soy bueno para este recado, ni para el rey, ni para el Cielo, ni para mi Señor Jesucristo. Quiero estar allí, quedo como una roca, junto a una roca queda. Maldito soy yo porque amo a la mujer de mi rey. Adiós, hermano mío, Galahad». Y, volviendo al centro de las tierras, desapareció en un bosque de pinos.

Y un día vi, estirado en un camino, a un villano mutilado: de sus orejas cortadas goteaba sangre, y todos sus miembros estaban rotos, como las ramas de un árbol derrumbado por una roca. Y me dijo, gritando lacrimosamente: «Señor caballero del buen Dios, más allá de aquel castillo vinieron, y robaron los cerdos que yo guardaba, y, con mallos de mallado, me golpearon sobre la tierra dura». Y el castillo era junto a un lago oscuro. Y alrededor sólo había brezos, y encima de la torre, por el aire, pasaban manchas negras que eran revoloteos de cuervos. Y dentro había como el tumulto áspero de una fiesta vil. Y al son de mi trompa, apareció, sobre la amurada, un caballero monstruoso e hirsuto: su cabellera salvaje caía sobre sus hombros desgñados; [en] todo su rostro ferozmente barbado, lucían ojos infernales, y sus manos peludas tenían gestos como de fiera. Yo dije simplemente: «Soy *sir* Galahad, caballero de Arturo». Y él me soltó una risotada tan feroz que las aves de rapiña de la torre soltaron el vuelo. Y enseguida, como bubas que salen de un pecho podrido, figuras de rufianes, y formas de mujeres, salieron de las puertas del solar. En todas las miradas relucía el delirio del vino: y algunos siendo (?) interrumpidos en una comilona (?) traían en la mano trozos de carne; y las mujeres (?) tenían los senos desnudos manchados del posar de los labios sucios: y, con las trenzas sueltas y lubricidad en la mirada, erguían jarras, o golpeaban tamboriles. Y el caballero entonces bramó: «Eres, pues, uno de los que comen en Camelot a la tabla redonda, en el castillo de Arturo. También, por el infierno (?), tengo mi tabla redonda. Sólo nosotros juramos lo contrario de lo que vosotros jurasteis. Nos reímos de la conciencia, de la virginidad y del derecho. Y expoliamos las tierras, sólo acogemos prostitutas, y mis caballeros hacen el mal por deber. Y ahora voy a buscar tu vida». Y cuando apareció, la maciza arcada baja (?), lo cogí por los pelos, como un arbusto por las ramas, lo arranqué de la silla de montar, y lo arrojé, a la orilla del lago, en donde el agua negra hacía un cenagal profundo. Y uno por uno extendí los caballeros muertos en el enlosado de piedra: y mi pie resbalaba en charcos de sangre; y como se catan bichos en una lechuga, tomé (?) a las mujeres, que, ululando, se pegaban a las murallas, y las lancé al profundo lago: y esparcí a la salida del castillo las hachas encendidas del brasero. Vine a purificar mis [...] en el agua de una roca: y tomando al porquero a la grupa, lo llevé a un albergue, en donde gente buena cubrió sus llagas con paños frescos, y lo sirvió junto al hogar alegre. Toda la caliente noche de verano, ardió el

castillo, enrojando el aire. Y yo seguí, pensando cuántas gotas corrieron en el rostro de Jesús, cuando le clavaron la corona de espinas.

Y llegué un día junto al mar triste: altas como murallas (?) eran las (...), triste el grito de las gaviotas; y el agua era mansa y negra. Y había un barco; salté dentro, y sin remo, ni vela, a la proa, fui cortando el mar salado. Y entonces vi, delante de mí, dos ángeles, con túnicas de lino blanco, los pies desnudos, los rizos de sus cabellos como el oro, volar como dos palomas paralelas, y su mano luminosa elevaba el Santo Grial, rojo del color de la sangre, prodigioso. Y mi alma arremetía contra el pecho como un pajarito (?) contra el muro de una torre. Y caí de hinojos en el barco, y gemí: «Si mis manos son puras, oh mi Señor Jesucristo, dejadme llevarlo con mis manos mortales». Pero los ángeles (?) cortaron el aire como dos palomas paralelas, y toda el agua alrededor era oscura. Y así navegué, mucho tiempo, y sentía, a lo lejos, bramar el mar como bajo roquedos. Y una noche vi [una] barca: su proa tenía forma de dragón; y bajo los arcos de la mirada, dos piedras rojas centelleaban como ojos ensangrentados; anchos remos se movían despacio, con cadencia, y se adelantaba, solemnemente, llena de guerreros inmóviles, apoyados en las armas bárbaras; los rizos rubios del cabello, que salían por debajo de los cascos cortos, flotaban sobre los hombros anchos, y el blasón de los escudos eran fieras desconocidas. Estaban mudos, y espectrales: y la barca pasó al ruido lento de los remos en los toletes; y, pasados muchos días, se paró junto a mí como un castillo de nieve, y los cielos tenían la blancura fría de un mantel de altar. Yo no sentía ni el hambre, ni la sed: y el agua era mansa y negra. Entonces (?) delante de mí, de repente, dos brazos salieron del mar, blandiendo espadas, cuyos puños refulgían de pedrerías: y las dos láminas se atacaron, con golpes sonoros, soltando chispas, que iban a apagarse en el agua; y cuando mi barca se acercó, las dos espadas se alejaron, y quedaron yertas (?) como cuando se saluda (?) en un torneo. Pasé, y detrás el duelo empezó de nuevo, chispeante y sonoro. Y siempre delante de mí los ángeles volaban como palomas paralelas. Por fin, una mañana la barca tocó junto a una planicie de nieve; y yo entré por el (?) desierto blanco. Y día y noche caminé: nevaba; el suelo era indefinidamente liso y blanco; blanco también era el cielo, y el silencio sobrenatural, y no había huella de hombre, ni de fiera; y silenciosamente, siempre, siempre, nevaba, y mis ojos no se alejaban de los dos ángeles, que volaban mudamente, en el cielo mudo; y a veces la forma del Santo Grial se desmoronaba (?), casi se disolvía, y (...) una frialdad helada bajaba entonces en mi alma: pero otras veces su forma adorada tenía la intensidad de una sangre reluciente, y mi [alma] tenía alegrías claras, que eran como lirios que se abrían. Y yo no sentía el frío, ni el hambre, ni el tiempo, ni la sed, ni la atrición (?). Y la nieve me cubría, y hacía flores en mis hombros y en mis rodillas endurecidas. Pero un día sentí, casi súbitamente, un estruendo temeroso, como de un mar que se despeña: y el cielo estaba oscuro, y yo no veía las túnicas de los ángeles. Paré, y mi corazón fue como el de un niño que se pierde de la casa de sus padres. Pero una voz me dijo: «Marcha, marcha, caballero de Dios, que el premio está cerca». Y me fui. Y al fin del día llegué a la orilla de otro mar, y la barca allí estaba. Y enseguida los dos ángeles blanquearon en el aire, y la barca bogó: y por fin llegué a una tierra en donde crecían arboledas, y vivían hombres: y reconocí el reino de Arturo, y sitios de batalla; y pensé: «Cien días y cien noches caminé en la fría nieve»; y habiendo llegado junto a un regato, para beber por mi mano, levantando la visera, vi que de mi capacete salían largas barbas blancas.

Y un día llegué a un monasterio, y los buenos monjes me agasajaron. Y una gran fatiga cayó sobre mí, y me dieron alegres los frutos de la tierra, y el fuego de la chimenea. Y por la mañana limpiaron mi caballo, que había tenido buena ración, y que relinchaba,

sintiendo los pastos frescos; y como yo paseaba despacio, en la cerca, en donde había castaños en flor, fui a encontrar piedras de túmulos: y algunas eran antiguas, y el aire helado, y los fríos habían desgastado los epitafios; pero en otras más nuevas, y en una losa alrededor de la cual crecían alhelíes, leí: «Percival, que fue caballero de Arturo, y murió santamente en la paz de este monasterio». Y como un santo monje leía, sentado en la rama de un árbol, un libro santo, yo dije: «¿Cómo es [que] yace aquí Percival? Aún hace un año, era un espejo de caballería, y de santas fatigas; yo lo encontré, adormecido al borde de un regato, y su caballo pastaba al lado, y tenía las espuelas de oro». Y el monje me miró como quien escucha una lengua extranjera. Y dijo: «De la historia de este convento sé que veinte [años] vivió aquí Percival, y que hace veinte sus restos yacen bajo esa tumba». Un terror heló mi espíritu. Y todo el recuerdo de Camelot, y de los pazos de Arturo, y de los torneos de las joyas, vinieron a mi alma. Vino una saudade de mi bravo hermano Percival, cuando caminábamos por la senda florida de Chalott, y los segadores nos saludaban y hablábamos de guerras alegres: y unos celos me vinieron de mi bravo hermano Percival, que, ahora, con un vestido de lino blanco, vivía en el cielo, viendo el rostro de Jesús, y la florescencia de los lirios eternos. Y mi alma gritó: «¿Cuándo me liberarás, señor mío, de este cuerpo de carne, y de esta armadura de hierro?». Y dije entonces: «Buen monje, y qué sabes de mi rey Arturo, y de su rubia reina Ginebra, y ¿qué sabes de los que comen a la Tabla de Arturo?». Y dijo el monje: «Aquí, en este convento, vivo, sentándome bajo estos árboles, recibiendo la delicia de la creación, hablando de las cosas del cielo, o cuando las tardes son claras, voy a ver, en las choperas que hay alrededor del monasterio, a los niños que juegan, y lo que hablan los abuelos, y el mundo va más allá, como una página blanca. Pero a veces llegan rumores, como aves emigrando, a posarse en el monasterio (?), y se dice, en las cabañas de los alrededores, que Ginebra se murió siendo abadesa, en el convento de Allenbury, que todos los de la tabla están muertos, y que Arturo desapareció junto [al mar] el día de la batalla, y hay una tristeza en el reino. Pero si queréis saber las verdades que andan por esta tierra, aquí para un monje mendicante, lleno de años, y que, como Percival, dejó la armadura por el escapulario; y era *sir* Belvedere: él vio caer a Arturo, en esta batalla junto al mar, y dice cosas extrañas debajo de las chimeneas, en las noches de invierno; y el monje que fue *sir* Belvedere es de una orden pobre en el valle de Farnesse». «Orad por mí, buen monje, que yo voy de aquí a Farnesse.»

Y cabañas pobres ardían, y viudas torcían sus brazos de dolor al borde del camino; y blanqueaban huesos entre la oscuridad (?); y no se veía alegría de cosechas polígenas (?), ni la abundancia de los hombres libres. Y yo sentí bien que la Tabla Redonda ya no guardaba el reino. Y llegué a Farnesse una noche de nieve; y un monje vino a abrir la portería, amparando en su mano trémula una luz mortecina. Y allí le conté lo que había visto en los aires, y lo que había encontrado en las tierras. Y él dijo: «¡Oh *sir* santo!». Y me contó cómo Modred, el cobarde, había sorprendido a Lancelot en el lecho de Ginebra, besándole, tremulante, los labios. Y avergonzados huyeron, Lancelot para su castillo de más allá del mar, y Ginebra, para la abadía de Allenbury: y hubo lágrimas en Camelot. Y Arturo, traicionado, fue a guerrear contra Lancelot en su fuerte castillo junto al mar, y allí se murieron en cruda batalla Guiron, flor de cortesía, y Gareth, principal hijo de Lot, y *sir* Valence. Y mientras Arturo batallaba, Modred reunió barones desleales, y gobernó el reino: y Arturo vino a atacarlo en los descampados del este, y todo el rumor de la batalla rodó, junto al mar de invierno; y allí cayó Arturo. Y *sir* Belvedere dijo: «Yo era fuerte entonces, y lo cargué en mis hombros, y lo llevé junto a un lago, al lado de una roca, en donde se torcía al viento un árbol desnudo, y era luna llena. Y herido en el pecho yacía Arturo; pero

entonces una barca se acercó al lago, toda cubierta de terciopelo negro: y en la popa iban tres reinas (?) coronadas. Y entonces Arturo dijo: “Levántame, mi buen fiel Belvedere, y acércame a la barca”; y las reinas lo tomaron en brazos, y una le acostó la cabeza en su regazo, y las otras ampararon sus brazos caídos. Y Arturo dijo entonces, lentamente: “¡Adiós, oh tierra!”. Pero yo grité: “Oh mi rey, oh mi rey, ¿y yo? ¿Adónde iré yo, el último de los caballeros, solo, en este vasto reino? ¡Llebadme con vos, señor rey! Sea cual fuere la isla a la que abordéis, o el paraíso en el que reviviréis, siempre desearéis hablar de los grandes días de las grandes batallas, y de los días alegres de la Tabla Redonda. ¡Y yo estaré allí para recordar los hechos de armas, y para llorar a los héroes muertos! ¡Llebadme vos, señor rey! ¿Y (...) vuestro rostro real!? Y si un sólo día volviérais a sufrir, yo volveré para sufrir también. Llebadme con vos, señor rey Arturo”. Pero él, con una voz que adquiría una armonía extraña, dijo despacio: “¡Adiós, tierra! ¡Adiós, reino! Tú, mi Belvedere, reza. Estas tierras, que yo goberné, quedan al cuidado de Dios. Nosotros pasamos, otros hombres vendrán, pues como las hojas de un libro que se vuelven, las épocas se suceden, y surge un interés nuevo que hace olvidar los viejos cuidados. Yo vine en el tiempo en que las criaturas eran como fieras, y vine para hacerlas humanas. Y si yo no vuelvo, otros, u otras ideas vendrán para que los hombres se vuelvan ángeles. Porque Dios hace cada día más visible y accesible el cielo. Y tú ora, ora por mí. Yo voy, con esto que ves, para el valle de Avalon: allí no resuenan armaduras, ni hay gemidos de ahorcados; pero una serenidad se posa sobre el alma, como párpados cansados sobre ojos adormecidos. No sé si nos volveremos a ver. Como un escudero, que se quita por un momento la armadura, y la retoma a las órdenes de guerra, quizás, en breve, a una orden de mi Dios, tenga que revestir mi forma mortal, y venir a batallar, en su nombre, otras batallas. La vida es un tiempo de servicio y de sufrimiento; todo el espíritu la debe atravesar y trabajar: sólo así se gana la serenidad eterna; la vida es un período de sufrimiento: pide a Dios que acorte el tuyo. Cuando, en el reino, aquellos a quienes serví hablen de mí con añoranza, díles que yo no hice lo suficiente, y díles lo mismo a aquellos que me traicionaron cuando aquellos que me traicionaron hablen de mí con injuria. Y cuando pares en Camelot piensa en Arturo con los suyos. ¡Adiós, tierra! ¡Adiós, reino! Otros tiempos se acercan, pide por la oración que sean buenos para los débiles”.

»Y entonces una música lenta y triste vagó en el aire, un llanto gemebundo entristeció todo el cielo, y la barca se alejó despacio, sin remo. Y yo dije: “¡Adiós, rey mío!, ¡adiós, rey mío!”. Subí a la alta roca, y allí, de rodillas contra el árbol, veía la barca alejarse, alejarse, y los paños de terciopelo, como velos funerarios, se arrastraban por el agua muda. Mudo, a la luz de una [...] yo distinguía cómo se alejaba, y revolvía antiguas memorias, y pensaba al verla partir “¡quién lo sabe, quién lo sabrá; quien del mar (...) vino, al frío mar volverá!”. Hasta que, en la oscuridad distinguida de la luna, la barca se disipó... y sólo quedaron la luna y el agua. Y yo volví a (?), a la fría colina: y, sin volverme a mirar (...) Camelot, me recogí en este monasterio». Y así habló Belvedere.

Notas de edición

Publicados de forma dispersa en vida del autor (entre 1874 y 1898), los relatos recogidos en esta edición se reunirían por primera vez como «Contos» (Cuentos) en 1902, dos años después de su fallecimiento, bajo la orientación de Luís de Magalhães, al que posiblemente se deban algunas de sus modificaciones. Editados por la Livraria Chardron de Lello & Irmão, de Oporto, esta primera compilación ha supuesto un auténtico éxito hasta el día de hoy, pasados ya más de cien años.

La muerte de Jesús

Eça de Queirós lo escribió tres meses después de su viaje por Tierra Santa. Publicado en el periódico *Revolução de Setembro* en 1870. Parece inconcluso.

Excentricidades de una chica rubia

Publicado por primera vez en 1874, en Lisboa, en el *Brinde aos Senhores Assinantes do «Diário de Notícias» em 1873*. Para el escritor portugués José Valentim Fialho de Almeida (1857-1911), puede considerarse «la primera narrativa realista escrita en portugués».

Un poeta lírico

Publicado en el periódico *O Atlântico* de Lisboa, el 28 de marzo de 1880. Se han mantenido todos los extranjerismos —en su mayor parte galicismos— utilizados por el autor en este relato, y se ha conservado, asimismo, la *cursiva* del original.

En el molino

Publicado en el periódico *O Atlântico* de Lisboa, el 28 de abril de 1880. La protagonista se enmarca en la crítica despiadada de Eça de Queirós al «espíritu romántico», sobre todo en las mujeres.

Civilización

Publicado por primera vez en la *Gazeta de Notícias* de Río de Janeiro del 16 al 23 de octubre de 1892. Es la génesis de la novela *A Cidade e as Serras* (La ciudad y las sierras).

Tema para versos [seguido de «El aya»]

Publicado por primera vez en la *Gazeta de Notícias* de Río de Janeiro en abril de 1893, como un texto único. Fue posteriormente separado e incluido en la selección de *Cuentos* repetidamente publicada desde su primera edición en 1902, bajo el título de «A Aia», como de hecho es conocido.

El tesoro

Publicado en Río de Janeiro, en la *Gazeta de Notícias* el 23 de enero de 1894. Está inspirado en los *Cuentos de Cantuária* de Geoffrey Chaucer.

Fray Ginebro

Publicado en la *Gazeta de Notícias* de Río de Janeiro, en marzo de 1894. Guarda semejanzas con las *Lendas de Santos* (Leyendas de santos).

El difunto

Publicado por primera vez en la *Gazeta de Notícias* de Río de Janeiro del 7 al 16 de agosto de 1895. Su acción se desarrolla en Segovia, en el siglo XV, y contiene varias frases escritas originalmente en español (no siempre correcto). El desarrollo del relato y su ambientación, unidos a la fluidez del lenguaje empleado por el autor, hacen de este cuento uno de los más conocidos y estudiados de Eça de Queirós.

Adán y Eva en el Paraíso

Publicado en 1896 como prólogo del *Almanach Encyclopedico para 1897*, por la Librería António Maria Pereira, de Lisboa.

La perfección

Cuento de inspiración mitológica publicado en la *Revista Moderna* de París el 15 de mayo de 1897.

José Matías

Publicado por primera vez en la *Revista Moderna* de París en junio de 1897. Es uno de los cuentos más estudiados de Eça de Queirós. Su estructura circular, el ritmo narrativo, el amor romántico, las connotaciones filosóficas... y la envoltura de su palabra poética hacen que esté considerado como uno de los cuentos más bellos no sólo de la literatura portuguesa sino de la literatura universal.

El suave milagro

Publicado por primera vez, bajo el título «Outro Amável Milagre», en el volumen de carácter benéfico *Um Feixe de Penas* (Un haz de plumas), recopilación de textos de diversos autores reunidos bajo la coordinación de Maria Amália Vaz de Carvalho en 1885. En 1887 aparece una segunda versión en la *Revista Cor de Rosa* con el título «Um Milagre». Finalmente, en 1898, se publica en París la tercera versión, «O Suave Milagre!», en la *Revista Moderna* de París.

La catástrofe

Publicado por primera vez en 1925. El manuscrito dejado por el autor (Esp. E1/292) no tiene título y, por sus tachaduras y correcciones, todo lleva a pensar que se trata de un primer esbozo, quizás para el proyecto de *A Batalla do Caia*, novela de la que sólo se conocen dos páginas. Se han mantenido los puntos de interrogación que, al fijar el texto, se pusieron junto a los términos poco claros del manuscrito.

Un día de lluvia

Se publicaría por primera vez en 1929 en las *Cartas Inéditas de Fradique Mendes e Mais Páginas Esquecidas* (Cartas inéditas de Fradique Mendes y más páginas olvidadas). Al tratarse de uno de los relatos póstumos de Eça de Queirós, respetamos las interrogaciones y corchetes que los especialistas fijaron en el texto.

Enghelberto

Texto póstumo, del que sólo se conserva un fragmento. Está inacabado y sin corregir. Se publicó por primera vez en 1929 en *Cartas Inéditas de Fradique Mendes e mais Páginas Esquecidas*, recopilación de su hijo José Maria. El manuscrito (Esp. E1/303), del que se supone perdida la parte que falta, tiene correcciones, rectificaciones y otras adiciones, además de lagunas y términos imprecisos que los estudiosos de Eça de Queirós han intentado suplir, completar o fijar. Por ello, respetamos en el texto algunos de los puntos de interrogación y corchetes añadidos por ellos.

Sir Galahad

Relato póstumo (se publica por primera vez en 1966) e inconcluso. Gran parte del manuscrito (Esp. E1/284), con innumerables enmiendas y tachaduras, es de difícil transcripción. Hemos respetado los signos de interrogación y los puntos suspensivos de los estudiosos y transcriptores del texto ante las numerosas dudas y lagunas del mismo.



José Maria Eça de Queirós nació en Póvoa de Varzim el 25 de noviembre de 1845. Hijo natural del magistrado José Maria de Almeida Teixeira de Queirós y de Carolina Augusta Pereira de Eça, en el registro constó como hijo de madre desconocida.

Vivió con sus abuelos hasta los diez años, cuando se trasladó a Oporto. Estudió derecho en Coímbra, y en 1866 comenzó una prometedora carrera periodística en el diario *Gazeta de Portugal*, en el que publicó una serie de columnas que fueron luego recopiladas bajo el título de *Prosas bárbaras*. Una vez licenciado, se mudó a Lisboa y abrió su propio despacho de abogado. En 1869 viajó a Egipto, con motivo de la inauguración del canal de Suez, y en 1870, a su vuelta a Lisboa, publicó una serie de artículos sobre este viaje levantino, incluidos en el presente volumen. Ese mismo año publicó su primera novela, escrita a cuatro manos con su amigo Ramalho Ortigão, *El misterio de la carretera de Sintra*, y fue nombrado administrador municipal en Leiria. Será entonces, inspirándose en el ambiente de su nueva ciudad de destino, cuando Eça de Queirós escriba la primera novela realista de la literatura portuguesa, *El crimen del padre Amaro*. No obstante, esta novela no aparecerá en forma de libro, y con importantes modificaciones, hasta 1880. En 1872, su carrera diplomática hace que viaje a La Habana. A partir de entonces vivirá lejos de Portugal, y regresará solo muy de vez en cuando a su patria. Viajará por Estados Unidos y Centroamérica hasta que, en 1874, será trasladado a Inglaterra como cónsul en Newcastle-upon-Tyne. Será allí donde redacte su tercera novela, *El primo Basilio*, y donde conciba el ambicioso proyecto de escribir una serie de doce novelas que, bajo el título de «Escenas de la vida portuguesa», constituya un gran fresco de su patria, al estilo de la «Comedia Humana» de Balzac. Tras trasladarse a Bristol, en 1878, trabaja en la novela *La capital* (que no se publicará hasta 1925, un cuarto de siglo después de su temprana muerte), y en su obra maestra, *Los Maia*, que narra la degeneración de una familia como símbolo de la decadencia de la clase alta de la sociedad portuguesa. José Maria Eça de Queirós murió en 1900, en París, a los cincuenta y cinco años de edad.

Notas

- [1] Antigua moneda portuguesa, de plata, con un valor de 480 reales. (*N. de la T.*) <<
- [2] Canción portuguesa, romanza o aria sentimental de fondo amoroso, muy difundida durante los siglos XVIII y XIX, tanto en Portugal —donde se extinguió como en Brasil, donde aún perdura. (*N. de la T.*) <<
- [3] Antigua moneda portuguesa de oro que valía 8000 reales (ocho escudos). (*N. de la T.*) <<
- [4] *Conto de réis*: moneda portuguesa de curso legal en la época, equivalente a un millar de escudos. (*N. de la T.*) <<
- [5] Plural de real. (*N. de la T.*) <<
- [6] Lagarto. El autor juega con los nombres de los criados. (*N. de la T.*) <<
- [7] Grillo. El criado del *Jazminero*, personaje que también lo será en «La ciudad y las sierras», era negro. (*N. de la T.*) <<
- [8] Canción y baile. El *vira* es una danza regional típica del Minho, en el norte de Portugal, pero que se baila en casi todo el país. (*N. de la T.*) <<
- [9] El rey poeta de los Cancioneros. Nació en 1261 y reinó en Portugal entre 1279 y 1325. (*N. de la T.*) <<
- [10] Grito con que las bacantes invocaban y aclamaban a Baco. (*N. de la T.*) <<
- [11] En español en el original. (*N. de la T.*) <<
- [12] En español en el original. (*N. de la T.*) <<
- [13] Era costumbre antigua —y que todavía hoy perdura en Portugal— que uno de los padrinos de bautismo fuese un santo, una advocación mariana o un Cristo. (*N. de la T.*) <<
- [14] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<
- [15] Término que significa chiste o gracejo, dicho o expresión divertida u ocurrente. (*N. de la T.*) <<
- [16] Un conto equivalía a mil escudos. En el siglo XIX se trataba de una cantidad considerable. (*N. de la T.*) <<
- [17] Localidad cercana a Lisboa (pertenece al ayuntamiento de Sintra), famosa por sus vinos. (*N. de la T.*) <<
- [18] Se refiere a la Foz do Douro, desembocadura del Duero, playa y lugar turístico y de descanso muy próximo a Oporto. (*N. de la T.*) <<
- [19] Se refiere a la fiesta de toros portuguesa en la que varios mozos —los *forcados*—, puestos en fila, esperan la embestida del toro, cogiéndolo el primero de ellos —el pegador— por los cuernos. (*N. de la T.*) <<
- [20] Se refiere a la parte baja de las ciudades, generalmente dedicada a compras, por contraposición a la alta. (*N. de la T.*) <<
- [21] La avenida de Buenos Aires era entonces un barrio novísimo de la ciudad. (*N. de la T.*) <<
- [22] Vendedora ambulante de pescado, figura característica de la Lisboa antigua. (*N. de la T.*) <<
- [23] Armas de Portugal, formadas por cinco escudos azules puestos en cruz. (*N. de la T.*) <<
- [24] Enseña de la Orden de Cristo, fundada en 1319, cuando el monarca portugués

obtuvo el reconocimiento de la Santa Sede, una vez extinguida la Orden del Temple, a cuyos miembros recogió. (*N. de la T.*) <<

^[25] Rebelión ocurrida en el Minho, en 1846, durante el gobierno de Costa Cabral, que había prohibido los entierros en las iglesias. Su cabecilla fue Maria da Fonte, una joven natural de la población de Fonte Arcada. (*N. de la T.*) <<

^[26] Aquí quedó inconcluso el relato. (*N. de la T.*) <<

